EL CORAZÓN DE JESÚS

Y

EL MODERNISMO

SERMONES PREDICADOS EN SEVILLA

Y EN LA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN

POR EL

P. JOSÉ MANUEL AICARDO

de la Compañía de Jesús

en Junio de 1908

MADRID

ADMINISTRACIÓN DE «RAZÓN Y FE»

Plaza de Santo Domingo, 14.

1909

Biblioteca Nacional de España

EL CORAZÓN DE JESÚS

Y

EL MODERNISMO

Biblioteca Nacional de España

EL CORAZÓN DE JESÚS

Y

EL MODERNISMO

SERMONES PREDICADOS EN SEVILLA

Y EN LA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN

POR EL

P. JOSÉ MANUEL AICARDO

de la Compañía de Jesús

en Junio de 1908

MADRID

ADMINISTRACIÓN DE «RAZÓN Y FE»

Plaza de Santo Domingo, 14.

1909

Biblioteca Nacional de España

APROBACIONES

IMPRIMI POTEST

Josephus Pagasartandúa, *S. J.*

praepositus provinciae Toletanae.

NIHIL OBSTAT

P. Villada, *S. J.*

(censor eccles.)

IMPRIMATUR

José María,

Obispo de Madrid-Alcalá.

Es propiedad. — Reservados todos los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid.—Imprenta de Fortanet, calle de la Libertad, núm. 29.—Teléfono 991.

Biblioteca Nacional de España

AL EXCMO. Y REVERENDÍSIMO SEÑOR

D. ENRIQUE ALMARAZ Y SANTOS

ARZOBISPO DE SEVILLA,

CON CUYA BENDICIÓN, BENEPLÁCITO Y ASISTENCIA
SE PREDICARON ESTOS SERMONES,
LOS DEDICA SU AUTOR
EN PRENDA DE AMOR, VENERACIÓN Y AGRADECIMIENTO

Biblioteca Nacional de España

Sevilla, 15 de Febrero de 1909.

R. P. José M. Aicardo, S. J.

Mi estimado Padre en Jesús: Grande es la honra que recibo al dedicarme el libro en que se publican los sermones que usted predicó en esta ciudad durante la novena del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Acepto la dedicatoria con gratitud; no porque la merezca, sino por la sencilla razón de que me es sumamente grato aprovechar la ocasión que ella me proporciona para recomendar la lectura del libro á mis diocesanos, ya que por todos no pudo ser escuchada la elocuente palabra de Ud. en los días del Novenario. Y, además, porque de este modo podrán los verdaderos creyentes formar idea exacta de la trascendencia del error Modernista, tan oportuna y tan sabiamente condenado por Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X.

El error Modernista, como todas las herejías, se propone alucinar los entendimientos para pervertir con más facilidad el corazón, y se viste con ropaje científico para minar los cimientos de la fe católica, que se apoya en la autoridad de Dios que revela verdades y de la Iglesia que las propone á la creencia del pueblo cristiano.

En suma, preséntase el Modernismo como una novedad científico-religiosa, cuando realmente no es otra cosa que el Pro-

Biblioteca Nacional de España

testantismo que ha reclamado el auxilio del Racionalismo, errores que han sido causa de tantas ruinas para el individuo y la sociedad.

Dios nos libre de que en España se propague, y mucho contribuirá la lectura de este libro para abrir los ojos de los que se empeñan en tenerlos cerrados á la luz de la verdad.

Le bendice su afmo. Prelado

✠ Enrique, Arzobispo de Sevilla.

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

Páginas

Carta del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla..... VI

INTRODUCCIÓN

I.—Por qué de este libro..... 1
II.—Por qué de la novena..... 4
III.—División y plan de este libro 16

SERMÓN PRIMERO

Naturaleza del modernismo.... 19
I.—Caracteres extrínsecos de los modernistas 21
II.—Síntesis del modernismo..... 34
III.—Necesidad de esta refutación. 52

SERMÓN SEGUNDO

Razón motiva del modernismo 57
I.—El falso amor á la Iglesia..... 59
II.—Amor verdadero que tienen al error 76

SERMÓN TERCERO

Agnosticismo 89
I.—Naturaleza, orígenes y consecuencias del agnosticismo..... 91
II.—Intelectualismo católico..... 104

SERMÓN CUARTO

Inmanentismo 114
I.—Quimérico en su fundamento 115
II.—Absurdo y herético en su desarrollo..... 119
III.—Ateísta y enemigo del Sagrado Corazón..... 130

Páginas

SERMÓN QUINTO

Agnosticismo é inmanentismo aplicados..... 140
I.—Errores en el terreno teológico, bíblico é histórico..... 141
II.—Amplitud del objeto de la fe y su aparente conflicto con la razón 158

SERMÓN SEXTO

Modernismo social..... 169
I.—Los modernistas se arrogan las cuestiones sociales..... 170
II.—Los modernistas corrompen con errores la acción social. 178
III.—El modelo de la acción social católica..... 191

SERMÓN SÉPTIMO

Modernismo político 202
I.—La doctrina católica..... 206
II.—Errores modernistas 214
III.—Reprobaciones y censuras.... 224

SERMÓN OCTAVO

Reformismo modernista..... 237
I.—Reforma en la formación intelectual..... 242
II.—Reforma en la disciplina..... 249
III.—Reforma de orden moral 255
IV.—La verdadera reforma..... .. 262

SERMÓN NOVENO

Antimodernismo 272
I.—Resumen del modernismo.... 274
II.—Estudio y conocimiento de la verdad..... 284
III.—Confesión de antimodernismo 294
IV.—Non corporibus, sed cordibus. 304

Biblioteca Nacional de España

INTRODUCCIÓN

I

Por qué de este libro.

Donaire fué del eminente Doctor de nuestra Compañía, el Cardenal Juan de Lugo, comenzar la edición de sus obras teológicas protestando de que no las publicaba constreñido y forzado ni de los ruegos de los amigos, ni de los imperios de la obediencia, sin duda para notar y evidenciar á los innumerables que de estas razones hacían defensa y disfraz á sus vehementes ansias de verse en letras de imprenta; pero á mí me es indispensable tomar en boca esta razón y decir del origen de este libro para abroquelarme contra justos reparos, exculparme de vicios y defectos que en él se puedan notar y que yo ultroneo confieso, y dejarlo en su justo valor, sin permitir que algún incauto le eleve á comentario teológico de la Encíclica *Pascendi* con manifiesto yerro y patente olvido de las modestas intenciones de quien lo escribió.

Invitado por la benevolencia del Apostolado de la Oración y Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús de Sevilla á predicar la novena que pomposamente celebran anualmente en nuestra Iglesia, titulada también del Corazón divino, tomé por asunto general de ella «cómo el Corazón Sagrado de Jesucristo es blanco y terrero de los errores modernistas y su augusta Devoción ha de ser desagravio y pelea contra tan funesta herejía». Obrando así, estaba yo persuadido de que hacía obsequio de obediencia filial á Nuestro Padre el General de la Compañía de Jesús, quien acababa de mandarnos ocupar un puesto de vanguardia en la refutación de este error, como fué tradición en nuestra Compañía; de sumisión y acatamiento al Vicario de Nuestro

Biblioteca Nacional de España

Señor en la tierra que con el Decreto *Lamentabili* y con la Encíclica *Pascendi* y con repetidos actos de vigilancia pastoral hace de este error la contra-bandera de su lema: *Instaurare omnia in Christo* y de su refutación el medio más adecuado á llevar á la cima esta empresa de su pontificado; de amor y desagravio al Corazón sacratísimo, lacerado y herido con las impías blasfemias modernistas, y último blanco de sus infernales conatos de arrojarlo de las naciones, pueblos, familias é individuos y hasta de arrancarle de las sienes aquella corona de Rey con que su Padre le coronara.

Convidábame á ello la gallarda actitud de los sevillanos, cuya fe centelleaba hasta los últimos confines de la tierra. ¿Qué era, si no, el proyecto regio de ofrecer á Jesucristo la tiara con coronas de Dios, de sacerdote y de rey, sino decirle al modernismo que no pisara tierra sevillana, porque si él borra la divinidad del Señor extenuándolo con Arrio á puro hombre, si él niega los sacramentos haciendo de ellos con Lutero y Calvino signos únicamente de la gracia, si él no quiere que reine Jesucristo en el Estado y en la Sociedad haciendo á aquél y á ésta indiferentes y acristianos; los devotos del Corazón de Cristo desde Sevilla invitan á los del orbe entero á clamar con su oro, con sus joyas y con sus ofrendas que Jesucristo es Dios como el Padre y su Verbo consubstancial, Sacerdote sumo de la Ley de gracia que por su sangre penetró los cielos y bajo especies permanece en la tierra, y Rey supremo ante quien reyes y señores doblarán la rodilla y de quien recibirán leyes? ¿Qué era ese anhelo santo de los devotos sevillanos de ofrecer al Señor espléndida ofrenda de tiara y coronas, sino retrotraer al mundo moderno á los áureos días de la Edad Media y por ende protestar contra el ansia de lo moderno que da su nombre y su veneno al último error y hacer palpable y tangible aquel triunfo de Jesucristo, que según las palabras del polemista Weiss es la idea madre de la Edad Media?

«El cielo y la tierra no forman más que un reino indivisible... Dios es el Rey de este reino homogéneo (1). El es el Señor imperial (2). El es no sólo el Emperador del cielo ó el representante del reino celeste, no sólo el Emperador de las almas, sino también el Señor más alto que hay sobre la tierra, el Emperador de todos los reyes, el Rey de todos los Emperadores: denominaciones que se atribuyen especialmente á Nuestro Señor Jesucristo» (3).

---

(1) S. Pedr. Damián. Serm. 6.—Dant. Parais. xxv; 41.—(2) Heinr. Sens. *Leben.* (3) P. 3, t. 1; p. 543-544.

Biblioteca Nacional de España

Idea madre, que reverbera asímismo en este cántico medioeval, donde parecen haber buscado su idea los católicos de Sevilla y es que bebieron en idéntica fuente, del más puro sentido cristiano: «Cuando en la Cruz Jesucristo nos dió vida con su muerte, empuñó el triple cetro de su dominación y coronó su cabeza con la tiara de triple honor. De pie en su trono era el Emperador que dominaba á toda la tierra; con su corona de espinas como diadema, y con su sangre como con vestido de roja escarlata, era el Sumo Capitán que arrancó al enemigo el precio de la victoria y á sus cautivos dió libertad; vertiendo su sangre en sacrificio, fué Sacerdote Sumo de la Nueva Ley. Emperador, Capitán y Sacerdote, recibe á tu pueblo bajo tu protección» (1).

Convidaba todo esto á compartir mis sermones entre el Corazón de Cristo y el modernismo, y lo hice; y debieron decir algo que tenía eco en los corazones de nuestro católico pueblo, porque de palabra primero, y por escrito después, me pidieron la impresión, á que mis superiores accedieron gustosos.

Pero escritos aquellos sermones como se escribe siempre que hay que predicar á diario, no pudieron agotar la materia, ni ser un tratado de refutación completa, ni un comentario de la Encíclica *Pascendi*; y recogidos ahora, corregidos, aumentados y arreglados entre idénticas angustias de tiempo y las mismas ocupaciones, no han podido ser más de lo que fueron, aunque hayan procurado serlo mejor.

Ampliación y copias de citas, testimonios ya de la Encíclica, ya de doctores y autores amigos ú hostiles, supresión de algunos movimientos oratorios propios del púlpito é impropios del reposado escrito, adición de hechos y dichos recientes y algún mayor aseo en la forma y elocución es casi lo único á que se ha podido atender al preparar este opúsculo para las prensas. Llámesele, pues, colección de sermones, tratados didácticos, libro de polémica, obra ascética al estilo del siglo XVI, apuntes sobre el tema del modernismo ó como se quiera, no será nunca otra cosa más que un conato de popularizar la Encíclica de Su Santidad Pío X para contribuir á poner un dique al modernismo ó á precavernos de él amplificando sobre todo, claro está, aquellos puntos de mayor utilidad en nuestra España.

---

(1) Hein. Seus. *Leben*, p. 569.

Biblioteca Nacional de España

II

Por qué de la novena.

Confidite, ego vici mundum. Joann. 16, 33.

Confiad, yo vencí al mundo. San Juan 16, v. 33.

Isaías, David y San Pablo, completándose y declarándose, nos dan la clave histórica del desarrollo de la Iglesia. Cristo Jesús, vencedor de su propia muerte, pisoteados sus enemigos, de la sangre de cuyos cráneos aún lleva salpicados los vestidos, se acerca á las puertas de la Salem santa y llama á ellas intimando su rendición; merecida le era la victoria de aquella pelea en que para compensar soledades de todo hombre se valió de su indignación y odio á la maldad como de poderoso auxiliar; pero había vencido y subiendo sobre todas las jerarquías angélicas dió á su Padre la mano, el cual le asentó á su diestra. ¿Cómo y para qué y por cuánto tiempo? *Donec ponam inimicos tuos scabellum pedumtuorum;* hasta que fuera poniendo á sus enemigos uno por uno como escabel de sus plantas; hasta que durante la sucesión del tiempo fuera rindiéndole cuanto se levantara é irguiera contra él, hasta que se destruyera el enemigo postrero, que será la muerte y así se consumará el triunfo de Jesucristo.

A él y á este espectáculo ha asistido la Iglesia y en él estriba su historia. *Subjecit ei omnia*, todo se lo ha ido sometiendo su Eterno Padre. Le sometió primero la Sinagoga, reprobada en la plaza del Pretorio, herida de muerte en el Calvario y arrojada en pavesas con su ciudad por las armas y fuegos de Vespasiano, y con ella le sometió la hipocresía de los fariseos, y la erudición de los escribas y el derecho de los legisperitos y el fausto de todas las tradiciones humanas y del reprobado sacerdocio levítico; *subjecit ei omnia*, le sometió después á Roma, ebria en las orgías de Lúculo, encenagada en los vicios de Lucrecio, cebada en las cenas de Heliogábalo, harta de sangre en los espectáculos de Nerón y Diocleciano, debilitada y muerta en las poquedades de los Augústulos, y sacrificada y ejecutada por los cascos de los caballos de Atila, Genserico y Alarico y

Biblioteca Nacional de España

con ella le sometió la prudencia de los prudentes, el valor de los poderosos, el orgullo de los sofistas y las teosofías indias y las mitologías egipcias y los restos de Solón y Sócrates y Platón y Aristóteles y los esplendores del genio griego y todas las herencias que Roma había cifrado en sí del mundo antiguo, presa de su rapacidad, y todos los portentos de su propio ingenio en elocuencia y en filosofía, en arte y en poesía, *subjecit ei omnia*. Todo se lo sujetó.

Ni se acabó con esto la glorificación de Cristo Jesús. Siguió el Padre poniéndole á los pies nuevos enemigos; el duro Sicambro inclinó su cuello ante él y su ministro San Remigio; el ya feroz visigodo fué dócil cordero apacentado por San Leandro y San Isidoro; el devastador ostrogodo se ahinojaba delante de San Benito; el orgulloso lombardo temía á la autoridad de San Gregorio Magno; el indómito germano sufrió el yugo de San Bonifacio, y el anglo audaz y el corsario normando y el húngaro rebelde y el bárbaro eslavo, llegaron á los pies de Jesucristo y besaron la mano de sus ministros San Columbano, San Agustín de Cantorbery, San Emerano, San Esteban, el venerable Beda y San Adalberto. *Subjecit ei omnia*. Y con ellos vinieron gentes y tribus y pueblos nuevos á recibir la legislación del Evangelio y en los Concilios toledanos y en las Capitulares de Carlo Magno y en los Concilios de Inglaterra é Irlanda encontró Jesucristo el triunfo que su Padre le decretara y Europa las naciones nuevas y cristianas que se formaban al amor de la Cruz del Señor. *Subjecit ei omnia*. Y casi al mismo tiempo una nación, símbolo de la fuerza bruta, último esfuerzo de la raza de Abraham maldita fué también sometida á Jesucristo en Auseba, y en los campos Cataláunicos y en Clavijo, en Calatañazor y en las Navas y en Valencia y en el Salado, en Algeciras, Málaga y Granada y con ella la fuerza de la guerra, la rediviva circuncisión, la raza de Ismael, la superchería judaica, la sensualidad del harén, la ley de la carne. *Subjecit ei omnia*. Y al desenvolverse y modelarse aquellas nuevas generaciones, cuántos y cuántos levantaban sus frentes como hijos orgullosos contra el padre á quien todo se lo debían; señores feudales que esclavizaban, esclavos revoltosos que se revolucionaban, guerreros ambiciosos, sabios semipaganos y semiárabes, emperadores ansiosos de toda supremacía, sacerdotes y clérigos mal avenidos con su propia santidad; pero todos fueron sometidos á Jesucristo. Concilios que anatematizan á los concubinarios, Padres y escritores que truenan contra los abusos, decretos de manumisión y libertad de los esclavos cristianos, monjes que fecundizan la tierra y amaestran á los cam-

Biblioteca Nacional de España

pesinos, gremios, concejos y comunidades que se forman al calor y soplo de la Iglesia; Pontífices como los Gregorios é Inocencios que tratan á los Enriques y Federicos como á hijos, ya aterrándolos con el anatema, ya atrayéndolos con el abrazo; teólogos y juristas que como Carlomagno, Alfredo de Inglaterra, San Esteban de Hungría, San Fernando de Castilla y su hijo Alfonso el Sabio, Jaime el Conquistador, San Luis de Francia, San Tomás y San Raimundo, Inocencio III y San Buenaventura condensan el gobierno cristiano en *Forum Iudicum*, las Partidas, los Usatges, los Decretos, el tratado *De Regimine Principum*, la Carta inglesa, los Fueros de Aragón, el *Corpus Juris* y la Teología escolástica: ese es el ejército suscitado por el Padre para sometérselo todo á su Hijo: *Subjecit ei omnia.*

Y siguió el Padre poniendo de escabel á su Hijo los enemigos derrotados; porque á la voz de Pedro el Ermitaño, de San Bernardo y de San Luis quiso y consiguió Europa hacer respetar el nombre de Cristo en Asia y rescatar el Sepulcro del Señor, y más que esto, poner en contacto dos mitades del mundo, larguísimo tiempo divorciadas..... *Subjecit ei omnia.* Todo quedó sujeto á El y á su Religión é Iglesia; el entendimiento, cuando se discurría é inventaba en la ciencia bajo el amable faro de la verdad revelada y se fundaba la Escolástica, beso de paz entre la razón y la fe; la fantasía, cuando se creaba un arte purísimo propio para vestir de conceptos, de colores ó de líneas las levantadas ideas del cristianismo; el alma humana toda, cuando se trazaba una moral cristiana, una legisprudencia cristiana, una economía cristiana, un arte cristiano, diversión y recreos cristianos, actividad cristiana..... *subjecit ei omnia*..... Todo quedó sujeto á Jesucristo en la poesía del Dante, en la pintura del Angélico, en las catedrales de Colonia, París y Burgos, en la prosa de San Bernardo y San Anselmo y Beda el Venerable, en la dramática de los Misterios, en la filosofía de San Buenaventura y Alberto Magno, de Escoto y Santo Tomás en la legislación del Rey Magno, del Rey Sabio y del Rey Apostólico, en las victorias de Godofredo, de San Luis, de Ricardo Corazón de León, de nuestros Alfonsos, Fernandos, Jaimes y Ramiros. *Subjecit ei omnia*.....

Subordinación absoluta á Jesucristo completada en nuestra España por la teología española de Cano, de Soto, de Victoria, de Vázquez y de Suárez, y por el arte sagrado de Zurbarán, de Murillo, de Velázquez, de Ribera y por la ascética y elocuencia de Granada, de Márquez, Chaide, de Torres y de Sigüenza; por el teatro eucarístico de Lope, Tirso y Calderón; por el genio militar de Carlos V, D. Juan

Biblioteca Nacional de España

de Austria, Andrés Doria, Santa Cruz, Farnesio, Alba, Requesens y Spínola; por el genio diplomático de Felipe II, Lerma y tantos más; por toda la actividad humana subordinada á Jesucristo en aquella prolongación y reflorescencia de la Edad Media que se llamó siglo de oro español. *Subjecit ei omnia.*

Resumen y cifra de todo esto es lo que escribe Su Santidad Pío X: «Tan intensa es la luz de la revelación católica que se derrama vivísima sobre toda ciencia; tan grande la virtud de las máximas evangélicas que los preceptos de la ley natural arraigan con su auxilio más profundamente y adquieren fuerza mayor; tan grande por último, la eficacia de la verdad y de la moral enseñada por Cristo que ayuda y favorece aún el bienestar material de los individuos, las familias y la sociedad. Predicando á Jesucristo crucificado, escándalo y locura para el mundo, la Iglesia ha sido primerísima inspiradora y propagadora de la civilización, la llevó adondequiera que predicaron sus Apóstoles, conservando y perfeccionando los elementos utilizables de las antiguas civilizaciones paganas, sacando de la barbarie y amaestrando para una constitución civilizada de la sociedad á los pueblos nuevos que en su seno maternal se ampararon é imprimiendo á la sociedad entera, si bien poco á poco, de modo seguro y siempre progresivo, el sello esplendente que universalmente conserva todavía. Por lo cual, en lo tocante á la virtud intrínseca de las cosas la Iglesia viene á ser de hecho guardadora y protectora de la civilización cristiana; hecho que en otras edades fué reconocido y admitido y que forma aún el fundamento inconmovible de la legislación civil» (1). *Subjecit ei omnia.*

¿Todo? ¡Ah!, no; queda el orgullo humano, la razón humana, la carne humana, el hombre amado hasta ahora de Dios que elevado con los dones de Dios, enriquecido con ellos, engrosado con ellos se alce, recalcitre, rompa el yugo y quiera endiosarse: Revolución religiosa del 1500 que acabará también por caer á los pies de Cristo Jesús.

Pero esta será victoria privativa del Corazón de Jesucristo.

La Encíclica del Papa León XIII *Annum Sacrum*, que intima á todo el mundo la Solemne Consagración al Corazón divino, divide la

---

(1) Encíclica de la *Acción Católica*, 11 Junio 1905.

Biblioteca Nacional de España

historia de la Iglesia en dos grandes períodos: hasta la Revolución religiosa, el uno; desde la Revolución religiosa, el otro; en el primero, domina como lábaro la Cruz; en el segundo, dominará la Cruz en el Sagrado Corazón de Jesús.

Entendamos y penetremos la verdad de esta idea.

Toda la obra de sujeción á Jesucristo que se hizo antes de Lutero estaba simbolizada por la Cruz, coronada por la Cruz y ejecutada bajo los brazos de la Cruz: *regnavit a ligno Deus.*

Y nada más proporcionado á la realidad.

La Cruz significa el triunfo de Jesucristo como Redentor, el nacimiento y la propagación de su Iglesia, la adoración debida al Dios y Hombre verdadero, el testimonio del Autor y consumador de nuestra fe, la conquista del mundo..... *Omnia traham ad me.* Y la Cruz predicada y deseada es la predicación de los Apóstoles, que no predican sino este escándalo y esta locura; y no desean sino dar la vida entre sus brazos. La Cruz, después de trescientos años, viene á coronar aquellos campos de apostolado y de martirio y desde este momento empieza en Constantino á ser lábaro y corona, lo que había sido objeto de predicación é instrumento de martirio: la Cruz desde ahora unge á los reyes, corona á los emperadores, adorna á los guerreros, señala á los cruzados, funda las noblezas, preside las Academias, santifica las Universidades, pasea los campos de batalla, conforta á los soldados, galardona á los vencedores, se clava en la tumba de los muertos y cobija, finalmente, con sus brazos toda una sociedad sujeta y rendida al poder de Jesucristo: *Omnia traham ad me.*

Esto ocurrió antes de la Revolución religiosa, cuyo abanderado fué Lutero (1): después ya será otra cosa.

---

(1) La idea que hace de Lutero un heresiarca aislado y original, y que ciñe su obra á una disidencia teológica se opone á la historia de aquel período, no explica la trascendencia y feracidad maldita que tuvo, y es rechazada hoy por los propios historiadores católicos alemanes. Léase, para mayor conocimiento, á Jansen, y, en breve suma, lo que escribe el Padre Weiss:

«Nadie duda que la Reforma no estalló de repente, como relámpago en cielo sereno. Jamás hubiera podido producir efectos tan profundos y consecuencias tan duraderas como los que ha producido. Pero tampoco es posible dudar sobre los precursores que tuvo y sobre lo que constituyó su primer punto de partida. El germen de la división completa de la Iglesia y de la separación de la Religión encontrábase ya en aquella funesta desunión del mundo natural y del sobrenatural en aquel apartarse la vida pública de la Iglesia. Aquella raíz de amargura, ó, para hablar con el poeta, aquella semilla diabólica, cuya flor emponzoñada ha sido el ataque contra el clero y la Iglesia, y su fruto el odio contra todo lo que

Biblioteca Nacional de España

Esta revolución, preñada de herejías, tiene carácter marcadísimo de ingrata apostasía y de apostasía en todo cuanto se había hasta entonces ejercitado la actividad humana; decirse puede que es el hijo pródigo, Europa pródiga, que huye de la casa paterna, y en su fuga disipa el caudal por largos quince siglos atesorado. Reniega de la tutela paternal, abusa de la Redención, blasfema de la sagrada Eucaristía, desprecia los Sacramentos, vasos de la sangre del Señor, niega la vida interior de la gracia, trastorna el libre albedrío, sacude el yugo de la obediencia á Dios, erige en ídolo su concupiscencia, se mofa de los votos consagrados al Señor, prostituye la imagen de Dios, y ciega, desagradecida, frenética, hiere con desamor el Corazón de su Dios, de su Padre y de su Redentor. Y en esta época de la apostasía aparecen los precursores de Margarita María, aparecen los primeros destellos del amor al Corazón de Cristo y de su desagravio. ¿Dónde? En las obras de los ascéticos y místicos castellanos, en los escritos del Beato Padre Canisio y de San Francisco de Sales; esto es, en la lengua del pueblo más antiluterano de Europa, del pueblo armado por Dios, como David, vencedor del luteranismo y en el alma y en los soliloquios del primer apóstol de Dios contra la Germania luterana y revolucionaria y del primer apóstol de Dios contra la Francia calvinista y jansenista y revolucionaria.

Y pasó este primer período de la Revolución religiosa. Esta empieza á salir de Alemania, codificada por Calvino, y con la sombra de la espada de Francisco I y de Enrique IV, va á dominar á Francia: Francia se aliará con Jansenio y Saint-Cyran, y con nuevo nombre de jansenismo va á dominar á Europa. En este momento histórico, Jesucristo Nuestro Bien inclina los cielos, y jadeante y anheloso de amor, roto el pecho de pena y de tristeza, viene á exhalar sus quejas, pidiendo correspondencia á su caridad ultrajada: se aparece en el retiro silencioso de Paray-le-Monial á la escogida Virgen Margarita María de Alacoque.

No es la devoción al Corazón divino tan solo un entretenimiento de la piedad individual y un cebo de pocas almas escogidas; es una devoción que simboliza *la Reconquista del mundo para Jesucristo*.

---

se refiere á la Iglesia, contra toda ingerencia de parte de ésta y de lo sobrenatural, constituyó el principio de la Reforma.»

Como se ve con mayor claridad á medida que sus propios hijos se separan de ella sin dejar de ser lo que son, la Reforma no es el principal acontecimiento en el umbral de los tiempos modernos. Demasiado honor le hacemos al considerarla como el acontecimiento capital que abre esta Edad.

Biblioteca Nacional de España

El espíritu de desagravio, que corre como savia por toda ella, la pone en relación y contacto con todo escándalo, con todo pecado de los hombres, y la hace abarcar y deplorar lo mismo la ceguedad del idólatra que la pertinacia del cismático; lo mismo la obcecación del hereje que la debilidad del falso cristiano; lo mismo los delitos del libertino y desalmado que la mudez vendida del vigía de Israel y la pereza tibia de la esposa del Cordero; lo mismo las abominaciones que se cometen en Versalles que las voces parricidas de la Revolución popular y ebria: el espíritu de desagravio que late en las obras de Margarita María lo abraza todo con odio idéntico y perfecto: *perfecto odio oderam.*

Las promesas hechas por Nuestro Señor á su fiel y consagrada sierva dan á esta devoción idéntico carácter y semejante amplitud. El Corazón de Jesús, venerado y adorado, perfeccionará á los individuos, ya haciéndolos de pecadores justos, ya levantándolos de tibios á fervorosos, ya elevándolos á mayor justicia y perfección; el Corazón de Jesús será la corona y santidad de los estados particulares; el predicador hallará en el Corazón de Cristo las lenguas de fuego del apostolado, los religiosos la santidad é ideal de sus Constituciones y Reglas, los seglares el ardor santo para coronarse en las lides del matrimonio y de sus deberes; las sociedades imperfectas tendrán escudo en el Corazón de Jesús; las casas para hallar la paz y la defensa de todos los peligros; las asociaciones para encontrar en él aquel bien propio de su organización y aún los ejércitos si lo colocan en sus banderas, los reyes si se le consagran y los reinos si le aclaman su Rey Eterno verán huir á sus enemigos, venir sobre ellos la paz y la cultura y sonreir por todas partes la obediencia y la bienandanza. En resumen, el Corazón de Jesús quiere por esta su manifestación á los hombres renovar la obra de la Redención: la Revolución religiosa no quiso más que anular la obra de la Redención. Jesucristo quiere reconquistar al mundo perdido á su amor: lo reconquista por su divino Corazón.

He aquí, pues, el trascendental significado de esta devoción, y lo que significamos al decir que es y será verdadero lábaro de la Edad moderna y contemporánea.

¿Lo comprendió así la Revolución religiosa? Siempre y por siempre.

Biblioteca Nacional de España

Esa Revolución es una desde Lutero hasta hoy, y los errores diversos que temporalmente han reinado no son sino fases de una campaña, ó si se quiere, cuerpos distintos de un solo é infernal ejército.

Pues todos los cuerpos de ese mismo ejército, el calvinismo, jansenismo, filosofismo y liberalismo, han odiado igualmente al Corazón de Jesús, y con su odio han demostrado lo mismo: que el Corazón de Jesús es el lábaro de la Edad contemporánea, de la antirrevolución, de la Iglesia en nuestros días.

El calvinismo desató su odio singularmente contra la Eucaristía, principalísimo amor de los devotos del Corazón divino, y señaló su paso por Francia y los Países Bajos con sacrilegios horrendos. Uno de ellos suscitó la protesta de nuestro rey D. Felipe IV, y ocupó la nerviosa elocuencia de nuestro D. Francisco de Quevedo.

No los otros agravios hechos por Francia á España concitaron el ánimo del escritor católico y español: «apoderóse empero de mi espíritu, continuaremos con palabras suyas, el saco de Mos de Xatillon, vuestro general, en Filimón; estando parlamentando con la villa saqueó el lugar, degolló la gente, forzó las vírgenes consagradas á Dios, quemó los templos y conventos, rompió las imágenes, profanó los vasos sacrosantos; últimamente, ¡oh, Señor! ¿dirélo?

si bien se espanta el alma de acordarse
y con dolor rehusa la memoria;

dió en las hostias consagradas á sus caballos el Santísimo Sacramento, que por excelencia se llama Eucaristía, bien de gracia, pan de los ángeles, carne y sangre de Cristo, cuerpo real y verdadero de Dios y Hombre. ¿Qué le dejó esta furia y ejército de demonios que desear más al infierno?.....»

Tal era el odio del calvinismo y del protestantismo todo á la Eucaristía y al amor de Cristo, cuyo símbolo es ella, y al Corazón de Cristo en ella viviente y ofendido. Estos agravios inauditos llenan los libros de los primeros apóstoles del Corazón de Cristo y sirven de incentivo al desagravio y al amor dolorido, fin último de esta devoción.

Espíritu de desagravio á que se anticipaba España como lo expresa la misma elocuente pluma de Quevedo:

«Yo espero que vos grande, vos poderoso, vos cristianísimo castigaréis (como fuese posible al humano poder) delito á que sólo se proporcionan los eternos castigos. Dos ángeles os asisten como á rey, obedecedlos como ángel..... Hoy

Biblioteca Nacional de España

el Rey mi Señor, provocado de vuestras armas, os buscará, pues así lo queréis, no con nombre de enemigo. Su apellido será católico vengador de las injurias de Dios, de los agravios hechos á Cristo Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento y en sus imágenes y en sus esposas y ministros: los cuales soberanos blasones constituyen á vuestro Xatillon reo de innumerables crímenes de lesa majestad divina y de la carne y sangre de Dios Hombre.»

Mas si el protestantismo odió al Corazón de Jesús en la Eucaristía y dió materia á la reparación, es decir, fué hostil á la devoción antes de nacer, sus herederos la odiaron ya nacida.

Después de Calvino, Port-Royal.

Esta Meca del jansenismo antes de su ruina, en su ruina y después de su ruina, aborreció la recién nacida devoción con saña irreconciliable, satánica, infernal.

Su ortodoxia, la autenticidad de su origen, los apóstoles de su propagación, las imágenes que la fomentaban, los medios con que conseguía su fin, todo cayó bajo la duda, la censura, la sátira, la diatriba, la calumnia del jansenismo; que contra ella esgrimió el sofisma teológico y la superchería ascética y las falseadas alegaciones patrísticas y el escándalo farisaico y la caricatura tabernaria y el libelo calumnioso y la algarada periodística y cuanto soñó y maquinó y tramó el espíritu del mal.

Un historiador de Port-Royal, jansenizante él, escribe:

«La continuación necesaria de la piedad á lo San Francisco de Sales, continuación mejor ó peor entendida y que acaso él mismo no hubiera aprobado sin reserva, llevaba por la pendiente por él empezada á las devociones al Sagrado Corazón de Jesús y la Inmaculada que Port-Royal miró siempre como idolatrías» (1).

Esa bandera la llevó siempre desplegada.

Objeto de su guerra fué la Orden de la Visitación.

No faltaron en el clero de Francia doctores con gran renombre de doctrina, pero más ricos de ciencia que de virtud; directores que ocultaban bajo la máscara de una austera piedad los proyectos más funestos á las almas; alguna vez también hubo obispos que quisieron abusar de su autoridad sobre sus ovejas para apartarlas de la ortodoxia y precipitarlas á los abismos. Estos partidarios del error no omitieron medio alguno para introducirse en los Monasterios de la Visitación. La fama misma de virtud de que gozaban, aumentaba el apetito que los jansenistas tenían de entrar allí. ¡Qué triunfo para

(1) Saint-Beuve. Port-Royal, L. 236.

Biblioteca Nacional de España

la secta poder transformar los principales Monasterios de la Visitación en otras tantas sucursales de Port-Royal! Intentaron contra las hijas de San Francisco de Sales la mentira y el miedo; pero ellas con su simplicidad de palomas, desenmascararon el embuste.

¿Cuál fué el medio de que se valieron para su defensa?

Ya la beata Margarita María lo había previsto al escribir que «este divino Corazón había de ser el medio más eficaz para preservarlos de sucumbir á un espíritu extraño, orgulloso y ambicioso que no pretendía sino arruinar el espíritu de humildad y simplicidad, fundamento del edificio que Satanás pretende demoler. No lo conseguirá si tenemos al Sagrado Corazón por protector, por defensor y por escudo» (1).

Los ataques del jansenismo contra el Corazón de Jesús siguieron. Procuraron hacer creer que se adoraba el Corazón separado del cuerpo del Señor y de la persona del Verbo; calumniaron á la beata Margarita y al P. La Colombière como plagiarios en la devoción que defendían; insultaron á los autores de las vidas de la Bienaventurada con bromas mordaces, ironías amargas y reproches injustísimos; el periódico *Nouvelles Ecclesiastiques* se hizo colector de todas las diatribas, de todos los embustes y de todas las calumnias contra los miembros de la Compañía de Jesús; á los defensores de la perseguida devoción se les llamó berruyeristas, pichonistas, alacoquistas y cordícolas, y no se vió en ellos sino partidarios de la moral relajada, jesuítas ó sospechosos de jesuítas.

Todas estas calumnias quedaron proscritas por Pío VI en la Bula *Auctorem fidei* y en sus proposiciones 62 y 63.

Pero el jansenismo engendró la Enciclopedia.

Pascal nace en el jansenismo y vive en la Enciclopedia: es el lazo que une á Port-Royal con Voltaire.

Este nuevo cuerpo de ejército, la Enciclopedia, esta fase de la Revolución religiosa tuvo un período de erupción, como los volcanes, que se llamó el Terror. Terror que difundía por todas partes, pero que también hacía presa en él. ¡Qué terror! Un terror inexplicable pero verdadero, terror más hondo y más trágico que el que se apodera de lady Macbeth en una pieza famosísima del teatro inglés.

---

(1) Carta 37.

Biblioteca Nacional de España

Allí, aquella criminal se alza sobresaltada del sueño, y delirante, cree ver que sus manos chorrean la sangre que su esposo había vertido para servir á su propia ambición y á la de la sonámbula y quiere lavarse..... lady Macbeth se lava..... y sus manos siguen goteando sangre..... vuelve á lavarse..... y gotean..... y gotean..... y siguen goteando hasta que la angustia desesperada le arranca tales voces que delata sus asesinatos y los de su esposo y quedan ambos rendidos en público patíbulo.

Algo así le pasó al Terror.

En su pecho fermentaba el odio á Cristo y al Sagrado Corazón que en vano enmascaró con el amor á la Humanidad, con el odio á las dinastías, con los chistes y bromas de la cultura y del ingenio: era odio á Cristo y á su divino Corazón. Y vió que las religiosas de Compiègne hacían escapularios del Sagrado Corazón y quiso acabar con ellos y las mandó guillotinar y las guillotinó, quedando purificado con sangre de mártires el escudo del Sagrado Corazón; y vió que las Visitandinas también hacían escudos y estampas del Sagrado Corazón y las mandó guillotinar, y como una pesadilla volvió á ver escudos en los héroes de la Bretaña y en los aristócratas proscritos y hasta en los cuellos de la familia de Luis XVI y no se pudo contener, y declaró al matarlos que lo que odiaba sobre todo era el Sagrado Corazón de Jesús y declarándolo quedó á sus pies confuso, guillotinado, muerto. *Subjecit ei omnia.*

El liberalismo, que es la Revolución sin guillotina, ha heredado los odios del Terror al Corazón de Jesucristo. Odios hipócritas, odios velados, odios contenidos, odios enmascarados, pero odios y odios implacables, satánicos, infernales.

Acaso por algún tiempo disimula y permite en buen hora las imágenes, los templos, las fiestas al Sagrado Corazón con tal que no ocupen el sitio donde él establece sus reales, que es el gobierno, pues escéptico por naturaleza, hace caso poco ó ninguno de las disquisiciones que tanto preocuparon al jansenismo. Empero si son ejércitos ó soldados que llevan en su bandera y en sus pechos el Corazón de Jesús, no los sufre y los fusila y asesina como en Castelfidardo ó en el Maestrazgo; si son pueblos que quieren poner en las puertas de sus casas los escudos del Corazón de Jesús, no los sufre y arranca las sagradas imágenes y las echa por mano de sus esbirros á los carros de la basura; si son ejércitos de peregrinos que van á Roma á aclamar al Papa Rey, no los sufre y les quita entre silbidos y pedradas los escapularios del Corazón del Jesús del pecho para piso-

Biblioteca Nacional de España

tearlos; si es una República modelo que se consagra oficialmente al Corazón de Jesús, no la sufre y asesina por la espalda á García Moreno y rompe la consagración oficial del Ecuador.

El liberalismo en estos casos se olvida de su tolerancia decantada y se acuerda que viene en línea recta del Juego de Pelota de París y de las bacanales sangrientas del 93.

El Corazón de Jesús lo vencerá.

Venció al calvinismo con las adoraciones y desagravios de los nuevos devotos; venció al jansenismo con la condenación solemne del sínodo de Pistoya; venció á la Enciclopedia, pues en su ruina se levantaron templos y se multiplicaron imágenes del Corazón de Jesús. Y al quedar vencidos y á sus pies estos enemigos le sometió el Padre á su Hijo la hipocresía farisaica, el trabajo orgulloso de investigación, el abuso de la imprenta, del poder y del favoritismo, la elocuencia, las artes, las ciencias, la erudición, la fuerza, la tiranía; todo lo que aquellos errores significaban se lo sometió: *subjecit ei omnia.*

Y seguirá venciendo y seguirá el Padre sometiéndolo, todo y lo que es lábaro de nuestra pelea será emblema de nuestra victoria.

Oid la voz de toda la Iglesia en el Sacrosanto Concilio Vaticano; oid á Pío IX, de santísima memoria; oid á León, su inmediato sucesor; oid á Pío X, nuestro actual Padre y Pontífice; todos os declararán idéntica esperanza al pedir, al conceder, al mandar y al perpetuar que el Orbe entero se consagre al Divino Corazón de Jesús.

Concluyamos, pues, que si la Revolución en su última forma odia cordialmente al Sacratísimo Corazón también encontrará en su culto su derrota.

Subjecit ei omnia.

Sí; es la ley de la Iglesia y de la glorificación de Cristo sobre sus enemigos, que sigue cumpliéndose, y que así como hasta la apostasía europea se significó, como triunfo de conquista, por el leño desde el que reinó Dios; así á partir de esa apostasía se simboliza en triunfo de Reconquista por otro lábaro de amor: el Corazón amante y desagraviado de Jesucristo.

Considerar así esta devoción es dejar hecho el necesario preámbulo para que parezca verosímil la proposición de todo este novenario: *El Corazón de Jesús, objeto de odio para el modernismo y símbolo de victoria sobre el modernismo.*

Biblioteca Nacional de España

III

División y plan de este libro.

El modernismo es más bien que una herejía el cúmulo de todas las que ha abortado Satanás desde Lutero hasta hoy: «omnium haeresum collectum (systema) esse affirmemus». «Ipsum Chti regnum evertere funditus nituntur». «Icta autem (fide) radice hac inmortalitatis, virus per omnem arborem sic propagare pergunt ut catholicae veritatis nulla sit pars unde manus abstineant, nulla quam corrumpere non elaborent» (1).

«Este sistema es más que una la reunión de *todas las herejías*: insiste él y sus secuaces en descuajar y arruinar el reino de Jesucristo; hiere y ataca la raiz misma de la vida divina, que es la fe, y difunde por todo el árbol su veneno de tal modo que no queda parte alguna de la verdad católica ilesa y salva, ninguna que no trabaje por adulterar y corromper.»

Con las cuales gravísimas palabras bien nos declara Pío X la malicia y extensión del modernismo y cómo es un general ataque dado en toda la línea al ejército católico: errores luteranos, panteistas, racionalistas, escépticos, positivistas, jansenistas, librecultistas, liberales, tolerantistas, todos *uno agmine* se lanzan contra los baluartes de la Iglesia. Mas no se lanzan paladina y abiertamente, no se propugnan con los claros sofismas cien veces pulverizados; no, sino, arrojado el lastre de la argumentación directa, se quieren imponer como necesidades de la época, por razones de conveniencia, de utilidad, como permanentes conquistas modernas, para huir la nota de reacción para no quedar estacionados y solos en medio del universal movimiento: motivo, á fe, de ningún valor, verdaderos respetos humanos, pretextos de ánimos cobardes y titubeantes, pero que son los únicos que alega y con que halaga á los suyos el modernismo.

Ya con esto solo queda indicado lo amplio de la materia, lo extendido del campo á nuestros ojos abierto. Por eso la Encíclica la considera por partes, estudiando al modernista como filósofo, cre-

---

(1) Encíclica *Pascendi*.

Biblioteca Nacional de España

yente, teólogo, crítico, exégeta, historiador y reformista, señala los caracteres del modernista, asigna las causas de tanto error y persuade y manda los remedios que se deben tomar.

Remedando casi la división del Sumo Pontífice, se dividirá este trabajo en nueve sermones ó tratados, conforme al espacio de tiempo de que en la Novena se disponía.

Abarcará algunos puntos afines de la Encíclica y que no parecieron tan vulgarizados en nuestra España; y, en cambio, por análogas ó contrarias razones algún punto del documento pontificio se dilatará en más de un sermón de éstos.

Como necesario preámbulo pone Su Santidad, y nos darán materia para dos sermones, los caracteres extrínsecos de los modernistas y el espíritu interior que los anima: aquéllos nos servirán para formar nuestra prudencia cristiana y huir de los falsos profetas; éste nos formará interiormente y nos será enseñanza bien provechosa.

Así, pues, la división y plan de todo este opúsculo será como sigue:

I. Naturaleza del modernismo.
II. Razón motiva del modernismo.
III. Agnosticismo.
IV. Immanentismo.
V. Agnosticismo é immanentismo aplicados.
VI. Modernismo social.
VII. Modernismo político.
VIII. Reformismo modernista.
IX. Antimodernismo.

Corazón de Jesús, templo del Espíritu Santo, tesoro escondido de la divina Sabiduría, centro de todas las virtudes, sagrario de la perfección y santidad, tú fuistes el origen de la Iglesia, que más hermosa que la primera Eva, salió de ese costado durante el sueño de la muerte del segundo Adán; contra ti van los tiros de esos ingratos hijos que, aparentando amor, cariño y benevolencia por ceguedad é ignorancia, hablan lenguaje de muerte y ruina; por ti queremos ser iluminados, con tu sabiduría ilustrados, con tu fuego abrasados, con tu calor animados para conocer la verdad que en ti se esconde, para abrazar el bien de que eres abismo, para aborrecer el error

Biblioteca Nacional de España

y la maldad como tú la aborreces, á fin de que volvamos á la fuente del bien y de la verdad, y toda Europa, reconocidos sus pecados, vuelva y retorne á la casa paterna y á los brazos del Padre Celestial.

Madre y abogada, gloriosa Virgen María: tú has conculcado y vencido todas las herejías del mundo, y la Iglesia tiene en ti su único auxilio y peculiar protectora. Ni fué solo en el tiempo antiguo, en Efeso y en Bizancio, donde por San Cirilo, San León y Santa Pulqueria obtuviste triunfos señalados sobre Nestorio, sobre Eutiques y aquellos primeros heresiarcas; ni fué solo tu brazo en defensa de la Iglesia contra el poder de enemigos por raza y religión colocados fuera del seno de la cristiandad, como en Viena y en Lepanto, contra el poder de los turcos; sino que tu Iglesia ha pedido y experimentado tu favor contra el poder revolucionario de Napoleón y de Víctor Manuel cuando los Pastores de la Iglesia se vieron amenazados en Savona, Fontainebleau y Saeta y por tu mano fueron libres y vencedores.

Y hablando en España y por España, tu planta santificó nuestra tierra en Zaragoza; tus apariciones fundaron nuestra nobleza y nuestro solar en la Reconquista; tus favores y tu amor bendijeron nuestros pendones en la Cruzada contra la herejía luterana y contra el poder de los turcos; tu brazo nos levantó para luchar á la desesperada contra las Constituciones revolucionarias del corso audaz; tus ojos nos miraron propicia en la guerra cruenta ó incruenta con el liberalismo; sea tu favor, Madre de España y Madre de la Iglesia, el que en ésta triture y pulverice el novísimo error y el que en nuestra patria no le deje germinar, aventando, si algunas hay, las perniciosas y envenenadas semillas. Amén.

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN PRIMERO

Naturaleza del modernismo

Filioli, novissima hora est et sicut audistis quia antichristus venit, et nunc antichristi multi facti sunt. I. Joann. 2, 18.

Hijuelos míos, ha llegado la hora postrera y lo que habéis oído de que el anticristo viene ya se ha realizado, porque han surgido muchos anticristos. S. Juan, ep. I, c. 2.

Recostado Juan en el pecho del Maestro bebió de aquella fuente viva no sólo raudales evangélicos (1) de doctrina para esclarecer el mundo con su Evangelio, sus epístolas y su predicación repitiendo aquel *quod vidimus annuntiamus* (2) os anunciamos lo que habemos visto; sino incendios también de amor para dolerse de las apostasías de los que saliendo de la Iglesia nunca habían sido de ella: *ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis* (3). Conocimiento de la persona del Señor, de su divinidad, de su realeza, *rex omnium regum terrae* (4); dolor amoroso del desconocimiento, del desprecio, de las negaciones de los hombres para con el Señor *antichristi multi facti sunt* (5) y admiración de la grandeza del brazo divino restaurando el imperio de Jesucristo en toda la historia del mundo; *dignus est Agnus qui occisus est...* (6) son las ideas que llenaban el pecho del discípulo amado y que resumen toda su predicación y el asunto de sus escritos.

¿Qué hace la devoción al sacratísimo Corazón sino discípulos amados y amantes del Señor? Ella nos regala con el conocimiento de aquel Corazón «abismo de virtudes,» «secreto y tesoro de sabiduría y ciencia,» «habitación y morada de la plenitud de la divinidad» (7);

(1) Fluenta Evangelii de ipso sacro Dominici pectoris fonte potavit. Off. Eccl in eius fest. die 26 Dec.—(2) Joann. 1, 14.—(3) I. 2, 19.—(4) Apoc. 1, 5.—(5) I. 2, 18.—(6) Apoc. 5, 12.—(7) Cor Jesu, virtutum omnium abyssus. Cor Jesu, in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae. Cor Jesu, in quo habitat omnis plenitudo divinitatis.—Litan SS. Cord.

Biblioteca Nacional de España

ella nos une con él no recostándonos en el pecho que lo encierra, sino abrazándonos y transformándonos en sí mismo por la frecuente Comunión; razón será, que como hemos sido elegidos para la imitación del Amado Discípulo, así sean también nuestras virtudes imitación de las suyas. Quedemos, pues, llenos de esplendores y luces de la fe para reconocer, confesar y pregonar la divinidad, el principado y la realeza de Cristo; quedemos abrasados en los ardores y llamas de su amor para consumirnos en dolor al ver la apostasía de tantos anticristos; quedemos por fin esforzados, esperanzados y dispuestos á reivindicar sus privilegios para Cristo, sabiendo que hoy como ayer y como siempre *oportet illum regnare* será suya la victoria, el honor, la corona y el perdurable triunfo.

Anticristos, cuya apostasía debemos llorar, ha habido siempre en la Iglesia de Dios y hoy día son en crecido número: racionalistas, que niegan lo sobrenatural; positivistas, que se desentienden de toda razón y argumento en prueba de la verdad; tolerantistas y liberales, que dan ó permiten iguales derechos á Dios que á Satanás; católicos liberales, que á pesar de su tolerancia perniciosa quieren vivir en el seno del catolicismo; socialistas, que sueñan con despojar á los más acaudalados en pro de sus ambiciosas fantasías; todos estos y muchos más son en último término enemigos de la Cruz de Cristo, de su adorable Persona, anticristos.

Mas á los que se les aplican del todo las palabras de San Juan es á los modernistas. Después que el Apóstol amado ha dicho que son enemigos de última hora y anticristos, pregunta: ¿Quién es ese mendaz y falsario anticristo, sino el que niega que Jesús es Cristo y es Dios? Este es el verdadero anticristo, que de consecuencia en consecuencia negando al Hijo, negará al Padre, *qui negat Filium, nec Patrem habet*.

Pues enemigos de última hora son también los modernistas; *postrema hac aetate*, de esta última época, los llama Su Santidad: y enemigos que con atrevimiento sacrílego niegan la divinidad de Jesucristo y reducen y aminoran su divina Persona al rango de puro y simple hombre *ausu sacrilego Divini Reparatoris Personam ad purum putumque hominem extenuant;* anticristos verdaderos, que como los de San Juan, negando al Hijo, niegan al Padre y de acristianos se truecan en ateos: *ex agnosticismo, ad atheismum scientificum et historicum modernistae transeunt.*

Contra estos anticristos debemos esgrimir nuestras armas, para lo cual debemos antes de todo conocerlos.

Biblioteca Nacional de España

Estudiemos, pues: 1), los caracteres extrínsecos de los modernistas; 2), la síntesis é historia de su error; 3), la importancia que tiene su refutación.

Imploremos, etc. *Ave María.*

I

Caracteres extrínsecos de los modernistas.

Guardáos de los profetas falsos que se os presentan con piel de ovejas y son por dentro lobos rapaces (1): con estas palabras prevenía el Salvador á sus primeros discípulos y en ellos á los de todos los tiempos y á nosotros también contra los falsos amigos y crueles enemigos que habían de hacer á su Iglesia y á nuestras almas la más cruel y peligrosa de las guerras y estas palabras son las que apoyados en la autoridad de Pío X repetimos hoy y repetiremos sin cesar contra los modernistas.

Y es muy de notar que empeñada la lucha eterna de la Iglesia, que es la de Jesucristo contra Satanás, con tantos enemigos, con protestantes y cismáticos y racionalistas y sensualistas y radicales y ateos y materialistas y socialistas y anarquistas, etc., el Sumo Pontífice da la preferencia en la vigilancia y en el anatema á estos lobos con piel de ovejas, declarándolos *Ecclesiae adversarios quovis alio perniciosiores* los adversarios y enemigos de la Iglesia más perniciosos.

¿Y por qué? Precisamente por la piel de ovejas.

Imita el Pastor supremo la conducta del Pastor de los Pastores que dirigió y asegundó y repitió sus anatemas y tristes amenazas y llenó de ellas los Evangelios contra los que oraban largas oraciones, contra los que profanaban sentándose en ella la cátedra de Moisés, contra los guardadores de la ley, que se prevalían de todos estos privilegios para oponer muro de resistencia á su doctrina; sigue las huellas de todos sus predecesores y singularmente de Pío IX que murió declarando los más funestos á los católicos liberales y más funestos que los monstruos de la *Commune*.

---

(1) S. Mat. 7,15.

Biblioteca Nacional de España

¿Cuál es este disfraz de los modernistas? ¿Cómo han abusado de él? ¿Cómo los conoceremos? Todo esto lo vamos á estudiar y á aprender para gran provecho y formación de la prudencia cristiana, de aquella prudencia, digo, que ni condena los actos buenos porque abusen de ellos los malos, ni se deja embelesar de los malos porque se presenten practicando actos buenos, sino que tiene y observa aquel justo medio que en la materia de castidad dió San Gregorio M.: *Nec castitas ergo magna est sine bono opere, nec opus bonum est aliquod sine castitate:* Ni hay castidad que valga sin buenas obras, ni buena obra ninguna sin castidad; y que se aplica muchísimo más á la fe: Ni la fe sirve de nada sin buenas obras, ni las obras buenas son para el cielo más que hipocresía sin la fe.

Los modernistas, pues, tienen obras buenas, quieren ser llamados y tenidos por buenos y óptimos católicos, se ofenden y se exacerban cuando los otros católicos los refutan ó redarguyen y hasta llegan á hacer broquel y escudo suyo la censura eclesiástica, la amistad del clero, la longanimidad con que los tolera la Iglesia.

Oigamos la voz del Sumo Pontífice:

«Agrégase también en los modernistas, y es aptísimo medio de ofuscar, un género de vida extraordinariamente activo, un estudio vehemente y continuo de toda clase de erudición y el esplendor y alabanza que buscan con unas costumbres por lo común austeras»(1).

Comentario de esta descripción son los siguientes panegíricos de los modernistas, trazados ó por sí mismos ó por plumas de sus parciales.

Corifeo de los modernistas italianos y conocidísimo y célebre en todo el mundo es el abate Rómulo Murri y de él nos hacen retratos, como el que se va á ver, plumas tan amigas como la del abate Naudet en Francia, que asienta haber sido su revista la *Justice Sociale* lo que en Italia quiso ser la *Cultura Sociale* de Rómulo Murri, y el abate Verdessi, que es redactor en Milán de la hoja democrática *L'Osservatore Cattolico* y colaborador de la revista protestante *Foi et Vie.*

«Murri es un sacerdote joven, activo, fogoso, batallador, audaz; su cultura amplia y abundante la bebió en la Universidad gregoriana y en la Universidad oficial; su campaña en Italia y en los quince años que precedieron á la Encíclica *Pascendi*, no ha tenido otro móvil que responder á los múltiples problemas que la exégesis, la filosofía, la sociología y la historia moderna discuten;

---

(1) Accedit praeterea in illis, aptissime ad fallendos animos, genus vitae cum maxime actuosum, assidua ac vehemens ad omnem eruditionem occupatio, moribus plerumque austeris quaesita laus. Encíclica *Pascendi* sub init.

Biblioteca Nacional de España

su celo se ha manifestado fundando la *Obra de los Congresos*, la *Liga democrática nacional*, dirigiendo y redactando la *Cultura* y siendo como el centro de atracción de mucha juventud ilustrada, á quien preocupa la crisis actual del catolicismo.....» (1).

Por sus trabajos de propaganda y por su novela *Il Santo*, que pronto fué traducida y obtuvo cinco ediciones en Francia, y que, aunque tarde, dolorosamente ha sido también puesta en castellano, es otro jefe y encarnación del modernismo el senador romano Antonio Fogazzaro.

Bastará para el fin de este instante recordar que, conocido por sus campañas y obras modernistas en las cuales había ejercitado esa actividad perniciosa de que habla el Papa, fué llamado á París en Enero de 1907 por hombres que se llamaban Blondel, Bureau, Fonsegrive, Klein, Hemmer, Laberthonière, Lemire, en fin, por los redactores de *Le Bulletin de la Semaine*, para que les diera una conferencia, y que él lo hizo cumplidamente, leyendo el programa de modernismo que presentó en el capítulo II de su reprobada novela. Pues la presentación, el saludo que le dirigió Mr. Imbart corresponde á las ideas que sus obras nos dan de él. Aquel pequeño mundo «de la Francia liberal, espiritualista y cristiana» saluda y acaricia en Fogazzaro «al maestro incansable», al «escritor que se ha hecho en su patria y en Europa entera el conquistador por la hermosura y belleza de su estilo», «al creyente de grandeza incomparable, que junta la mayor libertad de pensamiento con la mayor lealtad á su fe», al «pensador profundo en esta crisis dolorosa que engendra un mundo nuevo»....., etc.....

La misma revista glorificó á Fogazzaro en 30 de Octubre del 1906, con ocasión de la condenación hecha por Roma de su novela modernista; y dejando los otros elogios, confirma el que á sí mismo se tributó el autor al llamarse *Caballero del Espíritu Santo:* «lo ha merecido por haber llevado á las almas el reposo, la fuerza y la justicia; por habernos enseñado que la ciencia es una prolongación de la fe, no su contradicción.....»

Por desgracia, fuera de los elogios interesados, todo lo demás que aquí se alaba y de que aquí se desprende, la actividad tenaz, la propaganda incansable, el uso de todos los medios de palabra y de escrito, el luchar ininterrumpido de Fogazzaro y los modernistas es amarga, pero certísima realidad.

---

(1) *La Justice Sociale*, 30 Junio 1906.—*La Vie Catholique*, 19 Enero 1907.

Biblioteca Nacional de España

Lo mismo se puede ver en el abate Loisy, por citar siquiera al que es un adelantado del modernismo, y que por sus extravagantes aseveraciones pasa entre algunos por su única personificación (1).

En la ya citada novela *Il Santo, vademécum* verdadero del modernismo, se nos presentan estos «católicos liberales», «católicos progresistas», «caballeros del Espíritu Santo», «cristianos reformadores» con los mismos caracteres de celo, actividad, propaganda y acción para su ruinosa empresa, que deplora Su Santidad y que estamos deplorando: allí estos hombres de perdición se presentan como profesores en Universidades y Seminarios, publicistas y eruditos, periodistas y oradores; todos animados de celo ardiente por la Iglesia, todos del linaje y corte de Giovanni Selva, figura que lo mismo puede ser Rómulo Murri en Italia, que Alfredo Loisy en Francia, que Tyrrell en Inglaterra, que el Dr. Schell en Alemania, y por el cual suplica describiéndolo Benedetto en presencia del propio Pío X:

—«¡Es un justo, es un gran Santo! Sus libros han sido denunciados al Índice, y acaso tendrán algunas opiniones atrevidas. Pero ¿qué comparación puede haber entre la religiosidad ardiente y profunda de los libros de Selva y el formalismo gélido, miserable, de tantos y tantos libros que corren en manos del clero más que el Evangelio? Santísimo Padre, la condenación de Selva daría un golpe terrible á las energías más vitales y más activas del catolicismo» (2).

Sobre la austeridad y justicia de Selva, á quien su autor llama «Legión», está la pretendida santidad del protagonista de la obra de Benedetto, del Santo. Benedetto es para el novelador modernista el tipo ideal de la virtud nueva, el apóstol del nuevo error, el hombre de Dios de la secta. De sus errores y falsas direcciones ascéticas y de fe habrá ocasión de tratar más tarde, mas ahora caen como en su lugar algunos de los consejos que moribundo, liado en una manta, conducido al pobre lecho de un jardinero, entre los brazos de éste y de una Hermana de la Caridad da Benedetto á la flor de sus amigos, á los apóstoles del modernismo: actividad y honestidad.

Pero veamos el lenguaje seudo-ascético empleado para autorizar esos consejos, como los consejos sirven para autorizar la secta.

---

(1) Véanse en *Razón y Fe* los artículos acerca de *El abate Alfredo Loisy* y los demás sobre el modernismo, y en la *Civiltà Cattolica* los dedicados al propio asunto, y se comprenderá la actividad desplegada por los sectarios en propagar y extender sus ideas.—(2) Pág. 279.

Biblioteca Nacional de España

«Trabajad para que la fe purificada penetre en la vida..... No toméis públicamente el puesto de los Pastores de la Iglesia, sino trabajad en lo que es posible: trabaje cada uno en su familia, trabaje entre sus amigos personales; los que puedan trabajen con libros y escritos, y de este modo prepararéis el terreno en donde surgen los Pastores.....»

«Sed puros en vuestra vida, porque si no deshonraréis á Cristo delante del mundo; sed puros en vuestro pensamiento, porque si no deshonraréis á Cristo delante de los espíritus buenos y de los espíritus malos que combaten en el corazón de los vivientes..... Sed santos: no busquéis ni lucro ni honras; vivid de rentas comunes; dad para vuestras obras de verdad y de caridad lo que os sobra, como os dicte la voz interior del Espíritu; sed amigos bienhechores para todos los dolores humanos que se os presenten; estad llenos de mansedumbre para con todos los que os ofenden ó que os burlan y zahieren, y tendréis así muchos aún dentro de la Iglesia; sed intrépidos ante la desgracia; favorecéos unos á otros. Si no hacéis esto no serviréis al Espíritu de Verdad, y si lo hacéis la Verdad será por sus frutos conocida del mundo y por vuestros frutos sabrán vuestros hermanos que sois de la Verdad» (1).

Por desdicha este programa de actividad y celo, de humanitarismo y filantropía, de desinterés y moralidad se cumplió bastante bien y los modernistas llenaron á Europa de revistas impregnadas de su virus, como *Il Rinovamento*, *La Cultura Sociale*, *Domani d' Italia*, *L' Osservatore Cattolico de Milan*, *Demain*, *La Justice Sociale*, *La Vie Catholique*, *La Quinzaine*, *Bulletin de la Semaine*, *Annales de philosophie chrétienne*, *Revue d' histoire et de littérature religieuse*, *Revue critique*, *Quaterly Review*, *Hochland*, por citar sólo algunas de las más señaladas; fueron legión en cien y cien libros y escritos de Loisy, Blondel, Laberthonière, Klein, Tyrrell, Le Roy, Murri, Semeria, Schell, Saintyves, Lagrange, Naudet, Boeglin, Gayraud, Lemire, Rifaux, Fonsegrive, Sangnier, Houtin, Viollet, Hemmer, Fogazzaro, y muchísimos más que con discursos, conferencias, lecciones y libros empujaban el movimiento modernista; se hicieron ellos en muchas ocasiones el alma y el eje de las obras sociales, peregrinaciones obreras, congresos de sacerdotes ó católicos, conferencias del clero, inficionando instituciones enteras como la llamada *Le Sillon* con sus revistas, hombres y ardiente, pero en muchos casos poco atentada juventud.

Y como todos ven, estos hombres no sólo son activos, quieren aparecer filántropos, sino que á todo trance quieren ser católicos, ser tenidos por católicos, vivir dentro de la Iglesia (2).

---

(1) Pág. 368.—(2) Qua in re ut moram ne interponamus illud in primis exigit, quod fautores errorum iam non inter apertos hostes quarendi sunt modo; verum

Biblioteca Nacional de España

«Y es razón principalísima para no dilatar el remedio á este mal del modernismo, que los fautores de estos errores no están sólo entre los enemigos paladinos de la Iglesia, sino lo que es más triste y temible, se esconden en el seno mismo de ella, y son tanto más perniciosos cuanto más disimulados.»

Y continúa el Papa:

«Hablamos, venerables hermanos, de muchos católicos laicos unos y, lo que es mucho más deplorable, sacerdotes otros.....» (1).

«Y de que Nos deputemos hombres así por enemigos de la Iglesia nadie se sorprenderá con razón, aunque ellos se den por sorprendidos» (2).

Y en otro lugar después de lamentar el Pontífice la falsa sumisión y obediencia de los novadores, que heridos por el anatema y la condenación inclinan, hipócritas, la cerviz, pero sin desistir de su intento, añade la razón que para ello tienen y es no salir de la Iglesia porque eso es lo que hace á sus intentos de mejor cambiarla y trocarla (3).

Este empeño de ser y parecer católicos los lleva á sufrir mal el celo de aquellos que se afanaban por arrancarles la máscara y el disfraz llegando al denuesto, al testimonio, á la ofensa (4).

«Tienen fuerza contra los modernistas lo que escribía con angustia suma nuestro inmediato Predecesor. Para hacer despreciable y odiosa á la mística Esposa de Jesucristo que es luz del mundo acostumbran los hijos de las tinieblas á calumniarla torpemente

---

quod dolendum maxime verendumque est, in ipso latent sinu gremioque Ecclesiae eo sane nocentiores quo minus perspicui. Encíclica *Pascendi* sub init.—(1) Loquimur, Ven. FF., de multis e catholicorum laicorum numero, quin, quod longe miserabilius ex ipso sacerdotum coetu... — (2) Homines eiusmodi Ecclesiae Nos hostibus adscribere, etsi mirentur ipsi, nemo tamen mirabitur iure... Ibid.— (3) Sic autem volentes omnino prudentesque agunt; tum quia tenent auctoritatem stimulandam esse non evertendam; tum quia necesse illis est intra Ecclesiae septa manere ut collectivam conscientiam sensim immutent.—(4) Valent enim de modernistarum grege, quae moerore summo Decessor noster scribebat: Ut mysticam Sponsam Christi, qui lux vera est, in contemptum et invidiam vocarent tenebrarum filii consuevere in vulgus eam vecordi calumnia impetere et conversa rerum nominumque ratione et vi compellare obscuritatis amicam, altricem ignorantiae, scientiarum lumini et progressui infensam. Quae cum ita sint, Ven. FF., mirum non est si catholicos homines; qui strenue pro Ecclesia decertant, suma malevolentia et livore modernistae impetunt. Nullum est injuriarum genus, quo illos non lacerent; sed ignorantiae passim pervicaciaeque accusant. Quod si refellentinm eruditionem et vim pertimescant, efficaciam derogant conjurato silentio. Encíclica *Pascendi* sub med.

Biblioteca Nacional de España

á los ojos del vulgo y, mudada la fuerza y significación de las palabras, llamarla oscurantista, fautora de la ignorancia y enemiga de las luces y del progreso. Y así, venerables hermanos, no es raro que los modernistas ataquen con envidia y malevolencia suma á los católicos que luchan incansables por la Iglesia. No hay linaje de insulto que no escupan contra ellos, acusándolos sobre todo de ignorancia é indocilidad. Y cuando temen su erudición y fuerza en refutarlos, les quitan eficacia envolviéndolos en afectado silencio» (1).

Poco trabajo, y aún mejor ninguno, costará ver confirmadas esas aseveraciones de la Encíclica en los dichos y hechos de los autores ahí indicados.

Porque el deseo de llamarse católicos y de vivir y quedarse entre ellos es esencial á todos los modernistas antes y aun después de la condenación y palpita en estos párrafos primocurrentes de *El Santo*:

—«Ahora mirad lo que quiero yo responder al abate Marinier. Seamos nosotros algo así como los profetas de ese Santo, de ese Mesías; preparémosle sus caminos. Lo único que quiero decir con esto, es que trabajemos en hacer sentir, por dondequiera, la necesidad de renovar en nuestra religión todo lo que es vestido y no cuerpo de la Verdad, aunque esta renovación cueste á algunas conciencias dolores de parto. *Ingemiscit et parturit.* Y todo esto se hará permaneciendo dentro del más puro catolicismo, esperando de las autoridades viejas leyes nuevas» (2).

Pues en otra parte hablando Benedetto:

«La Iglesia es un laboratorio de verdad sin cesar en acción, y Dios os manda que os quedéis en la Iglesia, que trabajéis en la Iglesia, para que seais en la Iglesia manantial de aguas vivas.»

«Pues ¿cuál es vuestra fe si habláis de salir de la Iglesia porque os han molestado algunas ideas mohosas de sus cabezas, algunos decretos de las Congregaciones romanas, algunas maneras de gobierno de un Papa?..... Si unidos en el seno de la Iglesia y en el espíritu de Cristo os unís á El en el Sacramento, ¿os turbaréis por los decretos del Índice ó del Santo Oficio? Si abandonados en ese seno maternal penetráis por las obscuridades de la muerte, ¿os será menos dulce la paz que os venga de Cristo porque un Papa fué hostil á la democracia cristiana?» (3).

Sirvan para el mismo propósito estas afirmaciones de Murri después de su condenación, reunidas en una entrevista con un redactor del *Spettatore* de Roma (Junio 1906):

«Cuando se ve á uno en oposición de ideas ó de conducta en el orden social ó político con el Vaticano, se piensa inmediatamente que no tiene otra

(1) Encíclica *Pascendi* sub med.—(2) Pág. 54.—(3) Pág. 236.

Biblioteca Nacional de España

salida lógica que la deserción de la Iglesia; y cuando no se hace eso, el público le tiene á uno por hombre blando, cobarde, que quiere y no quiere, que no va al fondo de la cuestión: como si ir al fondo no fuera, en este caso, equivocar el camino. Este público, juzgando así, es excusable, por aplicar á lo presente las categorías de lo pasado. Los novadores que él conoce, ó salían del verdadero catolicismo, ó se oponían paladinamente al cristianismo falso y corrompido que ellos decían ser el de la Iglesia romana. Hoy día no es así: precisamente la garantía que tenemos para el sujetivismo religioso, es que buscamos un cristianismo verdadero en lo común y uno de las creencias, una socialidad de la fe y de la vida religiosa, que es prueba y efecto de la presencia del Espíritu Santo en la sociedad cristiana. Ved, pues, por qué los críticos más avanzados y más radicales quieren quedarse en la unidad de la Iglesia á toda costa, menos á la de una mentira contra su propia conciencia de investigadores imparciales de los hechos.»

Antes de adelantar un paso queden como subrayadas ideas contenidas en esas confesiones y que nos servirán desde ahora. La razón y el por qué de quedarse en la Iglesia después del anatema es porque entienden caber dentro de la Iglesia todas las opiniones, es el escepticismo, el tolerantismo religioso: á esto es á lo que con hipocresía se llama al principio divergencias con el Vaticano en conducta, miras, puntos sociales ó políticos. Menester es andar sobre aviso y muy prevenidos contra este diccionario modernista, por desgracia no desconocido de nuestra patria.

Pero ese indiferentismo dogmático, esa tolerancia con los errores no la usan con los apologistas que contra ellos dan la voz de alerta, tocan al arma, claman como atalayas vigilantes, ponen en tela de juicio la realidad de su título de católicos. Ya lo dice Su Santidad en palabras que quedan citadas y que no hacen sino condensar largas páginas de la historia de este error.

Se trataba de los libros del abate Loisy, su condenación se discutía en Roma y los teólogos y los publicistas, con autoridad privada, pero en fuerza de las razones contundentes, delataban á la execración pública los errores de un sacerdote tanto más pernicioso, cuanto más autorizado. Estaban á ello obligados por títulos de caridad y de justicia: el bien común lo reclamaba, su oficio y calidad se lo imponían. Pero los modernistas se veían desenmascarados y desenmascararse y, por ejemplo, por boca de Fonsegrive en *La Quinzaine* decían la siguiente «palabra de paz, de docilidad, de libertad:»

Para Loisy, ó mejor para las escandalosas audacias de Loisy, veamos la mansedumbre que tiene:

Biblioteca Nacional de España

«En primer término repruebo toda palabra de odio, toda insinuación maligna acerca de la rectitud é intenciones de un escritor falible, sin duda, como todos nosotros, pero estimable, y cuya ciencia, trabajo austero, talento y carácter empezaban á exigir el respeto de todos.....»

Para los apologistas que opusieron muro *pro domo Israel*, es la dulzura y melosidad de llamar á su acción «miserables procedimientos de Inquisición», «chismes y delaciones miserables», «suspiciones impertinentes de la ortodoxia de un respetable sacerdote»; y á ellos mismos «sicofantes de entendimiento, sin talento, sin más autoridad que la que le da su soberbia y que predican sin cesar la obediencia á la fe y son ellos los más desobedientes...»

Continuando las dulcedumbres, prosigue Fonsegrive dirigiéndose al Mr. el abate Maignen y á los demás defensores de la ortodoxia, y los llama «semejantes á esos pájaros que andan volando alrededor de las casas donde va á entrar la muerte... pájaros negros, pájaros inmundos, no tendremos jamás bastante desprecio para con su ingrato natural, bastante compasión para con su miseria y ruindad, bastante tristeza para con su ceguera (1).

Estos son los modernistas pintados por sí mismos.

Verdaderamente urgía su condenación.

¿Y podrán llegar á más? ¿A más que á llamarse católicos, á más que á insultar á los buenos que los descubran? ¿A más?

Sí: podrán llegar hasta el *Ave, Rabbi;* hasta el beso de Judas.

Porque no se contentarán con la agitación febril de una actividad imprudente con que aparezcan yendo al pueblo, fundando círculos, asociaciones sociales, conferencias para el clero, congresos, ya de eclesiásticos, ya de laicos, escribiendo libros y revistas donde si no impera la más sana y tradicional doctrina escolástica, por lo menos se compite en erudición con los racionalistas más orgullosos de ella, saliendo, según su frase, de las sacristías para llenarlo todo, agitarlo todo, dominarlo todo; ni se satisfarán con orgullosas protestas de catolicismo y con erguirse heridos escupiendo los insultos de refractarios, reaccionarios y desobedientes contra los apologistas que con razones sólidas y argumentos contundentes salgan á ata-

(1) *La Quinzaine*, 16 Diciembre 1906, pág. 440.

Biblioteca Nacional de España

jarles los pasos: no se satisfarán, digo, con nada de esto para parecer verdaderos católicos, sino que cubrirán sus mercancías con la censura eclesiástica y sus personas con la mentida amistad de príncipes de la Iglesia.

Ya Su Santidad da la voz de alerta cuando al prescribir á los Pastores en la Encíclica la vigilancia que sobre los libros y los periódicos han de ejercer, les apercibe que no se detengan en condenar por ver la aprobación eclesiástica á la cabeza del libro (1).

«No os detenga (para condenar libros), venerables hermanos, el que los libros de algún autor estén provistos de la licencia, llamada *Imprimatur;* porque á veces puede ser fingida, ó porque fué dada con negligencia ó excesiva benignidad ó confianza nimia en el autor, cosa que ha sucedido alguna vez en las Ordenes Religiosas» (2).

La cautela y prudencia de las palabras pontificias nos descubren bien á las claras la audacia y empeño modernistas en conservar la piel de ovejas, amonestan á los fieles acerca del valor de la censura eclesiástica, que nunca es definitiva sino cuando procede de autoridad pontificia, y confirman los mil hechos de la historia de libros aprobados por los Ordinarios, objeto primero de denuncia privada, luego de discusión pública, y por último, de condenación suprema é inclusión en el Indice de la Inquisición Romana.

Los modernistas, decíamos, abusan de la censura diocesana y aún de la aprobación de la Comisión de Estudios bíblicos y de la amistad y benevolencia de los Príncipes de la Iglesia.

Esta última queja la repite delicadamente Su Santidad en los comienzos de la Encíclica. Porque refiriéndose primero á los últimos tiempos en general, se duele de lo mucho que ha crecido el número de enemigos de la Cruz de Jesucristo, y cómo han abusado de la benignidad usada con ellos como con hijos, esperando su arrepentimiento y conversión (3).

---

(1) Nihil vos teneat, Ven. FF., quod forte libri alicujus auctor ea sit alibi facultate donatus, quam vulgo *Imprimatur* appellant; tum quia simulata esse possit, tum quia vel negligentius data vel benignitate nimia nimiave fiducia de auctore concepta, quod postremum in religiosorum forte Ordinibus aliquando evenit...»—(2) Encíclica *Pascendi* sub fin.—(3) Verumtamen inimicorum Crucis Christi postrema hac aetate numerum crevisse admodum fatendum est... Equidem speravimus huiusmodi quandoque homines ad meliora revocare; quo in genere suavitate primum cum filiis, tum vero severitate, demum quamquam inviti animadversione publica usi sumus. Nostis tamen, Ven. FF., quam haec fecerimus inaniter.»

Biblioteca Nacional de España

Permitidme que á las palabras del Pontífice añada otras de los mismos modernistas, aunque nos nausee oir á Judas alabándose de que la mansedumbre de Dios Hombre le soportó á su lado.

Del abate Loisy, adelantado en las fronteras modernistas, escribía su admirador Mr. el abate Dabry, que siendo en el instante el más grande exégeta del catolicismo era con todo «el más sumiso y obediente á la autoridad de León XIII» (1). La filosofía modernista, que no era sino un kantismo hipócrita, se quiso poner bajo la égida protectora de la mente de León XIII y así escribía el abate Goosjeau: «Seguir la dirección kantista es interpretar en el sentido más recto y claro las exhortaciones hechas repetidas veces por León XIII» (2); y el abate Mans, discípulo del modernista Blondel, repetía del kantismo y aludiendo á la Encíclica *Aeterni Patris* que «era suficiente para restaurar de un modo definitivo y sobre base sólida la filosofía cristiana» (3).

Oigamos las elocuentes palabras de Mgr. Turinaz, obispo de Nancy, que resumen todo este punto y el anterior y nos ahorran la enfadosa tarea de oir á los propios reos.

El celoso vigía de Israel denunció á sus hermanos de Episcopado y á la autoridad pontificia el peligro modernista en libro que merece llamarse precursor de la Bula *Pascendi*.

«Recuerda León XIII las apostasías que regocijan á los enemigos de la Iglesia, y hacen llorar á los Obispos y á los piadosos fieles. ¿Cuáles son? Las de aquellos sacerdotes que caen por haberse, temerarios, entregado á pendientes resbaladizas, desoyendo las caritativas advertencias de sus superiores y de sus hermanos más viejos y experimentados. Pues, ¿cuáles son esas pendientes resbaladizas que llevan á la apostasía? Son un celo presuntuoso que desdeña las reglas tradicionales de la discreción, de la modestia y de la prudencia sacerdotal; las innovaciones peligrosísimas de lenguaje, de comportamiento y de relaciones, innovaciones paliadas con las pretendidas necesidades de acomodar las necesidades del ministerio á los tiempos en que vivimos: el celo presuntuoso, que llama anticuados é incompatibles con tales necesidades los principios de disciplina y de conducta que estos sacerdotes recibieron de sus mayores en los Seminarios. En una palabra, es la transformación por un celo vanidoso y ciego de las condiciones del clero francés, de la enseñanza y de la formación de los sacerdotes jóvenes; innovaciones de disciplina y formación sacerdotal que tienen por auxiliares y por principios innovaciones más funestas aún, condenadas ya por León XIII en esta misma carta al clero francés, innovaciones en filosofía, en teología, en la crítica é interpretación

(1) *La Vie Catholique*, 21 Octubre 1900.—(2) *Razón y Fe*, Mayo 1906, pág. 46. (3) Ibid.

Biblioteca Nacional de España

de los libros santos, en la apología y que toca los fundamentos mismos del dogma cristiano.»

Esta es la descripción del error, con lo cual se ve que sobre los modernistas van las palabras que siguen y que completan nuestras ideas:

«Pues, ¿quién son los apóstoles, los promotores, los organizadores de tales novedades? Los que nos hablan á cada instante de las direcciones pontificias, que acusan diariamente de ser refractarios (ellos quieren decir rebeldes), á los que se permiten no pensar como ellos en alguna cuestión, y sobre todo en todas sus innovaciones, tentativas y tendencias. Interpretan á su gusto las direcciones pontificias en un punto particular de conducta; y en cambio, ¿qué hacen de las enseñanzas solemnes y hasta dogmáticas de León XIII, de esas enseñanzas citadas por mi desde el principio al fin de esta demostración? ¿Quién son esos modernistas sino los que á sí mismos se llaman demócratas cristianos? Porque si alguno de los escritores cuyos errores he señalado, como, v. gr., Mr. Loisy, no ha hecho, á lo que yo sepa, profesión expresa de democracia cristiana, sin embargo en las revistas de los tales demócratas ha publicado sus escritos, y estas revistas y estos diarios de los demócratas cristianos son los que le han sostenido, alabado y preconizado» (1).

Mas ¿para qué aducir testimonios particulares cuando nada más común en los modernistas que ponerse todos en bloque á la sombra del Episcopado y de León XIII?

En 1900 los demócratas cristianos, llamándose reformadores de la Iglesia, calumniaban al Episcopado francés diciendo «que al soplo renovador de la democracia se arrancaba de las tradicionales ideas y viejas rutinas y los llamaba á ellos como amigos y guías» (2).

Después de la condenación del modernismo se han querido hacer maravillas para conservar la piel de ovejas, la máscara de catolicismo. Ya se ha dicho que precisamente Pío X no ha querido sino lo que los modernistas querían (3); ya con despecho se ha querido oponer Papa á Papa y León á Pío (4); ya por último, se ha afectado no ser entendidos (5) y se ha afectado esperar el triunfo propio precisamente de la condenación.

Para protestar de ésta y á raíz de ella tuvieron últimamente los cabezas del modernismo un congreso ó asamblea en Roma, de donde salió un manifiesto intitulado: *Le Programme des Modernistes,* donde

---

(1) *Perils de la foi et la discipline*, páginas 98-99.—(2) *La Vie Catholique*, 14 Octubre 1900.—(3) Ibid., 21 Septiembre 1907.—(4) Ibid., 11 Mayo 1907.—(5) M. Fonsegrive, *Le Temps*, 28 Septiembre 1907 y 9 Febrero 1907.

Biblioteca Nacional de España

reiteran la protesta de ser católicos y se irritan contra los que les acusan de hacer traición al catolicismo.

Basta ya, amados hermanos míos, de asquerosa hiprocresía, que ni es nueva en la historia de la Iglesia, ni ¡ay Dios! será tampoco la última. Después de la del falso Apóstol cenando con el ya vendido Maestro, recibiendo el bocado de pan, comulgando de su mano, aceptando y permitiendo cálidos besos en sus traidores pies, no ha cesado nunca de ser imitada por los novadores. Arrio es activo presbítero de Alejandría; Nestorio extrema su celo contra los gentiles y arrianos é insulta á Cirilo, que le convence de error en la fe; Eusebio de Cesárea es erudito historiador, dedicándose á ello para evitar las cuestiones que San Atanasio promovía y así se hace principal fautor del semiarrianismo; Ursacio y Valente seducen al orbe que «sorprendido gimió de verse arriano»; Celestio busca salvaguardia contra San Agustín y su Concilio en el candor de San Zósimo, á quien sorprende; luteranos y erasmistas se gloriaban de la amistad de León X y temblaron despechados cuando este Pontífice escribió la condenación del luteranismo; Saint-Cyran, y Pascal y Arnoldo y Quesnell y todo el jansenismo buscó, según la frase de un escritor, vivir en la Iglesia á pesar de la Iglesia y siendo por ella rechazados y arrojados de su seno aquellos heresiarcas y fautores buscaron y pretendieron quedarse y permanecer en ella; Lamennais y Montalembert y los católicos-liberales que tanto amargaron el Pontificado de Pío IX, jamás se profesaron anticatólicos. Y en nuestra España ¿quién no sabe las seducciones frustradas de D. Opas al rey D. Pelayo; la guerra cruel del malacitano Hostigesis y su concilio contra San Eulogio, el abad Sanson, San Alvaro y todo el pueblo de los muzárabes; las inquietudes del erasmista Vives y de los erasmistas todos contra el fallo de la Inquisición española; las turbulencias suscitadas por el arzobispo Carranza, sospechoso de luteranismo; y en nuestra edad las protestas de catolicismo entre que nació la Constitución liberal de 1812, los Muñoz Torreros, Villanuevas, Listas, Gallegos y otros indignos sacerdotes patrocinadores de nuestra Revolución; y el continuo alarde de catolicismo, pero ilustrado, tolerante, culto, que hace nuestra prensa aún la más y más fervientemente liberal?

El modernismo, pues, se presenta vestido como sus ascendientes: como sus ascendientes también será conocido.

¿Cómo? *A fructibus, a fermento, a doctrina.*

Por sus frutos, por su agria levadura, por su doctrina.

Biblioteca Nacional de España

II

Síntesis del modernismo.

Y todas estas manifestaciones de celo ardoroso y trabajador, todas esas protestas de ser y querer seguir siendo católicos é hijos de la Iglesia, esa misma molestia revelada en el lenguaje acre y punzante al ver puesta en duda la propia ortodoxia, esa complacencia en gozar de las distinciones de los Padres y Pastores de Israel, todo ese cúmulo de apariencias favorables, ¡ay! no sirven de nada; aún es peor, sirven de mucho mal, porque no se asientan sobre el firme cimiento de la integridad de la fe, del espíritu profundamente católico; son, en este caso, los gritos de *Domine, Domine*, que darán muy en vano los operarios inicuos, que no hicieron lo que su Señor quería (1).

¡Así es el modernismo!

Al propio tiempo que alardea de inmenso catolicismo, mina la fe católica, aniquila el credo católico, lo reduce á una utopia para entregarlo vendido á los enemigos.

«Y en cerrado escuadrón atacan audazmente cuanto de más sagrado hay en la obra de Cristo Nuestro Señor, sin dejar incólume ni su Divina Persona, que rebajan á la simple categoría de puro hombre» (2).

Y continúa el Sumo Pontífice:

«Nadie habrá que, con justicia, se admire de que Nos coloquemos á estos hombres entre los enemigos de la Iglesia, si considera, dejando á un lado sus intenciones que solo Dios juzga, sus doctrinas y su modo de hablar y de obrar» (3).

Instaura el Sumo Pastor en estas palabras el criterio de Nuestro Señor y de toda la Iglesia acerca de los novadores: *a fructibus eorum cognoscetis eos*, por sus frutos los conoceréis. Las doctrinas que sus-

---

(1) Matth. 7, 22.—(2) Facto audacius agmine, quidquid sanctius est in Christi opere impetunt; ipsa hand incolumi divini Reparatoris persona, quam ausu sacrilego ad purum putumque hominem extenuant.—(3) Homines eiusmodi Ecclesiae Nos hostibus adscribere, etsi mirantur ipsi, nemo tamen mirabitur jure, qui mente animi seposita cuius penes Deum arbitrium est, illorum doctrinas et loquendi agendique rationes cognorit-Encíclica sub. init.

Biblioteca Nacional de España

tentan, las maneras de hablar y de obrar son los seguros criterios para que el fiel cristiano conozca en el comercio de la vida al hombre infiel, al hombre sospechoso con quien no debe de tratar. Estas elocuentes y exactas palabras tiene San Juan Crisóstomo:

«Cuando el apóstol San Pablo dice *omnis qui iudicat*, todo aquel que juzga á su hermano no habla solamente con los que tienen oficio y cargo, sino también con las personas particulares y con los súbditos. Porque todos los hombres, aunque no tengan trono y tribunal, ni verdugos, ni horcas, ni penas, juzgan de los que faltan y pecan en sus conversaciones y reuniones, y juzgan por la sentencia que su conciencia les da, y nadie se atreve á decir que el adúltero no es malo» (1).

Estas razones de las obras y de las palabras, estos frutos, son los que condenan en el tribunal privado de que habla San Crisóstomo: estas mismas las que se deben oir y atender también en más altos tribunales de la justicia eclesiástica, y estas razones, estos frutos, son los que pueden atraer aún la sentencia irreformable del tribunal infalible.

Así nos lo manda el Evangelio, así nos lo ordena la Iglesia, así lo persuade la luz natural y la de la fe: obras y doctrinas sustentadas.

Palabras de protesta se las lleva el viento.

Las intenciones, como añade Su Santidad, son materia del juicio de Dios; y el hombre, aunque sea el Pontífice, las respeta en el hecho ó dicho que reprueba como en el que enaltece (2).

Las obras del hombre al contacto de la alabanza, ó sobre todo al golpe de la tribulación, manifiestan lo que cada uno es.

Bien lo han manifestado las de los modernistas en esta ocasión: bien han enseñado el barro frágil de sus autores.

Porque después de haberse prevalido de su condición de estar en la Iglesia y de haber por mil medios, como la enseñanza, el periódico, los discursos, las conferencias, los congresos, etc., procurado poner la segur á la raíz y destruir la fe católica al recibir las censuras de la Santa Sede, en sus Encíclicas y enseñanzas han revelado cuán fútil é inconsistente era su ortodoxia.

Inútil me parece emplear tiempo en probar cómo atentan á la fe y minan sus fundamentos cuando todos los discursos siguientes, hasta el fin, no probarán otra cosa; pero no me lo parece el indicar el soberano desdén y la libertad y aun licencia con que hablaban de

(1) Hom. ad Rom., 5, n. 1-2.—(2) Encíclica *Pascendi* sub. fin.

Biblioteca Nacional de España

las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia que á ellos más les escocían, para añadir después algo del hipócrita halago y lisonja y de la taimada y venenosa censura que han empleado con los Romanos Pontífices, según que los reputaban fautores ó censores de sus perversos intentos.

Menester será que perdone el piadoso lector si se le hace leer tales insultos irrogados á las personas de los Vicedioses en la tierra; mas ¿cómo no descubrir del todo la maldad modernista y la fuente envenenada de donde manan aseveraciones semejantes que ya han corrido en nuestra patria por las columnas de la prensa mala y de los labios de sus oradores?

Del *Syllabus* de Pío IX escribía una publicación modernista:

«El *Syllabus* nos parece hoy día un verdadero anacronismo: no tiene más interés que el histórico, como signo de una época. Aunque apenas tiene cuarenta años de vida, ya no puede aplicarse en una nación tan dividida como la nuestra. En vano levantaría su voz la Iglesia para reivindicar sus antiguas prerrogativas; ya está reducida en esto á pedir y reclamar el derecho común» (1).

Del *Syllabus* y de todas las Encíclicas pontificias juzga así otro modernista, M. Leroy-Beaulieu, en su obra sobre los católicos liberales:

«Llegamos al punto que es el carácter del *Syllabus* y de todos los actos pontificios del propio género. Para justipreciarlos no se debe olvidar que son, antes que nada, declaraciones de principios relativos más á la teoría que á su aplicación, á la tesis más que á la hipótesis, á los sistemas filosóficos ó políticos más que á las legislaciones ó constituciones existentes. Los Papas y los teólogos, al asentar sus principios, raciocinan, en cierto modo, en abstracto, para una sociedad que conserva la unidad de su fe y está sometida filialmente á la Iglesia, hacen á su manera, si puedo hablar así, su isla de Utopia, su Salento ó su República de Platón, exponiendo, según sus máximas, las leyes de una sociedad perfecta, sin pensar en las necesidades contingentes y en la realidad actual, lo cual no impide tenerlas en cuenta en la práctica ni acomodarse á las circunstancias. Si esas reglas ideales así establecidas están en contradicción manifiesta con los principios del derecho público, ¿habrá motivos para alarmar á los gobiernos y pueblos modernos? No, en Francia, por lo menos; porque aquí los fanáticos é iluminados que sueñan en construir en la tierra un como remedo de la Jerusalén celestial, son los únicos que ven en esas máximas reglas de conducta aplicables á nuestros tiempos. Los demás, no sólo los católicos que al contacto del siglo se han resabiado poco ó mucho

(1) *Demain*, 27 Junio 1906.

Biblioteca Nacional de España

de liberalismo, sino todos los que tienen algún espíritu político ó algún sentido práctico, sienten la locura de semejantes ensueños.»

Los que tan desdeñosamente hacen letra muerta las enseñanzas de los Maestros, alaban lisonjeramente, humanamente las personas de los Papas cuando los creen con mentira inclinados á sus errores, ó las vituperan cuando no.

A León XIII no le valieron ni las repetidas confirmaciones del *Syllabus*, ni sus Encíclicas dogmáticas, ni la condenación del americanismo para que no le hicieran el antagonista de Pío IX, un Papa modernista.

Por desdicha abundan los testimonios, las frases malignas, que hasta han llegado á pasar los Pirineos é inficcionar las gacetillas de nuestra prensa más ó menos conscientemente modernizante. Contra ellos todos hacemos constar nuestra enérgica protesta y los omitimos porque si fuesen verdad lloraríamos en silencio las debilidades prácticas de un Padre, y siendo mentira no merecen sino el mentís y la protesta y después el olvido. De León XIII quedará perenne el monumento de sus Encíclicas, que en dicho del P. Wernz, actual General de nuestra Compañía, son al *Syllabus* de Pío IX y á sus condenaciones algo así como los capítulos del Concilio Vaticano y Tridentino con relación á los cánones, su declaración (1).

Cuando más descubrieron su pecho los modernistas fué cuando en los albores de su Pontificado comenzó Pío X, continuando la obra de León XIII, á condenar y reprobar por decretos de las Congregaciones los libros de Loisy, Murri, Laberthonière, Tyrrell y demás avanzados del modernismo; y los hombres audaces que de las doctrinas enseñadas por Gregorio, Pío y León, habían dado tan gallardas evasivas, que se habían hecho pasar por los órganos auténticos de la política de León XIII, que habían ensalzado hasta la lisonja los talentos de éste, quisieron emprender camino igual con Pío X.

El nuevo Pontífice propendía á los reformistas; su política iba á ser la de ellos; era también un Papa liberal; pero la camarilla que le rodeaba era reaccionaria; no se podía hacer todo según sus deseos.

Véase con horror lo que Benedetto (el Santo de Fogazzaro) dice de su fingida entrevista con el Papa: una interviú periodística, donde todo el virus modernista se cubre con tenue antifaz de redomada hipocresía.

---

(1) *Jus Decretal*, tomo I, pág. 387.

Biblioteca Nacional de España

Benedetto presenta á Pío X todo el plan de reformas modernistas, los espíritus malos que corrompen la Iglesia, los medios de extirparlos y hasta llega á pedirle que salga del Vaticano, que pasee por Roma, que visite el Quirinal.

Pío X le contesta gimiendo que muchas de esas ideas se las ha puesto Dios á él en el corazón, que no es de ayer desde cuando él las desea; pero que en tanto que Benedetto «no trata sino con Dios, él (el Papa) tiene que habérselas con los hombres que andan á su alrededor; que es como un infeliz maestro de escuela que de setenta discípulos tiene veinte menos que medianos, cuarenta medianos y sólo diez buenos; éste maestro no puede gobernarse en su clase atento á estos diez y yo no puedo gobernar la Iglesia para ti y para los que son como tú. Mira, por ejemplo, Jesús pagó el tributo al Estado y yo como Pontífice no, sino como ciudadano, pagaría mi tributo de respeto á ese palacio cuyas luces has visto tú, si no temiera ofender á mis sesenta alumnos y perder sus almas que me son tan caras como las vuestras. Lo mismo di de quitar del Indice ciertos libros, de llamar al Sacro Colegio algunos hombres cuya reputación no es de estrictamente ortodoxos, y de salir del Vaticano é ir *ex abrupto* á visitar los hospitales de Roma.....»

—«Además (prosiguió el Papa), yo soy viejo, estoy cansado: los Cardenales no saben á quién han puesto aquí, y yo, yo no quería. Además, estoy enfermo, tengo señales de que pronto comparecerá ante el divino Juez. Conozco que tienes, hijo, buen espíritu, pero el Señor no puede exigir las cosas que tú dices y que requerirían un Papa fuerte y joven, de un pobre hombre como yo» (1).

Vino el Decreto *Lamentabili* con el nuevo *Syllabus*, vino la Encíclica *Pascendi* y, perdiendo toda máscara, mostráronse los modernistas cuales eran, por sus ideas, por sus palabras, por sus frutos.

Ya opusieron Papa á Papa, Pío á León, mientras creyeron que así bastaba para su victoria y para esterilizar y anular los decretos del Santo Oficio.

Mr. el abate Boeglin:

«Quiero, antes de los hechos que se acercan (2), explicar á los lectores uno de los episodios más curiosos del espíritu humano: el renacimiento de la Iglesia.

---

(1) Páginas 278-279.—(2) *Le Pape, la France et le mouvement intellectuel.* Con este título se publicaba este artículo en *La Vie Catholique*, en 20 de Julio de 1907. Era, pues, en vísperas de la Encíclica, y los hechos que se temían eran estos, para cuya anulación escribía Boeglin su diatriba.

Biblioteca Nacional de España

«Desde aquel día en que León XIII dió la señal de renovación interior, en Francia la Iglesia popular, la generación joven, ansiosa de reforma y de trabajo, se hizo sembradora de ideas y de esperanzas. En todos los surcos echó el oro de su semilla. Exégesis, crítica, historia, arqueología, filosofía, teología, agiografía, liturgia, patrología y patrística; todos los dominios de la inteligencia, todas las ramas del saber, fueron cultivadas, y se adornaron de flores y de yemas. En la filosofía, Blondel y Fonsegrive; en la teología, Dom Cabrol; los Diccionarios y colecciones inmensas de Battifol; en exégesis buen número de profesores; por la mejora de los seminarios, Mgr. Latty, Mgr. Touchet, Mgr. Camus, el abate Guibert, Portal; en economía política é historia, Allard, H. Lorin, Goyan, etc., ponen á Francia al frente del movimiento cristiano.»

«Estos ensayos tenían como todo esfuerzo, sobre todo en su conjunto, algo de exageraciones, inexactitudes, errores..... León XIII, aquel estratego incomparable, dejaba paciente desarrollarse las ideas. Cuando el torrente, pensaba, baje á la llanura, el agua será de cristal. Vendrá el reposo cuando los saltos se acaben. ¡Cierto que León XIII tenía razón! Esperar así, es la mitad del genio y los dos tercios del éxito.....»

«Pero bien pronto algunos, inquietos y audaces, se extralimitaron, y Pío X se inquietó. La autoridad, guarda del depósito, cumple un deber cuando señala los peligros. Desdichadamente se introdujo el espíritu de partido, y comprometió la obra de prudencia. Los señalados como sospechosos, con ó sin razón, se defienden bien, repitiendo que tales y tales grupos que hasta ahora han dirigido la educación clerical, inventan de cuando en cuando conspiraciones de modernismo para conservar la dirección del movimiento intelectual, aunque estén ya del todo desautorizados; que las Congregaciones romanas, ya hace tres siglos apegadas á doctrinas de escuela, no quieren ni pueden cooperar á la reforma de los establecimientos eclesiásticos; que, en una palabra, gente poderosa en Roma, hostil á León XIII, tratan de detener la corriente de reconstitución y de convencer á la Santa Sede que todo método nuevo merece excomunión y que hace falta salvar á la Iglesia del cisma y la herejía..... Sea lo que sea, no es creíble que Pío X se deje arrastrar por esos esbirros inquisitoriales.»

Como un jansenista de los más puros tiempos, habla M. Fonsegrive al escribir acerca de la Encíclica ya publicada: El Papa no ha condenado á los autores modernistas, sino la atmósfera general que se ha creado; el Papa no rechaza la idea de los modernistas, pero quiere que se prescinda de ella y que los racionalistas se arreglen como puedan; á él eso no le importa.

«Pío X no ha querido escribir un capítulo de historia de la filosofía. Los autores aludidos no son nombrados en ningún punto de la Encíclica, y no pueden, con justicia, quejarse. Tampoco ha profesado ninguno de ellos entera la doctrina condenada. Por eso el Papa no tanto se inquieta por ellos, sino por el estado general de espíritu que sus escritos han producido, y le preocupan menos los pensamientos propios de cada autor, que la atmósfera intelectual

Biblioteca Nacional de España

que sus libros han creado. Es posible que un historiador de la filosofía objetivo y crítico, no pueda encontrar el conjunto de teorías que la Encíclica designa con nombre de modernismo y en que ella ve el conjunto de todas las herejías, ni en la carta de Tyrrell, ni en los *Essais de Philosophie chretienne* de Laberthonière, ni en el *Dogme et critique* de Le Roy, ni tampoco en *Il Santo* de Fogazzaro..... Pío X, al condenar el modernismo, no ha hecho sino proseguir su política religiosa..... Quiere separarse del mundo pernicioso ó enemigo, que los fieles se encierren en la ciudad santa, lejos de las tempestades del siglo; que ellos se basten á sí mismos, y como sitiados en una ciudad conserven intacta la luz sagrada hasta que, saneada la atmósfera exterior, puedan de nuevo sacarla y mostrar su claridad. En lo de hacer salidas y tratar de destruir el enemigo, Pío X no piensa así. Que el enemigo ó el extraño se gobierne como pueda; la Iglesia sólo trata de sus hijos» (1).

Otros tratan de quitar importancia á la Encíclica, ya aseverando que no trata sino del loisysmo, de errores filosóficos y exegéticos sin importancia en el orden social, moral ó político (2); que las ideas democráticas no tienen relación alguna con el modernismo (3); que, en suma, Pío X, con sus actos, no quiere sino la verdad y el bien, y que ellos tampoco quieren sino el bien y la verdad, y consiguientemente todos coinciden en una y sola aspiración (4); ó, por fin, afirmando con estupendo aplomo que Pío X no ha querido sino cortar de raíz las cuestiones escolásticas y empujar á los católicos á que, dejadas las disquisiciones especulativas, traten de lo práctico y trabajen en el terreno de la práctica (5).

Veamos estas ideas en los propios documentos.

Estos son los primeros frutos que nos clasifican el árbol.

Ya es tiempo de penetrar en la idea genética del modernismo; de conocer más y más sus obras y sus puntos.

Y lo haremos comprobando cómo es hijo natural y generalización del liberalismo católico, tan condenado por Pío IX. Así lo consideran *La Civiltà Cattolica*, el Presbítero Cavallanti, Mgr. Delassus y, en general, los escritores que emplean sus plumas en su refutación; así también los protestantes que históricamente lo consideran y estudian; así, por último, lo confiesan los propios interesados, llamándose á sí mismos católicos liberales ó progresivos. Y no sólo las denominaciones, sino el espíritu es idéntico; aquellos

---

(1) *Le Temps*, 28 Septiembre 1907.—(2) Mr. l'abbé Naudet, 20 Septiembre 1907.—(3) Mr. l'abbé Desgranges, *Le Sillon*, 10 Noviembre 1907.—(4) Mr. l'abbé Dabry, *La Vie Catholique*, 21 Septiembre 1907.—(5) *De Léon XIII au Sillon*, pág. 57-58.

Biblioteca Nacional de España

católicos liberales pretendían acomodar la Iglesia al progreso moderno; así los modernistas, siguiendo á los americanistas, de quien son una variante, ¿qué pretenden sino la absurda y soñada reconciliación?

Desde que en 1854, 1871 y 1873 había Pío IX, de santa memoria, hecho oir su voz, singularmente contra el catolicismo liberal, hasta que en 1878 moría plácidamente en su Cruz, no había habido ni un instante de reposo y tregua en la refriega. El error, herido en las últimas proposiciones del *Syllabus*, se revolvía herido é irritado: Dupanloup, Maret, Montalembert, Falloux, todos los secuaces de Lamennais, trataban en vano de «catolizar la revolución», y, aunque el anatema pontificio lo estorbaba, ellos querían eludir el anatema pontificio.

Murió el Pontífice del *Syllabus*, y murió, como se cuenta, con aquel dolor con que San Pablo lloraba al despedirse de los presbíteros de Efeso: *intrabunt post discessionem meam lupi rapaces* (1); vendrán después de mi partida lobos rapaces, lobos con piel de ovejas... León XIII, su sucesor, repitió en cien documentos el anatema de Pío; pero en la prensa, en la opinión, en los libros se hizo la conjuración del silencio y hubo quien imaginó que los católicos liberales habían dejado de existir con su gran debelador, y hasta quien dijo que aquellos peligros de la Iglesia eran causados por la intransigencia católica, representada en Pío IX. Torpísima calumnia que acaba de repetir en nuestra patria *El Imparcial* (24 Septiembre 1908).

Los católicos liberales no habían cesado en su obra absurda de reconciliar á Dios con Belial, la luz con la obscuridad.

Y reapareció con otro nombre y con otros hombres y quiso entrar en la vida, así disfrazado, llevado por la mano del abate Klein y protegido por la lengua de Dupanloup y de Montalembert.

El americanismo, nacido en los Estados Unidos, era traducido al francés por el abate Klein, y quedaba precisamente en esta traducción fulminado por Su Santidad León XIII; y el americanismo no era sino una forma del catolicismo liberal.

León XIII lo declaró en la condenación:

«Las opiniones nuevas de que Nos hablamos descansan en el principio de que es preciso que la Iglesia, para atraer más fácilmente á los disidentes, se acomode preferentemente á la civiliza-

(1) Act. 20, 29.

Biblioteca Nacional de España

ción de una época adulta, y relajando su antiguo rigor haga algunas concesiones á los principios y tendencias nuevas (1).

Los propios fautores y propagadores del americanismo lo confesaron, como v. gr. el abate Charbonnel, que, explicando su apostasía y salida de la Religión é Iglesia Católica, decía «haber perdido sus ilusiones de una acomodación y evolución liberal del catolicismo» (2).

Instructiva es, á mi parecer, la siguiente inquisición histórica hecha en vivo por la sagaz observación de Mr. Aug. Sabatier que, aunque protestante, estudiaba los hechos con imparcialidad. Donde para nada influía la pasión sectaria, es testigo abonado y tanto más cuanto que á su campo se refugiaron los más radicales americanistas después de la condenación:

«¿Os acordáis de las violentas batallas de hace cuarenta años habidas entre Luis Veuillot y el Obispo Dupanloup, entre católicos liberales y católicos ultramontanos? Los periódicos y revistas católicas desde hace seis meses nos vuelven á aquella época. El conflicto es el mismo de principios y sentimientos y con otros nombres, más ó menos exóticos, son siempre los mismos enemigos dentro de la misma Iglesia.»

«Después del Concilio Vaticano el catolicismo liberal parecía muerto y Roma parecía gozar de paz..... Paz falsa. El catolicismo liberal de Montalembert, de Broglie, Dupanloup, P. Gratry, no había muerto, había emigrado á los Estados Unidos..... Pronto este liberalismo pasó el Océano y reapareció en Francia con nombre de americanismo. Mgr. Ireland se hizo su misionero y vino á Paris á pronunciar discursos famosos que reunieron en torno suyo cuantos quedaban liberales impenitentes, ya en el clero joven, ya entre los seglares. Sacerdotes que temían hablar en nombre propio tradujeron los discursos de Mgr. Ireland y del Cardenal Gibbons, la *Vida del P. Hecker*, escrita en inglés por un discípulo suyo: el P. Elliot. Otros, como historiadores y turistas, nos contaban «cosas de América.....» (3).

¿Para qué hablar del americanismo?

Porque es hijo suyo el modernismo, é inficionado está del mismo veneno.

En los fautores del americanismo en Francia descuella el abate Klein, el abate Naudet, el abate Lemire, Fonsegrive, Goyeau, en una palabra, muchos de los que habían de defender, patrocinar y profesar el catolicismo progresista ó modernismo; todos nos hablan ya clara, ya ambiguamente (que es como Pío X nos enseña que

---

(1) Testem benevolentiæ. 22 Junio 1899. —(2) *Revue Chrétienne*, 1 Octubre 1898.
(3) *Revue Chrétienne*, 1 Octubre 1898.

Biblioteca Nacional de España

hablan los modernistas) de la famosa reconciliación de la Iglesia con la civilización moderna.

Pero antes de dar un paso más no dejemos á nuestra espalda un equívoco, perpetuo nido del modernismo.

Eternamente los enemigos de ayer y los de hoy repiten que la Iglesia es enemiga del progreso moderno, de la civilización moderna, de la moderna cultura de los pueblos.

Digámoslo para siempre; sí y no.

No es enemiga de aquel progreso racional y justo por el cual la física y la mecánica, combinadas, ofrecen al hombre más amplio dominio de los agentes naturales y nuevos medios de ejecutar obras de arte ó de utilizar la actividad: lo mismo es á la luz de la recta razón y del cristianismo la fuerza mecánica de millones de esclavos que se emplean en las pirámides de Egipto, que la de cientos de animales de carga que se empleen en las catedrales de la Edad Media, que la que desarrolla el vapor ó la electricidad. *No* es enemiga la Iglesia de la transmisión de la humana palabra por un aparato telefónico y del humano signo por un hilo telegráfico; porque para ella y para la razón lo mismo es como transmisor el hilo que el aire, el alambre que las ondulaciones atmosféricas. *No* es enemiga ni de las nuevas máquinas de guerra, ni de los nuevos aparatos de luz, ni de los nuevos procedimientos de cirugía, ni de los nuevos tratamientos medicinales, ni de los nuevos descubrimientos de la geografía, ni de las nuevas y ciertas afirmaciones de la astronomía, ni de los delicadísimos mecanismos de verificar la convulsión material en la sensación, ni de nada que signifique extensión de aquel reinado que Dios en el principio concedió al hombre recién criado, ni nada de lo que sea lógica aplicación del entendimiento, de la razón, de la actividad humana. *No* es la Iglesia enemiga de este progreso y tan no es su enemiga como que ella es la que siempre lo ha bendecido, la que lo ha iniciado, la que fué siempre su patrocinadora.

«Predicando á Jesucristo crucificado, escándalo y locura para el mundo, la Iglesia ha sido primerísima inspiradora y propagadora de la civilización; la llevó adondequiera que predicaron sus Apóstoles, conservando y perfeccionando los elementos utilizables de las antiguas civilizaciones paganas, sacando de la barbarie y amaestrando para una constitución civilizada de la sociedad á los pueblos

Biblioteca Nacional de España

nuevos que en su seno maternal se ampararon, é imprimiendo á la sociedad entera, si bien poco á poco, el sello esplendente que universalmente conserva todavía» (1).

Pero *sí* es su enemiga y enemiga irreconciliable del progreso moderno, civilización moderna y cultura moderna, que por oposición á la antigua y cristiana asienta como derecho de la razón discurrir sin respeto ni aención á la fe y estudia la formación y corteza de la Tierra y la constitución de los astros para buscar forma de negar el Génesis ó de buscar en él contradicciones; y raciocina y sofistica para demoler los fundamentos del conocimiento humano, las propiedades del alma humana, la noción y atributos de Dios queriendo más perder todo el caudal de la ciencia humana que coincidir con la revelación y la ciencia divina. *Sí* es enemiga de aquella civilización que constituye la suprema razón de la moralidad y del derecho ó en una tradición histórica, ó en la fuerza de las mayorías, ó en las pasiones legisladoras; que establece como bien de las sociedades y los pueblos el ateísmo de las leyes, la tolerancia religiosa, la indiferencia entre Jesucristo y Satanás, la licencia de emitir el pensamiento, de escribir, de imprimir y de reunirse prescindiendo de la Iglesia de Cristo y de su fe ó en guerra con ella. *Sí* es enemiga la Iglesia y enemiga irreconciliable de la civilización que niega ó discute el derecho de propiedad, que hace de la familia un consorcio puramente animal y terreno, que llama derecho á la fuerza coronada por el éxito y niega derecho á vivir vida pública á la misma Iglesia y los cuerpos jurídicos y eclesiásticos. *Sí*, es y lo será, enemiga de la moderna civilización, que con las ventajas reportadas por la mecánica, la física y la química acicatea las concupiscencias, excita el lujo, fomenta los placeres, desboca la lujuria y convierte el mundo en plaza de todo vicio, mercado de todo decoro, almoneda de las almas y escarnio de la Cruz del Salvador. *Sí* es y será siempre enemiga acerba de esta civilización moderna que huye pródiga de la casa paterna, derrocha licenciosa el caudal que en siglos atesorara, apóstata de Jesucristo y encumbra á Satanás: de esta civilización, de este derecho nuevo, de este progreso, de esta civilización es y será siempre enemiga la Iglesia, de ellos se verifica la LXXX proposición del *Syllabus*, que es contra la que forcejean los modernistas.

---

(1) Pío X, Encíclica *De la acción social.*

Biblioteca Nacional de España

En efecto, quien lea los documentos de Pío IX contra los católicos liberales y los compare con los de Pío X contra los católicos progresistas ó modernistas, hallará sorprendente paralelismo. Aquel santo Pontífice los describía con estas palabras, resumen de más de cuarenta condenaciones: «Los imbuídos de estos principios católico-liberales hacen profesión, cierto, de amor á la Iglesia y de respeto á ella, consagran, en apariencia, á defenderla, su ingenio y su actividad, pero procuran pervertir su doctrina y su sentir, y según las distintas propensiones de cada uno, inclinar al servicio y obsequio, ó del César, ó de los derechos manifiestos de la falsa libertad, pensando que no puede haber otro camino de quitar las causas de discordias, de reconciliar con el Evangelio el progreso moderno de la sociedad y de restablecer el orden y la tranquilidad, como si la luz pudiera unirse con las tinieblas, y como si la verdad no perdiera su naturaleza en cuanto que violentamente torcida se la despoja de su nativa entereza. Si trabajáis por extirpar este error insidioso, tanto más peligroso que una abierta enemistad, cuanto que se cubre con el velo de falso celo y caridad.....» (1).

Las palabras de Pío X contra los modernistas repiten lo peligroso del ataque pérfido y traicionero, el aparente falso amor de los nuevos sectarios á la Iglesia, su actividad en obras de celo y de bien social, su tenaz propósito de falsear la verdad en provecho ó del Estado civil ó de la ciencia atea, la necesidad que pretextan de hacer todo esto para llegar á una concordia entre el siglo y la Iglesia católica, amenazándola con peligro de muerte en caso de intransigencia.

La misma semejanza y parecido han encontrado entre los dos errores los polemistas católicos que han refutado al nacer el último, y aun los buenos católicos ajenos á la pelea.

Mgr. Delassus, conocidísimo y honrado en Francia por su valor en la ruda lucha contra el modernismo, escribía de él después de la condenación:

«El Papa nos dice como una de las amenazas de los modernistas, que «si la autoridad eclesiástica no quiere en el seno de las conciencias católicas provocar y fomentar un conflicto, debe acomodarse á las formas democráticas. Y si no lo hace, esto será su ruina, porque es locura pensar en que el sentimiento de libertad, tal y como está, vuelva atrás». Pues estas amenazas que los demócratas cristianos cantan al unísono con los modernistas, no son sino la pro-

(1) Breve á los Círculos católicos de Bélgica, 8 Mayo 1873.

Biblioteca Nacional de España

longación de la antífona entonada hace tres cuartos de siglo por su padre y maestro Lamennais.... El fué el primero que dijo lo que ellos no cesan de repetir: que la Revolución francesa había salido del Evangelio, y que la Iglesia debía acomodarse á ella si quería seguir viviendo. Él fué quien después de exagerar el ultramontanismo puso la soberanía en el pueblo, aun en el orden religioso. Él quien el primero profirió esas amenazas contra la Iglesia si ésta no se decidía á acomodarse á la forma democrática..... Fogazzaro, Riffaux, Rauder, Sangnier y otros no son sino ecos, y ecos fieles de aquéllos (1).

Los simples fieles, católicos sanos, han experimentado la misma impresión de afinidad entre ésto y aquéllo después de la Encíclica *Pascendi*.

«El liberalismo sintió en Francia largo tiempo los duros golpes asestados á él por el Vaticano. Pero bajo León XIII empezó poco á poco á levantar la cabeza sin osar afirmarse como tesis, sino invocando la hipótesis. Con pretexto de obviar las dificultades de los tiempos se acentuaba esta doctrina y se transformaba con apariencias científicas en sistema. Este es el modernismo. Desenmascarándolo Pío X con sus sublimes enseñanzas, toca en su raíz el mal que corree profundamente en nuestra época la sociedad civil..... El punto en que se unen estos errores es la pretendida obligación de ceder en todos los terrenos á la corriente de las ideas recibidas y reconocidas como populares, á fin de dar fuerza al progreso y de no enajenar los ánimos con resistencias temerarias á los prejuicios reinantes. He aquí el pretexto de muchos católicos para el resurgir del liberalismo. No es que se trate de mantener reglas saludables para conservar la ley, sino solamente de no arriesgarse ni crear conflictos por desagradar á la opinión reinante, y para esto se imponen á los principios los sacrificios necesarios. Así se ha formado el modernismo» (2).

La misma confesión se encuentra en todos los periódicos sanamente católicos á raíz de la Encíclica: la misma en los autores condenados y proscritos.

Nada más común en ellos que hablar de las dos corrientes de los tiempos modernos que ellos pretenden armonizar; de la batalla que se da en todos los terrenos, y en que ellos se arrogan el papel de parlamentarios; la crisis honda de los espíritus creyentes, de la cual ellos quieren sacarlos.

Las citas se podrían llevar hasta el tedio; valgan por todas las palabras siguientes del abate Naudet, á que acabo de aludir: lo de las crisis:

«Somos en la Iglesia más numerosos de lo que se cree los que pertenecemos á esta raza. Hemos pasado por crisis que, gracias á Dios, han afirma-

(1) *La Semaine Religieuse*, de Cambrai, 9 Noviembre 1907.—(2) El coron. Parseval, en *Le Réveil Français*, Octubre 1907.

Biblioteca Nacional de España

do en nuestro ánimo lo que debía quedar arraigado, pero que también han hecho una separación forzosa entre lo que era del hombre y lo que es de Dios. La fe nuestra ha salido incontestablemente más católica, más viva de la lucha, precisamente porque ha salido más libre, menos esclava de ciertas afirmaciones de los hombres, afirmaciones de otros tiempos y que el tiempo debe matar, pero más asida al esplendor incomparable de la verdad de Dios. Pero, ¿soy yo exacto al decir nuestra esta crisis? No; no es nuestra, es la del mundo moderno. Nosotros la hemos padecido los primeros, ya les tocará á todos, es necesaria, fatal; será bendita y los esbirros de la ortodoxia que ahora nos acusan la sufrirán» (1).

Mas lo que nos dicen los novadores entre confusiones y equívocos, natural expresión de los que siguen «al Caudillo de todos los enemigos, que se asienta en un gran campo de Babilonia, como en cátedra de fuego y humo», nos lo declara la Encíclica, cuyo autor hace profesión de haber leído á los adversarios y procurado entenderlos y proponer bien hiladas sus afirmaciones (2).

Ya el nombre de modernistas con que, no la Iglesia por afrenta, sino el sentido vulgar los ha señalado, *sic iure in vulgus audiunt,* denuncia el afán, nunca oculto por ellos, de que el catolicismo evolucione, progrese, se reforme, se renueve, tome nuevas orientaciones, rompa los viejos moldes, salga de las sacristías, etc., que todas estas son frases peligrosas, inventadas por ellos para dorar y enmelar la copa de su veneno.

Y si de las palabras más ó menos ambiguas pasamos á las doctrinas y á los hechos, vemos lo propio: entre aquellas dos banderas que San Ignacio, Nuestro Padre, dice dividirse la vida y el mundo, diríase que nuestro modernista se ha arrogado la misión de procurar la paz, el abrazo, el beso, sí, el beso de Judas.

Porque siguiendo paso á paso la Encíclica, podremos considerar al modernista como filósofo, creyente, teólogo, historiador, crítico,

---

(1) *La Justice Sociale*, 13 Abril 1907.—(2) Quia vero modernistarum (sic enim jure in vulgus audiunt) callidissimum artificium est ut doctrinas suas non ordine digestas proponant atque in unum collectas, sed sparsas veluti atque invicem sejunctas, ut nimirum ancipites et quasi vagi videantur cum e contra firmi sint et constantes; praestat, Ven. FF., doctrinas easdem uno heic conspectu exhibere primum, nexumque indicare quo invicem coalescunt ut deinde errorum causas scrutemur ac remedia ad averrucandam perniciem praescribamus. (*Pascendi* in init.)

Biblioteca Nacional de España

apologeta y reformador, y bajo todos esos nombres no es más que el amigo de los enemigos de Dios, la eterna sirena que incita hacia las peligrosas sirtes.

En efecto, el filósofo racionalista clama incesante que la ciencia se opone en sus deducciones á las enseñanzas de la fe católica; la filosofía católica afirma que, aunque tal oposición es aparente cuando se trata de la verdad, porque la fe puede servir de faro á la humana razón en el mar de su estudio, y á esa luz superior y divina es justo que sirva y se conforme la luz tenue y humana, todavía entre la ciencia racionalista y la fe la hay, oposición honda é irreductible. ¡Quimera!, exclama el modernista; la ciencia es una cosa y la fe otra; la ciencia tiene un campo puramente fenoménico y limitado donde no puede ni debe alumbrar la fe; y la fe tiene un objeto absolutamente incognoscible para la razón humana. ¿Oposición? Imposible, como no la puede haber entre el día y la noche que le sigue: son facultades y conocimientos independientes; pensar en oposición es una quimera (1).

Igual modo de delirar abrazan como creyentes cuando en realidad miran al mismo problema de las relaciones entre la fe y la razón desde el lado del dogma. Pero en este caso todo lo que era libertad antes para el filósofo, se trueca en subordinación de la fe á la filosofía en el creyente, porque en cualquier afirmación religiosa se presentan las fórmulas religiosas, los fenómenos empíricos que pertenecen á la ciencia; se presenta la idea de Dios que en su evolución y desarrollo corre por el campo de la ciencia; y por último, en el hombre mismo, el creyente y el filósofo son una misma cosa y por ende, el creyente ha de estar armonizado y subordinado al filósofo. De aquí que concluyen con la lucha entre la razón y la fe, subordinando ésta á aquélla y querellándose de la obstinación de la Iglesia (así ellos blasfeman), que no quiere reconciliarse con la filosofía (2).

Oficiando el modernista de teólogo asiste, claro está, al constante y eterno batallar de las religiones falsas contra la única verdadera, de las sectas disidentes con la Santa Madre Iglesia; del Estado invasor contra los augustos derechos de la Esposa del Cordero; batallar que ha llenado la historia del mundo desde la reprobación de la Sinagoga hasta el librecultismo; batallar con el Estado que ha

---

(1) Re porro huc adducta..... (Encíclica *Pascendi* juxta med.)—(2) Ex his tamen fallitur..... (Encíclica sub med.)

Biblioteca Nacional de España

llenado la historia de la Iglesia de cismas, guerras, rebeliones y anatemas desde Constantino hasta Napoleón y desde Focio hasta la separación en Francia de la Iglesia y el Estado. El modernismo se ríe de ese batallar. ¿Las religiones? Todas son para el modernista verdaderas con tal que sean sinceramente sentidas por el creyente: «subobscure alii, alii apertissime religiones omnes contendunt esse veras.....»

¿La secular lucha del Estado contra la Iglesia? El modernista la hace desaparecer: ¿acaso, y sin acaso, como desapareció en la fábula la contienda del lobo contra el cordero? Poco importa, la lucha desaparece con palabras de grande neutralidad. «Como la ciencia y la fe por razón de su objeto material son independientes entre sí, del mismo modo por razón de sus fines material el uno, espiritual el otro, la Iglesia y el Estado son independientes también; una cosa, pues, es el Estado y otra el catolicismo, como una cosa es el ciudadano y otra el católico.»

El mismo afán de reconciliar á la Iglesia con la civilización moderna, á costa siempre de los sacrosantos derechos de la verdad y de Jesucristo, se muestra en todo lo demás.

¿Es la historia evangélica y eclesiástica en manos de racionalistas y protestantes arma contra la revelación y la divinidad de la Iglesia Católica? Los modernistas encuentran modo de componer las enemistades, distinguiendo el Cristo de la historia, y el Cristo de la fe; la Iglesia de la historia y la Iglesia de la fe; los Sacramentos de la historia y los Sacramentos de la fe; como historiadores imparciales y sin prejuicios teológicos afirmarán aquel Cristo, aquella Iglesia y aquellos Sacramentos en los que no hay nada divino, nada sobrenatural, nada ultrasensible; como católicos, que prescinden de la historia, afirmarán el Cristo Dios Hombre; la Iglesia, institución divina; los Sacramentos, causa de Santificación. ¿Qué contradicción puede haber?

Si los exégetas y criticistas protestantes y racionalistas guerrean sin cesar y hacen armas contra los textos sagrados, haciéndolos falsamente de edades posteriores á los hechos ó para restarles su carácter profético, en los de profecías, ó para despojarlos de toda intervención milagrosa y sobrenatural en los rigurosamente históricos, y la Iglesia Católica, ayudada del estudio y erudición de sus sabios, ha guardado la integridad del canon y de los sagrados volúmenes, todo eso ha sido porque no se contaba con el poderoso auxilio de los críticos modernistas. Los cuales se pertrechan con la

Biblioteca Nacional de España

acostumbrada distinción entre el hombre y el creyente, y al hombre le dejan aceptar cuanto la crítica heterodoxa sueña y calumnia en los libros santos, y reservan al creyente la única ocupación de aceptar ciegamente cuanto un desarrollo evolutivo del primitivo dogma le ofrece y le impone (1).

¿Cómo defiende la Religión Católica el apologista modernista? En primer lugar se dirige al ejército del racionalismo que encuentra armado contra la verdad divina del catolicismo y le advierte que él no viene al campo de la apología con la vieja artillería de textos sagrados, historia eclesiástica, antigua escolástica, sino únicamente, con la moderna historia real y palpitante y agradable al racionalismo. Dado ya este primer abrazo al enemigo, que entusiasmado le aclama su mejor aliado (2), empieza su obra de apología con aparentes razones, que serán de otro lugar el analizar, y por remate y corona de ellas y para conservar la neutralidad de quien afecta ser árbitro de dos contendientes, conceden errores, equivocaciones, paralogismos en la doctrina de la Iglesia; pero inevitables, justos, necesarios (3). ¡Así se engañan ellos de que han reconciliado á los racionalistas con la Iglesia y de que han librado á ésta de incesantes adversarios!

El reformador modernista persigue el propio fin. Hacer una filosofía no anclada en las vetusteces escolásticas, sino presentable y acepta á la germánica y moderna sofística de Kant; una teología sin cuestiones interminables y difíciles en las que Santo Tomás, Escoto, Suárez, Soto, Molina, Lugo, Franzelin y Mazzella perdían el tiempo sino en una teología histórica, positivista, acepta á nuestros adversarios; una historia moderna, una catequesis nueva, un régimen de la Iglesia liberal y acomodado á las circunstancias públicas. La Iglesia, continúa en su liturgia, en su jerarquía, en su opulencia y exterior pompa, debe procurar no chocar con sus enemigos, para atraerlos y vivir con ellos en paz. ¿Qué más? Por agradar y atraer á los protestantes, desean que se suprima hasta el celibato eclesiástico (4).

Basta ya de exposición somera para demostrar cuán dominados están los modernistas de esta ansia funesta de reconciliación entre lo que es irreconciliable y adónde llegan en su aviesa pretensión,

---

(1) Praeit philosophus.... (Encíclica *Pascendi* sub fin.)—(2) De adserenda vero... (Encíclica *Pascendi* sub fin.)—(3) Dum tamen..... (Ibid.)—(4) Pauca demum... (Encíclica *Pascendi* sub fin.)

Biblioteca Nacional de España

que en otro documento formuló Su Santidad Pío X por estas palabras, que condenó y anatematizó: «El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia, si no se transforma en un cristianismo no dogmático, esto es, en un protestantismo amplio y liberal (1).

Quien haya penetrado con la meditación en el Corazón de Jesucristo y haya alguna vez rumiado aquellas palabras: *Nemo potest duobus dominis servire*, nadie puede servir á dos señores, porque agradando al uno despreciará al otro; ó aquellas del mismo Señor: *Qui non est mecum contra me est*, el que no está conmigo es mi enemigo, comprenderá la guerra que hace al Divino Corazón quien con máscara de paz no quiere sino aniquilar y destruir su obra querida la Iglesia de Dios. Quien verdaderamente conozca el plan divino en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no podrá menos de oir como voces del Salvador divino aquellos comienzos del profeta Isaías:

¡Oidme, cielos y tú también, tierra, oid la voz del Señor: Crié hijos y los ensalcé y ellos me menospreciaron. Los animales reconocen á su dueño y la casa de su amo y mi pueblo no me ha conocido á mí y no ha escuchado mi voz!

Ese pueblo católico de Europa y de América, seducido por el amor de falsa y engañosa paz, olvida á quien lo sacó de la idolatría, lo rescató de la barbarie, lo puso en sendas de civilización, le hizo posible el saber y la grandeza, lo llenó de victorias, le ciñó la diadema del mundo, lo hizo su pueblo escogido durante veinte siglos. ¡Ese pueblo ahora, cuando abren los ojos á la luz naciones largo tiempo infieles, él los cierra seducido, sorprendido, embelesado, me niega el dominio que como su Criador y su Padre, su Redentor y su Maestro tengo adquirido sobre él y no quiere oir ni mi revelación, ni mis preceptos, ni mi ley, ni mi enseñanza, ni mi doctrina, ni mis amarguísimas quejas! Pues, devotos de mi Corazón ¿dónde está vuestro espíritu de reparación y desagravios?

---

(1) Decr. *Lamentabili*, n. 65.

Biblioteca Nacional de España

III

Necesidad de esta refutación.

Hay un detalle curioso en la historia del americanismo. El abate Klein y en general los demócratas cristianos, enamorados de las doctrinas americanistas las empezaron á ensalzar cuanto llegó á Francia el rumor de ellas; no sólo se lanzaron á traducirlas, propagarlas y recomendarlas en conferencias, libros, versiones, periódicos y revistas, sino que las llegaron á llamar «armonía necesaria y profunda del nuevo estado del espíritu humano con el cristianismo», «fórmula precisa de la fórmación del clero moderno» y otras á este tenor; al abate Klein, traductor de la vida del P. Hecker, se le dijo apóstol de los tiempos modernos que acomodaba á Francia la nueva doctrina: pero sonó el anatema pontificio y la condenación de León XIII y ¡cosa más admirable! en Francia no había americanismo, el americanismo era un duende, nadie sabía lo que era americanismo!

«¿Qué es el americanismo? ¿Un estado de espíritu, una doctrina? Si es una doctrina, confesamos haberla encontrado en el libro de M. el abate Maignen y en los artículos de *La Verité* que la denuncian, pero en ninguna otra parte, ni aún siquiera en la adaptación francesa de la *Vida del P. Hecker*» (1).

¡Pues en esto pienso yo cuando recuerdo lo que en España nos ha ocurrido. Hace tres, cuatro, seis años hemos oído hasta el cansancio repetir lo de los viejos moldes que hay que romper, lo de la necesidad que tenemos de ser de nuestro siglo, lo del acomodarse á los tiempos y á las necesidades de la época, lo del espíritu de tolerancia, lo de que ya la libertad y la revolución no vuelve atrás, y tantas y tantas frases del repertorio modernista dichas y repetidas con ignorancia ó con malicia por periódicos, revistas y apóstoles de estas evoluciones! Cualquiera diría que querían introducir en nuestra tierra el modernismo y acaso lo diría con visos de probabilidad al observar que de todo eso hablaban inspirados por libros, folletos, revistas y diarios franceses de los que entonces pasaban por católicos

(1) *La Justice Sociale*, 11 Marzo 1899.

Biblioteca Nacional de España

y aun se escudaban con la censura eclesiástica y se llamaban ellos intérpretes únicos de las direcciones episcopales y pontificias.

Pero condena Su Santidad Pío X el modernismo, sale el Decreto *Lamentabili sane* y la Encíclica *Pascendi* y en España se repite que no hay modernismo, se achica el campo de la condenación á solas las cuestiones bíblicas y se propala por todas partes la idea de que el modernismo es una gravísima herejía que, gracias á Dios, ni refutarla es menester en España.

Yo, al escuchar ahora estas frases, me acuerdo de las que oí hace tres, cuatro, seis años y traigo á la memoria el episodio curioso del americanismo, que os he relatado.

Esas frases, pues, no nos deben mover á no refutar enérgicamente el modernismo. Muévannos más la voz augusta de Pío X que no dió su Encíclica ni su Decreto únicamente para una ó dos naciones, sino para toda la Iglesia universal; muévanos su ejemplo soberano, que mandando establecer juntas diocesanas de vigilancia no ha excluído á nuestra España, antes particularmente la ha incluído; muévanos su voz angustiada de Padre que ha reconocido los peligros de modernismo en nuestra querida España.

Muévanos además la experiencia y el conocimiento de nuestro estado. En todo el siglo XVIII y XIX lo habemos con dolor experimentado: el jansenismo de la corte últimos de los Luises, el enciclopedismo de Voltaire y de Rousseau, el liberalismo de Lamennais y Montalembert, las modas, aficiones, gustos y costumbres perversas nos han venido, como al pueblo de Dios, del trato de las naciones prevaricadoras que viven á nuestro alrededor, y singularmente de Francia; en España hemos tenido hegelianismo, kantismo, krausismo y todos los errores alemanes por el vehículo de la lengua francesa, ¿quién será capaz de asegurar que sólo del modernismo nos vamos á ver libres cuando infesta á Alemania, Inglaterra, Italia, Bélgica y Francia?

Pero, ¿quién no temerá el contagio? ¿Quién no sabe que nuestra prensa liberal sabe lo que pasa en Europa y en el mundo por la prensa de París? ¿Que nuestros eruditos beben su saber en libros franceses y que hasta los eruditos y polemistas católicos toman su ciencia de los que por polemistas vienen reputados de Francia?

¿Quién ignora que revistas modernistas francesas se han honrado con firmas de publicistas españoles, y en cambio revistas españolas han acogido en sus planas escritos y correspondencias de colaboración de modernistas franceses?

Biblioteca Nacional de España

Mas ¿para qué discurrir en cierto modo *a priori?*

Apenas se oyó el anatema que hería al abate Loisy, salieron elogios de él en el *Heraldo de Madrid*, y aún manaba sangre la condenación de la novela *Il Santo* del senador romano Fogazzaro, ya estaba traducida en castellano y se vendía en Madrid y hasta en las últimas provincias de Cádiz y Málaga, donde yo las he visto en venta.

Y es natural.

El modernismo, como hemos visto, no es sino el último asalto que dan todos los errores modernos al campo católico; prescinden astutos de su demostración científica, ya muy pulverizada por los sabios ortodoxos, y se presentan como necesidad de la época, progreso contra el que no se puede trabajar fructuosamente, afirmaciones cuya negación nos debe llenar de rubor ante el mundo; pues ¿cómo podremos presumir de vernos libres de tanto mal cuando precisamente por esas razones se enseñan en nuestras Universidades y Liceos la historia envenenada, la filosofía á servicio de Kant, Krause y Schopenhauer, el materialismo, el positivismo y el transformismo; cuando sólo por parecernos á los pueblos cultos admitimos el liberalismo, la libertad de imprenta, la de religiones y hasta la de la carne? ¡Ay! con dolor debemos decir que el espíritu del modernismo intoxica hace doscientos años nuestras costumbres.

Si no tenemos el nombre, ¿qué nos importa?

Pero ojalá me equivocara en esta argumentación; ojalá la vigilancia de Su Santidad tuviera el consuelo de no ser necesaria en nuestra España; ojalá sólo una imprudencia de lenguaje hubiera sido la causa de aquellas frases dudosas y malsonantes; ojalá contra las leyes físicas y las leyes morales los vientos sembrados en nuestras Universidades, Institutos, liceos, libros, folletos, periódicos y revistas no produjeran tempestades ningunas; ojalá el principio cobarde y petulante del modernismo que nos hizo caer en otros errores no nos impela á este; ojalá los principios de error que invaden los entendimientos españoles en medicina, cosmogonía, metafísica, literatura, política y religión no nos empujen á las amalgamas y maridajes modernistas; ojalá nuestra patria sea cuna y mansión única del antimodernismo.

Aun entonces sería necesaria su refutación.

España fué por su historia el paladín de la Religión Católica contra la Revolución religiosa, cuyo primer anillo fué Lutero y cuya última manifestación es el modernismo. España se alzó como un

Biblioteca Nacional de España

gigante en Europa, y con el guantelete de hierro del Emperador detuvo y contuvo la guerra religiosa del lado allá del Elba; ella, con sus teólogos y sus maestros Valencia y Suárez, hirió en el corazón á la revolución de Lutero en Germania y á la revolución de Enrique y Jacobo en Inglaterra; ella, con sus apóstoles y sus apologistas, refutó y pulverizó los libelos de los herejes. Ella fué también muro contra el jansenismo, que chocó contra un pueblo tradicionalmente católico; ella también fué el David providencial que hirió en Bailén al Goliat de la Revolución armada. Por eso debía esta España ocupar la vanguardia contra el modernismo, y por eso debe conocerlo como último cachorro de la Revolución para profesarle el odio inextinguible que á sus predecesores profesaron nuestros padres.

Así sea.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN SEGUNDO

Razón motiva del modernismo

Chistus dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea. Ad Ephes, 5, 25.

Cristó amó á la Iglesia y á sí mismo se entregó á ella. A los efesios, 5, 25.

Verdad es confirmada por la historia que más que hacer la filosofía los errores, los errores han sido los que se han hecho su filosofía. Antes de que los filósofos encontraran la proposición que encerraba un pensamiento, había ese pensamiento minado los corazones de la sociedad y sido la norma de las acciones del pueblo. De no, el pensador hubiera sido vejado como loco y su error hubiera parecido estéril.

Así Platón y Aristóteles y Zenón y Epicuro y Lucrecio con sus doctrinas tiránicas, experimentalistas, escépticas, sensuales ó materialistas no hicieron más que dar fórmula al orgullo de los aristócratas ó al hastío del positivismo por lo abstracto, ó á los de la grey que hozaba en el triclinio y en el burdel, ó á la dorada ignorancia ó al fastuoso olvido de toda sabiduría.

Más claro se ve eso en la Iglesia. Arrio es la voz de un mundo medio pagano, medio judío, que no acaba de romper con la idea de un profeta ó un dios gentílico para figurarse á Jesucristo; Focio, desgarrando la unidad, es el grito subversivo del orgullo bizantino que había hervido siempre en odio á Roma latina; Pelagio es la fórmula de la soberbia humana, que ciega por la ignorancia, no ve en la elevación sobrenatural sino un grado supremo de grandeza natural; Lutero se siente empujado por una revolución religiosa que fermentaba en el seno de Europa y á la que él ha dado verbo in-

Biblioteca Nacional de España

conscientemente; Voltaire es el gusano de la putrefacta Francia de Luis XV. En una palabra, las costumbres viciosas, los pecados de la sociedad engendran una atmósfera en que está latente un principio malsano, una idea corruptora: llega el instante en que un talento descarriado, un hijo de su siglo, lanza en proposición audaz lo que muchos practican, y aquel hombre es el corifeo, el abanderado, el heresiarca. Su palabra ha sido chispa; la sociedad era el ligero combustible: es un incendio.

Obedeciendo á esta ley histórica, ¿habrá sido así el modernismo? ¿Habrá habido en nuestra sociedad ideas latentes, generalizadas, vicios del corazón ó del entendimiento más ó menos obscuros é impalpables, confusos é implícitos que hayan tenido por fruto y fórmula las doctrinas que refutamos? ¿No han sido éstas incendio en Italia, Austria, Alemania, Inglaterra, Francia, esto es, en casi toda la Europa católica? ¿No han tenido representación en la Teología y en la Filosofía, en el dogma y en la moral, en el periodismo y en la cátedra, en los Seminarios y en los liceos, en la ciencia y en las artes, en la acción social y en la acción política? ¿No dicen ellos que «probablemente hay en el mundo católico multitud de quienes piensan así?» (1). ¡Qué digo! ¿No afirman sin recato que el tipo del modernista, que «Giovanni Selva pertenece al mundo de la realidad como vosotros y como yo?», ¿que Fogazzaro, su autor, le forjó un falso nombre, que luego le suprimió y le dejó claro en pública conferencia dada en París en 1906?

«Giovanni Selva (son palabras de Fogazzaro) es un ser del mundo real como vosotros y como yo. Le forjé un seudónimo para presentarlo en mi novela *(El Santo)*, pero ahora le voy á desenmascarar por primera vez á nuestra vista.

«Su nombre es «Legión»; vive, piensa y trabaja en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América como en Italia. Tanto lleva sotana y uniforme como chaqueta y americana; aparece en las Universidades y se esconde en los Seminarios; lucha en la prensa y reza en el claustro; predica, aunque rara vez, y da muchas conferencias; es exégeta é historiador, teólogo y erudito, periodista y poeta. Ni siempre es escritor, acaso no es más que lector apasionado, creyente con ribetes de pensador; es republicano y realista, demócrata cristiano ó simplemente liberal» (2).

Pues, ¿será posible que mal tan hondo y tan extendido no arrai-

(1) *El Santo*, pág. 43.—(2) *La Justice Sociale*, 3 Marzo 1907.

Biblioteca Nacional de España

gue en el corazón, no haya sido antes vivido por muchos, que formulado por unos pocos?

Por desgracia parece que sí.

Pío X asigna dos causas próximas al modernismo, dos motivos morales de él que, si bien los pensamos, están en la atmósfera, se hallan vividos y generalizados.

He aquí la necesidad de presentarlos á vuestro aborrecimiento y á vuestra enseñanza.

Imploremos los auxilios..... *Ave María.*

I

El falso amor á la Iglesia.

Estos hombres desgraciados y perniciosos que por confesión propia y por declaración de la Encíclica maquinan la ruina de nuestra Religión dentro de ella y sin querer salir contra ella en campo abierto, obran así, no confesando odio, sino pretextando, acaso sintiendo amor.

Pero, ¿qué amor? *Fucoso quodam Ecclesiae amore, nullo solido philosophiae ac theologiae praesidio:* amor á la Iglesia falso y engañoso, amor ciego y destituído de razón sólida en la filosofía y en la teología; amor falaz y engañoso, porque quiere para la Iglesia no los bienes esenciales que la hacen esposa de Cristo, inmaculada y santa, sino los bienes falaces con que el mundo paga la prostitución de las almas; amor falaz y engañoso como el de los que querían para el pueblo de Dios los carros, los caballos, el oro, la opulencia, el orden y la policía de las ciudades gentiles, haciéndole olvidar que éstas son las añadiduras y que es sólo bienaventurado el pueblo que tiene á Dios por único Señor; amor falaz y ciego á quien no alumbra el esplendor de la revelación sino la luz del sentido, á quien no guía la filosofía cristiana, sino la prudencia de la carne: *fucoso quodam Ecclesiae amore, nullo solido philosophiae ac theologiae praesidio.*

Las declaraciones de los mismos modernistas no escasean nada.

Fogazzaro, el autor de *El Santo*, que acabamos de citar, después de sacudir de sí, pero en vano, el nombre de *modernista*, continuaba diciendo en su conferencia de París:

Biblioteca Nacional de España

«El católico progresista se cree, y lo es, una fuerza: y este es el título que yo os presento para pediros que le miréis con interés, cualesquiera que sean vuestras creencias y vuestras opiniones. El, como os digo, se cree una energía vital en el seno de la Iglesia romana, organismo gigantesco, del que anda diciendo el mundo que tiene las arterias endurecidas por la vejez, que ha perdido por ende toda facultad de adaptación á su medio y que padece verdadera ataxia. *Giovanni Selva* (el modernista-tipo) no piensa así; cree que su Iglesia de cuando en cuando está amenazada de envejecer y aun tiene apariencias de ello; pero él cree que tiene un fondo de eterna y siempre renaciente juventud..... Por eso, cuando los católicos progresistas se extienden á más que á señalar á los prelados de la Iglesia, algo más que ciertos abusos á corregirse, cuando expresan su opinión sobre el modo y la actitud que frente á la ciencia debe tomar la fe, cosa que hacen siempre con el mayor respeto; no pretenden más que la belleza moral exterior de su Madre, la Iglesia, belleza moral que llegue á imponerse á la admiración del mundo.....»

«Se les llama, concluye, reformistas; en buena hora, lo son como los católicos del siglo XVI, que emprendieron una acción purificadora de la Iglesia para resucitar su prestigio y la autoridad moral de Roma» (1).

Y lo que en su conferencia de París, lo había dicho en todas las páginas de la novela, de la cual bastará aducir unas palabras.

Constituída la Asamblea de modernistas, hecha entre ellos liga de trabajo y acción «una francmasonería católica», concluyen de este modo:

«Si sentimos y sabemos que la Iglesia de Cristo adolece, bástenos eso para unirnos en el amor de nuestra Madre, asistámosla por lo menos con nuestras plegarias, nosotros y aquellos de nuestros hermanos que reconozcan con nosotros su dolencia» (2).

Mr. Fonsegrive, bien conocido modernista, publicó á raíz del documento pontificio, una especie de protesta ó contra-encíclica audaz, irreverente, envenenada; nos servirá en otros momentos, ahora sírvanos para recoger de sus labios las mismas protestas de amor á la Iglesia y á su bien de ella.

«Lo que acaba de hacer Pío X es la ruptura de las negociaciones entre la Iglesia y el siglo. Siempre que estas negociaciones se han iniciado ó por algún tiempo seguido, la Iglesia ha condenado á los

---

(1) *La Justice Sociale*, 3 Marzo 1907.—(2) *El Santo*, p. 53.

Biblioteca Nacional de España

negociadores: Pío IX, condena el liberalismo; León XIII, el americanismo; Pío X ahora, condenando el modernismo, condena el principio mismo de toda negociación. Rechaza y anatematiza hasta el uso de las filosofías del siglo; y casi con su nombre indica y nota la obra religiosa ejecutada por Brunetière. Los parlamentos se han roto y cada uno queda en sus posiciones. El trabajo de los parlamentarios, de los autores modernistas, no será vano; quisieron servir á la Iglesia y la servirán (1)....»

Un testimonio más.

Bien conocido es en el mundo católico el abate Rómulo Murri y su revista *La Cultura Sociale*, órgano muy principal del modernismo italiano; pues no hablemos de cómo él se presentaba á sus lectores; veamos (y de un camino haremos dos mandados), cómo lo presentaba el abate Naudet al dar cuenta en *La Justice Sociale* de la condenación de Murri y desaparición de su revista en 30 de Junio de 1906:

«Suceso importante en la vida católica de Italia y que ha reteñido hondamente en los corazones, ha sido la muerte de *La Cultura Sociale* del abate Rómulo Murri. Esta revista, que contaba más de ocho años, había procedido de la energía audaz é indomable de Murri, sacerdote valeroso, y estaba sostenida entre obstáculos de todas clases por el conocimiento claro de las necesidades del día; había tomado posiciones fijas y precisas en todas las cuestiones que dividen el campo católico, determinando un movimiento rápido y concreto... Gozando bajo León XIII de libertad relativamente amplia había removido todo el terreno, penetrado en los jóvenes, en los estudiantes, en los obreros; había suscitado en su carrera progresiva tenaces oposiciones, amor y odio, entusiasmo estruendoso y secretas conjuraciones; pero había adquirido rara difusión..... *La Cultura Sociale* en Italia, era como *La Justice Sociale* en Francia, el ágora de cita para muchos sacerdotes, y para no menos seglares que soñaban con volver á los métodos apostólicos y trabajaban en la conquista de la democracia por el cristianismo.»

Mas decía Su Santidad que este amor á la Iglesia era falaz y mentido: *fucoso amore*. ¿Cómo así?

Porque es un amor *falto de fe, falto de saber, falto de abnegación:* le falta la fe que lo informe, lo eleve y lo sobrenaturalice, que le haga entender que la Iglesia no es meramente una sociedad huma-

(1) *Le Temps*, 28 Septiembre 1907.

Biblioteca Nacional de España

na, un reino temporal sino la Esposa divina de Jesucristo cuya vida y ser reposa en la palabra de su Esposo; le falta la ciencia y saber alto y teológico que le haga comprender cómo el único bien de la Iglesia está en ser lo que es y que amor que no le desea este bien ó que le quiere privar de este bien, es amor falaz y mejor, verdadero odio, que le haga comprender que amor que la incite á desconsiderar la palabra de su Esposo, á mancillar su doctrina, á entregar el depósito, á violar su moral, á olvidar sus promesas, es voz de sirena y seducción de infidelidad; le falta, por fin, abnegación para amar á la Iglesia en la soledad del Cenáculo, y en la tristeza de las Catacumbas, y en el abandono de la Cruz.

Todo esto lo podemos comprender por la Encíclica de Su Santidad y por las mismas obras de los modernistas.

Su Santidad nos dice que una y acaso la principal razón que aducen para clamar porque la Iglesia tome régimen, costumbres, gobierno y máximas de la revolución, es porque si no amenaza, es inminente su muerte.

«Vivimos en época en que el sentido de la libertad ha llegado al *summum*; la conciencia pública ha introducido en el Estado civil el régimen popular. Y como en el hombre la conciencia pública y la individual son lo mismo, la Iglesia debe, si no quiere dividir al hombre con guerra intestina y cruel, usar en su gobierno formas democráticas, y si no lo hace, de seguro se arruina, desaparece» (1).

Y ¿por qué?

«Porque loco será quien crea que el torrente de la libertad, que todo lo arrolla, va á tener regreso y volver á su fuente: represado por fuerza y contenido romperá con más violencia el dique, llevándose arruinadas la Religión y la Iglesia» (2).

No: estos hombres no creen en la Iglesia y en la Religión, estos hombres no creen que son tentativas del infierno la libertad, el sufragio universal, el derecho nuevo y que la Iglesia es inconmovible,

---

(1) «Ea porro tempestate nunc vivimus cum libertatis sensus in fastigium summum excrevit. In civili statu conscientia publica populare regimen invexit; sed conscientia in homine aeque atque vita una est; nisi ergo in hominum conscientiis intestinum velit excitare bellum ac fovere, auctoritate Ecclesiae officium inest democraticis utendi formis; eo vel magis quod, ni faxit, exitum imminet.» (Encíclica *Pascendi.*)—(2) «Nam amens profecto fuerit qui in sensu libertatis, qualis nunc viget, regressum posse fieri aliquando autumet. Constrictus vi atque inclusus fortior se profundet, Ecclesia pariter ac religione deleta.» (Encíclica *Pascendi.*)

Biblioteca Nacional de España

eterna, *portae inferi non praevalebunt;* estos hombres, si aman á la Iglesia, la aman sin fe, no la conocen.

¡Y de cuántos y cuántos modos repiten la misma desoladora é impía afirmación! Que nos quedamos solos, que la Iglesia se aísla, que se priva de los auxilios del siglo, que es quijotada el no ceder á las circunstancias, que los torrentes no vuelven atrás.....; pero mejor será dejarlos hablar á ellos.

Oigamos primero al más nombrado de los italianos, á Rómulo Murri, quien en entrevista tenida con un redactor del *Spettatore*, se expresó así hablando de su condenación y de la de *La Cultura Sociale*:

«Hacer una crítica de esas maneras viejas y falsas de representarse y de practicar el catolicismo, no es combatirlo, sino combatir lo que no es, lo que es una vegetación parásita que le consume y quita la vida. Operaciones son estas que se han de hacer con dolor, como se arrancan en la carne viva las excrecencias parásitas; pero operaciones de esta cirugía espiritual que nadie puede impedir, porque hombres de cultura y de talento no se pueden resignar á vivir un cristianismo con las categorías y estados de alma del tiempo pasado. El catolicismo no puede ser lo que muchos quisieran, una estufa que impidiera ó retardara artificialmente la vegetación de las almas» (1).

El ya citado abate Naudet, tan propenso al modernismo, nos da en pocas palabras el fin de sus aspiraciones:

«Lo que siempre habemos afirmado, lo que repetimos hoy, es que sostener en política y sociología tesis de reacción, es condenarnos á la impopularidad y á la más completa impotencia» (2).

El Indice y la Romana Inquisición han sido y son piedra de escándalo de los modernistas; ya habrá ocasión de conocerlo. Por ahora nos basta apuntarlo y anotar las frases durísimas con que Mr. el abate Dabry se revuelve airado contra las censuras fulminadas por ambas Congregaciones.

¿Qué hacen esos autores que las censuras romanas condenan? Se pregunta y se contesta:

«Esos hombres saben que una ciencia implacable mina y zapa los antiguos teoremas de la fe y se agrupan con el designio de seguir á esa ciencia en sus trabajos y pelear con ella en su propio terreno: ¡delito imperdonable! Eso es los que periodistas, cazadores de herejías, denuncian prontos á condenar lo que no les cabe en su

(1) *Demain*, 22 Junio 1906.—(2) *La Justice Sociale*, 29 Septiembre 1907.

Biblioteca Nacional de España

cabeza. Palidecerían de seguro si viesen el daño, el horrible vacío que hacen en las almas los resultados ciertos que han obtenido, y cuya autoridad no pueden destruir las infantiles fórmulas con que se quiere contestar á todo. Mañana, con la *Histoire des Religions* se hará en toda Francia directamente guerra á la fe del niño y del adolescente. Asustados buscaréis quien sepa contestar, quien pueda alzar cátedra contra cátedra, propaganda contra propaganda. ¡Ay! acaso estarán, todos los que podrán, descorazonados (por los anatemas) y habréis dado el golpe de gracia á esa misma fe que queríais defender. Por esa política habréis provocado la destrucción material de la Iglesia, por ese modo de tratar los entendimientos prepararéis su irremediable ruina moral» (1).

Cerremos estas confesiones modernistas en que tan poca fe, tan ninguna, muestran tener de la duración y vida sobrenatural de la Iglesia con citas de un modernista que se cubre con el seudónimo de *Dr. Alta* y que se explica así:

«Los artículos titulados *Un estado de espíritu* me hacen esperar en que usted (se dirige al abate Naudet, director de *La Justice Sociale*) querrá también publicar unas páginas á que daré con gusto el mismo título. No gustarán, claro, á ciertos adictos á una escuela político-religiosa, pero San Bernardo, San Vicente Ferrer, y otros reformadores católicos encontrarán muy ortodoxas, aunque halaguen poco á los *quijotes de la ortodoxia*. Pero yo no pretendo infundir una brizna de juicio á esos debeladores de molinos de viento.....»

Llegando á proponer la materia, escribe:

«Es un lugar común ¿no es así? repetido por todos nuestros diarios y revistas y hasta por letras episcopales y aún papales que el catolicismo es aún en Roma objeto de suspiciones y de eliminación.....»

El va á estudiar las causas para remediarlas ¿cómo no?

Una de ellas es el orgullo que aísla á la Iglesia en su intransigencia.

«La batalla eternamente perdida, la hostilidad siempre creciente desde los Antonellis y Luis Veuillot y sus sucesores que trabajan por el absolutismo de la Iglesia enfrente de la libertad y la ciencia demuestran lo contraproducente de esa táctica inconcebible; obstinándose en ese procedimiento se conseguirá hoy el desdén ó el desprecio de los intelectuales.»

---

(1) *La Vie Catholique*, 20 Julio 1907.

Biblioteca Nacional de España

Y para concluir añadía, con frases dignas de Lutero y de Calvino:

«Los poderes del infierno existían en tiempo de Jesús y de los Apóstoles, y la Iglesia estaba aún sin edificar. Pues esta Iglesia naciente venció las potestades infernales. El poder del infierno hoy en la Masonería y la Revolución, ha prevalecido y prevalece contra nuestra Iglesia, no sólo existente, pero organizada é impuesta oficialmente por siglos de Papado, de inquisiciones, de Concordatos, de alianza con el Estado, ¿por qué? Evidentemente porque nuestra Iglesia, nuestra fe, nuestro método por lo menos no es el de Jesús y sus Apóstoles» (1).

¿Habéis visto la falta absoluta de fe de tales herejes? ¡Ese es el amor á la Iglesia; en eso vino á parar aquel deseo del esplendor de la Iglesia para vencer al siglo!

Pero no menos está ese *amor ciego y falto de teológico saber*.

Del principio sobrenatural de la fe vive la Iglesia, que es una reunión de fieles unida en una creencia y animada del mismo espíritu de Dios que une sus miembros y los vivifica; pero Jesucristo, su divino Fundador, le entregó el depósito de su palabra escrita y tradicional, la adornó y pertrechó con la jerarquía y con sus doctores que la rigen é iluminan, le confió el precio de su sangre para que en los sacramentos lo administrara, la hizo sociedad perfecta y humano-divina para que viviendo en la tierra y conviviendo con las otras sociedades tuviera con ellas relaciones y á todas ayudara á caminar á la eternidad de bienaventuranza.

Todo esto pide y supone un cuerpo de doctrina que no puede sin estudio mucho adquirirse y conservarse; porque si el organismo humano origina la ciencia de la anatomía y de la filosofía y los organismos sociales la de la sociología y los más perfectos organismos morales, que son las naciones, la ciencia del derecho privado ó público, nacional ó internacional: es razón y necesidad que la palabra de Dios, la constitución y ministerio de su Iglesia, sus relaciones privadas ó públicas engendren ciencias sagradas que sin variar los fundamentos puestos por la revelación divina los apliquen, los estudien, los enseñen y divulguen.

Estas son las ciencias sagradas que deben saber los sacerdotes y polemistas católicos y que son el lastre para que no naufrague nuestra fe en los procelosos mares de la polémica y de la lucha; y estas

---

(1) *La Justice Sociale*, 27 Julio 1907.

Biblioteca Nacional de España

son cabalmente las ciencias de que se hallan ayunos los modernistas, las ciencias que ellos desdeñan y menosprecian.

Nullo solido Theologiae ac philosophiae praesidio nos dice Su Santidad Pío X, y en otros lugares se lamenta del desprecio en que tienen estos novadores la filosofía y teología escolásticas y la erudición vana en ciencias físicas y en disquisiciones filológicas á que con preferencia se entregan.

No hay más que abrir sus obras, verbigracia, las exegéticas de Loisy; las filosóficas de Laberthonière y de Le Roy; las sociales y periodísticas de Naudet, Boeglin, Fonsegrive; las literarias y apologéticas de Klein, Fogazzaro, Rifaux, etc.; las de Tyrrell, Turmel, Birot, Blondel y las de todos para llorar en ellos la falsedad en la exposición de las doctrinas católicas y escolásticas, la inanidad de las razones con que las quieren refutar, la vanidad y suficiencia con que hablan de sí, el supremo desdén con que repiten, como papagayos, lo de las cuestiones ociosas, el dogmatismo teológico, el autoritarismo escolástico y otras fórmulas varias, pero llenas de ignorancia y orgullo, si la ignorancia y el orgullo sirven para llenar algo.

Como al fin de estos sermones habrá quedado hecho un trabajo, si incompleto, prolijo de cien refutaciones en que todo lo dicho queda comprobado aquí no se aducirá sino un texto que en su primera parte habla con pleno desconocimiento de la doctrina católica y en la segunda descubre entre frases hinchadas los estudios pedantescos de los modernistas.

«Mientras oradores elocuentes y escritores doctos no cesan de afirmar la incompatibilidad esencial entre la ciencia y la fe, la contradicción irreductible entre la gracia y la autonomía de la persona numana, la oposición entre las afinidades monárquicas y reaccionarias del cristianismo y las instituciones modernas.....»

Hasta aquí lo falso. La incompatibilidad esencial está entre la fe y el error, que eso es la ciencia falsa; está también entre la gracia que enseña el catolicismo y la moción determinada del protestantismo y entre ésta y la libertad física, que precisamente desde San Agustín que recogió la tradición de la Iglesia griega hasta Belarmino, Lesio y Molina que declararon el sentir común entonces de la Escuela, lo que se ha salvado siempre en cualquier explicación católica es la concordia entre la gracia y el libre albedrío; la incompatibilidad esencial está entre las afinidades católicas con el derecho de Dios y el derecho nuevo ó de Satanás y el volver á aquél, dejado y renunciado éste, es la verdadera reacción.....

Biblioteca Nacional de España

Pero oigámosle hablar de sí: no cumplen aquello de *laudet te os alienum*.

Mientras se predican esas soñadas incompatibilidades:

«Se ven formar en el seno de la sociedad cristiana hombres que honran á una la Iglesia y la sociedad laica por la libertad de su espíritu, la extensión de su ciencia, la independencia de su carácter, su amor sincero á las instituciones democráticas y republicanas. En todas las ciencias, hasta en las que tocan indirectamente las instituciones religiosas, como la exégesis, la historia de la Iglesia y del pensamiento cristiano, la filosofía y la sociología, reivindican los derechos de la libre disquisición científica según métodos autónomos y procedimientos propios de investigación» (1).

Esta ignorancia y superficialidad es causa sin duda de que como veremos han entregado al enemigo la posesión de la verdad con una filosofía escéptica, la santidad de las Escrituras con interpretaciones falaces y arbitrarias, la autoridad y prestigio de la Iglesia maniatándola ante el poder civil, el depósito de las religiosas tradiciones temblando al primer sofisma del enemigo, la constitución jerárquica, el esplendor litúrgico, la santidad monástica y religiosa á las envidias, licencias é impiedad de los adversarios; como niños que no conocen el valor de la herencia recibida de sus padres ó como aquellos indios de la conquista que no apreciaban las barras de oro puro, así estos ignorantes prescinden del caudal de conocimientos y de armas que sus mayores les legaron y encantados y embelesados con los cambiantes de unos vidrios rotos entregan el oro de la verdad tradicional y heredada por las fruslerías y nonadas de una erudición aparatosa y de oropel.

Ese amor á la Iglesia de que se jactan, ni tiene fe, ni tiene saber y divina prudencia, ¿tendrá acaso abnegación?

Tampoco.

Los modernistas no son de raza de mártires.

Nada más común en sus libros, de lo cual llevamos dadas muchas é irrebatibles pruebas, que apelar como suprema razón de su conducta á las necesidades de los tiempos, al deseo de evitar á la Iglesia disgustos de sus enemigos, al afán de conciliarlo todo, de no ver desiertos los templos, de no ocasionar la muerte del catolicismo; en una palabra, al miedo á la persecución, que como á sus progeni-

---

(1) P. Bureau, *Crise morale de temps nouveaux*, págs. 382-385.

Biblioteca Nacional de España

tores los católicos liberales de Pío IX les impulsa á sacrificar la verdad y su libertad en confesarla.

Las obras de los modernistas revelan lo mismo, cuán lejos se hallan del amor de abnegación de la Iglesia, porque ellos han sido en Francia particulares iniciadores y como el alma de congresos, peregrinaciones, asambleas donde tras aparatosas exhibiciones de elocuencia, de esplendor y de actividad febril, peligrosas cosas todas ellas, aunque por un bien mayor tolerables, no se ha sacado más fruto que el que ellos en sus apasionadas relaciones declaran:

«Los congresos no suelen ser otra cosa que un deporte anual y platónico que sirve de desahogo á elocuencias desconocidas, de pretexto á admiraciones recíprocas, de pasatiempo á filantropías vagabundas, que siempre gozan en juntarse en algún sitio para decidir que se desclaven las estrellas y que se renueve en seguida] la faz del cielo y de la tierra. El congreso nacional de la Democracia cristiana, tenido en Lyon en Noviembre de 1896, ha roto de pronto este concepto del Congreso..... Este ha sido un signo de los tiempos, ha sido el vibrante despertar de un estado nuevo de alma, la prueba de que bajo las frías cenizas de lo viejo, que frente á una generación que arrastra su languidez hacia la tumba y el olvido, otra se levanta que ve sin enfado el progreso, sin miedo el porvenir, y cree que hay que ser culpable ó loco para desconocer las transformaciones sociales, negar la evidencia, maldecir la República, y delirando, juntarse y abrazarse al mundo para hacerle andar atrás» (1).

A confesión de parte..... Cuando se leen ésas se acuerda uno de las palabras de Pío IX y de «los que tuercen las recomendaciones de la Santa Sede en adulaciones del César». Siempre es un amor sin abnegación el que los inspira.

Más escandaloso fué el incidente del otro congreso habido en Friburgo en el mismo año de 1897. Era internacional, de eruditos católicos, entre los cuales andaban modernistas. Cuentan las relaciones publicadas por todos los periódicos de Francia, que en la última recepción tocaron diversos himnos nacionales, sin duda para lisonjear á los congresistas; el nacional alemán, el nacional inglés, el ruso, y, por fin, el himno de la Revolución francesa, la Marsellesa:

«Y aquí fué cuando se produjo un incidente que no puede menos de parecer escandaloso. Un número de congresistas jóvenes, entre los cuales no eran los menos los eclesiásticos, hicieron repetir por

(1) M. Mouthon, citado por *L'Univers*, 22 Octubre 1897.

Biblioteca Nacional de España

dos veces el himno sangriento del Terror..... Aún más, ellos mismos acompañaron la orquesta con sus voces, laicos y eclesiásticos, entonando la letra de las terribles matanzas:

Q'un sang impure abreuve nos sillons.....»

Pocos días después *La Semaine Religieuse*, de París, daba cuenta del incidente con estas palabras:

«La Marsellesa, tocada por la música del landwher, fué saludada con las ovaciones entusiastas de todos los católicos franceses y aplaudida frenéticamente por los congresistas.»

De seguro que todo esto se disculpaba por un amor á la Iglesia de Francia sin sacrificio ni abnegación.

Concluyamos este punto que parece evidente, y se hará más bien pronto, con unas palabras de elogio con que *la Liberté du Cantal* coronaba á Fonsegrive después de las primeras condenaciones pontificias del modernismo:

«Católico precursor es el representante del catolicismo intelectual de mañana con sus audacias, sus generosidades, sus inquietudes, su ideal jamás satisfecho y siempre mayor. Hombre de su siglo cree que va á la par de la flor intelectual de él y no deja caer sobre los atrasados y retardatarios sino miradas de ironía desdeñosas y altaneras..... En estos tiempos de mediocracia, de emplastos, de tiquismiquis y de frases se tienen miedo á esas voces robustas que en medio de nuestra culpable indiferencia se obstinan en predicarnos la verdad, en profetizar derrotas próximas. Eso es Jorge Fonsegrive y por eso será siempre un desconocido» (1).

Decididamente los modernistas no tienen á la Iglesia el amor humilde, resignado, lleno de abnegación que tenían los mártires: su amor busca salir de las tinieblas, quiere el tráfago y el esplendor mundano, se esfuerza y se perece por conquistar las sonrisas de la Revolución, y herido en su desgracia, desdeña y desprecia creyéndose más, mucho más que todos: *non sum sicut caeteri homines.*

Cuán opuesto es este amor al amor que el Corazón de Jesús tiene á su Iglesia y nos enseña que le tengamos.

Christus dilexit Ecclesiam. La amó antes de que fuera y para que

---

(1) 10 Julio 1907.

Biblioteca Nacional de España

fuera: la amó como Paraíso único de deleite en medio de un mundo inhabitado y hórrido todavía; la amó como á única arca de salud en las aguas de perdición y vicios que anegan la tierra; la amó como á Abraham y Sara en una nación prevaricadora y maldita; la amó en una cautividad de Egipto para preservarla de plagas y castigos y sacarla ilesa sobre sus alas omnipotentes; la amó rodeada de gentes perversas y condenadas á la destrucción; la amó como viña escogida que plantó, defendió, dotó y favoreció; la amó cuando pecadora y prevaricadora, la llamó, la amenazó, la purificó, la hirió, la humilló y la redimió; la amó como única paloma, única escogida, única amada, única esposa de su Corazón; la amó cuando *tradidit semetipsum pro ea*, se entregó por ella á la muerte, cuando dormido en la Cruz la vió nacer de su Costado partido pura, inmaculada, enjoyada, coronada; cuando le dió el tesoro de su sangre para la continua renovación y santidad de sus hijos; cuando la hizo monte firme de Sión adonde corrieran por luz y doctrina los pueblos todos; cuando la puso como señal de paz y salud para las gentes; cuando la hizo santa en medio de pecadores, infalible en medio de engaños y sofistas, indeficiente entre los vaivenes de lo caduco y mortal; cuando la hizo Jerusalén santa en la tierra, Sión gloriosa en el mundo; cuando le dió Apóstoles que la fundaran, Mártires que la confesaran, Confesores que la ilustraran, Vírgenes que la hermosearan, Santos que fueran su ornato y su gala; *tradidit semetipsum pro ea*, la amó trabajando por ella más que Jacob por Raquel, sacrificándose por ella más que José en el cautiverio, muriendo por ella entre las agonías de su Pasión, y esto, no para que fuera objeto de aplauso del mundo prevaricador, sino para que fuese *Sancta et immaculada*, santa é inmaculada, *sine macula aut ruga*, sin lunar ni arruga. La amó enviándola á un mundo, á quien había de conquistar, y la envió como su Padre á El, como cordero entre lobos, como signo de contradicción, como piedra de escándalo, y también como amor de los buenos, encanto de las predestinados, imán de los elegidos, admiración y luz, dulzura y sabiduría de los que, paganos ó judíos, creyeran en ella y la recibieran. La amó antes de ser para que fuese su paloma única, la amó cuando los pecados de sus hijos la afearon y mataron para que volviera á ser su lavada y purificada Esposa perenne, la amó para que en el mundo fuese lo que El había sido con ella, Redentora y luz del mundo y como El lo había sido entregándose al martirio por ella, así ella se entregara también por la obra de la santificación del mundo.

Biblioteca Nacional de España

Christus dilexit Ecclesiam: la amó y para que este amor del Corazón divino á su Iglesia y la correspondencia de ésta á El no faltara la quiso, como dice San Buenaventura, proveer de todo y le dió *mandata, flagella, charismata, tentamenta;* preceptos, persecuciones, privilegios y tentaciones: porque *mandatis firmatur,* con los preceptos se afirma; *flagellis probatur,* con el azote se prueba; *charismatibus decoratur,* con los carismas se enjoya; *tentamentis conservatur* (1), se conserva con las pruebas. Grande amor el de Jesucristo entregándose á sí mismo por la santidad de su Iglesia; no menor el que le tiene entregándola á ella por su propia santidad y perfección. Y como la tribulación no procede sino de este acendrado é infinito amor, por eso, en lo más rudo y cruel de ella le habla á su corazón y le dice: Acuérdate del modo de obrar que yo he tenido siempre y á lo que hice en un principio ya con Abraham y Sara, ya con la pequeña grey de mis primeros Apóstoles; los atribulé para consolarlos y así haré ahora remediando todas tus quiebras y ruinas y convirtiendo en paraíso el desierto y en jardín escogido la soledad: levanta á mí tus ojos, que yo soy tu Salvador, y todo lo que te aflije se acabará cuando los cielos y la tierra y sus habitadores han de perecer como si se apolillaran. Yo, yo que te saqué de las asechanzas pérfidas de la Sinagoga, yo que hundí en un mar de sangre al Romano que paladeaba la de mis Santos, yo que detuve y deshice los orgullos de Mahoma; yo, yo seré también tu único consolador: *ego, ego consolabor vos.* Es cierto que las calamidades que padeces son muchas, como también fueron muchos los pecados de tus hijos, aun de tus sacerdotes, pero yo te digo que pelearé por mi pueblo, que arrancaré de su mano el cáliz amargo que de dolor te trastorna y no permitiré que lo apures, sino que sus heces se las daré á beber á los enemigos que te humillaron y pensaron que te iban á destruir (2).

El amor que prueba á su Iglesia ó para acrisolar el oro de la vida sobrenatural que hay en ella *excoquam ad purum scoriam tuam* (3) ó para redimir por ella al mundo *adimpleo ea quae desunt passionum Christi* (4), completando con sus padeceres los méritos de su Fundador; ese amor no permite que pasada la hora del Calvario tarde mucho la hora de la resurrección y de descubrirse ese amor triunfador.

Entonces es cuando le lee esta otra página de sus promesas, que

---

(1) Expos. 2, sup. Psalm. 128.—(2) Isaías, c. 51, n. 1-25.—(3) Ibid. 1, 25.—4) Ad. Colos. 1, 24.

Biblioteca Nacional de España

verificará ahora como hasta ahora la ha verificado: Levántate, levántate de la noche de tu dolor y abre tus ojos á la luz del Señor que raya en el horizonte y ha de iluminarte y llenarte de gloria, en tanto que á tus enemigos los envuelve para siempre la obscuridad. Reyes y pueblos antes hostiles y apartados, buscarán ahora tu enseñanza, tu luz y tu amor de madre; porque vendrán como hijos en infinita muchedumbre: míralos, alza tus ojos, que vienen de todas partes, de Asia y de Africa, de América y de las islas del Océano. ¿No te acuerdas que eso te pasó después de la tormenta de sangre desde Nerón á Juliano?, los remotos bárbaros te pidieron leyes, amor y justicia, y tú se las diste: y los antiguos reyes te sirvieron á ti como vasallos y besaron los pies de tus Sacerdotes y Pontífices. Pues lo mismo te sucederá ahora: fuiste perseguida, abandonada, te haré gloria del mundo y orgullo de la tierra; te llamaron proscrita y estéril, serás fecunda de generación en generación, para que conozcas tú y todos los hombres que mi brazo es el que te ha sacado vencedora. Mi brazo, que se mostrará rodeándote como en otros días aún de los bienes de la tierra, y como por Catacumbas te di templos, y por circos de fieras coronas y propiedades, y por suplicios y piras, tribunales y varas de justicia; así te daré por el hierro oro, y por el acero purísima plata, y por las piedras metales y te coronaré de triunfo sempiterno y tus pobres y tus niños valdrán por ejércitos y naciones (1).

Christus dilexit Ecclesiam: la ha amado con ese amor de triunfo que de su Corazón divino brota, y la ha amado con los parciales triunfos que le da de sus enemigos. Porque Lutero y Calvino y Zuinglio y Ecolampadio, y Enrique, é Isabel y Gustavo Vasa y Gustavo Adolfo y novadores y príncipes y guerreros del cisma protestante, murieron y la Iglesia de Roma ha rehecho su jerarquía y ha recibido la obediencia antes negada y abre sus brazos á alemanes, sajones, suizos, ingleses, dinamarqueses y polacos que vuelven al seno materno como hijos pródigos, pidiendo perdón; y la tempestad jansenista trajo más robusta que nunca la autoridad de Pío VI y de Pío VII que acabaron con la pretendida Iglesia galicana; y los desafueros y orgullo y tiranías de Napoleón le llevaron á él á Santa Elena y devolvió Dios á Roma su Pontífice, que inauguró una era de Papas santos, y de tal esplendor de Roma papal, que compite con el de los tres primeros siglos de la Iglesia; y Víctor Manuel y la Revolución

(1) Is., cap. 60.

Biblioteca Nacional de España

consiguen hacer una iniquidad más al entrar por la Puerta Pía; pero el Corazón de Cristo consuela á su Iglesia con la extensión de su apostolado en China, el Japón, las dos Américas y el continente africano y empuja á los pueblos de Europa á mostrar en continuas peregrinaciones su inquebrantable adhesión á Pedro encadenado. Señales todas de que vendrá triunfo mayor y más completo, porque el Corazón de Cristo ama á su Iglesia en sí misma, en la angustia y el castigo, para el triunfo y la corona. Esta es la gran propiedad que el amor de Cristo da á su Iglesia *ut tunc vincat cum laeditur; tunc intelligat, cum arguitur; tunc secura sit cum deseritur; tunc oblineat cum superata videtur* (1), que herida, venza; argüida, se arraigue en su creencia; abandonada, esté segura y tranquila; derrotada, quede vencedora. Recordemos lo que su historia nos asegura, que siempre creció con los trabajos, se aumentó y dilató con las aflicciones, venció todos los obstáculos con la paciencia. *Recordamini Ecclesiam semper laboribus crevisse, passionibus multiplicatam esse, tolerantia cuncta resistentia evicisse* (2).

No ha de ser otro el amor que á la Iglesia tenga el devoto del divino Corazón de Jesús, á fin de que siendo iluminado por la fe, adoctrinado por la teología, lleno de abnegación en la lucha sea del todo opuesto al ilusorio y falaz amor de los modernistas.

Primero, ame á la Iglesia por lo que ella es en sí misma.

Ámela, porque es el cuerpo místico y visible de Jesucristo Nuestro Señor, su Esposa divina é inmaculada, su viña escogida y segura de peligros, el arca de salvación en el diluvio de los pecados, el pueblo escogido y segregado de los infieles, la nave que nos conduce al puerto en mar procelosísimo, el huerto y paraíso de virtud y santidad, la torre fortísima é inexpugnable, la ciudad santa de Sión en la tierra y la Jerusalén divina, patria única de todos los redimidos. Ámela, omitiendo metáforas sagradas, por ser la depositaria de la doctrina celestial, la maestra infalible de la vida, la luz indeficiente del mundo, la tesorera de la sangre de Jesucristo y de los merecimientos de los predestinados, la dispensadora de los Sacramentos con que nacemos, crecemos, nos alimentamos, somos recibidos en la vida sobrenatural, la madre amorosa de individuos y pueblos cuyos consejos sirven para la vida temporal, y para la invisible y sin tiempo, la promovedora de la civilización fundada en el

---

(1) S. Hilar. De Trin. l. 7.—(2) Petr. Maur. Libro i, ep. 1, ad Innoc. Pap.

Biblioteca Nacional de España

Evangelio y en la Cruz de su Redentor; ámela por todo esto, y la amará en sí misma.

Ámela también para que sea en sí mismo; es decir, para que la doctrina de ella ilustre su entendimiento, y la santidad de los sacramentos vigorice y engruese de Dios á su alma, y la prudencia de sus leyes guíe y ordene sus pasos y para que la voz del consejo divino ordene la familia, regule los contratos, santifique el matrimonio, eduque á los hijos, gobierne á los gobernantes, presida en los tribunales, infunda savia á las leyes y, en una palabra, sea la Iglesia en él y en todo lo suyo.

Ámela también para que sea en el mundo, amando así con el mejor amor al mundo. Mas no para que el mundo sea en ella modificando sus escrituras, falseando su tradición, truncando su doctrina, alterando su liturgia, deshaciendo su jerarquía, destruyendo su autoridad; sino para que ella sea en el mundo reprensión si yerra, atracción si se descarría, castigo si se obstina, medicina si adolece, resurrección si muere. Si el mundo es Herodes, la Iglesia debe ser su Bautista; si es David, su Natán; si es Jezabel, su Elías; si es Saúl, su Samuel; la Iglesia de hoy es y será para un mundo enorgullecido y sanguinario como Teodosio, el constante Obispo de Milán; para un mundo Atila, San León; para Enrique IV, San Gregorio VII; para Isabel de Inglaterra, San Pío V; para Arrio, San Atanasio; para Pelagio y Celestio, San Agustín; para Hostigesis y Abderramán, San Eulogio; para Napoleón, Pío VII; para Víctor Manuel será siempre el santo Pontífice Pío IX.

Ámela así el buen cristiano á la Iglesia, y si por ello cae sobre la Esposa de Jesucristo la herencia de su Maestro, ámela en la soledad del Cenáculo, y en el desamparo de las Catacumbas, y en el olvido de los yermos, y en las crueldades del Coliseo, y en las torturas de la Torre de Londres, y en las matanzas del Rhin y de los Países Bajos, y en las agonías del Temple y en los triunfos de la guillotina de París. Y cuando así vea á su querida Iglesia, ámela y repita á sus oídos que Pedro, atado y crucificado, glorifica así á Dios (1), que es martirio, y martirio glorioso, el resistir á la incruenta persecución, y que aun en tiempos de aparente paz se puede padecer glorioso martirio (2); que la Iglesia vence cuando es condenada, triunfa cuando sus hijos mueren por ella (3); que el mundo es

(1) Joann. 21, 19.—(2) Isid. Hisp. VII. Etimol., c. 11.—(3) Ambr. Serm. 70. De nat. MM.

Biblioteca Nacional de España

felizmente infeliz, y los que padecen son infelizmente felices (1); que tanto es más glorioso el triunfo cuanto la pasión es más cruel (2); que la pelea por la fe y por la Iglesia es pelea celestial, pelea de Dios, pelea espiritual, batalla de Jesucristo (3); que para alabar en esos períodos á la Iglesia basta decir que padece martirio, *appellabo martyrem, praedicavi satis* (4); repitamos delante de todos con santa jactancia la palabra del Salvador: Cuando os separen, y os insulten, y os arrojen de una y otra parte, y os condenen por el Hijo del Hombre, alegraos porque sois bienaventurados (5).

Ámela así el buen cristiano, y entienda que es ley divina que en la Historia de la Iglesia se cumple que cuando ella es puesta en Cruz atrae á sí todas las cosas (6).

Una de las frases huecas y ambiguas que decoran los modernistas, heredada de los católicos liberales, es que debemos acomodarnos á las necesidades de la época: y es verdad.

Pero, ¿cómo? Como se acomodaron San Pedro y San Pablo á las necesidades de la Sinagoga, repitiéndoles *opportune et importune* la reprensión de su deicidio y la resurrección de Jesucristo; como se acomodaron todos los Apóstoles á las necesidades del imperio romano predicando la unidad de Dios, la falsedad del politeísmo, los vicios de la filosofía, que era lo que Roma negaba con encarnizamiento; como se acomodaron los Padres de Nicea y San Atanasio á las necesidades de su siglo, confesando la consustancialidad del Verbo sin callar por las amenazas de los césares ni por las tergiversaciones de los obispos semiarrianos; como se acomodaron á los vicios de su siglo los anacoretas, protestando con su fuga de la gangrena del imperio decadente; como se acomodaron estos mismos santos anacoretas, dejando la paz del desierto por la bulla de la corte, cuando los herejes prendían fuego á la Casa de Dios. Así se ha acomodado siempre la Iglesia á su siglo, condenando, reprendiendo, anatematizando los errores y los vicios más amados de él y repitiendo hasta la victoria las verdades que él más contradecía; Pío IX, con aquella su célebre frase «cuarenta veces he condenado el catolicismo liberal, y estoy dispuesto á condenarlo otras tantas, porque no hay más pernicioso error», nos da la medida de cómo la Iglesia de Dios desde San Pedro se ha venido acomodando al siglo ciego para iluminarlo, enfermo para sanarlo, gangrenado para cauteri-

---

(1) Aug. Sup. ps. 63, v. 2.—(2) Cypr. ep. ad. MM. et Conf.—(3) Ibid.—(4) Ambr. De virgn. l. 1.—(5) Math. 5. 11, 12.—(6) Joann. 12, 32.

Biblioteca Nacional de España

zarlo, muerto para salvarlo. Así hoy día Pío X, apenas subido al trono de San Pedro, se acomoda á su siglo para seguir la obra redentora de la Iglesia y nos enseña que acomodarse á su siglo es curarle de la enfermedad de que el siglo adolece.

Lo otro es aumentar la enfermedad, propagar la enfermedad, amar la enfermedad; y esto es en rigor y en verdad lo que hacen los modernistas.

No aman á la Iglesia, aunque lo dicen; aman el error, aunque no lo dicen.

II

Amor verdadero que tienen al error.

Después de declarar Pío X que es amor falso, ignorante y ciego el que alardean los modernistas tener á la Iglesia, añade: «y aún imbuídos profundamente en las doctrinas envenenadas de los enemigos de la Iglesia» (1).

Más adelante: «Lo más raro y sorprendente es que se den católicos y sacerdotes que aunque estos absurdos, como queremos creer, los abominen, todavía obran como si les merecieran toda su aprobación. Porque dan públicamente tales alabanzas á los maestros de esos errores y les dan tanto honor, que fácilmente creerá cualquiera que así no honran tanto al hombre, que quizá tenga alguna cosa laudable, sino los errores que éstos afirman claramente y vulgarizan instantemente» (2).

Por último: «No se cuidan de afirmar su sinceridad en escribir; ya los racionalistas los conocen, ya los alaban como si pelearan en sus banderas; alabanzas que rechazaría todo buen católico, y á ellos los envanecen, y con ellas se escudan contra las amonestaciones de la Iglesia» (3).

---

(1) «Immo adeo venenatis imbuti penitus doctrinis quae ab Ecclesiae osoribus traduntur.»—(2) «Illud stupendum cum maxime catholicos dari viros ac sacerdotes qui, etsi ut autumari malumus eiusmodi portenta horrent, agunt tamen, ac si plene probent. Eas etenim errorum talium magistris tribuunt laudes, eos publice habent honores ut sibi quisque suadeat facile illos non homines honorare, aliquo forsan numero non expertes, sed errores potius, quos hi aperte asserunt inque vulgus spargere omni ope nituntur.»—(3) «De asserenda vero sua in scribendo sinceritate securi sunt; jam apud rationalistas noti sunt, jam ut sub eodem vexillo stipendia merentes, laudati; de qua laudatione, quam verus catholicus respueret ipsi sibi gratulantur, eamque reprensionibus Ecclesiae opponunt.»

Biblioteca Nacional de España

Después del Pontífice, vengan al tribunal los reos. Sus frases confirmarán las de la Encíclica, derramarán sobre ellas luz, dándonos á conocer todo su sentido, y acaso no nos parezcan nuevas; acaso las hayamos leído ú oído algunas veces.

«El carácter que domina en los escritos de Rómulo Murri es una admiración supersticiosa de las ideas «modernas», de la sociedad «moderna», con un soberano desdén por los hombres y las cosas del tiempo pasado» (1).

Del P. Hecker, tipo del americanismo condenado por León XIII, se leía en una revista abierta al entonces llamado catolicismo progresista:

«Era Hecker hombre de soberana y excepcional valía, repetía un protestante respetable que le conoció mucho. Era, sobre todo, un pensador; su entendimiento parecía estar siempre en gestación de ideas nuevas y sugiriéndole nuevas y maravillosas relaciones. De cuando en cuando se conocía que sus estudios no habían sido completos, pero se compensaba esto con la originalidad de sus ideas.

»Su aptitud para la metafísica hacía que hubiera en él la veta de un gran teólogo, en el sentido que esta palabra tiene aplicada á ciertos Padres de la Iglesia, como San Justino ó San Agustín.

»Bien se puede decir que si San Francisco de Sales fué suscitado del Espíritu Santo contra Calvino para oponer á una religión de terror otra de amor, el P. Hecker tuvo la misión de levantar frente á la democracia incrédula de Rousseau el tipo de la democracia cristiana, animada de la llama de la caridad divina y elevada al ideal de los santos.

»Las conversaciones del religioso americano en las verdes colinas del Salève, frente á la llanura azulada del lago de Ginebra y de las nevadas cimas de los Alpes, hacían soñar sin querer con los discursos del Salvador al borde del Genesaret y en los montes de Galilea» (2).

¡Basta, basta! ¡El P. Hecker, el de las ideas heréticas y reformistas del americanismo, un gran hombre, un santo, un Padre, un San Agustín, San Justino y San Francisco de Sales, aún un Mesías!

De Kant, cuya filosofía errónea es el origen de la corrupción filosófica de nuestro tiempo, dice Mr. José Serre:

---

(1) *La Justice Sociale*, 30 Junio 1906.—(2) *Revue du Clergé Français*, Marzo 1898.

Biblioteca Nacional de España

«Las dos *Críticas de la Razón*, de Kant, dominan como dos torres de una catedral el pensamiento filosófico de nuestros días, á sus pies de gigante reposa y duerme la ciudad» (1).

Del abate Loisy, ya condenado por la censura de los teólogos católicos y en vísperas de serlo por la Sagrada Congregación, á propósito de su libro *L'Evangile et l'Eglise*, escribia Mr. G. Fonsegrive:

«Las obras evangélicas de Loisy no pueden incluirse en sencillas notas y merecen estudio aparte y en detalle. Estos mismos cuando se apoya en sólidos fundamentos documentados, interesan al público de importancia. En esta obra se trata nada menos que de la crítica de las tan famosas conferencias de Harnack sobre la esencia del cristianismo hecha desde el campo católico por un espíritu muy amplio, y tan discreto y audaz. Todos los que ven con interés los problemas religiosos leerán estas grandes páginas, donde acaso haya algunas expresiones propias del lenguaje del autor y que temo sean entendidas por los leyentes ultra el deseo y pensamiento de M. Loisy; pero en ellas se encontrarán las mejores razones en pro de la Iglesia, su autoridad, su jerarquía, sus sacramentos, su culto y aún sus devociones que son las que pueden parecer menos inteligibles á los que las consideran desde fuera» (2).

En otro diario se hablaba haciendo paralelo entre Renán y los apologistas católicos antiguos:

«¿Los apologistas? Los apologistas, no los que ahora buscan caminos nuevos, sino los apologistas antiguos, estos estaban llenos de las mismas ilusiones que Renán» (3).

En la revista *Demain* se desfigura así el caso del apóstata Tyrrell:

«Vaya un ejemplo de la tiranía intelectual ejercida bajo Pío X. En los últimos diez años era el más eminente de los escritores ingleses jesuítas el P. Jorge Tyrrell. Después de haber pasado en la Compañía veinticinco años, creyóse obligado á pedir sus dimisorias, y hace cosa de un año que solicitó del P. General una salida honrosa. Durante los trámites de su demanda apareció en Italia anónimo un opúsculo que trataba de las relaciones entre la crítica y la teología y de la adaptación que debía sufrir la teología del porvenir. El General, que era hacía tiempo enemigo personal de Tyrrell, le exigió que negara toda responsabilidad en el opúsculo en cuestión. Negóse el P. Tyrrell, fué expulsado de la Compañía, se le declaró suspenso *á divinis*, etcétera» (4).

---

(1) *La Justice Sociale.* ¿Pourqui je suis croyant? (Noviembre y Diciembre 1907.) (2) *La Quinzaine*, 1902.—(3) *L'Univers*, 1 Febrero 1899. Estudio del libro *La demonstration philosophique*, del abate Jul. Martin.—(4) 15 Marzo 1907.

Biblioteca Nacional de España

Una cita más y nada más.

El Dr. Herman Schell fué como el portavoz del modernismo alemán; en 1898 fueron condenadas sus obras por la autoridad romana: murió en 1906, y á 20 de Julio del mismo año hacía de él el siguiente panegírico el mismo periódico modernista *Demain:*

«En una época en que por considerarse antropomórfica y supersticiosamente los dogmas de la religión se alejan de ella y de la fe los sabios, en cosas en que una dialéctica inerte y seca no ofrece á los que tienen aspiraciones elevadas sino los guijarros de fórmulas muertas; Schell pretendió proponer el ideal verdadero, que siempre está, aunque dormido y confuso, en el seno del catolicismo. Pretendió antes que todo andar y abrir un camino nuevo á la ciencia entre los católicos y facilitar la inteligencia entre la Iglesia y la sociedad moderna. En su discurso inaugural de un nuevo departamento en la Universidad de Wurzburgo, declaró ser su divisa: *Veritati.* La teología debe ocupar de nuevo su posición central en el círculo de las ciencias modernas, pero correspondiendo ella á su vez á lo que las ciencias modernas, exigen. Esta tesis es la que él declara en su escrito tan sensacional: *Der Katholizismus als Prinzip des Fortschritts* (el catolicismo principio de progreso). Allí descubre sin embajes las llagas de la vida católica moderna, remitiéndose con frecuencia al padre y principal apóstol del americanismo, P. Hecker y á Mgr. Ireland y también á «los nueve obstáculos para el desarrollo del catolicismo» en los tiempos presentes del Cardenal Manning, que Purcell acababa de publicar; allí también proponía medios prácticos para el renacimiento intelectual y moral de la sociedad católica.....»

«Es justo, pues, que Francia, en cuya evolución y progreso tuvo Schell la vista fija, que *Demain*, cuyos comienzos saludó Schell con gozo y cuyos esfuerzos seguía con atención, guarden perpetua memoria y agradecida de este valiente soldado y noble pensador.»

Para concluir este punto de elogios á heterodoxos ó á hombres condenados por la Iglesia ó á defensores de doctrinas erróneas, aduciremos una carta donde se ve todo: los elogios de los modernistas á ellos, los elogios de ellos á los modernistas y el agradecimiento y vanagloria con que son los tales elogios recibidos.

«A todos los lectores de *L'Avant-Garde*, amigos y compañeros de trabajo, salud y fraternidad.»

«Más abajo citaremos, en número bien considerable, firmas y comunicados de personalidades católicas, cosa muy interesante; presentemos ahora algunos. Ahí está José Fabre, el piadoso cantor de Juana de Arco; el Padre (ex-padre) Jacinto, verdadero apóstol de la reforma católica...; está el abate Naudet, valiente director de *La Justice Sociale*; está el abate Celestino Samuel, cuyas obras de beneficencia, tan ignorada de muchos, está dando en todas partes frutos de bendición.... En los dos meses últimos ha aumentado muchí-

Biblioteca Nacional de España

simo el número de eclesiásticos católicos inscritos en los registros de *L'Avant-Garde*, como la lista de nuestros lectores laicos de todas categorías....»

«Se encuentran todavía, y es cosa dulcísima, hermanos que buscan lo que buscamos y como nosotros lo buscamos. Esta comunidad de miras y deseos nos une con ellos en indudable parentesco espiritual. Con pena se acuerdan de los días de ayer en que por prevenciones nos desconocíamos, nos despreciábamos, nos combatíamos, era porque nos desconocíamos. Unos á otros nos decimos lo que me escribía hace poco el abate Naudet, y que encontré con gozo días pasados entre mis papeles:

»Desde entonces he andado mucho; usted también. Creo que ha sido hacia la luz, la justicia y la verdad y aunque quedan puntos en que andamos todavía separados, cuántos hay en que en nuestro común maestro Jesús, podemos tener *cor unum et anima una*» (1).

¿Quién es el autor de tal circular?

El pastor protestante Roth.

¿Qué periódico es *L'Avant Garde?*

«Periódico de evangelización y órgano de los cristianos sociales de Lengua francesa», como reza el subtítulo.

Cuán lejos se encuentran los modernistas del amor que el Corazón de Jesús tiene á su Iglesia y del aborrecimiento con que se aparta de sus enemigos.

Pocas veces nos detenemos á considerar este afecto del divino Corazón, que es de santo aborrecimiento. Avezados á repetir las dulzuras del amor, no nos paramos en las energías saludables del odio, cuando éste es correlativo de aquél, como que no es sino la misma tendencia hacia el bien, que se encuentra con el mal contrario (2).

Con la misma energía con que amamos la salud, la honra, la vida, la virtud, nos apartamos, aborrecemos, odiamos la enfermedad, la infamia, la muerte, el pecado.

Sara aborrece á Ismael en la medida con que ama á Isaac; Lot aborrece á Sodoma en proporción al amor con que ama su vida y la de los suyos; Moisés aborrece á Amalec y Jehú á la casa de Acaz y Jezabel, en proporción al amor que tiene á Dios y á la justicia; Judit aborrece á Holofernes por el amor que profesa á Betulia y al

---

(1) *L'Avant-Garde*, 15 Agosto 1907.—(2) Sto. Tom., 1, 2, q. 25, a. 6.

Biblioteca Nacional de España

Santo de Israel y de Judá: y en todos ellos se verifica que *religiosum est odium, quo ties is nobis odio est, qui Deum odit*, que aborrecemos con odio santo á los que odian el objeto del verdadero amor, que es Dios (1).

Pues lleno el Corazón de Jesús del amor vehemente de su Padre Celestial estuvo que estar más abrasado que Finees en odio santo á los enemigos de Dios y de su Esposa, la Iglesia. *Nonne qui oderant te, Domine, oderam.* ¿No es verdad que odiaba, Dios mío, á los que te odiaban y me consumía por causa de tus enemigos? *et super iminicos tuos tabescebam? Perfecto odio oderam eos* (2). Mi odio hacia ellos era absoluto y santo y los reputé á todos por enemigos míos personales. ¡Gran idea de que rebosa el Sagrado Corazón de Jesús para con los enemigos de su Iglesia! Los odia, como el Salmo dice, y los odia con la actividad, solicitud, deseo de venganza que se expresan en el verbo *tabescebam*, me consumía; y odiaba contristándose tan singularmente con odio que en las lenguas primitivas se significa por las voces de completo, sumo, acabado y supremo, mortal; y tal que reputa como propios los enemigos de su Dios para castigarlos y vengar las ofensas hechas á su Padre y á su Iglesia como suelen los hombres iracundos vengar las injurias personales: *Saule, Saule quid me persequeris* (3): por suya reputaba la persecución de Saulo á la Iglesia de Damasco y por suyo reputará el bien ó el mal hecho á los mínimos en su Iglesia (4).

Todo este sentimiento de odio santo, pero irreconciliable, se descubre en las sagradas páginas por toda la predicación del Salvador: lleno de indignación divina arrojó con azote del Templo á los que lo hacían casa de negocios, cueva de ladrones, como él lo llamó; nunca pudo reprimir el enojo que con sus sofismas y preguntas capciosas despertaban en su pecho los taimados fariseos y letrados de la ley; no empleó palabras de más odio con ninguno, sino con ellos mismos en aquellas amenazas con que censuró su orgullo, su hipocresía, sus supersticiones, su superchería, su codicia, su crueldad y con que les empujó á llenar la medida de ira de sus padres, para que sobre sus cabezas se despeñara la lava hirviente de la sangre injustamente derramada por ellos y por sus antepasados; ira y sagrada cólera llenaba su Corazón cuando ya no pudo más sufrir á su

(1) S. Hilar. in. Ps. 125.—(2) Ps. 138., v. 21, 22.—(3) Act. Ap. 9, v. 4.—(4) Matth. 25, 45.

Biblioteca Nacional de España

lado al impudente discípulo traidor, y se sintió glorificado al partir éste á consumar su delito sin igual.

En herencia dejó el Sagrado Corazón de Jesús este aborrecimiento á su Iglesia y ella lo ha conservado hasta nuestros días.

El discípulo amado, al recostarse sobre el pecho del Señor, bebió de allí amor inmenso á la Iglesia, de cuya caridad es el apóstol y odio perfecto con que odiar á los heterodoxos. *Si quis venit ad vos et hanc doctrinam non affert nolite recipere eum in domum*; al que no tiene la doctrina que os predico ni recibirle en casa; *nec ave ei dixeritis* (1), ni saludarle.

El apóstol San Pablo, apóstol de la caridad para con la Iglesia, en cuyo dolor se dolía, en cuyo escándalo ardía de pena y con cuyas agonías agonizaba, odiaba y mandaba odiar al heterodoxo: *hominem haereticum devita* (2) y evitar su trato y sus palabras que corroen y cunden como cáncer *sermo eorum ut cancer serpit* (3).

Educados en esta iglesia los Santísimos Padres de la Iglesia y los Varones apostólicos, tuvieron tanto y tan perfecto odio de los que de algún modo mancillaron su fe, que ni tratarlos de palabra quisieron: *Tantum Apostoli et eorum discipuli habuerunt timorem ut neque verbo tenus communicarent alicui qui adulteraverunt veritatem.*

Así San Policarpo, animado de este odio, huyó rozar su palabra con Marción, y á su imprudente pregunta de si le conocía: *Agnosco, te, primogenitum Satanae* (4). Sé que eres primogénito de Satanás. Así San Antonio, Padre de la vida eremítica, tanto aborrecía á los herejes, como nos cuenta San Atanasio, que á sus monjes les repetía: Huid del veneno de los herejes y cismáticos, é imitad con ellos mi odio: *Haereticorum et schismaticorum venena vitate, meumque circa eos odium sectamini* (5). Así San Cipriano, obispo de Cartago, daba á su rebaño la misma voz de alerta: «Los cristianos huyan con firmeza y eviten con tesón las palabras y los coloquios de aquellos cuya conversación cunde como cáncer; nada de trato con ellos, nada de convites, nada de pláticas amistosas; estemos de ellos tan lejos, como ellos lo están de la Iglesia: *Declinent fortiter et evitent verba et colloquia eorum, quorum sermo ut cancer serpit, nulla cum talibus commercia, nulla convivia, nulla colloquia misceantur; sintque ab eis tam separati, quam sunt illi ab Ecclesia profugi* (6). Y San León Magno, insigne Pontífice y Padre de la Iglesia Latina, como si de tanto

---

(1) Ep. Joann. 2, 10.—(2) II Ad Tim. 3, 5.—(3) Ibid. 2, 18.—(4) Euseb. IV, Hist. c., 13.—(5) Athan. opera, Vit. S. Ant., c.—(6) L. 1. ep. 3. ad Cornel.

Biblioteca Nacional de España

atrás preveyera á los modernistas, era que conocía á sus padres, nos manda huir su trato y aborrecerlo como de venenosas serpientes *quia humiliter irrepunt, blande capiunt, molliter ligant, latenter occidunt* (1): humildemente se insinúan, blandamente cogen, suavemente enredan, y sigilosamente matan.

Inspirándose en el mismo odio perfecto de la Iglesia, y razonándolo con toda exactitud teológica, da Santo Tomás la razón de que no sólo se le puede y debe separar del consorcio y comunión de los católicos por la excomunión, sino de la compañía de todos los hombres con la muerte; palabra durísima que mal resisten los oídos modernistas y tampoco los de los católicos liberales y tolerantistas, sus inmediatos ascendientes, y que por ser tan fundamentales copiaré en este lugar:

«*Multo enim gravius est corrumpere fidem, per quam est animae vita, quam falsare pecuniam, per quam temporali vitae subvenitur. Unde si falsarii pecuniae vel alii malefactores statim per saeculares principes juste morti traduntur, multo magis haeretici statim ex quo de haeresi convincuntur, possunt non solum excommunicari, sed et juste occidi*» (2). A más no puede llegar el santo odio y perfecto de la Iglesia, á excomulgarlos como á corruptores en su raíz de la vida del alma, á entregarlos al brazo secular, y matarlos.

Heredado este santo aborrecimiento á los herejes de toda la tradición católica por los Padres de la Compañía en los siglos XVII y XVIII, hizo de ellos felizmente los atletas elegidos por Dios contra el jansenismo, pero los hizo tales por hallarse escudados con el Corazón de Jesús. Este divino lábaro los defendió, y contra él dispararon sus tiros los hombres de Port-Royal en el libro de la Comunión frecuente de Arnaldo, en las Provinciales de Pascal, en la revista *Les Nouvelles Ecclesiastiques*, y, por fin, en toda la guerra sin cuartel que tuvo su Viernes Santo con el Breve de extinción de la Compañía de Jesús y su Domingo de Resurrección en la Bula *Auctorem fidei* condenando el Sínodo de Pistoya.

Pero más clara y patente apareció la oposición mortal entre los devotos del divino Corazón y los herejes, el odio que á éstos inspiraba aquél en donde más desaparecían las razones de saber teológico y de prudencia humana, donde la resistencia era más divina por más desprovista de medios naturales.

Hablo de las Hijas de la Visitación.

---

(1) Serm. 5. de jej. decim. mens.—(2) L. 2. q. 11. a. 3.

Biblioteca Nacional de España

Todas, en su totalidad moral, habían recibido hacia el año 1765 la devoción inspirada á su hermana la purísima Virgen Margarita María, y todas también ardían en las llamas de celo santo, de desagravio, de odio á los herejes, que consumían el pecho de la primer apóstol de esta Devoción: no hubo entre ellas ni un solo caso excepcional. Ni uno, digo, entre los monasterios que aceptaron la Devoción salvadora. Porque en la Orden hubo una triste y momentánea excepción, que fué el monasterio de Castellane en la reducida diócesis de Senez.

Mal dirigidas aquellas religiosas por Mgr. Soanen, obispo apelante y jansenista, cobraron al mismo tiempo odio á la Devoción del Corazón divino y amor á los errores de su Pastor lobo, y fué tanto y tan profundo, que, aun depuesto éste por el Concilio de Embrun en 1727, aún duraba en el pecho de aquellas seducidas religiosas. El mal crecía, con lágrimas de toda la Orden: se intentaron medios de rigor y de blandura, se multiplicaron oraciones, consejos, excitaciones; todo fué en vano. Por fin, sólo atrayéndolas á la Devoción al Corazón de Jesús, se consiguió que volviesen á la ortodoxia y que aborreciesen al mal Pastor que las había seducido.

Igual ejemplo se cuenta del monasterio de Nevers. Por dicha todo el Instituto se entregó á oraciones y penitencias por el bien de este monasterio, y en 6 de Abril de 1777 pudo la M. María Isabel de Promiral Dinguimberti comunicar la reducción de esta casa de Nevers en circular que pinta lo profundo del mal y la victoria del Sagrado Corazón.

Esta circular concluye con estas palabras:

«Al fin se vió establecida en nuestra Iglesia la Asociación de honor y adoración continua del Sagrado Corazón en el Sacramento de su amor. Esta devoción, que antes de ser asociación pública bendecida por la Iglesia, había sido en todo tiempo la devoción de las almas más santas; esta devoción tan propia para reunir con Jesucristo y ganarle todos los corazones, invitándolos á entrar en el Corazón divino, á unirse con él en todos sus movimientos y latidos y á beber de él el amor ardiente que les haga sensibles á todas las ingratitudes y todos los ultrajes que él recibe y sufre de los hombres; esta devoción que, no siendo sino la expresión de la fe más viva, de la caridad más ardiente, será siempre el atractivo de las almas nobles, ha sido, ha llegado á ser el amor de todas nuestras hermanas y el objeto de su cariño y fervor. Esta devoción tan unida con el conocimiento de Nuestro Señor y de sus misterios ha arrastrado y cautivado todos los corazones.....» (1).

---

(1) P. Letierce, S. J., *Etude sur le Sacré Coeur.* 1, págs. 512-515.

Biblioteca Nacional de España

Resumamos los dos primeros discursos (1).

He aquí, pues, el modernismo con que se manifiesta «la ignorancia religiosa obstinada y del peor género». Sus adeptos «tanto eclesiásticos como seglares» no se profesan enemigos del catolicismo, sino que en sus revistas, diarios, entrevistas, conferencias y conversaciones se declaran «más católicos que tantos otros católicos, más devotos y creyentes que sus impugnadores»; pero «si se ven atacados por la prensa papal por ciertos viejos conciliatorismos, transacciones, alabanzas y tendencias; todos á una se ponen á la defensa, se ayudan recíprocamente y responden que no hay que ser más papistas que el Papa». Ellos alardean de vivir en la Iglesia, de permanecer en la Iglesia, de ser la única Iglesia.

Activos, emprendedores, periodistas, sociólogos, forman con Murri, Semeria, Gallarati-Scoti en Italia, con Naudet, Gayraud, Klein, Boeglin, Dabry, etc. en Francia los llamados demócratas cristianos dándose á conocer en Congresos, Ligas, peregrinaciones sociales «y corrompiendo así la obra de los Congresos y Ligas católicas».

Aunque «en algunas ocasiones se ostentan enemigos del liberalismo» en otras y en realidad ya «heredando los errores de Lamennais», ya «siguiendo las huellas del americanismo», ya por sus afirmaciones mismas «en sociología y política» son secuaces y continuadores del liberalismo y del liberalismo católico. Lo cual no es de admirar al que considere que el modernismo es «loisismo en hermenéutica, americanismo en religión, liberalismo en política, hibridismo en sociología», es decir, que ya toma una, ya otra forma como el tentador que bate la fortaleza del alma por donde más expugnable la sabe y considera (2).

---

(1) No es para dicho, pero se deja adivinar el contento que he experimentado al leer el opúsculo del Presbítero italiano Aless. Cavallanti, que traducido en castellano por el Padre Juan Mateos, se intitula: *Modernismo y modernistas*. En este libro el autor toma en su conjuto el modernismo en modo parecido al en que se tiene en estos discursos y coincide en muchas citas y nombres de corifeos. Como su libro viene con verdadera legión de honor de aprobaciones episcopales y de la prensa católica italiana, sus citas darán á nuestro modestísimo trabajo luz y prestigios. Por eso omitiendo casi el resumen que aquí estaba de los dos primeros discursos, lo damos con muchas palabras tomadas de Cavallanti. El lector saldrá ganando.—(2) «Quien ha vivido en la segunda mitad del siglo pasado sabe bien cómo el liberalismo tuvo por sucedáneo al catolicismo liberal, miserable hipocresía á la que recurrieron las sectas para impedir que se viese el fondo de lo que se preparaba en daño de la fe y de la Iglesia y las luchas de los católicos contra el catolicismo liberal fueron ciertamente más ásperas que las libradas con el liberalismo de cara descubierta. Hacia fines del siglo XIX estaban muy lejos de acabar

Biblioteca Nacional de España

Porque éstos, jóvenes en edad ó en sexo, no pretenden más que reconciliar la Iglesia con el siglo presente. «Entretanto los prosélitos aumentan en número, crecen los despreciadores de lo viejo, que dicen no ha de volver más, progresan los adoradores de la época moderna que todo lo renueva condenando al olvido los errores lamentables de lo pasado, escudriñando y explicando los más recónditos secretos de la vida humana social y que á sus ojos se muestra como la edad que más se avecina al ideal cristiano», como «la edad del Espíritu Santo». De aquí proceden como de raíz dañada los diferentes errores modernistas y que no son sino aplicaciones á los distintos ramos de la vida y del saber del fundamental. «El uno sostiene que el Evangelio..... necesita ser modernizado un poco, puesto en contacto con el espíritu moderno»; «el otro, que los dogmas deben renovarse conforme á la interpretación de la alta inteligencia moderna, eternamente progresiva» (1); tal vez otro vería de buen grado la reforma de los seminarios á fin de tener un clero á la altura de los tiempos, de sentido y tacto modernos, sin escolásticas, sin cuestiones de la Edad Media, sin silogismos, sin infolios (2), que

esas luchas; antes bien, los acontecimientos que entonces se preparaban en Francia, habrían debido hacernos más precavidos y animarnos más á la lucha. No fué así; en lugar de eso precisamente, volvió á proclamarse en alta voz y en mil lugares que el liberalismo, el catolicismo liberal, el rosminianismo eran cuestiones ya agotadas, que habían cumplido su misión y que debían por lo tanto abandonarse definitivamente: habían llegado tiempos nuevos que requerían nuevos ideales que difundir por todas partes. Y los ideales nuevos aparecieron y fueron los del americanismo recibido en triunfo hasta por muchos que se reputaban sabios, elogiado, aplaudido y aclamado por doquiera, impuesto hasta donde se podía imponer y, sobre todo, enseñado á la juventud casi como cosa santa, porque venía garantizado por el nombre de un pretendido santo el P. Hecker. El americanismo no era sino el catolicismo liberal llevado de Francia á América y vuelto de allí con nuevas formas y principios.... En Francia se iniciaba entonces guerra sin cuartel á los religiosos y se dió entonces el increíble espectáculo de periódicos católicos que en lugar de combatir las locas doctrinas de Hecker hablaron de que si los religiosos dominicos franceses eran llevados á los tribunales lo habían merecido, que eran *refractarios*, desobedientes, rebeldes porque no habían pedido autorización y se difundió entonces una nueva audacia de pensar, y de juzgar, como no se había visto jamás. La cual apareció en la contienda sobre el americanismo; se vió también al aparecer el primer *Motu proprio* de Pío X, que regulaba definitivamente la acción social. ¿Qué faltaba para el modernismo? Nada..... He probado ya que no creo muy numerosos á los modernistas que han llegado á serlo por el entusiasmo, no siempre sensato del trabajo; mientras que los que podrían considerarse como despojos del americanismo digo que forman le mayor número. (P. José Barbieri, S. J., *Modernismo y modernistas*. Apéndice 1, páginas 497-498.—(1) Sílabo de Pío X, números 22-54.—(2) En cierto seminario de la izquierda del Po se ha ido más allá incluyendo la agricultura entre las ma-

Biblioteca Nacional de España

sepa predicar «sacando del mundo moderno los argumentos que haya de exponer, que dé á conocer desde el púlpito la sociología, la física, la política, la historia de las humanas vicisitudes, un poco de Loisy y un poco de Fogazzaro».

Lo único intolerable para los modernistas son los católicos «más papistas que el Papa», los que «sueñan con el Papa-Rey», los esbirros y soplones de la ortodoxia, los «exagerados y nada prácticos», los inquisidores. «Si alguno se propusiera gobernar la Iglesia con tales ideas antimodernistas..... en tal caso, de una sola cosa habría que lamentarse, de que haya pasado el tiempo de las hogueras. ¡Cuántas si Cavallanti fuera inquisidor bajo la soberanía política de un Papa-Rey de Italia, cuántas de estas hogueras no se encenderían! ¡Y qué fiesta para el antimodernismo en Italia! Lo ha dicho y en latín uno que es en Roma persona de muchas campanillas: *Felices illae flammae quae paucorum corporum incendio, tot animas salvabant* (1). El recuerdo es trágico, pero la imagen es cómica» (2).

Todo la cual lo hacen por amor á la Iglesia, por «seguir las direcciones de León XIII» contra una camarilla que intimida á Pío X; por evitar «excrecencias de la Iglesia ya decrépita» que ya por una ya por otra razón «sirven de estorbo á los entendimientos que aspiran al bien puro y son la causa potísima del abandono de la religión cristiana y del ridículo de tantos católicos..... pasados por agua»: porque saben que haciendo como ellos el siglo atraído por la ciencia moderna, arrojará sus pasiones y prevenciones á un lado y se vendrá á nuestro campo, á la fe, á la Iglesia, se harán secuaces de Jesucristo.

Con esta máscara cubren el verdadero amor que á los errores tienen, amor que les hace gozar con las alabanzas de los heterodoxos y alabarlos ellos, ya francamente, ya con frase ondulosa y fluctuante: así alaban á Kant, á Lamennais, á Hecker, «posponen los padres intelectuales de la Edad Media á los padres del espíritu nuevo Bacon, Newton, Kant, Darwin y Hegel; ensalzan al protestante Sabatier y llegando al *summum* dan el triste espectáculo de

---

terias obligatorias del curso de Teología y dejando á Fogazzaro que haga por allá sus excursiones para enseñar ascética, su ascética. Veremos si ahora después de la Encíclica *Pascendi* se tendrá valor para seguir. (*Modernismo y modernistas*, capítulo I, pág. 40 (1).—(1) ¡Benditas hogueras que quemando pocos cuerpos salvaron tantas almas!—(2) De un artículo de Murri publicado contra el libro de Cavallanti en la *Revista de Cultura*. Roma, 1 Marzo 1907. *Modernismo y modernistas*. Introducción, pág. 24.

Biblioteca Nacional de España

una peregrinación ó romería para felicitar al cantor de Satanás, al poeta blasfemo, á José Carducci» (1).

Ni siquiera los anatemas de la Iglesia los mueven; porque es lo que dicen ellos el modernismo «no es más que algunas audacias de Loisy, alguna propensión de Newman ó de sus discípulos y alguna otra de Tyrrell, Leroy y su concepción del dogma» (2); y aun la Encíclica ¿qué condena? «Un círculo reducido de estudios y de críticos, la mayor parte de los cuales, además de no pertenecer á la vida militante de los católicos de acción, la hostilizan frecuentemente, declarándola intempestiva y hasta inútil» (3). ¿Qué más? Con la Encíclica ¿ha quedado herido de muerte el modernismo? No: «ha quedado condenado á vivir en la sombra donde continuará creciendo, fortificándose, organizándose en espera del día no lejano en que podrá resurgir de nuevo» (4).

Nacido de malos padres, hipócrita y taimado, ignorante y presuntuoso busca conciliar á la Iglesia con todas las conquistas de la Revolución moderna pretextando que si no..... Es que no tiene fe y ama con crimen á los enemigos de Dios. Es el modernismo, pues, la última fase de la apostasía universal de Europa y América, que se opone diametralmente al amor del Corazón de Jesús, á su Iglesia y á su gloria y que por el Corazón de Jesús y en su devoción hallará su antídoto y su ruina.—Así sea.

---

(1) «Fué verdaderamente un triste espectáculo el que ofrecieron los modernistas cuando peregrinaron piadosamente á la casa del insultador de Jehová para ponerse á los pies de Carducci, guiados por *L'Avvenire d'Italia*, de Bolonia. No se puede perdonar la alabanza á aquellos que en ella tomaron parte sin reservas *(Giornale di Roma)* confesando que aprobaban totalmente sus producciones hasta el himno á Satanás y las blasfemias que á manos llenas se diseminaron literalmente.» *(Modernismo*, págs. 440-141.) En España todavía no hemos llegado, sino á los homenajes de Echegaray y de Cavia y á la estatua de Castelar en Madrid.—(2) *Osservatore Catolico*, de Milán. 19 Julio 1907. *(Modernismo.* Apéndice I, pág. 510.)—(3) *L'Avvenire d'Italia*, 19 Julio 1907. *(Modernismo.* Apéndice I, pág. 511.)—(4) Tyrrell, *The Times*, 1 Octubre 1907. *(Modernismo.* Apéndice I, pág. 516.)

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN TERCERO

Agnosticismo.

Vani autem sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei. Sap. 13, 1.

Son vanos todos los hombres que no tienen ciencia y recto conocimiento de Dios. Sabid. 13., v. 1.

Los modernistas, naturalmente, vician la filosofía. ¿Lo hacen por aborrecer la verdad, ó por cubrir con logomaquias sus obras, ó por que obrando mal necesitan pensar erradamente? ¿Son como aquellos otros impíos del Salmo XIII que dijeron primero en su corazón para pronunciarlo después con la lengua: No hay Dios, ó perdida la fe, perdida la conciencia de los deberes, ¿perdieron también la luz de sus entendimientos?

¡Dios lo sabe! Lo cierto es que han corrompido la filosofía cristiana y que han caído en el torpísimo error del agnosticismo; agnosticismo que después servirá de muletilla para salir de toda dificultad; agnosticismo que viciará no sólo la filosofía, sino la historia, la crítica, la exégesis, la teología modernista y que por eso menester se hace refutarlo ya en este primer paso, aunque para ello haya que dar algunas explicaciones de filosofía cristiana.

¡Filosofía cristiana! Estas ideas han de ser las que, pasando del entendimiento al corazón, muevan las manos y la lengua y determinen el curso de nuestra vida; éstas, las que han de ser luz de nuestros pasos, alma de nuestras palabras, guía de nuestras obras; éstas, que son el *oculus simplex* ó *nequam* del Evangelio, son un deber de conciencia para los católicos para huir de los falsos profetas y dar el por qué de nuestra creencia y nuestra moral. Estas ideas de filosofía cristiana son las que inculcan los Santísimos Padres á los nuevos cristianos, que, en expresión repetidísima de San Crisóstomo, son «filósofos cristianos» y «sabios verdaderos»; éstas, las que los

Biblioteca Nacional de España

Pontífices Gregorio, León y Píos de nuestros tiempos no cesan ni han cesado de enseñar á los católicos, para que conozcan y sepan lo que han de pensar, decir y confesar; éstas no están todas incluídas en el tesoro de la revelación, mas prohijadas por el magisterio de Pedro llegan á todos los oídos, penetran en todas las inteligencias y vienen á ser patrimonio de humildes y sencillos: ideas, por fin, de filosofía cristiana, que se atesoran en el Corazón de Jesús y que vibran en todas las palabras y obras que de él procedieron.

Astuto es el error moderno, ya desde el siglo XVIII, en este punto: conociendo la importancia de las ideas de filosofía en las acciones, pide para la discusión de las verdaderas y difusión de las falsas, amplia y completa libertad; á la Iglesia le quiere salir al paso con la independencia y neutralidad dogmática del terreno filosófico, y á los fieles que privada, pero eficazmente, pueden atajarla, los quiere inutilizar ó con el desdén ó con hacer patrimonio de pocos esas materias. Lo cual no impide la propaganda dogmática y continua de todos los errores. ¡Eterna contradicción de la mentira! La difusión de los errores, constante, la repetición de ellos sin cesar, el influjo de ellos en costumbres, leyes, modas, caprichos, necesidades, usos y vida pública, indiscutible é inevitable; pero su refutación no se puede hacer, ni por la Iglesia, porque no es su terreno, ni por los fieles, porque son ignorantes.

Así como la Iglesia, en función de su divino magisterio, no hace caso del astuto sofisma, así los hijos de la Iglesia no deben aterrarse por su pretendida ignorancia de saber lo que deben saber y saber como los antiguos cristianos ¡sólida filosofía cristiana!

No os aterre, pues, la palabra. No penséis que sólo para las personas de carrera, sólo para los hombres va á ser este sermón. Error sería fundado, en el sonido de la palabra, y quiera Dios no lo estuviera también en la falacia ya indicada poco ha, que negara á un sexo lo que el error radical niega á todos los que no son sus prosélitos.

No; esta filosofía cristiana, á diferencia de la pedante é hinchada de los filósofos modernos y modernistas, es aquella que dice de sí: «Yo vengo para dar á los niños prudencia y á los jóvenes sabiduría y madurez; vengo predicando y enseñando, no en recónditos cónclaves, sino en medio de las plazas y calles, clamando y dando voces para que todos me vean, me oigan y me atiendan; no me retiro y hablo á pocos discípulos como los filósofos del mundo y del error, sino como la Verdad encarnada, asisto allí adonde todos concurren

Biblioteca Nacional de España

y hablo un lenguaje sencillo y paladino y hasta en las puertas de las ciudades doy lecciones» (1).

Esta es la filosofía cristiana que Jesucristo Nuestro Señor, que los Apóstoles, que los Santísimos Padres enseñaron y que hoy día debemos enseñar y debéis aprender; y ¡ay de mí, si no os la enseño!, ¡ay de vosotros si la rechazáis por cualquier pretexto! Entonces se verificará en nosotros que comeremos los frutos de nuestra conducta y que nos envenenarán nuestras ideas erradas y torcidas; entonces nos matará la aversión que como niños tenemos á la sabiduría cristiana y nos perderá la aparente tranquilidad y dicha en que la ignorancia nos hace vivir (2).

Nada de esto se puede hacer sin las gracias que brotan de aquel Corazón *in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae* en que se atesora la ciencia y sabiduría toda y sin que nos la consiga aquella que es *Sedes sapientiae*.

Ave María

Para proceder con orden diremos primero del *agnosticismo*, declarando su naturaleza, orígenes y consecuencias, y después del *saber cristiano*, como de su antídoto, hablando proporcionalmente de su naturaleza, orígenes y saludables consecuencias.

I

Naturaleza, orígenes y consecuencias del agnosticismo.

Agnosticismo: no os turbe la palabra griega que no es sino el ropaje extranjero de lo que llamamos en romance desconocimiento, ignorancia. Será si queréis ignorancia metódica, ignorancia científica, ignorancia hinchada, ignorancia disfrazada con sofismas; pero ignorancia. El agnosticista, con más ó menos soberbia, se os confesará ignorante, inscio, desconocedor, ignaro, que todas son palabras equivalentes y sinónimas. Si le preguntáis por una demostración de la existencia de Dios, os responderá con más humildad que Alberto Magno y Santo Tomás que no sabe ninguna; si le preguntáis y le requeris á que os demuestre la existencia del alma, su inmortalidad, el más allá de la otra vida, os contestará con la misma soberbiosa

(1) Sap. 1., v. 4, 20.—(2) Ibid., v. 31, 32.

Biblioteca Nacional de España

humildad de Sócrates, que no sabe sino que no sabe nada; al mismo problema de suyo tan fundamental de la esencia y existencia de los seres que los sentidos perciben, sutilmente ignorantes, se escudará con logomaquias para deciros que no sabe nada; ese es su agnosticismo. Agnosticismo que llevan todavía á otras materias; bajo él caen la existencia de los milagros de Jesucristo, el origen histórico de los Evangelios, el sentido de los dogmas de nuestra fe, las afirmaciones de la historia eclesiástica, toda la filosofía y la moral y la teología y la exégesis y el dogma y la tradición y la historia, todo: el agnosticismo, esa científica é hinchada ignorancia lo abarca todo.

¿No me lo creéis? Cierto que si la Encíclica no nos lo dijera, y los libros y escritos de los modernistas no lo dejaran fuera de toda duda, era sencillamente increíble.

Increíble y verdad.

La Encíclica de Su Santidad nos lo describe:

Solum est in ignoratione, todo el agnosticismo, la esencia del agnosticismo es ignorar.

Pasando á explicarlo más en detalle:

«Como fundamento primero de su filosofía religiosa ponen los modernistas la doctrina que llaman *agnosticismo*, en cuya virtud la razón humana queda encerrada en los fenómenos, en lo que aparece y se percibe exteriormente y nada más que del modo como aparece» (1).

«Pasar esos límites de los fenómenos sensibles, continúa el Pontífice, ni puede ni debe la razón. Por lo cual, ni tiene fuerza para elevarse á Dios, ni para conocer su existencia, aunque sea por el espectáculo de la naturaleza» (2).

Sus consecuencias, más ó menos lógicas, son que la ciencia humana, que la historia humana no puede, no debe decirnos nada de Dios, porque eso sería salirse la razón de sus límites, lo cual ellos por mofa llaman *intelectualismo* ó metafísica.

«Tienen, pues, como fijo é inconcuso que la historia y la ciencia ha de prescindir del todo de Dios y de todo lo que es divino y suprasensible, quedándose ambas reducidas á los fenómenos, á lo sensible y exterior» (3).

---

(1) Philosophiae religiosae fundamentum in doctrina illa modernistae ponunt, quam vulgo agnosticismum vocant. Vi huius humana ratio phaenomenis omnino includitur, rebus videlicet quae apparent eaque specie qua apparent.—(2) Earumdem praetergredi terminos nec jus nec potestatem habet. Quare nec ad Deum se erigere potis est, nec illius extistentiam utut per ea quae videntur agnoscere.—(3) Id ratum ipsis fixum est, atheam debere esse scientiam itemque historiam; in quarum finibus nonnisi phaenomenis possit esse locus, exturbato penitus Deo et quidquid divinum est.

Biblioteca Nacional de España

De este absurdo principio ¿qué no se ha de seguir como necesaria aplicación? El más completo escepticismo, el positivismo más crudo en todos los órdenes. En la creación el entendimiento humano no percibe más que la hermosura, la variedad, el orden, los sensibles, lo aparente, ¿hay detrás de todo esto un argumento evidente que clama por un creador, ordenador, por un principio incausado, por un Ser absoluto y no dependiente? La razón, la ciencia no sabe, no puede saber nada. En las historias evangélicas, en la del mundo se presenta Jesucristo, haciendo prodigios de taumaturgo divino, surge la Iglesia como una sociedad maravillosa é inconmovible, se nos dan los Sacramentos como signos sensibles productivos de gracia, ¿es aquel taumaturgo verdadero Dios? ¿Es esa Iglesia institución divina? ¿Son estos Sacramentos algo más que señales? El agnosticista, la razón humana no lo sabe, ella juzga de los fenómenos y se para.

«Según el agnosticismo como la ciencia, la historia no trata sino de los hechos fenoménicos. Dios, pues, y toda intervención divina en lo humano, se debe dejar para la fe, porque á ella sola le atañe. Por eso, si ocurre en un caso algo humano y divino, como son Cristo, la Iglesia, los Sacramentos y demás, se han de dividir de arte que lo humano corresponda á la historia y lo divino á la fe» (1).

Los propios sectarios y fautores del modernismo son bien explícitos.

Oigamos á algunos.

El barnabita P. Semería:

«Las verdades del orden religioso y moral no se pueden demostrar física ni empírica, ni científicamente, y las cinco vías de Santo Tomás (para probar la existencia de Dios) conducen *hacia Dios, pero no hasta Dios*» (2).

El P. Mattiussi, recogiendo el pensamiento de Semería en el *Cattolico Militante*, le escribe:

«Nadie me quitará de discurrir mientras tenga aliento exponiendo mis opiniones... Un hecho contra el que, según usted, se estrella todo argumento es que los silogismos de los escolásticos y del mismo Santo Tomás, aún los re-

---

(1) Ex agnosticismo historia non aliter ac scientia unice de phaenomenis est. Ergo tam Deus quam quilibet in humanis divinus interventus ad fidem rejiciendus est, utpote ad illam pertinens unam. Quapropter si quid occurrat duplici constans elemento divino atque humano, cuiusmodi sunt Christus, Ecclesia, Sacramenta, aliaque id genus multa sic partiendum est ac secernendum ut quod humanum fuerit historiae, quod divinum tribuatur fidei.—(2) *Rivista de Macerata*, 1906, p. 134.

Biblioteca Nacional de España

putados irrebatibles, carecen de eficacia para persuadir á los sabios de nuestros tiempos... Los escolásticos, á juicio de usted, confiaban demasiado en sus silogismos y el continuo pensar en el primer motor era causa de que viesen en la cuestión de la existencia de Dios una verdad apodícticamente demostrada» (1).

Otro modernista, el presbítero Bonaiuti, se mofa de los Doctores escolásticos como de presumidos omniscientes, en sus palabras late el espíritu del agnosticista más presumido aún: *calcas, sed alio fastu:*

«Los escolásticos son siempre un poco alquimistas..., saben de todo y respecto de todo pretenden que las cosas son y han de ser como se piensan» (2).

En Francia los modernistas aclaran con su lenguaje el lenguaje de sus cofrades de Italia.

Mr. Jos. Serre, después de alabar las obras filosóficas de Kant, concluye:

«La inteligencia, el objetivismo, el absolutismo racionalista ó dogmático del pensamiento, que son un modo de considerar la verdad, nos interesa menos que el modo contrario. Ya nos preocupamos poco del valor objetivo de las ideas, de las esencias de las cosas, de la realidad del mundo, de Dios, de los conceptos, y nos ceñimos y limitamos á su efecto sobre nosotros... El relativismo, el sujetivismo, el pragmatismo son como las columnas del templo del saber moderno» (3).

Williams James en su discurso de La Unión Filosófica de la Universidad de California, redujo todo el papel del filósofo y de la filosofía «á encontrar la diferencia práctica para vosotros y para mí, en instantes dados de nuestra vida entre la fórmula del mundo que tengo yo y la que tenéis vosotros» (4).

El célebre J. Fonsegrive escribía:

«Nuestra lógica vale para nosotros y para el arreglo de nuestros pensamientos y para el concepto metafísico de la esencia de las cosas, pero ¿quién nos dice que sirve también para el orden de la existencia? He ahí el problema objetivo y ontológico: «al que no se puede responder sin petición de principios» (5).

P. Bureau, hablando de la existencia de Dios y de las pruebas metafísicas en que se apoya el orden moral:

«No se puede negar el valor científico de las objeciones dirigidas contra ciertas pruebas tradicionales de la existencia de Dios, cuyo desarrollo no ha

---

(1) *Modernismo y modernistas*, cap. 8, p. 241-142.—(2) *Cultura Sociale*, 16 Octubre 1905.—(3) *Pourquoi je suis croyant.* En *La Justice Sociale*, 2 Noviembre.—7 Diciembre 1907.—(4) *Revue de Philos.*, 1 Mayo 1906.—(5) *La Vie Cath.*, 25 Mayo 1907.

Biblioteca Nacional de España

seguido el moderno movimiento crítico... Antes se afirmaba corrientemente que sólo los talentos limitados, los de ignorancia y mala fe notorias podrían negar la existencia de Dios: hoy eso nos hace reir» (1).

¿Y por qué es toda esta ignorancia?

«¡Ah! porque la pobre razón humana no es más que humana y como humana relativa. El hombre tiende á ser excesivamente dogmático y apodíctico, y al ser así ponemos mucho nuestro en nuestras afirmaciones. Sin duda que hay algo de eterno en nosotros mismos, pero eso ¿qué es? ¿Es un pensamiento? esto es insostenible, porque la verdad no es patrimonio del pensamiento, de la concepción, ni del discurso; en realidad no poseemos la verdad» (2).

Todo el libro de *La Demostración filosófica*, por el modernista abate Jules Martín y toda su doctrina agnosticista, quedan condensados en estas líneas del examen que dió de él *L'Univers*, antes que fuera prohibido. El autor de la cita es demasiado benévolo con el autor del libro:

«El libro de la *Démonstration* propone á su manera una idea y concepto del mundo, una teoría de la inteligencia, una teoría del raciocinio, una teoría del conocimiento sensible. Teorías que ¡ay! llegan á una y misma conclusión: nosotros no comprendemos totalmente nada, no sabemos totalmente nada: error, verdad, todo en el fondo es misterio!» (3).

Podríanse multiplicar los textos, pero parece inútil. Queda, pues, declarado que según los modernistas la humana razón es el eterno Pilatos, que no hace más que preguntar á las cosas *¿Quid est veritas?*, y las cosas todas no le responden sino con desdeñosa y despreciativa mueca: ¡Pobre razón humana! ¡eres humana!, tu patrimonio es el tentar, rastrear, conjeturar, pero saber... no. La verdad no es tuya.

Y cuando el alma se revuelve contra esa teoría y toma alas y escala los espacios y quiere descubrir á Dios, la ley moral, ¡el modernista le rompe esas alas, y clavándole en el pecho el dardo de su negación le hace rodar palpitante al abismo de la inercia, de la ignorancia, de la duda, del científico agnosticismo!

¡Cuánta verdad es lo que nos dice la palabra revelada: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei!* ¡Cuán vanos son todos los hombres que no tienen ciencia de Dios!

---

(1) *Crise morale des temps nouveaux*, p. 412.—(2) Mr. Marc. Ripaux, *Conditions du retour au catholicisme*, p. 197.—(3) 1 Febrero 1899.

Biblioteca Nacional de España

Porque esta última es la primera causa de tanto error.

Olvidada la teología y la doctrina católica, olvidadas las definiciones del Concilio Vaticano, en que se aseguraba siguiendo la doctrina revelada que se puede conocer evidentemente á Dios por las criaturas; olvidadas las recomendaciones del mismo Concilio de las verdades definidas y de todas las demás conexas con ellas, y que forman el tesoro de la ciencia del cristiano *dereliquerunt Deum* abandonaron á Dios *fontem aquæ vivæ*, fuente manantial de sabiduría *et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas quæ continere aquas non valent* (1), se hicieron unas cisternas y aljibes lodosos, que dejan salir por cien grietas el agua del saber, aun del saber humano, y queriendo ellos decirse sabios *stulti facti sunt* (2).

Aparte las metáforas. Esas cisternas de agua lodosa y resquebrajadas, son las conciliaciones de que nos habla la Encíclica, entre la filosofía católica y la sofistería racionalista, máxime de Kant: conciliación que acaba, como tiene que acabar, por la ruina del saber cristiano en las cábalas racionalistas y en la corrupción del agua purísima en los lodazales del error.

El escepticismo, ó sea la ignorancia presumida y perezosa, ha sido el patrimonio necesario de los pueblos abandonados á los esfuerzos de la humana razón. En Grecia, después que asordaron los escuelas los sofismas ó argumentos de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, hastiado el pueblo de fuera de tanta controversia, se burló incrédulo de ella en Eurípides y en Aristófanes, y preparó el ambiente para que surgiera el escepticismo de Pirrón, al derrumbarse la vieja y legendaria Atenas, ante la fuerza bruta macedónica; en Roma, si alguna vez hubo filosofía, bien pronto la convirtieron en duda sistemática los académicos, dorados epicúreos que trajeron de la mano la grey positivista que comía el fruto sin discutir ni mirar el árbol.

Es natural: al acercarse los días lúgubres de la ruina de Jerusalén, surgían de las piedras seudomesías y seudoprofetas, y al oir repetir en todos lados: *Christus est hic,* acababan pronto por no saber dónde estaba Cristo y por tomar á engaño cualquier nueva afirmación. Del propio modo oyendo decir á todos: aquí está la verdad, acaban los hombres por encogerse de hombros desdeñosos y entonces cristaliza en sistema filosófico lo que es rumor, opinión, desengaño de todos.

Abandonada la razón á sus solas fuerzas, eso tiene que suceder;

---

(1) Jer. 2, 13.—(2) Ad. Rom 1, 22.

Biblioteca Nacional de España

y eso sucedía cuando apareció Manuel Kant en la palestra filosófica.

Profesó Kant Lógica y Metafísica desde 1770 hasta 1804 en la Universidad alemana de Könisberg. ¡Pero qué lógica, y qué metafísica y qué filosofía se profesaba entonces! Francia, prevalida de su hegemonía diplomática y política, daba á beber á todas la naciones el vino de su prostitución, y el influjo de Luis XIV quedó trocado en influjo moral ó inmoral que con modas, literatura, artes y buen tono llegaba á Inglaterra con nombre de Renacimiento, á España en forma de filosofismo, á Alemania como filosofía sensualista y á todo el mundo en gérmenes de revolución.

Descartes había librado batalla, acaso la más cruda, contra la sabiduría escolástica; Gassendi y Bacon habían exagerado el empirismo y el sistema de observación; Locke y Condillac, dando un paso más, reducían el entendimiento á un sentido más y de más categoría y dominaban en el campo de la filosofía estos errores cuando tomó su cátedra Manuel Kant.

El cual se fundó en estas ideas, vulgares entonces, y en vano quiso salir de ellas; en vano revistió sus obras de los pomposos y altisonantes nombres de *Prolegómenos á toda metafísica*, *Bases de una metafísica de las costumbres*, *Principios metafísicos de la doctrina de la virtud* y *Crítica de la razón pura* y *Crítica de la razón práctica:* con tales promesas y tan sonoros y significativos apellidos, no supo elevarse de la ciencia de la carne, de los sentidos.

Los sentidos, pensó Kant y acertaba, ponen al hombre, me ponen á mí en contacto con el mundo, ellos me dan los elementos necesarios del conocimiento. Pero, ¿qué elementos? ¿Qué elementos sino los que los ojos, los oídos, los demás sentidos pueden dar, es decir, lo resistente, lo cuánto, lo coloreado, lo sonoro, lo externo? Mas yo pienso y concibo lo abstracto, lo espiritual, lo infinito, que ni tiene cantidad, ni sabor, ni resistencia, ni dimensiones, sino que las excluye. Pues ¿quién saca á mi entendimiento de lo concreto á lo abstracto, de lo accidental á lo sustancial, de lo variable á lo permanente, de lo fenoménico á lo real? ¿Quién me garantiza á mí la certidumbre de ese paso?, ¿la certidumbre de la afirmación de mis sentidos?

Y Kant desea irse elevando y se va cada vez hundiendo más al abismo de la duda escéptica. Entabla el examen de su razón en el orden especulativo, que esto vale lo que él intituló *Crítica* ó examen *de la razón pura* ó especulativa, y olvidándose que no es filosofía la que destruye la razón humana y lo que ella da con evidencia inme-

Biblioteca Nacional de España

diata, que no es filosofía, sino delirio la que desdeña la invencible afirmación de la naturaleza, empieza á demoler para construir fantásticos castillos completamente en el aire.

Los sentidos de suyo no dan sino los fenómenos, y esta certeza vulgar del fenómeno no le satisface á él, necesita una fuerza sujetiva que le haga conocer la realidad del sér ó el noúmeno; que el le haga dar el salto de lo real á lo ideal, de lo material á lo inmaterial, del orden sensible al orden intelectual. Fantasea para eso unas formas sujetivas que inconscientemente y sin certeza filosófica necesariamente, instintivamente sean el puente deseado, hagan dar el paso tan apetecido.

¡Pobre Manuel Kant! ¡Soñó ser Hércules y despertó Ícaro! Porque esas formas sujetivas, por sugestivos nombres que presenten, son instintivas, inconscientes, no científicas, y por lo mismo no sirven para fundar una suprema razón filosófica, un criterio último de certeza. Voló en alas del sujetivismo; voló creyendo tocar con su mano el sol de la certidumbre y de la verdad, cuando, derretidas las alas, rodó y cayó y se sumió en las afirmaciones de los sentidos, en el caos de la duda, de la ignorancia, del escepticismo desesperado.

Esa desesperación filosófica se siente al concluir de ver la obra demoledora de Kant; bajo la impía piqueta no quedan sino escombros; el hombre no tiene certeza sino de sus sensaciones; si á ellas responde ó no algo en la realidad, ¿quién lo podrá saber?

Esto es desesperante, pero es la suma de la sofistería de Kant.

Desesperación filosófica que no se remedia, antes se aumenta al pasar de la especulación á la práctica, de la metafísica á la moral.

La filosofía especulativa es para la moral; de modo que los filósofos griegos y romanos hicieron su moral según los principios de la teoría. Sócrates y Platón y Aristóteles y Epicuro y Pirrón y Séneca en tanto teorizaban en cuánto habían de fundar una Moral.

El cristianismo dió primero su doctrina práctica, y la teoría fué la conveniente para darle sér y confirmarla.

Kant hubo de hacer lo propio, y por eso á su *Crítica de la Razón pura* hizo seguir el examen de los principios morales ó *Crítica de la Razón práctica*.

Pero Kant se encontraba con que su afán demoledor no había respetado nada y no tenía dónde poner el pie. Al tocar el orden moral comprende el sofista de Könisberg que necesita afirmaciones sólidas en que cimentar su construcción; es necesaria la idea del mundo, es necesaria la idea del alma y es necesaria la idea de Dios.

Biblioteca Nacional de España

Estas afirmaciones no las puede suministrar la filosofía especulativa, pero son necesarias; admítanse como postulados. ¿Diréis que eso es echar tres bloques en el vacío para edificar sobre ellos? ¿Diréis que eso es tomar por suelo la arena movediza? ¿Diréis que eso es ser creyente á la fuerza? Así es; pero no es otra cosa la vanidad del delirio kantista. ¡Qué vanos son los hombres que no miran á Dios! ¡Cuán necios los que por no oir sus palabras alzan sus castillos en la arena frágil y deleznable! *¡Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei!*

¿Para qué nos habemos entretenido en tan árida exposición? No á la verdad para ofenderos con alardes de ciencia prestada, sino para que veáis de qué ídolo tan falso se han enamorado los modernistas.

Hombres sin estudios teológicos sólidos, sin amor ilustrado y seguro á la Iglesia de Dios, sin confianza robusta en la inmortalidad de su santa doctrina, enamorados no poco del oropel y aplauso que el mundo da á todas estas soñaciones febriles y queriendo á todo trance vivir en la Iglesia y con sus enemigos, han aceptado ese escepticismo y negación kantiana, han caído en el lazo de los postulados del orden moral y los han llamado necesidad de la naturaleza, y así se han enorgullecido de haber resuelto el problema de la contradicción entre el intelectualismo católico (que así lo llaman al saber católico y sólido) y la razón humana (que así apellidan á sus delirios, cuales se ven en Manuel Kant).

De ese sentimiento que suple ó enmascara los postulados prácticos de Kant con harapos tomados á Spencer, hablaremos en el siguiente discurso, y en el otro del fracaso total de la concordia pretendida y soñada; ahora vengan algunos testimonios breves que, tocando primordialmente el *agnosticismo*, nos revelen los amores desordenados á Kant: es el amor que el pueblo de Dios tenía á los dioses de las naciones que le rodeaban; amor que nacía en el orgullo y llevaba á la prevaricación, á la idolatría.

Labor que nos da hecha el P. Ugarte de Ercilla con palabras que nos van á servir de comprobante:

«Es un hecho innegable en la historia de la Filosofía que el criticismo del filósofo de Königsberg es la levadura que ha hecho fermentar casi todos los sistemas heterodoxos modernos. El abate Fontaine en su obra *Les infiltrations Kantiennes*, dice que «todos ó casi todos los profesores de las Universidades que se dedican á la filosofía son kantianos, aun aquellos mismos que han tenido la gran dicha de nacer y crecer en el seno de familias católicas. Estos

Biblioteca Nacional de España

últimos emplean sus energías intelectuales en conciliar el kantismo con sus creencias».

«Ahora bien, los modernistas han hecho suya la orientación crítica de Kant, siquiera sea por motivos distintos. En sentir de algunos..., como Fonsegrive, el estado actual de los ánimos es una enfermedad, y las inteligencias de los contemporáneos son víctimas del microbio kantiano (1); á juicio de otros, como M. Blondel, profesor de la Universidad de Aix, ese estado es de perfecta salud y dado que existiera tal microbio habría que inocularlo como fermento activo de una renovación necesaria y fecunda... (2). El R. P. Laberthonnière del Oratorio, afirma que M. Blondel ha llegado á comprender que la certeza que tiene por objeto el sér, en vez de imponérsenos de fuera como una modificación que sufrimos es más bien una acción (3). Por último, para otros, como Mr. l'abbé Grosjean, seguir la dirección kantiana es interpretar en el sentido más recto y claro las exhortaciones hechas repetidas veces por León XIII, para contribuir á la restauración dentro de la Iglesia de los estudios filosóficos (4). En términos parecidos escribía Mr. l'abbé Mano, discípulo de Blondel, calificando el punto de vista kantiano de punto de vista fundamental y permanente y suficiente para modificar el pensamiento filosófico y restaurar de modo definitivo y sobre bases sólidas la filosofía cristiana» (5). Restaurar la filosofía cristiana injertándola en el árbol kantiano. Asombrado de tales afirmaciones el ánimo se resiste á creer que quienes así expresan se hagan cargo de las fatales consecuencias del criticismo kantiano. Hemos visto, en efecto, que este sistema mutila de tal modo las facultades cognoscitivas que las incapacita por completo para llegar al conocimiento cierto de las cosas; lo cual significa lógicamente tres cosas: negación de tales facultades como criterios de verdad y fuente de certeza, negación de todo conocimiento cierto, y consiguientemente la proclamación del escepticismo y negación del valor objetivo de la verdad. He ahí la labor demoledora de la razón pura de Kant. He ahí el término á que en lógica conduce el agnosticismo crítico; y ese es el punto de partida de la escuela modernista. Es esto tan cierto que los modernistas, lejos de retroceder espantados ante tamañas aberraciones, las han profesado de nuevo pública y solemnemente en su *Programma-riposta* á la Encíclica, con estas textuales palabras: «Noi accetiamo la crítica de la ragione pura che Kant e Spencer hanno fatto» (6): aceptamos la crítica de la razón pura que Kant y Spencer han hecho» (7).

---

(1) *La Quinzaine*, 1 Enero 1897.—Ya amonesta Su Santidad que los modernistas usan para sus fines lenguaje vago y ondulante de modo que parecen frecuentemente contradecirse. «Mr. Fonsegrive á este talle usó en otras ocasiones lenguaje en que no tiene á lo filosofía de Kant por «microbio», sino que como que se adhiere á ella, encontrándola razonable, y después de conceder el escepticismo de Kant, añade: Kant no dijo nada más, y en eso no hay paralogismo ninguno».—(2) *Annal. de phil. chrétienn.* Janvier-Juillet 1896.—(3) *Ibid.* Noviembre 1898.—(4) *Ibid.* Marzo 1897.—(5) *Probl. apolog.*, p. 20.—(6) *Il programma dei modernisti*, p. 96.—(7) *Razón y Fe*, Mayo 1908, p. 45-57.

Biblioteca Nacional de España

El cansancio de esperar á Moisés, detenido por Dios en el Sinaí, fué la ocasión que tuvo aquel pueblo para entregarse á comer, beber y, por fin, á jugar y danzar idolátricamente, y es que hay como una consecuencia lógica en nuestra pobre naturaleza entre el cansancio y la desilusión y los goces del cuerpo y materiales. Capua, detrás de Cannas, es un símbolo: la lucha produce fatiga, la fatiga cansancio, el cansancio trae consigo la desilusión, y la desilusión arroja al hombre en brazos de su utilidad y deleite. El vocerío de académicos, peripatéticos, zenonistas, socráticos y pirronianos, produjo naturalmente en Roma la dorada y retórica indiferencia de Cicerón, después como un incendio la interesada y útil filosofía de Epicuro.

¿Qué tiene que acarrear el agnosticismo? ¿Cuál es el estado natural del alma fatigada por el batallar inútil de opiniones, arrancada cruelmente á la ilusión de hallar la verdad, empujada con furia y saña al báratro de la ignorancia forzosa? ¿Qué hará la opinión general cuando se percate de que ni los sedicentes sabios pueden atinar con las verdades primeras? ¿Qué hará ella que por falta de tiempo, de atención y de preparación puede tan poco y con tanta dificultad en el áspero camino del saber?

¿Qué hará? Primero mariposeará puerilmente entre opiniones y verdades, llamándolas á todas verdades si las adula, ó á todas opiniones si las juzga lealmente; no se interesará por ninguna, buscando en todas la miel de algún provecho, aunque no sea sino el provecho de la suficiencia y de la opinión de sabiduría y de imparcialidad.

«Esta situación escéptica de los espíritus no se debe reprender como defecto, ni como debilidad. Aguijonear el talento hasta llegar á poseer por igual todos los sistemas que se dividen y disputan la humanidad, penetrar y profundizar una doctrina hasta sacar de ella las consecuencias necesarias con más seguridad que los que son sus discípulos, estudiar y rodear las cuestiones especulativas hasta encontrarles el punto débil y la escapatoria oportuna, no entregarse cautivo de ninguna teoría, compensarse de no poder alcanzar certeza de nada, recabando la propia independencia en todo, vengarse de la duda con la libertad; esto es emplear bien las facultades humanas. Quien así trabaje y trabaje con ardor, con buena fe, si tiene que padecer en esta inquisición, bien puede no envidiar la dicha de los dogmáticos que no dudan: no tiene nada de qué avergonzarse frente á ellos» (1).

Este es el primer consuelo de la desesperación agnosticista.

Pero no ha de durar. Siente sed de verdad el alma y siquiera, si-

(1) *La Vie Catholique*, 23 Marzo 1907.

Biblioteca Nacional de España

quiera la pretende apagar en la primera verdad del orden moral, en la existencia de Dios ó en la primera verdad del credo católico, en la certidumbre de la credibilidad.

Todo inútil, repite el modernista, ni esa verdad puedes conocer; pero no te desesperes; esas verdades son necesarias, y, por lo tanto, acéptalas; vívelas.

«La prueba fundamental de la existencia de Dios, irresistible, á mi parecer, para todo entendimiento recto que quiera profundizar en el análisis del propio sér puede resumirse así: Dios es un postulado de nuestra alma, que lo desea como supremo deseable y como único necesario, según se expresa M. Blondel» (1).

«Las conclusiones (previas á la fe) llamadas científicas no son sino conjeturas probables, acaso muy probables, pero nunca ciertas y necesarias. En cambio, las conclusiones teológicas, bien deducidas, son necesarias para la vida católica. Los pensadores se inclinarán en favor de éstas contra aquéllas, porque las necesidades de la práctica deben siempre sobrepujar á las probabilidades de la teoría» (2).

Este utilitarismo escéptico lo proclaman con nombre de pragmatismo, humanismo y otros, que todos vienen á decir lo mismo: la utilidad, el resultado, el éxito.

«La esencia y fin del pensamiento no puede ser otro que la producción de las creencias, siendo la creencia la semicadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectiva. Las creencias son reglas de acción, y toda la función del pensar consiste en producir hábitos de acción... Toda parte de pensamiento que no ejerciera influjo sobre sus consecuencias prácticas, carecería de significación real... Para desenvolver el sentido de un pensamiento no es preciso determinar la conducta que es capaz de inspirarnos: esa es su solo sentido» (3).

De estas premisas ¿qué consecuencias?

Los americanistas, precursores de los modernistas, la sacaron tal y tan cruda como suena en esta frase:

«El catolicismo americano es una religión de acción social, también es una religión de indiferencia dogmática» (4).

«A pesar de todo este «más allá» existe, y hay preguntas más importantes que las de física y química que el hombre puede y debe hacerse. ¿Para qué es la vida? ¿Qué sucederá después de la muerte? ¿Qué solución tiene el enigma humano? ¿Qué cosa es Dios? La filosofía y la religión natural se declaran impotentes, y de ahí proviene el agnosticismo, que es la gran tentación de nuestros tiempos. De ese más allá, de esas *cuestiones grandes* y eternas que

---

(1) M. Rifaux, *Crise...*, p. 59.—(2) Fonsegrive.—(3) W. James.—(4) Mr. Baigy, *La Religion... aux Etats-Unis.*, p. 196.

Biblioteca Nacional de España

interesan y orientan toda la vida no podemos saber nada, ó muy poco, por la razón ó la ciencia» (1).

Desde aquí comprendéis, lectores míos, que es locura ó bobería pensar que no se hayan despeñado los modernistas pendiente abajo; de todo eso á la moral independiente hay un paso, y la moral independiente vive colindante con la inmoral desatentada.

Acaso, acaso en este móvil estuvo el primer motor de todas esas hipocresías filosóficas: el epicureismo es consecuencia é inspiración del escepticismo.

«Tras de las bellas cosas que el P. Ghignoni ha recogido como ramillete de flores sicológicas en su carta al «queridísimo Murri», sobre la *Cultura Sociale* se halla ésta de altísimo sentido... moral:

«Nada que sea verdadero es malo, la verdad es pura como Dios. Nada que sea voluptuoso es bueno; la sensualidad es sucia como el fango. La Venus de Médicis es divina, yo casi he sentido la necesidad de arrodillarme ante ella. La Santa Teresa de Bernini es seductora, y le he vuelto la espalda con desdén, después de haber admirado su arte. ¿Va bien así?

»Va de bien en mejor, querido P. Ghignoni. ¿Puede haber cosa, observa la *Riscossa,* más poética, más edificante, ni más moderna que ver á un fraile arrodillarse con el hábito y la capa, ceñido con su correa ó cordón, el rosario pendiente, y el breviario en la mano en actitud extática ante la procaz desnudez de una Venus, y como á cosa divina adorarla; y eso después de haber vuelto desdeñosamente la espalda á una Santa Teresa para librarse del peligro de una seducción vestida hasta las orejas y cubierta hasta los cabellos» (2).

Concluyamos este punto dejando bien asentado que el orgullo trae á la duda; la duda produce el escepticismo; el escepticismo abre la puerta á la licencia, y la licencia erigida en doctrina arroja al báratro de la lujuria. ¡Qué vanos son los hombres que no conocen ni saben quién es Dios!

Hoy como ayer, y como siempre, reproducen el cuadro que San Pablo trazó de los académicos y pirronianos gentiles: *Tradidit illos Deus in passiones ignominiae... mercedem quam oportuit erroris sui in semetipsis recipientes.* ¡Los dejó Dios en brazos de sus ignominiosas concupiscencias para que ellas les den el pago conveniente de sus yerros!

---

(1) J. Serra, *La Justice Sociale*, 7 Diciembre 1907.—(2) *Modernismo y modernistas*, c. 16., p. 413. Estos elogios al desnudo ó mejor al *encueros*, se han reproducido en España por el Sr. Octavio Picón en su discurso de entrada en la Academia de Bellas Letras y por *El Imparcial* y otros diarios.

Biblioteca Nacional de España

II

Intelectualismo católico.

Nos llaman dogmáticos, intelectualistas, escolásticos á los católicos y se rien de nosotros. La Encíclica nos lo asegura y en las obras modernistas pululan los testimonios. No los citaré porque tendrán cabida más adelante, y porque ahora aceptamos como honrosas esas calificaciones, no en lo que pueden significar en sí, sino en lo que significan en las obras de los modernistas.

Allí no significan sino el carácter distintivo del cristianismo de amor á la verdad, de conciencia de la verdad, de confianza en la verdad, de posesión de la verdad; carácter con que selló su gran obra filosófica y de educación científica de Europa, que se resume y cifra en la Escolástica y filosofía cristiana de Santo Tomás: allí no significa sino que el mundo, aleccionado por la Iglesia y por sus Doctores escolásticos, vivió una vida robusta de filosofía, y no conoció la duda enteca y el escepticismo, patrimonio de entendimientos mediocres.

Las otras acepciones que se puedan recibir en mal sentido, las omitimos, y si algún católico ha caído en estos ó en otros defectos, no sólo no ha caído en ellos como católico, sino que su razón de católico es una constante protesta contra ellos.

El dogmatismo, pues, intelectualismo ó escolasticismo de la Iglesia y de los católicos, no es más que el conocimiento cierto y evidente de muchas verdades aun de orden natural ayudado y robustecido con la revelación.

Desde que Jesucristo Nuestro Señor nos dijo ser él la verdad: *ego sum veritas*, los cristianos se llamaron y fueron los hijos de la verdad y de la luz, y en la campaña que sostuvieron con el mundo, oían por continuo consuelo que la verdad los sacaría libres: *veritas liberabit vos*. Ejército de sabios, los llamó el mundo filósofos, estoicos, hombres de estupendo saber; hasta magos los quiso apodar; la *stultitia crucis* predicada por ellos, confundía y superaba aún á los prudentes filósofos de Roma, y causaron tanto estrago en el escéptico saber del imperio que Juliano el Apóstata les quiso arrebatar los libros del humano estudio para asfixiarlos por ignorancia. Tertuliano, Lactancio, San Justino, San Agustín, San Jerónimo, son estrellas del saber y

Biblioteca Nacional de España

de la ciencia y martillos de la hinchada erudición de los sofistas y retóricos del senescente imperio.

Así fué desde un principio el cristianismo: así nos lo declara contra el agnosticismo de los filósofos gentiles académicos el gran Padre San Agustín:

«Los académicos modernos, como declara Varrón, lo tienen todo por incierto y dudoso; grave error que la Ciudad de Dios, es decir, la Iglesia de Cristo en la tierra, reputa y detesta como verdadera locura y cree tener de las cosas que comprende con su entendimiento y razón, ciencia y ciencia ciertísima, porque como dice el Apóstol: *Ex parte scimus;* y cree también á sus sentidos en la evidencia que tiene de las cosas de que usa el alma valiéndose del cuerpo, porque es mucho más deplorable el error del que dice que no hay que creer nada. Cree por fin también en las Sagradas Escrituras, tanto antiguas como nuevas, que se llaman Canónicas, y por las que se concibe la fe de que vive el justo, y por la cual sin linaje ninguno de duda andamos este destierro de la vida, mientras no llegamos al Señor. Pero también dejando á salvo la fe, dudamos, sin justa reprensión de cosas, que ni el sentido corporal, ni la razón percibe, ni la Escritura canónica nos declara, ni ha llegado á nuestra noticia por testigos que sería absurdo no creer» (1).

Este profundo amor, esta confianza en la verdad, en toda verdad arraigados en los corazones de los cristianos, había necesariamente de producir, y produjo una ciencia filosófica y teológica, que es la filosofía y teología escolástica, la Escolástica, la tan calumniada y aborrecida Escolástica.

Esta, con el tribunal del Santo Oficio y con la vida religiosa y regular, ha tenido el privilegio de compartir los odios de la Revolución desde Lutero á Murri, Loisy y Laberthonnière, y es por ende menester que sea con sus hermanas en el odio sectario preferente objeto de amor de todo buen católico.

Reconociendo esta doctrina con la verdadera y sana filosofía que el conocimiento implícito y mediato puede ser tan evidente como el explícito é inmediato, asigna como última roca viva en donde se debe asentar el pie de la investigación, la evidencia inmediata é ineludible con que los ojos y los oídos y el tacto y los sentidos nos ponen en comunicación con un mundo real y objetivo que distinguimos per-

(1) De Civit. Dei. XIX, c. 18.

Biblioteca Nacional de España

fectamente del mundo fenoménico del sueño, de la ilusión y de las apariencias, la misma evidencia inmediata que nos hace afirmar la existencia propia, la existencia del mundo interior de mi razón, de mi conciencia, de mi sér.

Apoyado el filósofo cristiano en esta roca viva, rodea sus ojos y descubre el mundo con toda su realidad, el alma humana y el propio sér con todas sus relaciones, y, por último, alzando más sus ojos, el supremo sér de Dios que se le entra evidentemente por los ojos de considerar lo que es y lo que se mueve, lo que muere y lo que vive, lo relativo y lo absoluto, lo que es y lo que no, lo que puede ser y lo que aún no ha salido á la región de la existencia.

De esta primera idea, cultivada y desarrollada por la propia razón, con raciocinio cierto y manifiesto, van surgiendo y presentándose otras y otras ideas que, completando la de Dios, perfeccionan y aquilatan las del mundo, del hombre, de la creación y de todos los seres y tienen su maravilloso resultado en el orden moral. La Escolástica puso con Santo Tomás en su primera página la idea de Dios, y de ella, bien aplicada por el raciocinio, surgió el maravilloso mundo filosófico, más admirable, si cabe, que el mismo mundo de los sentidos.

En este tan racional fundamento se apoya extrínsecamente también el mundo de nuestra fe; y así como de la contemplación del orden natural se viene en conocimiento cierto de su autor, así de la contemplación del orden natural subordinado por excepciones maravillosas al orden de la revelación, se viene en conocimiento cierto de la existencia de esta misma revelación y del Revelador divino que nos la presentó. Eso es lo que se llama la evidente credibilidad de nuestra fe.

Verdades son todas estas que la razón humana, raciocinando libre, desembarazada y sagazmente, puede descubrir; pero pocas veces lo hace así en la realidad de la vida. Unos, dotados por Dios de menos aptitudes, enfermos acaso, acaso ineptos para el estudio, no pueden penetrar con seguridad en ese templo del saber; constreñidos muchos por la pobreza y el afán de buscar los medios de subsistir, expenden mal su tiempo en lucubraciones filosóficas; no pocos, por desgracia, pero por desgracia humanamente inevitable, consumen su inútil vida en el juego, el ocio y el placer, sin permitirse el robusto ejercicio mental que requiere este primer paso del camino de la sabiduría.

Pues aun entre los que pueden y se entregan al estudio ¿no sur-

Biblioteca Nacional de España

gen gravísimos inconvenientes? El largo tiempo que es menester, el ejercicio en las operaciones intelectuales, el hábito de raciocinar, la profundidad de las verdades, las pasiones que empañan el brillo de las facultades y embotan sus aceros, la inquietud de la juventud y de la adolescencia, los errores de unos, la fama irracional adquirida por los sofistas, el interés que ciega, la imaginación que seduce... ¿qué puedo enumerar todos y cada uno de los escollos que hacen de difícil navegación este mar, con sólo la luz de proa, de la razón y discurso humano?

¿Qué remedio para que con seguridad, con universalidad y con facilidad se pueda navegar este piélago? ¿Qué para que todos con prontitud y sin trabajo arriben al puerto de la verdad? ¿Cómo podrá pasar un pueblo, la humanidad entera por donde naufragaron los sabios y gimnosofistas indios y egipcios, el pueblo agudísimo de los griegos, la nación ingeniosa de los romanos, salvándose apenas en el común naufragio, y casi no salvándose hombres extraordinarios como Sócrates y Solón, Pitágoras y Platón, Aristóteles y Séneca?

¿Qué? Levantar un faro encendido por la mano divina de Dios el faro de la revelación, el cual ilumine lo natural y dé seguridades de conseguirlo; dar un maestro al mundo que lo libre de los sofistas: *magister vester Christus* (1).

Obra fué ésta que tuvo sus naturales consecuencias. En primer lugar, cesó la fluctuación que trae consigo la ignorancia y que había sido patrimonio de la inteligencia humana en el decurso de los siglos; quedaron muertos desde San Agustín los restos efímeros de escepticismo que dejó en herencia el mundo pagano. En segundo lugar, la razón humana subió al más alto grado de conocimientos en las profundísimas obras de San Anselmo, Guillermo de París, Ricardo de San Víctor, Hugo de San Víctor, Pedro de Poitiers, Guillermo Altisidoro, Pedro Lombardo el Maestro de las Sentencias, Alejandro de Halés, San Buenaventura, Ricardo de Mediavilla, Enrique Gandavense, Alejandro Magno y el discípulo de todos los pre-

(1) Santo Tomás: Contr. Gent. 1, c. 4. Esta doctrina de Santo Tomás y de todos los doctores católicos la sumó el Concilio Vaticano en su Constitución *De fide*.

Biblioteca Nacional de España

cedentes y maestro de los que le habían de seguir, Santo Tomás de Aquino. ¿Quién contará las estrellas del firmamento y quién enumerará las del cielo del saber humano y escolástico? Inocencio V, Egidio Romano, Juan Duns Escoto, Pedro Aureolo, Guillermo Ocam, Durando de San Porciano, Juan Capreolo, Diego Deza, Francisco de Ferrara, el cardenal Cayetano, Juan de Torquemada, Gerardo de Bolonia, Guido de Perpiñán, Pedro de Cusa, Tomás Valdense, San Antonino de Florencia, el celebérrimo Tostado.

Porque viniendo á tiempos menos olvidados, aparecen continuando la gloriosa cadena de sabios, honra del pensamiento humano, Ambrosio Catarino, Melchor Cano, Domingo y Pedro de Soto, Alfonso de Castro, Miguel de Medina, Andrés Vega, Pedro Canisio, Edmundo Campiano, Alfonso Salmerón, Diego Lainez, Juan de Maldonado, Benito Justiniani, Cornelio Alápide, Guillermo Estío, el cardenal Belarmino, Tomás Stapleton, Jacobo Gretser, Francisco de Victoria, el cardenal Toledo, Bartolomé Medina, Pedro de Ledesma, Diego Alvarez, Tomás de Lemos, Juan de Santo Tomás, Luis de Molina, Gregorio de Valencia, Gabriel Vázquez, Francisco Suárez, Francisco Lesio, Adam Tanner, Ruiz de Montoya, Juan y Jerónimo de Ripalda, Francisco Amico, Gaspar Hurtado, Francisco de Lugo, el cardenal Juan de Lugo, Pallavicino, Francisco de Herrera, y sin hipérbole ninguna, más de seis mil más que el P. Hurter enumera en su *Nomenclátor* y cuya gloria menos decantada supera á los sofistas desequilibrados de la Enciclopedia y de la impiedad, como Calvino, Voltaire, Rousseau, Krause, Schopenhauer, etc., ó á las mediocridades hinchadas por interés de secta filosófica como Luis Vives, Fox Morcillo, Servet, Erasmo, doña Oliva Sabuco, Gómez Pereira, Sanz del Río, Salmerón y algunos más.

Tanta abundancia de saber filosófico no se limitaba á este ó aquel reino, á esta ó aquella patria para indicar que con el cristianismo había rayado un sol de verdad que abrazaba á todos con su calor; y así Inglaterra se enorgullece con San Anselmo, Alemania con Alberto Magno, Italia con Santo Tomás, Bélgica con Lesio, Francia con Guillermo de París y de Poitiers, España con el Tostado, Deza, Molina, los Lugos y Suárez y sólo se manifiesta más fecunda aquella tierra donde más arraiga la doctrina de la fe.

Lo cual no tenía nada de maravilloso, porque planteles de estos sabios eran las Universidades y Universidades que hubo en Oxford de Inglaterra y en Praga de Germania, y la celebérrima de París, y las no menos célebres de Bolonia, Roma, Salamanca, Alcalá, y has-

Biblioteca Nacional de España

ta las hubo pocos años después del descubrimiento en Méjico, Quito y Lima. *Non est qui se abscondat a calore eius.*

Desde las Universidades, gracias á su popularidad, el saber se difundió por el pueblo; el latín llano de aquellos doctores era conocido de todos y no era lo que en rigor se llama letra muerta; á las Universidades y á las Escuelas de Teología y Filosofía escolásticas concurrían no sólo los que debían salir doctores en estas facultades sino los médicos, los abogados, los juristas, todos los hombres de letras y además un pueblo innumerable que ocupaba las aulas y aun las plazas horas y horas antes, y que tomaba parte en las discusiones escolásticas como puede hoy tomarla en las deliberaciones del jurado en un crimen trágico ó en el espectáculo de unas Cortes en días de extraordinaria animación y solemnidad.

La literatura, la lengua, las artes todas que convivieron con la Escolástica, tienen su sello de precisión filosófica, de certeza determinada, de buen sentido predominante. Así fueron en Alemania los Misterios, las obras de Agrícola, el renacimiento inicial y hasta las enseñanzas mudas arquitectónicas de sus claustros y catedrales; así en Inglaterra, las obras de los Santos Anselmo y Beda, padres de la ciencia y de la ascética inglesas, y hasta en la crónica rimada de Roberto de Gloucester. Así Francia, desde el humano Romance de la Rosa hasta el último hálito de literatura indígena, las equilibradas y festivas fábulas de Lafontaine; así sobre todo nuestra España, que conservó ese soplo de creencia y serenidad escolástica en su gigantesca ascética, verdadera teología popular; en su inmortal romancero; perpetuo derecho natural vivo en la historia patria; en su nacional teatro, teatro de tesis no aburrida y machacona, sino de tesis difusa y exactísima en los problemas del honor, en los problemas del amor, y sobre todo en las doctrinas de Gracia y Eucaristía, soberanamente resueltas por Lope, Tirso y Calderón.

Lo que escribió Pedroso en crítica imperecedera del saber teológico de un pueblo que tenía por solaz los autos eucarísticos, se hace extensivo á toda la literatura, aun á la picaresca. Nada de nieblas, nada de dudas, nada de escepticismo.

¡Al revés de hoy! Hoy se duda de todo y de todos, y la negación, como el buitre de Prometeo, corroe las entrañas de nuestra sociedad, atada con cadenas de egoísmo á la roca de lo sensible, de lo útil, del tanto por ciento.

¡Feliz del creer robusto de aquellos dias alegres de escolasticismo cuando Europa, y nuestra España apenas hace cuatro generaciones,

Biblioteca Nacional de España

navegaba por el mar de la investigación, certificándose de que iba bien por el faro sobrenatural de la fe, que desde región más elevada le alumbraba y dirigía! ¡Pobre é infeliz del dudar de nuestros días cuando por haber vuelto la espalda y hasta querido apagar el faro bienhechor palpamos tinieblas, chocamos unos con otros y, desalentados, abatidos, desesperados, desconfiamos de todo camino y tentativa y nos condenamos á sistemático agnosticismo é ignorancia sabia!

Sobre todas esas tinieblas aún se levanta un faro salvador, es el Corazón de Jesucristo. De él nos dice la Iglesia: *in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae*, en quien están todos los tesoros de sabiduría y ciencia.

De estos tesoros abundantes salió aquella ciencia del apóstol y evangelista San Juan, de quien dice Orígenes:

Certum est quod Joannes in principalibus Cordis Jesu atque internis doctrinae eius sensibus requievisset ibi requirens et perscrutans thesauros sapientiae et scientiae qui reconditi erant in Christo Jesu (1). Ciertamente el apóstol amado descansó y descubrió los más recónditos y principales sentidos de la doctrina de Jesucristo buscando y escudriñando en el divino Corazón los tesoros de sabiduría y ciencia en él escondidos. *Mystice igitur debetur intelligi quod de dominici pectoris fonte, ubi erant thesauri sapientiae absconditi potandus erat, qua eructaret illud divinum mysterium: In principio erat Verbum* (2).

Así dice el venerable Beda, afirmando que de aquel Corazón bebió San Juan el agua de sabiduría con que como embriagado exclamara: «In principio erat Verbum».

Pues aparecido en el mundo el Corazón de Jesús, tiene que continuar la misma Obra de luz y de enseñanza que comenzó en el Cenáculo con el discípulo amado.

Escogió á las Religiosas de la Visitación de Santa María para que fueran apóstoles de su culto, y ya en Margarita María de Alacoque difundió las luces é ilustraciones de su saber sobrenatural, de la más clarividente prudencia, del conocimiento varonil y cierto á prueba de todos los contrastes.

Después de Margarita, sus Hermanas de hábito. El Corazón de Jesús les sirvió en todos sus Monasterios para conservar la fe ilesa en medio de las tentaciones humanamente irresistibles del jansenismo.

---

(1) Pag. 366, edit. 1545.—(2) In Joan, c. I, ed. 1636, t. I, p. 306.

Biblioteca Nacional de España

De los Padres de la Compañía de Jesús, ¿qué podré decir? Para no repetir lo sabido por todos, fíjate, lector ú oyente, en una coincidencia. La Bula *Auctorem fidei*, condenación última del jansenismo, contiene las proposiciones 62 y 63 en que se define y defiende la ortodoxia del culto al Sagrado Corazón de Jesús, y la proposición 79 en que se defiende de toda murmuración y odio jansenista la Escolástica, sus doctores y las grandes controversias de ellos, utilísimas para el esclarecimiento y difusión de la verdad. Aquellos doctores bebieron, como discípulos amados, en el Corazón de Jesús; el jansenismo los unió en su odio contra el Corazón de Jesús, y la Iglesia reivindicó su gloria á una de la gloria del Corazón de Jesús.

Una gran alma, la mujer fuerte, Sofía Barat, fué la primera que escogió para una nueva asociación religiosa el lábaro del Sagrado Corazón de Jesús. ¿Tendré que probar que lo escogió como luz de saber cristiano y como reproducción de aquel espíritu de sabiduría que Dios Nuestro Señor difundió desde los primeros días del cristianismo en doctas vírgenes y matronas cristianas, como Catalina de Alejandría, Paula y Estoquia de Roma, Catalina de Sena, Gertrudis de Lituania, María de Agreda, María de la Antigua, Teresa de Jesús y tantas otras?

Dado el ejemplo primero, todo se ha seguido al propio tenor. Los misioneros que van á difundir el saber y la fe cristiana en China, Japón, América y Australia, toman por escudo y símbolo el Corazón de Jesús; los sabios que escriben de Escritura, de Teología, de polémica, abren sus libros consagrándoselos al Corazón de Jesús; los Colegios, Universidades, Liceos católicos, hasta los Congresos mismos y la Prensa católica, perpetuo reducto de la doctrina verdadera contra las incursiones de la falsa, beben enseñanzas é inspiraciones en el Corazón de Jesús.

No podía ser de otro modo. El Corazón de Jesús es hoy día el símbolo de una nueva Redención del mundo, de la postrera manifestación de Jesucristo á los hombres, de la cual se dice lo que de la primera dijo el Profeta Baruch: *Post haec in terris visus est cum hominibus conversatus est* (1).

Mas ¿de qué habla el Profeta en todo aquel capítulo, que al terminar añade: *post haec*, después? ¿Qué significa este después?

Nos había pintado al pueblo de Dios seducido primero por la sabiduría de los egipcios, caldeos, agarenos y demás idólatras, pueblos

(1) Bar. 3, 9, 13.

Biblioteca Nacional de España

limítrofes, y corriendo tras los inventos materiales, tras la fortaleza humana, tras el fausto y el poder que aquella ciencia jactaba; pero á la postre, desengañado, escéptico, ignorante, desesperado. A este pueblo así, agnosticista, diríamos hoy, se dirige el Profeta, diciéndole:

«Oye, Israel, los secretos de vida, escúchalos para que sepas dónde está la sabiduría y la prudencia. Huiste de tu Dios y viniste á vivir tierra extranjera, en que has envejecido y te has rebajado tanto que ya te cuentan entre los muertos y los habitantes de los cementerios. Es que dejaste el verdadero y único camino de la sabiduría; que si no, tu paz y tu felicidad hubiera sido perpetua y sin mudanzas».

«Pues ahora, continúa Baruch, ahora ven y aprende dónde está la prudencia, dónde la energía, dónde la inteligencia, dónde la luz de los ojos, del alma y el camino de la paz y de la felicidad.

»Nadie lo halló y ninguno pudo dar con él. Los filósofos de los gentiles, pudieron hallar el modo de dominar á los animales y á las aves del cielo, de atesorar oro y plata en que esperan los hombres, de labrar vajillas y obras de precio desconocido; pero no pudieron encontrar remedio á la muerte: murieron, pasaron y otros ocuparon sus puestos.

»Detrás de éstos surgieron sus hijos, adolescentes ilusos y llenos de esperanzas; pero en vano se cansaron y se fatigaron, porque fué también vano su saber. No se halló en la tierra esta sabiduría: no la busquéis en los cananeos industriosos, ni en los Temanitas, que son los sabios de Idumea, ni entre los agarenos, ni entre los comerciantes de Merra ó de Temán, ni entre los que escribieron parábolas y fábulas morales, ni entre los que indagan la naturaleza y profesan las ciencias naturales, porque ninguno de estos sabios conocieron el camino de la sabiduría verdadera» (1).

»*Non hos elegit Dominus, nec viam disciplinae invenerunt, propterea perierunt: et quoniam non habuerunt sapientiam, perierunt propter suam insipientiam.*

»No los escogió Dios á esos filósofos, puramente racionalistas, y perecieron, y perecieron en la vida intelectual y verdadera por su necedad é ignorancia ensoberbecida.

»Sólo Dios, sólo el que lo sabe todo es el autor de la verdadera ciencia; Él que preparó y crió la tierra en remoto tiempo, y la llenó de animales y de fieras; Él, que envía la luz, y va, y la retira y le obedece; Él, que á las estrellas que están dando su brillo á su tiempo y en su lugar, las llama y le obedecen, y le dicen: «Prestas estamos»; Él, que es Dios, y el único verdadero Dios, supo hallar la sabiduría y se la reveló á su pueblo escogido: primero á Abraham y á Israel, y después á la Iglesia Católica, donde quiso habitar y vivir y conversar con los hombres» (2).

---

(1) *Ibid.* 14, 23.—(2) *Ibid.* 25, 38.

Biblioteca Nacional de España

Pues este Dios, después de haber hecho vana la ciencia de los sabios de Oriente, vino al mundo y conversó con los hombres y los aleccionó para confundir á los filósofos, griegos y romanos, sucesores de aquellos de Edón, Temán, Egipto y tierra de Agar; y después, cuando se alzaron nuevos sabios paganos ó paganizados en filosofías sensuales ó racionalistas, también los confundió, los hizo perecer y después se manifestó de nuevo á los hombres para enseñarles los tesoros del saber de su Corazón, y con ellos la vida bienaventurada en el presente siglo y en la perpetua vida de la eternidad.

ASÍ SEA

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN CUARTO

Inmanentismo.

Rationabile obsequium vestrum. Ad Rom. 12,1.

Sea racional vuestro obsequio. A los rom. 12, v. 1.

Del agnosticismo al escepticismo filosófico y al ateísmo religioso no hay más que un paso. Lógicamente debían darlo los modernistas; pero así perderían la piel de ovejas y no podrían en piel de lobos destrozar á mansalva el rebaño de la Iglesia. Para conseguir esto vendrán nombres que seduzcan á los cándidos: inmanencia, sentido religioso, subconciencia, sujetivismo, etc.

«Reconociendo (1) los modernistas que la razón práctica de Kant y la afirmación del absoluto de Spencer son impotentes para resistir á la fuerza de la lógica agnosticista apelan á otros recursos, á otras vías que en sentir de ellos son seguras. ¿Cuáles? «La necesidad de nuestra vida moral, dicen, la experiencia de lo divino que se realiza en las más obscuras profundidades de nuestras conciencias, conducen á un sentido especial de las realidades supra-sensibles que se enseñorea de toda nuestra existencia ética ó moral. En nosotros mismos encontramos este *sentido ilativo* de que habla Newman, que nos permite sentir en un inefable misterio la presencia de energías superiores con las que nosotros estamos en contacto directo. Comparado con esto el agnosticismo aparece como un sistema frío y racional» (2).

En suma: afirmamos la verdad, la existencia de Dios, la del orden sobrenatural, la de la religión, no porque haya algo fuera de nosotros claro y evidente que nos obligue á asentir, sino por una necesidad irresistible, puramente sujetiva, inconsciente, que nos inclina á ello; esta fuerza se llama sentimiento religioso, que no brota de la idea, sino que la precede.

---

(1) P. Ugarte, *Razón y Fe*, Septiembre 1908.—(2) *Programma dei modernisti*, p. 96.

Biblioteca Nacional de España

Este sentimiento religioso es quimérico en su fundamento; absurdo y herético en su desarrollo; ateísta en sus últimas consecuencias, y siempre enemigo del Sagrado Corazón de Jesús.

Esta es la proposición.

AVE MARÍA.

I

Quimérico en su fundamento.

Para probar esta afirmación poquísimo se debe trabajar. La Encíclica de Su Santidad con la fuerza lógica de la evidencia inmediata, no cesa de llamar delirio, sofisma, sueño, invención á toda la torre de Babel que alzan los modernistas, y no se necesita sino oirlos hablar para convencerse que más hablan como dementes que como acordados pensadores.

«El agnosticismo no es sino la parte negativa de la doctrina modernista, cuya parte positiva consiste en la *inmanencia vital:* el paso de una á otra es como se sigue. Toda religión, natural ó sobrenatural, es un hecho, y como tal, necesita una explicación; explicación que no se debe buscar sino dentro del propio sujeto, ya que por el agnosticismo se borra toda teología natural y todo acceso á la revelación, por haber sido rechazados todos los motivos de credibilidad y negada la existencia de toda revelación exterior» (1).

Primera arbitrariedad quimérica de los modernistas, la afirmación de que fuera del hombre no puede haber razón objetiva para aceptar la religión. Su prueba no es otra sino el agnosticismo, cuyo absurdo ellos mismos reconocen y quieren huir buscando el modo de evitar sus consecuencias. ¿No sería lo prudente y lógico concluir diciendo: puesto que el agnosticismo nos lleva á la negación de todo conocimiento, repudiemos, condenemos el agnosticismo? No; lo que hacen los modernistas es, para salvar ese abismo, afirmar sin

(1) Hic tamen *agnosticismus* in disciplina modernistarum, nonnisi ut pars negans habenda est; positiva, ut aiunt, in immanentia vitali constituitur. Harum nempe ad aliam ex altera sic procedunt. Religio, sive ea naturalis, sive supra naturam, ceu quodlibet factum, explicationem aliquam admittat oportet. Explicatio autem, naturali theologia deleta adituque ad revelationem ob rejecta credibilitatis argumenta intercluso, immo etiam revelatione qualibet externa penitus sublata, extra hominen inquiritur frustra». (Enc. *Pascendi*).

Biblioteca Nacional de España

fundamento que hay que buscar en lo sujetivo lo que la realidad no nos puede dar. ¡Quimera y absurdo!

«Hay, pues, que buscar la religión en el sujeto, y hay que buscarla y hallarla en la vida humana, puesto que ella no es sino una forma del vivir. Así se afirma el principio de la inmanencia vital» (1).

Desde este cimiento, más fantástico que los ensueños caballerescos del Caballero de la Triste Figura, veamos cómo surge todo el palacio encantado.

«Todo fenómeno vital, como ya se ha dicho que es la religión, tiene siempre alguna causa primera, que no es más que una necesidad ó impulso natural: necesidad ó impulso que en último término se reduce á un movimiento del corazón, que se llama *sentido*. Así, pues, la fe, que es el principio y fundamento de toda religión, puesto que ésta tiene á Dios por objeto, no es más que un sentimiento íntimo que nace de la necesidad que de lo divino experimentamos. Necesidad de lo divino es ésta que no puede ser renunciada por nuestra conciencia, porque sólo se siente en ciertas y determinadas circunstancias, y por eso tiene que estar latente y desconocida en algo más hondo y abismático que la conciencia, ó sea en la *subconciencia*» (2).

Continúa la Encíclica:

«¿Cómo, preguntará alguno, esta necesidad de lo divino llega á hacer la religión? Contestan los modernistas: La ciencia y la historia están encerradas en los límites de los fenómenos y de la conciencia; pasar de ellos no pueden porque se tropiezan con lo incognoscible. En su presencia la necesidad de lo divino excita en el alma un sentimiento que no se funda en un juicio de la mente y que tiene en sí mismo la divina realidad como objeto y causa íntima suya, y que de este modo une en cierto modo al hombre con Dios. Este sentido es el que los modernistas llaman fe, y es comienzo de la religión. Ni hacen aquí punto en sus filosofías, ó mejor, en sus delirios» (3).

---

(1) Est igitur in ipso homine quaerenda; et quoniam religio vitae quaedam est forma in vita omnino hominis reperienda est. Ex hoc immanentiae religiosae principium asseritur» *(Ibid.)*—(2) Vitalis porro cuiuscumque phaenomeni cuiusmodi religionem esse iam dictum est, prima veluti motio ex indigentia quapiam seu impulsione est repetenda, primordia vero, si de vita pressius loquamur, ponenda sunt in motu quodam cordis, qui *sensus* dicitur. Eam ob rem, cum religionis objectum sit Deus, concludendum omnino est fidem quae initium est ac fundamentum cujusvis religionis in sensu quodam intimo collocari debere, qui ex indigentia divini oriatur. Haec porro divini indigentia, quia nonnisi certis aptisque in complexibus sentiatur, pertinere ad conscientiae ambitum ex se non potest; latet autem primo infra conscientiam, seu, ut, mutuato vocabulo a moderna philosophia loquuntur, in *subconscientia*, ubi etiam illius radix occulta manet atque indeprehensa.» *(Ibid.)*—(3) Petet quis forsan, haec divini indigentia, quam homo in se ipse percipiat quo demum pacto in religionem evadat. Ad haec modernistae scientia atque historia, inquiunt, duplici includuntur termino; altero externo, aspectabili nimirum mundo, altero interno, qui est conscientia. Alterutrum ubi

Biblioteca Nacional de España

Delirios, á fe, son y sueños de calenturientos todas esas afirmaciones, tan sin otro fundamento que no querer admitir el proceso natural y evidente del entendimiento humano, que va desde lo evidente inmediato á lo evidente mediato, y de aquí á lo cierto y desde esto va formando el edificio de sus conocimientos.

Delirios tan arbitrarios como que ni los propios modernistas coinciden en la explicación y alcance de la inmanencia. Si Bossuet le dijo al protestantismo: Varías, luego no tienes la verdad; cuánto más podremos decir al modernismo: No tienes nociones fijas y claras, luego eres delirio.

Porque, «si hemos de creer á Fonsegrive, el método de inmanencia consiste en ocupar la posición de los discípulos de Kant, en no lanzarse fuera de sí apoyados sobre principios á que muy á la ligera se concede valor objetivo y en no preocuparse más que de ordenar las ideas, clasificarlas, armonizarlas, etc.» (1); según M. l'abbé Ch. Denis, «es la existencia del sujeto en el mismo sujeto; hacemos uso inmanente de la voluntad, de la razón y de la acción cuando nos servimos de ellas exclusivamente para coordinar los datos que el ejercicio experimental de estas mismas facultades nos suministra»; y añade: «que el fundamento y base de la filosofía moderna es la autonomía, es decir, el atributo de la voluntad, de la razón, de[1] alma toda de darse á sí misma la ley de la voluntad del pensamiento de la vida interior por medio de un acto reflejo; y, por el contrario, recibir esta ley del exterior, como impuesta por un agente extraño, es heteronomía moral intelectual ó religiosa» (2). Es más explícito Blondel. Para él el principio de inmanencia consiste «en que nada puede admitir el hombre que no salga del mismo hombre, y que de alguna manera no corresponda á la expansión de su espíritu» (3). «Ni se debe suponer lo sobrenatural como existente, sino demostrar que es exigido por el pensamiento y la acción» (4). Mon-

---

attingant, ultra quo procedant non habent: hos enim praeter fines adest *Incognoscibile*. Coram hoc incognoscibili sive illud sit extra hominem ultraque aspectabilem naturam, rerum, sive intus in subconscientia lateat indigentia divini in animo ad religionem prono, nullo secundum fideismi scita, praevertente mentis iudicio, peculiarem quemdam commovet sensum; hic vero divinam ipsam realitatem tum tamquam obiectum tum tamquam sui causam intimam, in se implicatam habet atque hominem quodammodo cum Deo conjungit. Est porro hic sensus quem modernistae fidei nomine appellant, estque illis religionis initium. Sed non hic philosophandi, seu rectius delirandi finis.—(1) *La Quinzaine*, Enero, 1897.—(2) *Annal. de Phil. chret.*, Julio de 1897-Abril, 1898.—(3) Ibid., Enero á Julio de 1896.—4) *Annal. Lettre.*, Enero 1896, p. 272.

Biblioteca Nacional de España

sieur E. Le Roy es del mismo parecer; para él todo lo que es radicalmente contrario á la inmanencia, cuanto se impone de fuera como un dogma, es una restricción de la libertad investigadora, es una amenaza de tiranía intelectual (1). Laberthonnière pretende explicar la inmanencia por la penetración del influjo sobrenatural en nuestra vida: «Por la gracia—dice—penetra en nosotros lo sobrenatural, y, á pesar de lo heterogéneo de los órdenes natural y sobrenatural, hay en nosotros unidad de vida por un modo de inmanencia» (2). ¿Hasta dónde llega esta penetración? Hasta el punto de que «la acción que constituye la base y fundamento de nuestra vida se halla de hecho informada sobrenaturalmente por Dios». Esto supuesto, explica el paso de la inmanencia á la trascendencia, porque «en la naturaleza, no en cuanto tal, sino en cuanto informada por la gracia sobrenatural, hay exigencias de lo sobrenatural» (3). En este sentido de intimidad y permanencia entiende la significación inmanente Buisson cuando habla de «Dios inmanente en el hombre», de «Dios que encarna sin cesar en la humanidad»; su fórmula es: «Soy hombre y nada *divino* me es extraño» (4).

Las mismas afirmaciones gratuitas y ondulantes, vagas y quintaesenciadas en los demás libros de los modernistas. Los caballeros del Espíritu Santo que se reunen en los conventículos presididos por Selva y Benedetto en *Il Santo* de Fogazzaro, no saben la religión, ni quieren aprenderla, ni la pretenden defender (he aquí el agnosticismo); pero no les hace falta eso porque la viven, se unen sensiblemente en Cristo latente en sus almas y repiten fanáticos aquellas palabras del Evangelio pésimamente aplicadas: *Ut sint unum sicut et nos.* ¡Sean unos como Tú y Yo! Benedetto, el santo modernista, tiene otro tanto de iluso y todo lo quiere resolver con ese sentimiento de piedad, propenso á infinitas interpretaciones, que lo mismo le lleva á vivir en monasterio sin querer hábito religioso, que á habitar una choza, que á asistir á los conventículos heterodoxos, que á visitar á Pío X, que á los ministros de Víctor Manuel III; todo en este fanático está á merced de la impresión fantástica que le cause la desvelación de una noche mal cenado, ó el aterimiento de una mojadura, ó el susto del huracán ó el rugir y espumajear de un río desbordado; Benedetto irá al impulso del llamado *sentimiento reli-*

(1) *La Quinzaine*, 16 Abril 1905.—(2) *Essais de Phil. Relig.*, p. 169.—(3) *Le Probl. relig.*, p. 21.—(4) *La Religión, la Moral et la Sciencie*, p. 255. Véase *Razón y Fe.* Octubre 1908, p. 45 y 47.

Biblioteca Nacional de España

gioso. Imagen de los modernistas que son, como ya dijo San Judas: *nubes sine aqua*, nubes vacías que el viento las empuja.

M. José Serre quiere cubrir tanta quimera y gratuita afirmación con nombres, con muchos nombres, es decir, con palabras y más palabras:

«La razón y la ciencia son cierto impotentes para decirnos el más allá de nuestra vida y de nuestra alma; pero ¿es que no hay en el hombre sino razón y ciencia? ¿Es que no hay otra facultad más elevada que se llama fe, corazón, intuición, misticismo, sentimiento de lo divino? Ante ésta el agnosticismo expira» (1).

¡Pobres modernistas! ¡Más desgraciados que la heroína de Shakspeare, lady Machbeth, no se pueden lavar del crimen cometido al querer matar en el hombre la certidumbre de un conocimiento! Ese es el remordimiento que los persigue y que vanamente quieren acallar. Acumulan nombres y nombres tan mal aparejados como fe é intuición, misticismo y corazón, intuición y sentimiento. ¡Cuán apretados se verían si les pidiéramos definiciones claras y precisas de una fe que no cree, de una intuición que no ve, de un corazón que no puede latir porque no tiene conocimiento, de un misticismo sin sólida base, de un sentimiento que es irracional! *Nubes sine aqua, quae a ventis circumferuntur* (2). ¡Nubes vacías, traídas y llevadas por los vientos!

Y menos mal si no fueran más que quiméricas estas doctrinas modernistas; pero son también

II

Absurdas y heréticas en su desarrollo.

Muchas son las maneras como estos hijos de Belial disfrazan y venden sus mercancías, y muchas las contradicciones en que incurren. Pero convienen en diferentes afirmaciones que son desarrollo natural de la doctrina inmanentista.

La primera que la Encíclica pone de relieve es la negación del orden sobrenatural, de la gracia sobrenatural, de la fe sobrenatural.

En efecto, según estos sectarios, el hombre tiene verdadera nece-

---

(1) Serre, *La Justice Sociale*, 2 Noviembre á 7 Diciembre 1907.—(2) Jud. Epist., v. 12

Biblioteca Nacional de España

sidad de lo sobrenatural; esta necesidad se excita con el agnosticismo y es la que despierta el sentimiento religioso; este sentimiento religioso, natural en el alma y despertado naturalmente en ella, es la fe, que es el principio de toda nuestra religión. ¿Dónde está lo sobrenatural? Natural es la indigencia del alma, natural el sentimiento religioso latente en la subconciencia, natural su excitación y natural su desarrollo. Luego para nada hace falta gracia sobrenatural.

«El sentimiento religioso, pues, que brota de lo íntimo de la subconciencia por la inmanencia vital es el germen de la religión y de la razón última de cuanto hubo y hay en ella. Primero estaba rudo y amorfo este sentimiento, pero poco á poco y por obra del secreto principio que lo originó, creció al mismo paso que el progreso moderno, cuya forma es una de sus manifestaciones. Ya tenemos el origen de toda religión, aún de la sobrenatural, porque todas ellas no hacen sino desarrollarlo. Nadie exceptúe la de Jesucristo, porque es en esto igual á las demás; y ella nació por este proceso de inmanencia vital en el alma de aquel hombre perfectísimo que se llamó Cristo».

«Blasfemia que horrorizará á los que la oigan; pero que por desdicha no la repiten sólo los hombres incrédulos. Católicos hay y sacerdotes, no pocos, que han enseñado estos absurdos, y que con ellos quieren reformar la Iglesia. Ya no se trata del antiguo error en que se hacía lo sobrenatural como necesidad de la naturaleza humana; ahora se ha avanzado más y se dice que nuestra santísima religión brotó natural y espontáneamente en el alma de Jesucristo, como en las nuestras. Nada más á propósito, por cierto, para concluir con el orden sobrenatural; por eso el Concilio Vaticano decretó: «Si alguno dijere que el hombre no puede ser por Dios elevado á conocimiento y perfección sobrenatural, sino que puede y debe por sí mismo y por continuo progreso llegar al fin á la posesión de toda verdad y de todo bien; sea anatema» (1).

---

(1) Religiosus igitur sensus qui per vitalem immanentiam e latebris subconscientiae erumpit germen est totius religionis ac ratio pariter omnium quae in religione quavis fuere aut sunt futura. Rudis quidem initio ac pene informis eiusmodi sensus paulatim atque influxu illius arcani principii unde ortum habuit, adolevit una cum progressu humanae vitae, cuius, ut diximus, quaedam est forma. Habemus igitur religionis cuiuslibet etiam supernaturalis originem; sunt nempe illae religiosi sensus merae explicationes. Nec quis catholicam exceptam putet, immo vero ceteris omnino parem; nam ea in conscientia Christi, electissimae naturae viri, cuiusmodi nemo ullus fuit nec erit, vitalis immanentiae, non aliter, nata est. Stupent profecto, qui haec audiant, tantam ad adserendum audaciam, tantum sacrilegium. Attamen, Ven. FF., non haec sunt solum ab incredulis effutita temere. Catholici homines, immo vero e sacerdotibus plures, haec palam edisserunt talibusque deliramentis Ecclesiam se instauraturos iactant. Non heic iam de veteri errore agitur, quo naturae humanae supernaturalis ordinis veluti ius tribuebatur. Longius admodum processum est; ut nempe sanctissima Religio nostra in homine Christo aeque ac in nobis a natura, ex se

Biblioteca Nacional de España

Destruído el orden sobrenatural y hecha la religión, patrimonio del sentimiento y de unos pocos fanáticos ó fanatizados, que al cabo todo vendría en eso á parar, dan los modernistas otro paso no menos funesto, pernicioso y erróneo. La religión, dicen, se debe mirar únicamente como algo práctico; la especulación se debe completamente proscribir; borran de una plumada el credo y se quedan con los mandamientos, y aún casi con los mandamientos de la segunda tabla; los deberes para con Dios ¿no tienen algo y mucho de especulativos?

Nuestros modernistas van ellos por sí solos á declararse usando el lenguaje, no desconocido en nuestra patria, de cierto amor, cierto humanitarismo, ciertas virtudes naturales que sin fe no sirven de nada para el cielo.

Le Sillon, Asociación francesa de jóvenes sociales extendida en numerosos centros, periódicos y revistas, y en cuyo seno se han favorecido hombres y tendencias modernistas, escribía en 1899 en una especie de programa ó manifiesto:

«En resumen, déjese más sitio á la vida cristiana en su forma sentimental, íntima y personal, también en su forma social, común y eclesiástica, en estas dos formas que son tan reales, tan fecundas, tan aptas para completarse la una á la otra y á perfeccionarse mutuamente, y déjese menos lugar á la especulación racional, á eso que se llama filosofía y que de filosofía tiene sólo la apariencia, porque son sistemas de ideas que no se acercan ni se relacionan con la lógica viviente, con la razón práctica; son producción del cerebro y no de toda el alma, y no han recibido la consagración vivificadora que da la conciencia social de la Iglesia á las ideas fecundas, á las aproximaciones reales de la verdad inexpresable.»

Bien claro aparece en todo ese fragmento el virus de agnosticismo y de inmanentismo, que lleva al desprecio de la verdad especulativa y de la filosofía.

Mr. Marc. Rifaux se explica con mayor claridad:

«Lo que más nos hace falta quizás, lo que nos es menester mayormente para atraer á la doctrina de Cristo el respeto de los intelectuales es el sentimiento de la relatividad de todo lo que somos y también de nuestros propios

---

suaque sponte, edita affirmetur. Hoc autem nil profecto aptius ad omnem supernaturalem ordinem abolendum. Quare á Vaticana Synodo iure summo sancitum fuit: *Si quis dixerit hominem ad cognitionem et perfectionem quae naturalem superet, divinitus evehi non posse sed ex seipso ad omnis tandem veri et boni possessionem iugi profectu pertingere posse et debere, a. s.* (De Revel. can. 3). Encíclica *Pascendi.*

Biblioteca Nacional de España

pensamientos. Somos dogmáticos con exceso: cosa, claro está, bien natural. Los que se creen en posesión de una verdad revelada tienen derecho de hablar alto y fuerte: y al obrar así no nos damos cuenta que ponemos mucho de amor propio en la expresión de la verdad. Sin duda en nosotros hay algo eterno; pero ¿no será eso un pensamiento que los hombres formulan así, ó así, según las circunstancias de tiempo y de lugar y cuyas fórmulas recibirán tantas interpretaciones como entendimientos? Decir otra cosa es palmaria contradicción. Lo cual es porque la verdad no es patrimonio del pensamiento, ni de la concepción, ni del discurso, no es propiedad del entendimiento... La verdad, en rigor, no se posee, la verdad se vive, que es mejor» (1).

Mr. Jos. Serre, en artículos ya mencionados:

«¿Qué es un dogma? Digamos con la escuela contemporánea y con la Iglesia, que el dogma católico es práctico. Que enuncia, no única, sino esencialmente una prescripción de orden práctico; que es más que todo la fórmula de una regla de conducta. Creo en el dogma, porque es vida y acción; porque la actitud moral suya es la santidad.»

«El pragmatismo nos demuestra que si la creencia en Dios es verdadera, debe transformar nuestra experiencia; y esta es su verdadera significación. La controversia de la existencia de Dios, tan trivial en su aspecto académico y teológico toma sentido trágico en sus resultados positivos... Vivamos primero y como mejor podamos, y después vendrán los principios dogmáticos; recemos primero la oración de Cristo, después estableceremos su filosofía; primero la vida, después la doctrina.»

El famoso abate Rómulo Murri, sobre su polémica con los socialistas, escribía:

«Vuestro Dios es en verdad mejor que el que (socialistas) y (católicos) imaginan. Él, que hace descender el sol y la lluvia sobre los justos y los injustos y no vino á buscar á los buenos, sino á los que habían perecido para que se salvaran. La religión para nosotros se manifiesta en la vida pública, no sugiriendo éste ó aquél programa, sino dirigiendo los ánimos á la honestidad, la justicia y el bien. Nosotros decimos al proletario: Tenemos algo que pedirte y que sugerirte y es tu libre consentimiento para una religión espiritual y de amor y de justicia, pero no tenemos nada que imponerte, y siempre que se trate de justicia ó de tu elevación civil nos tendrás contigo, y para ti vayas ó no á la Iglesia, te gobierne Turati ó Ciccotti ú otro cualquiera» (2).

El abogado italiano Meda dió en 1906 una conferencia en el Círculo universitario de Roma. Fué tema de ella la unión de los católicos, y la primera base para conseguirla decía había de ser ésta:

«Dejar aparte la causa de la religión y dirigir hacia otro lado las fuerzas que hasta ahora se reunieron en torno de ella. Porque (nótense bien estas palabras) es preciso que el conflicto preponderante religioso pase á segunda lí-

(1) *Retour au catholic.*, p. 197.—(2) *Modernismo y modernistas*, p. 371, 372.

Biblioteca Nacional de España

nea ya que tiene ocupadas inútilmente fuerzas que podían gastarse en otro campo con inmediata ventaja de la misma causa católica» (1).

De aquí á las virtudes naturales, un paso.

El abate Naudet escribe:

«En nuestra educación y formación del hombre interior se han olvidado quizás demasiado las virtudes naturales para ocuparse exclusivamente de las sobrenaturales... Prodiguemos á nuestra juventud la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza; hagamos de ellos hombres y estaremos más seguros de hacer cristianos» (2).

Y de aquí á afirmar que esas virtudes naturales, las únicas de estima, no adornan á los católicos, sino á los americanistas, á los modernistas, á los heterodoxos, ni el tanto de una uña:

«No está el mayor peligro para su vida moral en el que han incurrido los católicos con el aislamiento social en que se han encerrado, sino que aún parecen á veces menos aptos que sus adversarios, los hijos del espíritu moderno, para la práctica de ciertas virtudes naturales y sociales que nuestra democracia, con justo título estima mucho, y que el ilustre P. Hecker recomendaba á la consideración de los católicos americanos. La probidad en los negocios, la fidelidad en guardar la palabra empeñada, el ardor en el trabajo, la rectitud en pagar los tributos ó las deudas, la honradez perfecta electoral, todas estas virtudes y otras parecidas no encuentran entre los hijos de la tradición la acogida entusiasta que sería de desear, y así se acredita la opinión de que los que se quieren hacer pasar como representantes de la virtud, no la practican» (3).

Para dar un solemne mentís á tales afirmaciones, que en España se suelen repetir disfrazadas de anglo-sajonismo, basta hojear la historia de los Concilios, las leyes escritas por San Fernando, Alonso el Sabio, Carlomagno, San Luis y San Esteban de Hungría, el espíritu rancio y caballeroso que aún vive en los campos adonde no ha llegado el liberalismo y la degradación moral, en todos los órdenes que produce la prensa, los espectáculos y la vida del progreso moderno. Esta es la única y verdadera causa de la holgazanería, de la depredación burocrática, del agio, de la usura, de la falsía y mentira, de la tiranía y opresión de los desvalidos. Pero se trata de insultar á los católicos, «hijos de la tradición», y para eso hay que poner por las nubes á los impíos, á los herejes, á los perjuros, á los que no han sabido más que negar á Dios sus derechos. ¿Cómo respetarán los de sus hermanos?

---

(1) *Ibid.*, 370.—(2) *Notre devoir sociale.* París.—Flammarion, p. 65, 67.—(3) *La crise des temps nouvelles*, P. Bureau, p. 241.

Biblioteca Nacional de España

Panorama de todo este sujetivismo religioso con todas sus fatales consecuencias nos ofrecen estas palabras de Fonsegrive, gran paladín del modernismo:

«La religión me parece un sistema de creencias y prácticas que tienen por fin establecer la comunión de todas las almas, la multiplicación del goce individual por el goce de todos. Toda idea que tienda á eso es idea religiosa. Todo sentimiento que nos empuja á la armonía, al gozo universal es un sentimiento religioso. Así, pues, los socialistas, hambrientos de justicia, los anarquistas que quieren acabar con las leyes para tener paz, tienen ideas y sentimientos religiosos. Pero no llegan á conseguir lo que es religión.

»La religión propiamente es trascendental, aspira á la comunión entre los hombres, al desarrollo completo de la vida; pero conociendo, al par que estas altas ambiciones, la imposibilidad que tiene el hombre de conseguirlas, porque en suma el hombre no puede ser Dios, que es á lo que aspira. Entonces es cuando se acuerda de Dios, y le llama como á poder sobrehumano, apela á su gracia para llegarse á Él y realizar en Él y por Él la comunión de todos los hombres. Son, pues, los elementos de toda religión, la aspiración del hombre á divinizarse, la existencia de Dios, la gracia de Dios; y la única religión positiva que ha comprendido esto es el cristianismo, y por eso no morirá, por eso es la verdadera. Morirán las formas religiosas que no son adecuadas á los datos esenciales del problema religioso, como, por ejemplo, en el cristianismo las formas restrictivas del protestantismo, que tienden á borrar la trascendencia, lo sobrenatural y la gracia. En el catolicismo no puede haber destrucción, sino concentración, que se opera sin evolución, propiamente dicha, sino con *vida y progreso* hasta tomar una forma específicamente diferente, pero sin imitación de forma (?). Todos los fenómenos á que asistimos como laicisación progresiva del Estado, desaparición de ciertos hábitos intelectuales, ruina de ciertas formas disciplinarias, no es más que el resultado de la ley de división del trabajo. Continuamente la religión toma conciencia de sí y posesión de su terreno propio, que no es el foro, ni la escuela, ni la ciencia profana, sino la comunicación espiritual del hombre con Dios y por Dios con todos sus hermanos, en el tiempo y más allá» (1).

Ya en estas declaraciones se ven los absurdos últimos á que tanto error empuja; pero antes de verlo en toda su desnudez y fealdad, será bueno recordar la doctrina católica sobre el acto de nuestra fe, abiertamente opuesta al sujetivismo modernista: esto nos ilustrará, é ilustrándonos, nos proporcionará la mejor refutación de todo lo hasta aquí declarado.

(1) *Bulletin de la Semaine*, 19 Junio 1907.

Biblioteca Nacional de España

Fe significa, hasta en el lenguaje común, el acto de asentimiento prestado á quien afirma algo bajo su palabra, y no hay acto más común y necesario en la vida humana. Fe tiene el niño en su padre, que le adoctrina y amaestra en los primeros albores de su vida; fe tiene el discípulo en la enseñanza del maestro, que recibe de sus labios; por fe afirmamos los hechos históricos que ó los documentos ó las historias nos aseveran, y así fe humana es la que nos impone en quién fué Ciro y Alejandro y Darío, Antonio y Cleopatra, César y Pompeyo, Virgilio y Cicerón, Carlomagno y Pipino, Jaime el Conquistador y San Fernando, y en esa fe humana se asienta la historia política, filosófica, literaria y administrativa de los pueblos de ayer; ¿qué más?: en última rosolución, por fe afirmamos la composición, estructura y peso de los astros; por fe la dimensión y forma y composición de la tierra; por fe la naturaleza y propiedades de los cuerpos y los efectos de los agentes físicos, y fe y no más que fe, y tantas veces imprudente, es la que á la continua prestamos á las informaciones de viajeros, á las noticias del telégrafo, del teléfono y del periódico. Es que la fe humana es la base de nuestra vida.

Pues bien. Dios Nuestro Señor ha querido hacer también de la fe base de nuestra vida sobrenatural *sperandarum substantia rerum* y argumento de lo invisible, *argumentum non apparentium:* y así como aquella fe humana, así esta fe divina es formalmente considerada acto y hábito de nuestro entendimiento, no afecto de nuestra voluntad.

La diferencia esencial que media entre la fe humana y la divina es que aquélla se apoya en la aseveración del hombre, ésta en la de Dios; aquélla puede caer con lo caduco, ésta es más firme que roca secular; aquélla es la caña que al quebrarse puede sacar sangre al que se apoyaba en ella, ésta es la columna inconmovible que no teme ni aguaceros de invierno ni potestades del infierno contra ella conjuradas.

La Religión Católica, pues, se apoya en esta virtud intelectual de la fe, que es comienzo, raíz y fundamento de la vida sobrenatural, pero que no se puede llamar *vida* en el sentido usual de esta palabra.

Como acto intelectual, el de la fe no es imprudente, ni ciego, ni instintivo, sino el *razonable obsequio* de que nos habla San Pablo; y por eso podemos y debemos usar de nuestra razón para conocer los motivos de nuestra credibilidad, como la usamos para dar por buena la autoridad de un testigo y la certidumbre de su narración testimonial.

Biblioteca Nacional de España

Pues bien, ¿qué hombre que tenga idea de Dios no concederá como evidentísimo que Dios no puede mentir? *Impossibile est mentiri Deum;* imposible es la mentira en Dios: imposible también la ignorancia. Testigos los mismos gentiles que nunca dudaron de que en Dios no podía caer ni ignorancia ni mentira.

Todo el trabajo de la credibilidad está en saber con certidumbre que Dios es el que ha hablado, y esa certidumbre es la que puede tener nuestro entendimiento, para que no sean excusables los incrédulos.

Doctrina es esta de la Iglesia propuesta por Pío IX y por el Concilio Vaticano. Pío IX:

«Cuán admirables, cuán espléndidos argumentos se nos ofrecen con facilidad, por los cuales la razón humana evidentísimamente queda convencida de que es divina la Religión Católica» (1).

El Vaticano:

«Para que el obsequio de nuestra fe sea conforme á nuestra razón, quiso Dios Nuestro Señor que á los interiores auxilios del Espíritu Santo se juntasen argumentos de su revelación, es decir, hechos divinos, y en primer término milagros y profecías, que siendo como son testimonios evidentes de la omnipotencia y saber infinito de Dios, son al mismo tiempo signos certísimos de la revelación divina, acomodados á todas las capacidades» (2).

Ahora bien, ¿cuáles y cuántos son estos motivos de evidente credibilidad? Cuales y cuantos no los ha tenido nunca certeza ninguna admitida entre los hombres por irrefragable.

La antigüedad nunca interrumpida de una doctrina profesada y defendida por generaciones sin cuento; la sublimidad y santidad de sus dogmas y sus preceptos; la autoridad de una nube de testigos que á millares y á millones la han confirmado con su sangre; la intervención indubitable de la mano poderosa de Dios, que por milagros y profecías ha revalidado la predicación del Evangelio; la propagación y conservación de una Iglesia siempre desvalida de favor humano, y siempre vencedora de Emperadores romanos, Califas mahometanos, caudillos bárbaros, Príncipes apóstatas, sabios orgu-

---

(1) Quam mira, quam splendida praesto sunt argumenta quibus humana ratio luculentissime evinci onmino debet divinam esse Christi religionem. (Encíclica *Qui pluribus*, 9 Noviembre 1846).—(2) Ut nihilominus fidei nostrae obsequium rationi consentaneum esset voluit Deus cum internis Spiritus Sancti auxiliis iungi revelationis suae argumenta, facta scil. divina, atque imprimis miracula et prophetias, quae cum Dei omnipotentiam et infinitam scientiam luculenter commonstrent, divinae revelationis signa sunt certissima et omnium intelligentiis accommodata. (Cons. *Dei Filius*, c. 1).

Biblioteca Nacional de España

llosos, naciones enemigas, y de cuanto de poder, de fuerza, de prestigio, de riqueza se tiene en el mundo, son testimonios evidentes que bastan en el uso humano para hacer creíble una doctrina, y que están en los ojos de todos demostrando que Dios es el que habla en nuestra religión, y tanto, que vistas esas señales de la divina intervención se exclama con Casiano: *Dios ha hablado; su palabra ha de ser la suprema razón; no más argumentos, no más disputas, baste para creer la autoridad del que me habla* (1).

Por eso los padres y doctores de la Iglesia llaman necedad y dureza el no abrir los ojos á la luz clarísima de tantos motivos. *Facilius dubitarem vivere me* escribe San Agustín en sus Confesiones *quam esse vera quae audivi* (2): Más fácilmente dudaría yo de mi existencia que de la verdad de la doctrina católica; y Pico de la Mirándula: *Magna insania est Evangelio non credere cuius veritatem sanguis martyrum clamat, Apostolicae resonant voces, prodigia probant, ratio confirmat, elementa loquuntur, daemones confitentur* (3). Locura y necedad es no creer en el Evangelio, cuya verdad pregona la sangre de los mártires, atestiguan las voces de los apóstoles, prueban los milagros, confirma la razón, declaran los elementos y hasta los demonios confiesan.

Por eso desde el principio del cristianismo hasta nuestros días no han cesado los escritores eclesiásticos de obtener con ellos grandes y saludables triunfos: Tertuliano, San Justino, Lactancio, Teófilo de Antioquía, Orígenes, San Juan Crisóstomo, San Agustín, Eusebio, Arnobio, Vicente de Leríns sobre el gentilismo romano; y de los bárbaros en los primeros siglos: Santo Tomás, el Ferrariense, Miguel Medina, el cardenal Belarmino, el P. Gregorio de Valencia, Bartolomé Medina, el venerable P. Luis de Granada, fray Luis de León y muchísimos más contra los herejes paganizados de los tiempos anteriores, y en nuestros días una muchedumbre sinnúmero, entre los que descuellan el cardenal Franzelin, el cardenal Mazzella, Balmes, el P. Ceballos, el P. Alvarado, y en general los polemistas y periodistas católicos, como Luis Veuillot, el P. Mateos Gago, D. Félix Sardá y Salvany, que de una ó de otra manera han hecho valer estos motivos de credibilidad contra los filosofistas, liberales, racionalistas é incrédulos contemporáneos.

La Iglesia Católica es aquella Ciudad de Dios apocalíptica bajada del cielo, como esposa ataviada al encuentro de su Esposo, y estos motivos de credibilidad, como las doce puertas primorosas por

(1) *De Incarn.*, IV, c. 6.—(2) VII, c. 10.—(3) Epist. 1.

Biblioteca Nacional de España

donde penetra en su seno la muchedumbre de los creyentes, puertas que cada una basta para dar certísima entrada á todos los que deseen entrar y sean prudentes y juiciosos, y que miradas desde dentro de la ciudad están ellas también iluminadas por la luz del Cordero. No es necesario que todos los hijos de la Iglesia hayan considerado todas estas regias entradas de la Ciudad de Dios, sino que basta haber entrado por alguna de ellas ayudados siempre de la piadosa y gratuita moción del Espíritu Santo.

Oigamos unas palabras de San Agustín:

«Vemos que unos se mueven por unas razones para creer, y otros por otras, aunque sean las mismas las demostraciones y las señales que ven unos y otros. Ya es, verbigracia, Simeón que cree en Jesucristo Nuestro Señor, todavía infante y niño, porque le movió á ello el Espíritu de Dios; ya es Natanael, que con sola aquella palabra que le dijo el Señor: *Priusquam te Philippus vocaret, cum esses sub arbore fici vidi te,* antes que te llamase Felipe, cuando estaba debajo de la higuera, te vi, respondió confesando ser Cristo Dios y Rey de Israel: *Rabbi, tu es Filius Dei, tu es Rex Israel;* cosa de tanto valor que porque Pedro mucho después la confesó, mereció oir que era bienaventurado y que se le darían las llaves del reino de los cielos. Por sólo aquel milagro de la conversión del agua en vino hecho en Caná de Galilea, el cual dice el evangelista San Juan que fué el principio de sus milagros, creyeron en Él sus discípulos. Muchos llamó á la fe con sus palabras; muchos no creyeron en Él aún vista la resurrección de algunos muertos; el ladrón, en cambio, cuando no veía resplandor ninguno de obras maravillosas, sino compañía y consorcio en su suplicio, entonces creyó. De sus mismos discípulos, uno, después de la resurrección, creyó en Él, no por ser vivos sus miembros, sino por palpar las recientes cicatrices. Muchos que le despreciaron á Él cuando hacía prodigios y que le llegaron á crucificar creyeron al oir la predicación de sus Apóstoles y ver las maravillas que hacían en su Nombre» (1).

---

(1) Videmus alios aliter iisdem rebus demonstratis vel significatis ad credendum moveri. Sicut, ex. gr. Simeon in D. N. Jesumchristum infantem parvulum credidit, spiritu ei revelante cognoscens. Nathanael ad unam sententiam, quam ab illo audivit: Prius quam te Philippus vocaret, cum esses sub arbore fici vidi te, respondit: Rabbi, tu es Filius Dei, tu es Rex Israel: quod tanto post quia confessus est Petrus meruit audire quod beatus esset et quod ei darentur claves regni cœlorum. Miraculo facto in Cana Galileae, quod initium signorum Jesu Joannes evangelista commemorat, aqua in vinum conversa, crediderunt in eum discipuli eius. Multos loquendo invitavit ad fidem, Multi nec suscitatis mortuis crediderunt, et tamen latro tunc credidit, quum eum non praestantiorem videret in operibus, sed consortio crucis aequalem. Unus etiam de numero discipulorum post eius resurrectionem non tam videntibus membris, quam recentibus cicatricibus credidit. Multi ex eorum numero a quibus crucifixus est, qui videntes eum miracula facientem contempserunt, discipulis eius praedicantibus et in nomine eius alia facientibus crediderunt. (I. Ad Simplic. quaest. 2).

Biblioteca Nacional de España

El hombre, pues, racional y evidentemente, conoce la realidad de lo que le rodea; este conocimiento, cierto é indubitable, le lleva por la mano á la evidencia de su Dios; apoyado en ambas evidencias, descubre á la Iglesia Católica con caracteres clarísimos de ser obra de la mano divina, y ayudado de la moción piadosa del Espíritu Santo, sin la cual no podemos nada bueno, acepta la revelación como palabra de Dios, sin discutir la materia sobre que ella versa. Si Dios Nuestro Señor se digna hablarle de cosas que ya el entendimiento humano puede alcanzar, acepta agradecido su revelación, que facilita y amplía el conocimiento natural; si Dios Nuestro Señor se digna levantar el velo que oculta sus arcanos, cautiva su entendimiento en la palabra de un Maestro que ni puede engañarse, ni querer engañarnos.

¿Quién no comprende que un acto de fe de esta naturaleza tiene que ser firmísimo, incontrastable, intransigente?

Se propone la verdad tan ciertamente, que excluye toda duda; tan infaliblemente, que excluye toda posibilidad de falso; es Dios quien habla, no hay que replicar; tan necesariamente, que no se puede admitir algo y rechazar algo, porque rechazando algo se rechaza toda la autoridad de Dios.

Desde que San Pablo escribía á los gálatas el famoso anatema contra todo aquel, ángel ú hombre, que evangelizara algo distinto de lo que él había enseñado, ha sido siempre la voz de toda la Santa Iglesia: De mi vida y de mi existencia dudaría yo, escribió San Agustín, antes que de la verdad de mi fe. La fe es una, dice San León M. (1), y si no es una no es fe. Porque los que dividen la fe dividirían á Cristo, y dividirían con la mentira, como argüía Tertuliano (2).

En estas alas del espíritu católico, ¡cuán lejos hemos volado de las tolerancias modernistas!

La Encíclica de Su Santidad, las deducciones lógicas de los principios modernistas, las propias confesiones de palabra y de hecho de los tales herejes, nos hablan de esta última y perniciosa consecuencia de su sistema y doctrinas, que son, por consiguiente

---

(1) Fides si una non est, fides non est. (De Nativ. s. 4).—(2) Quid dividis mendacio Christum? Totus veritas est. (L. de carn. Ch. c. 5).

Biblioteca Nacional de España

III

Ateístas y enemigos del Sagrado Corazón.

Pío X describiéndolos:

«Para ellos no se exceptúa la Religión Católica, sino que es igual á las demás, *immo vero ceteris omnino parem*».

Y más adelante:

«¡Cuán lejos nos encontramos de las afirmaciones católicas! Ya vimos antes cómo todos estos delirios habían sido condenados por el Concilio Vaticano. Admitidos una vez estos errores con los demás de que se ha hecho mención está patente el camino al ateísmo, como después diremos; por ahora bastará advertir que de esta doctrina de la experiencia interna, unida á la del simbolismo, hay que tener por verdadera cualquier religión, sin exceptuar la de los paganos» (1).

Y da la razón el Sumo Pontífice:

«¿Por qué no han de ocurrir en otras religiones estas experiencias internas?, ya más de uno de entre ellos las afirman. Pues ¿con qué derecho lógico ha de negar el modernista á esta experiencia su verdad que arroguen sólo á la experiencia de los católicos? No, ellos no lo niegan; y confusamente unos y otros con mucha claridad aseveran y quieren probar que todas las religiones son igualmente verdaderas» (2).

Finalmente, después de declarar el Papa la tan inculcada doctrina de los modernistas de que la religión se vive y que es verdadera porque se vive y que se vive porque es verdadera, concluye legítimamente: De lo cual se deduce en último caso que todas las religiones que viven y se viven son verdaderas, porque si no, ni vivirían ni serían vividas (3).

---

(1) Quam hic longe absumus a catholicis institutis! Commenta eiusmodi a Vaticana Synodo improbata iam vidimus. His semel admissis, una cum erroribus ceteris iam memoratis quo pacto ad atheismum pateat via inferius dicemus; nunc statim advertisse iuverit ex hac experientiae doctrina conjuncta alteri de symbolismo religionem quamlibet, ethnicorum minime excepta, ut veram esse habendam. (Encíclica *Pascendi*).—(2) Quidni etenim in religione quavis experientiae huiusmodi occurrant? occurrisse vero non unus asserit. Quo iure autem modernistae veritatem experientiae abnuant, quam turca affirmet, verasque experientias unis catholicis vindicabunt? Neque id reapse modernistae denegant; quia immo subobscure alii, alii apertissime, religiones omnes contendunt ese veras. *Ibid.*—(3) Ex quo inferre demum licebit religiones omnes quotquot exstant veras ene, nam secus nec viverent. *Ibid.*

Biblioteca Nacional de España

Fácilmente se comprende cómo se deduce de los principios modernistas este indiferentismo religioso y ateísmo práctico de sus secuaces.

Fijos los modernistas en el absurdo principio del agnosticismo ó ignorancia absoluta, sólo proponen el sujetivismo inmanente como un remedio incompleto, deficientísimo y puramente personal; pero siempre sin base objetiva ninguna. El católico, el protestante, el ateo positivo, el budista, etc., etc., no saben que su creencia es en sí verdadera ó no; no pueden en rigor defenderla, ni propagarla, ni imponerla, porque no es más que el resultado, la manifestación de la propensión natural, religiosa de todo hombre que por circunstancias pasajeras y particulares ha cristalizado en forma budista entre los indios y en forma mahometana entre los africanos y turcos, y en forma católica romana entre los del Mediodía de Europa ó pueblos latinos y en forma protestante entre los de raza anglo-sajona, y cristalizará en forma puramente religiosa de mancomunidad universal, cuando todas esas formas budista, mahometana, cristiana, católica, protestante, etc., hayan desaparecido por el progreso universal.

Mientras que esto no acaece, los precursores, los creyentes modernos, los modernistas abren á todos los espíritus religiosos sus brazos y sus corazones, prescidiendo de las fórmulas particulares de sus creencias. Más aún: como entre todas las religiones la única que quiere conservar irreductible su dogma, la única intransigente es la Católica, de aquí que estos caballeros del Espíritu Santo aborrezcan y detesten más á la Religión Católica ó, como ellos dicen, á los clericales, católicos exagerados, intemperantes, intransigentes, quijotes, inquisitoriales, esbirros de la ortodoxia, cazadores de herejías, vaticanistas, etc.

Tiempo es de oirlos á ellos.

Mr. Rifaux establece, ya con palabras equívocas, pero bien claras, el principio modernista de tolerancia como un progreso de nuestra Edad:

«No se puede negar que un poderoso movimiento de tolerancia circula más y más entre los discípulos de Cristo. Los odios antiguos son menos vivos. Los defensores de una opinión contraria no son tenidos como enemigos, sino como hermanos separados ó extraviados. Las polémicas personales y violentas han perdido su crédito. El purísimo espíritu evangélico, es decir, el de mansedumbre y caridad comienza á florecer en algunos corazones como en la primavera del cristianismo: voces elocuentes se alzan en todas partes contra la estrechez de espíritu» (1).

(1) *Agonie du catholicisme*. París, 1905, p. 315.

Biblioteca Nacional de España

Yo no sé ni ningún católico sabe á qué primavera ideal del cristianismo se refiere Rifaux en esas alusiones, pues de San Policarpo, discípulo de San Juan, se conserva aquella respuesta vigorosísima dada al *¿me conoces?*, que le dirigió el heresiarca Marción: *Agnosco te primogenitum Satanae*: te conozco por primogénito de Satanás. ¡Estrechez de espíritu de San Policarpo!

Pero el mismo Rifaux en otro escrito descubre más su pensamiento:

Aludo á su artículo *Deux courants*, cuyo título nos hace pensar en luchas presentes y contemporáneas y aún en los *Dos Fanatismos*, de Echegaray, y de nuestros periodistas y oradores liberales.

Asienta como fundamento el agnosticismo, la ignorancia «sobre los problemas de nuestro fin y destino, sobre nuestra alma», ignorancia que defiende burlando y censurando á los «orgullosos que creen saber de eso con certeza». Convertido el error en virtud, y bautizado el verdadero orgullo con nombre de humildad, es necesario salvar el abismo, y aquí viene la fe como comodín sujetivo á uso modernista, fe naturalmente progresiva, perfectible, de lo cual no se escapa la fe católica:

«Convencidos por otra parte que el catolicismo es para nosotros igualmente discutible que cualquier otra creencia, indagaremos si los errores que creemos descubrir en él proceden de las fórmulas humanas que han pretendido unirse á él indisolublemente; haciendo esto, restableceremos la armonía entre la fe y la razón y ganaremos aumento de verdad».

Extendiéndose en condenar «las fórmulas rígidas que encierran el dogma poniendo obstáculos á la expansión de la vida, llega hasta decir que son tales fórmulas las palabras de la Escritura, «que muy frecuentemente son tales que enseñan hechos históricos manifiestamente falsos». Aconseja romper esas fórmulas en bien del progreso y de la caridad universal, concluyendo con estas palabras:

«¡Sería tan fácil presentar las palabras de la Biblia como símbolos maravillosos de un contenido religioso y moral infinitamente precioso!

»Pero ante todo y sobre todo hagamos la unión de las almas y de los corazones. Seamos plenamente humanos en la noble acepción de esta palabra y desarrollemos nuestra razón. Rivalicemos en celo por el amor de nuestros hermanos. En todas nuestras luchas no usemos sino armas leales. Aunque la verdad acabe con costumbres seculares, no le resistamos nunca. Nada de anatemas que irritan» (1).

Il Santo, de Fogazzaro, hormiguea en semejantes afirmaciones:

(1) *Demain*, 6 Agosto 1906.

Biblioteca Nacional de España

Los caballeros «francmasones católicos» que se reúnen para la iniciación en el retrete del protestante Giovanni Selva nos hablan con horror del celo que aborrece, como en el Salmo, á los enemigos de Dios, y lo reprenden con estas palabras de blandura y tolerancia:

«No formaremos á Cristo en nosotros, dijo Selva conmovido también y contento por sentir el soplo místico que circulaba en la asamblea, si no purificamos por el amor nuestras ideas de reforma... Esa indignación, esa cólera de que dom Paolo ha hablado son tretas y poder del maligno Espíritu, tanto mayor cuanto que tiene en nosotros apariencias, y alguna vez, como en los Santos, realmente bondad. En nosotros, porque no sabemos amar, es casi siempre enemistad verdadera. Por eso la oración que después del Padre Nuestro, prefiero yo entre todas, es la oración de la Unidad, la oración que demanda nuestra unidad con el espíritu de Cristo, cuando él se dirigió á su Padre diciéndole: *Ut ipsi in nobis unum sint.* Tengamos siempre el deseo y la esperanza de unirnos en Dios con aquellos hermanos nuestros que están separados de nosotros por las ideas...» (1).

De aquí los elogios que los modernistas tributan á los protestantes, sus alianzas con ellos, su acción coligada en mil ocasiones, favores todos que los protestantes les pagan llamándolos sus aliados, y con otros encomios de cuya muestra pueden servir los que el sectario Paul Sabatier dirige á la revista *Demain*, donde al lado de su director Pierre Jay, al lado del secretario general Marcelino Rifaux figuraban Fogazzaro, Fonsegrive, Rómulo Murri, el P. Semería, Marcelino Sangnier, doctor Schell, el P. Laberthonnière, Félix Klein, Hammer, el barón de Hügel, Paul Bureau, Paul Viollet, etc., la flor y nata, el estado mayor del modernismo.

Pues dice P. Sabatier:

«¿Qué es *Demain?* Un periódico católico, pero católico del todo bueno. Pues bien, este es el periódico que yo recomiendo instantemente, ahincadamente á los protestantes, porque sería para ellos muy higiénico conocer otros católicos que los católicos febriles y facciosos que benefician y hasta confiscan en su provecho una Iglesia que ellos aterrorizan. En *Demain* se sirve á la Iglesia, pero nada más que á la Iglesia. Aunque los protestantes que confunden la Iglesia con los sectarios que forman en los bandos clericales son disculpables, con todo sería oportuno que llegasen á tener un conocimiento más elevado y más verdadero de la realidad. Las locuras sanguinarias del 93 no velaron en Europa la hermosura, grandeza y anhelos del esfuerzo revolucionario; no permitáis tampoco á las actuales locuras clericales velar y ocultar la hermosura, grandeza y deseos trascendentales de la Iglesia...»

(1) Pág. 49.

Biblioteca Nacional de España

Mas no sólo las palabras, sino las obras de los modernistas vienen á darnos cabal y terrible idea de su ateísmo.

Asombra y espanta la sangre fría con años pasados; los hombres ya llenos de este espíritu moderno quisieron llevar su audacia hasta presentar á la Religión de Jesucristo, como en público mercado, con las falsas religiones á la Única é Inmaculada Esposa del Cordero con las impúdicas y prostituídas sinagogas de Satanás.

Después que en Chicago, el año de la Exposición de 1893, se había tenido iniciado por protestantes un ensayo de Parlamento de religiones, al que se adhirieron los católicos, movidos acaso por un deseo poco razonado de la manifestación y epifanía de la Religión Católica y de encontrar así ocasión de propaganda eficaz y magnífica, tan oportuna en los Estados nacientes americanos, después de que no se cogieron los frutos que sin duda se apetecían (1), hombres de fe dudosa, que después habían de llamarse modernistas y que se llamaban entonces católicos progresivos, hombres como el abate Charbonnel á un dedo ya de la apostasía, como los jóvenes ilusos G. Fonsegrive y Jorge Goyau, paladines de la evolución de la Iglesia, como el abate Félix Klein, el prologuista de la *Vie du P. Hecker* y autor renombrado del libro *Les tendences nouvelles en religion et en litterature*, los abates Lemire y Naudet, M. Anatole Leroy-Beaulieu, los clérigos inquietos y peligrosos del Congreso eclesiástico de Reims y, en una palabra, cuantos rendían culto al progreso de la Iglesia, á la evolución social del espíritu cristiano, á los nuevos derroteros y orientaciones de la religión, á todo lo que en la Encíclica *Pascendi* queda fulminado, prevaliéndose del silencio prudente usado por la Santa Sede, concibieron la idea y empezaron á propagarla de amenizar la Exposición universal de París en 1900 con un Congreso universal de religiones.

¡Y con qué palabras preparaban el acontecimiento!

---

(1) Un indio que hizo sus estudios en la Universidad de Cambridge, expresaba en el mismo Chicago su criterio acerca de los frutos reales del desdichado proyecto. En la India, decía este Mr. Salthianadhan, la consecuencia del Congreso de Chicago ha sido positivamente dañosa á la expansión y propagación del cristianismo. La impresión que de allí habemos sacado es de que los americanos no están satisfechos del cristianismo y que lo miran como uno de tantos sistemas religiosos que tienen una excelencia relativa. Nuestros delegados vinieron persuadidos que nuestra religión indostánica está tan bien acomodada á las necesidades de la India, como el cristianismo á las de los americanos, y hasta trajeron la opinión de que América ofrece á los misioneros del Indostán un campo de acción muy preparado. (Mgr. Delassus, *L'Americanisme*, p. 363).

Biblioteca Nacional de España

Mgr. Keane, escribiendo en 1894 en el *Bulletin de l'Institut catholique de Paris*, daba el fin que se podía intentar en el proyecto con estas palabras:

«Ya que América tiene la misión providencial de destruir las viejas barreras de razas... ¿por qué no se podría intentar algo análogo en el punto particular de las divisiones y hostilidades religiosas? ¿Por qué los Congresos de religiones no llegarán á un Congreso internacional de todas ellas, donde todas se unan en una tolerancia y caridad mutua, donde todas las formas de religión se unan para dirigirse contra todas las formas de irreligión?»

En 1895 se lanzó ya al público el proyecto por su autor.

«La religión, como decía Carlyle, es cosa viva, y por eso siempre en movimiento, y debe adaptarse á las necesidades de todos los días. Si las doctrinas son en su esencia inmutables hay en cierto sentido cierto desarrollo, cierta evolución de doctrinas por la interpretación que las va adaptando á las circunstancias que cambian. Ahora el cristianismo da á su predicación y á su apologética un fin social, proclama en los pueblos el espíritu democrático del Evangelio, recuerda á todos los deberes de caridad, de justicia, de compasión, y hasta interviene en la reconciliación y resolución de los conflictos que surgen en nuestras democracias. Por el impulso dado por un gran Papa la Iglesia Católica se pone á la cabeza de los estudios sociales. Los teólogos y los oradores se limitan y se dedican á buscar medios prácticos de asegurar un orden social muy justo. A todos los observadores serios, á los filósofos, á los hombres políticos, á los sociólogos les parecerá de gran interés estudiar *como se podrá hacer en un Congreso* esta vitalidad nueva de las religiones y en especial del cristianismo...»

Por fortuna, todo este lenguaje de religión viva, vida religiosa, evolución, progreso, adaptación á las necesidades, invocación calumniosa á León XIII, etc., está ya refutado y explicado, y según la Encíclica *Pascendi*, sabemos á qué atenernos. Pero de ahí se comprende el lenguaje modernista de esos hombres ciegos y de lo que sigue el verdadero fin del Congreso.

«Sin duda, continúa el programa, la fusión de todas las creencias es un vano ensueño... ¿Pero no se podría intentar lo que podríamos decir la unión moral de todas las religiones? Se haría un pacto de alianza y de silencio sobre todas las particularidades dogmáticas que dividen los espíritus y un pacto de acción común por lo que une los corazones, por la virtud moral y consoladora que hay en la fe. Esto sería el abandono de viejos fanatismos. Esto sería la ruptura con una larga tradición de mentecaterías que tienen á los hombres enredados en mil sutiles disentimientos doctrinales y el anuncio de tiempos nuevos en que no se cuidarían de separarse en sectas y en iglesias, de abrir zanjas y elevar barreras, sino de propagar mediante una unión cordial el beneficio social del sentimiento religioso. Los sectarios (es decir, *los católicos)* y entiendo los sectarios creyentes presentarán una grave objeción. Para ellos

Biblioteca Nacional de España

el principio mismo, la idea de un Congreso de religiones sería muy discutible. Reconocer á todas las formas el derecho común de exponer sus credos, sería para la Iglesia verdadera, cualquiera que ella sea, un renegar de la tradición dogmática de una sola verdad en una sola verdadera Iglesia y la confesión de la idea herética de *que todas las religiones son buenas y de igual valor*».

Los iniciadores se ponen á sí mismos esta objeción, y sin poder rechazarla la vienen á confirmar y á agravar con el resto de esta cita que, aunque es larga, es necesaria.

«No queremos negar á los sectarios que el Congreso universal de religiones irá sobre todo dirigido contra ellos. Un Congreso de religiones es una reunión de hombres de creencias diversas, donde cada cual tiene derecho de exponer su fe, donde todos admiten el valor que dan á la verdad completa y aún al error de la buena fe y la sinceridad. Un Congreso de religiones es un Congreso de hombres religiosos. No se negarán allí ni las deficiencias de tal ó cual religión, ni la superioridad de otra cualquiera. Nada se afirma sobre el valor absoluto de los credos diversos. Esta comparación de religiones servirá no tanto para comparar el valor absoluto y objetivo de cada unas cuanto para conocer su valor relativo ó sujetivo por la apropiación que de ellas se hacen las almas y también *los derechos iguales de todas las conciencias*, que las profesan en espíritu y verdad. Las religiones allí serán estudiadas por el lado del hombre. No serán consideradas como doctrinas abstractas, sino como un elemento de la personalidad moral y no se tratará tanto de credos y de verdad cuanto de almas creyentes y de sinceridad. La Iglesia Católica, todo el mundo lo ve, será la que deberá para esta gran idea del Congreso universal de religiones, hacer los mayores sacrificios. Sacrificios que no quedarán sin recompensa» (1).

Todo se preparaba; vinieron adhesiones, se pensó en un comité organizador presidido por príncipes de la Iglesia, se trató de hacer entrar en el plan al clero secular y regular, y por diarios y revistas se hacía favorable atmósfera á la gran idea, como se la llamaba, de renovación de la Iglesia.

Para colmo de audacia, se citó á Pío IX, se citó á León XIII, se amenazó con la ruina de la Iglesia, se insultó á los buenos católicos que no se entusiasmaban; todo el vocabulario modernista.

«León XIII en su carta *Praeclara* y en sus letras al pueblo inglés ha puesto de relieve lo que une y acerca no lo que separa y divide. Su mente ha sido que la Iglesia Católica, apercibida con las enseñanzas de Pío IX contra los ataques y hasta contra las sorpresas del error, puede ya sin peligro ninguno para su integridad abatir sus puentes levadizos y que no se falta en modo alguno con la verdad absoluta, buscando puntos de contacto con los que no la poseen entera. Meditando en estos documentos y viendo estos ejemplos se de-

(1) **Mr. Charbonnel, *Revue de Paris*, 1 Septiembre 1895.**

Biblioteca Nacional de España

ben preparar los católicos al Congreso de religiones. Para excusar el retraimiento alegarán ellos los *derechos de la verdad* que no dicen bien con ciertos contactos; pero caerán en la acusación de cubrir con esta excusa su falta de confianza en la fuerza intrínseca de la verdad. Su retraimiento no será tenido sólo por un acto de intolerancia, sino que por el mundo irá como nota de hombres de poca fe. Si el Congreso no se tiene con ellos, se tendrá sin ellos. Todas las religiones se atreverán á afirmarse y el catolicismo perderá. No se dirá que es obscurantista sino perezoso y miedoso. Porque Jesús, su fundador, mandó poner la candela en el candelero y no bajo el celemín. No se les explicará que en un Congreso de religiones el público y el mundo laico son muy indiferentes. Cuanto más angostas sean las murallas de la Iglesia, cuanto más altas las barricadas, más contentos estarán esos católicos; cuanto más estrechas sus ideas más se creerán ellos de la Iglesia. *El progreso los asusta.* Llamarlos reaccionarios es demasiado honroso para ellos; porque no andan ni para atrás. Yo les llamaría mejor sedentarios. Estos son los enemigos del Congreso; la Iglesia no, porque no es sedentaria, sino apostólica» (1).

La trama de los falsos católicos iba adelante.

Para comprender bien la tristeza que de los ánimos de los buenos se iba de día en día apoderando, figuraos con la imaginación lo que aquel paso significaba, y lo que se proponían sus iniciadores.

En aquel Campo de Marte, de París; en aquella como gran feria donde se daban cita los caprichos de la moda, los atractivos de la industria, las creaciones profanas del arte, hasta la que se llamó «danza del vientre»; allí donde como á gran exhibición de lujo, de placer, de soberbia, de disipación, de vanidad iba á concurrir el mundo adorador del becerro de oro ó de la bestia apocalíptica; allí se quería que se alzaran pabellones á los ídolos sucios de la pagoda, á los repugnantes simulacros de Buda, á los torpes placeres del Alcorán; que fueran representaciones de muftíes, de brahmanes, de pastores luteranos y calvinistas, de sacerdotes judíos é idólatras; que aparecieran en vitrinas las páginas del Alcorán, los libros de Confucio y de Veda, las biblias protestantes, el Talmud, y allí se quería también que como uno de tantos, sin diadema de único Rey,

---

(1) Mr. G. Goyau, *Le Monde*, 14 Octubre 1895

Biblioteca Nacional de España

se presentara Jesucristo Nuestro Señor con su Corazón desangrado en el pecho.

Así se presentaría. Sangrando por las heridas que le causaban aquellos ciegos idólatras, aquellos obstinados judíos, aquellos orgullosos herejes, aquellos bárbaros mahometanos, y más que nada, aquellos ciegos mal llamados católicos progresivos, que querían regresar al parangón memorable que hizo Pilatos entre Cristo y Barrabás.

Y ¿con qué utilidad? Con ninguna real y verdadera, claro está, porque no es utilidad lo que se conquista con el tolerantismo y escepticismo religioso, pero ni siquiera utilidad aparente y ficticia. Porque tal exhibición de religiones y de la Religión de Jesucristo en el gran bazar parisiense fuera del atractivo escandaloso de la curiosidad malsana, ¿qué iba á conseguir?, ¿aumentar la fe de algunos?, ¿disminuir la incredulidad de otros?

¿Qué pretendían sus promotores? Decían pretender únicamente una protesta de todos los creyentes contra todos los incrédulos, y una demostración de que la absoluta incredulidad es contraria á las ideas más arraigadas del género humano y á todo su bien. Pero si esa demostración es ya vulgar y tan común que no hay quien la ignore, el positivismo la sabe y la quiere desconocer. Después del Congreso habría hecho lo propio.

Querían también los autores y defensores del Congreso que resultara de él la idea de Dios, como triunfadora. ¡Vano deseo! La herejía y la superstición no son capaces nunca de darnos ideas del verdadero Dios. No; aquello no era si no una lección de escepticismo religioso en presencia de tantos cultos, todos ellos con idénticos derechos, todos ellos con iguales representaciones sólo quedaría en pie la duda. Jesucristo y la Iglesia Católica viven bien claramente en el mundo, sin necesidad de acudir á confundirse en un gran mercado con sus propios enemigos.

Era el espíritu modernista que en su fiebre de novedades tocaba sus últimas consecuencias, y así como tenía por religión sólo el sentimiento y creía que todos los cultos eran igualmente buenos, así procuraba dar viva y tangible su tesis en tan colosal espectáculo. Se había progresado mucho desde los días en que los Dupanloup, los Maret, los Montalembert y los Falloux se empeñaban en reconciliar la Iglesia con el siglo; sus descendientes querían que la Iglesia de Jesucristo abriera un puesto en la feria de las religiones.

Dios Nuestro Señor se levantó, como no podía ser menos, á juz-

Biblioteca Nacional de España

gar su causa, y primero suscitó al venerable Arzobispo de París, monseñor Richard, que prometió impedir semejante abominación, y por fin hizo oir en toda la Iglesia la voz augusta de Pedro que hablaba en León XIII.

León XIII, tan calumniado por los modernistas, escribía á monseñor Satolli, delegado apostólico en los Estados Unidos:

«Que aunque tales Congresos habían sido hasta entonces tolerados por un silencio prudente, todavía nos parece mejor que los católicos tengan sus Congresos aparte; si bien para que el provecho no sea para ellos solos, puedan disponerlos de tal modo que los que están fuera del seno de la Iglesia puedan asistir á título de oyentes».

Esto lo hacía Su Santidad «habiendo querido cumplir un deber de su cargo apostólico». *Roma loquuta est.*

El Congreso de religiones de París no se hizo; el abate Charbonnel apostató y se pasó á los protestantes; sus demás fautores de modernización de la Iglesia han quedado heridospor la bula *Pascendi.*

El triunfo del Corazón de Jesús sobre sus enemigos es claro y manifiesto: en él han aprendido siempre los católicos la unidad de su fe, la intolerancia con el error, tan opuestas al sujetivismo modernista, que hace de la creencia una afección sin conciencia de su verdad, y por lo mismo, versátil, tolerante, escéptica, prácticamente ateísta.

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN QUINTO

Agnosticismo é inmanentismo aplicados.

Quis est mendax nisi qui negat quoniam Jesus est Christus? Hic est antichristus qui negat Patrem et Filium. I. Joann. 2, 22.

¿Quién es el mendaz sino el que niega que Jesús es Cristo? Este es anticristo el que niega al Padre y al Hijo. 1.ª, Ep. de San Juan, 2, v. 22.

Llegamos hoy á un tema donde toda aplicación á la devoción del Corazón de Jesús holgará, porque la evidencia hará la aplicación. Llegamos á las terribles consecuencias del agnosticismo y del inmanentismo en la teología, en la crítica bíblica y en la historia eclesiástica, y al golpe audaz del modernismo vamos á ver por tierra la imagen adorable del Redentor y de sus santos, negados sus misterios, profanados sus Sacramentos, escarnecida su palabra, desconocida su acción sobrenatural y, si pudiera ser, destruída nuestra fe, desacreditadas nuestras Escrituras y disipado y conculcado el depósito de nuestras santas tradiciones. Y todavía, ¿habrá quien crea necesario probar que la devoción del Corazón sacratísimo de Dios-Hombre nacida para amarle por los que no le aman, desagraviarle por los que le insultan, satisfacerle por los que le aborrecen, está en clara, clarísima oposición con el error que tiene á Jesucristo, perdonadme, Señor, si repito lo que vuestros enemigos blasfeman, por un falsario y á la Iglesia su Esposa por un tesoro de falsedades, cuentos y leyendas? ¿Será necesaria mucha elocuencia para que vuestros corazones se abrasen en el fuego del escándalo que consume á vuestros hermanos? No, y cien veces no.

Bastará, pues, la exposición sencilla de los errores contrapuesta á la sencilla exposición del dogma católico, para que vuestros pechos

Biblioteca Nacional de España

ardan en amor, deseos de desagravios y reparación de los agravios, insultos y heridas que recibe ese Corazón adorable *in domo eorum qui diligebant me*; entre aquellos y de aquellos que dicen amarle y amar cordialmente á su Iglesia.

Imploremos, etc.

AVE MARIA.

I

Para dar el primer paso con los modernistas no tenemos más que abrir primero la Encíclica, después algunos de los libros de ellos.

La razón humana, arguyen estos modernistas, se detiene ante lo incognoscible que siente y acerca de ese incognoscible surge la fe: los objetos de ambos conocimientos son diversos y pudieran llamarse paralelos, por ellos no puede haber motivo ninguno de conflicto. Pero lo que no hay por parte de los objetos lo puede haber por parte del sujeto; éste no puede sufrir en sí guerra ni dualidad alguna, pensar y raciocinar con la ciencia progresiva moderna y creer con la fe antigua y de la Edad Media, no puede ser. Es, pues, absolutamente preciso que aunque la ciencia se vea suelta é independiente de la fe, la fe tenga en cuenta los progresos de la ciencia y á ellos se subordine. Ya tenéis la táctica de estos sectarios en todos los órdenes de la actividad humana: el filósofo, dicen aquí, es independiente del hombre de fe, pero el creyente ha de subordinarse y atender al filósofo; después dirán lo mismo del crítico bíblico y del creyente y teólogo, como lo dirán del cristiano en el orden social y en el político; siempre querrán llegar á la subordinación y esclavitud de los cristianos en todos los órdenes de su actividad á lo que es revolución religiosa é impiedad.

De esta separabilidad teórica y sujeción práctica de la fe y la filosofía, sacan nuestros modernistas dos consecuencias que maravillosamente las aprovechan; es la primera, poder con toda libertad en Cátedras, Asambleas y Congresos portarse como racionalistas y enemigos de la fe, y en los púlpitos y las iglesias, sacar con estima la teología, Santos Padres, los Concilios, la tradición católica para engañar la cándida fe del auditorio; y es la segunda, el erguirse orgullosos contra la autoridad eclesiástica, cuando les reprende aquel modo de pensar, de hablar y de escribir. Dualidad, como se

Biblioteca Nacional de España

ve, que sólo sirve para darles á ellos aquella libertad que para sí pretendía Lutero de despreciar Cánones, definiciones, tradición y Escritura y, como ellos soñaban, para proporcionarles medios con que esquivar la autoridad de la Iglesia y acusarla de oscurantista, retrógrada y reaccionaria (1).

A esta descripción tomada de la Encíclica corresponde la realidad de los libros modernistas.

En primer lugar, el abate Naudet nos ofrece un texto que suple por muchos; la dualidad que censura Su Santidad en los modernistas, tienen ellos el valor de ponerla en los mismos escritores sagrados:

«No perdamos de vista que los Evangelios son más bien guía del predicador que trabajo de historiador... Del nacimiento de Jesucristo no tenemos sino hechos aislados y éstos discutibles, á juicio de muchos. Al referir los discursos del Salvador, los sinópticos tienen á los ojos menos la exactitud histórica que la edificación religiosa; y cuando se ve en dos evangelistas, verbigracia, en Mateo y Lucas, la misma parábola contada en modo diferente, ¿no nos vemos como autorizados á decir que las palabras del Maestro han sufrido cierta idealización, ya provenga esta idealización de los mismos escritores, ya de la tradición cristiana que luego la tomó?.. Bien se descubren en los Evangelios acomodaciones y paráfrasis de discursos que el Salvador no pronunció como se nos refiere» (2).

Si los evangelistas se creían en el caso de idealizar lo que habían visto ú oído de testigos presenciales para favorecer la piedad del pueblo y afervorarlo, ¿qué maravilla que los autores del día, sin saber replicar á los filósofos, les den como hombres la razón y luego se lancen al púlpito y allí fomenten la piedad popular con piadosas falsedades?

Mas no se diga, prosiguen los modernistas, que esto acarree una lucha ó conflicto con la fe y la razón; nada de eso: la fe y la razón no son ni siquiera hermanas.

«He aquí un error capital, del cual se necesita reponerse. La razón y la fe no son hermanas: no tienen el mismo objeto diversamente presentado (á menos que no se diga de la razón consumada y la razón no se consuma nunca, y aquí se habla de la razón sin consumar). Entrambos dominios son diferentes; de una parte lo absoluto, de otra lo relativo. Quien vive en lo relativo debe confesar que lo absoluto no es para él, y por eso puede haber dogmas sin que la razón sufra la menor sombra. Al revés, el que vive en lo absoluto debe re-

(1) Vid. Encíclica *Pascendi*: *Reporro huc adducta*...—(2) *La Justice Sociale*, 20 Agosto 1904.

Biblioteca Nacional de España

conocerse incompetente en el orden relativo, y por eso la razón debe conservar el pleno dominio de sus movimientos y de sus pasos, porque la razón es el juicio que damos de las cosas, según la apreciación científica ó filosófica que tenemos de la naturaleza» (1).

En la misma obra figura la siguiente página, todo un programa de modernismo en la presente materia, escrito por el director de *La Quinzaine* Mr. Fonsegrive, que no omitimos por equivaler á una legión:

«El catolicismo ni está con la ciencia, ni contra la ciencia, está fuera y por encima de la ciencia. Esos sabios que se imaginan poder tocar el catolicismo y herirlo con sus razones, no saben lo que es el dogma. Creen que se puede contradecirlo con razones, pero el dogma está situado en un plano paralelo á la razón y no puede ésta llegar á él... En edades antiguas el catolicismo se hallaba ligado por sus propagadores y sus defensores á un conjunto de pensamientos, proposiciones, teorías que parecían entonces y aún parecen formar con el dogma como un cuerpo. Pues bien, esos pensamientos, esas teorías, esas proposiciones han caducado. La ciencia antigua ya no es ciencia. Con la ruina de estos sistemas racionales unidos al dogma, pareció á muchos que se arruinaba la religión, y de ahí los anatemas que lanzaron muchos teólogos contra la ciencia y las patentes de defunción que al catolicismo le firmaba la ciencia.

»Semejante lucha de inadaptación no puede durar, porque los católicos van más y más persuadiéndose de que la ciencia es una cosa y la religión es otra; que basta para que la religión quede con honra delante de la ciencia que vive y progresa, el que se divida sencillamente el trabajo; especule el teólogo acerca de lo sobrenatural, según las enseñanzas de la revelación y de la Iglesia y deje al sabio razonar sobre lo natural con los datos de la experiencia.

»En las mismas cuestiones mixtas, verbigracia, la autenticidad de los libros sagrados, su integridad, la historia de Jesucristo, el método científico y el teológico usan de principios distintos; y aún puede suceder que lleguen ambos métodos á resultados muy opuestos por caminos igualmente legítimos. Los sabios se deben atener á las conclusiones científicas, los teólogos á las teológicas.

»El que desee coordinar ambos resultados y ser inteligente, al paso que buen católico, deberá notar que en tales materias las conclusiones llamadas científicas no pasan jamás de conjeturas probables, acaso muy probables, pero nunca ciertas y necesarias. Por lo contrario, las conclusiones teológicas bien deducidas son muy necesarias á la vida católica. Los hombres, pues, de juicio se decidirán por estas verdades contra aquellas, porque las necesidades de la práctica deben prevalecer sobre las probabilidades científicas. Pero este acto de fe no debe impedirles reconocer el valor de las conclusiones que rechazan cuando solo las consideren desde el punto de vista científico.

»He aquí cómo la crisis intelectual que preocupa á todos los pensadores

(1) Mr. Dunan, *Conditions du retour au Catholicisme*, por M. Rifaux, p. 205.

Biblioteca Nacional de España

no se resolverá ajustando de nuevo la ciencia y la teología, sino dividiendo estudiadamente el trabajo, distinguiendo poderes, separando funciones».

Tan famoso como en Francia el director de *La Quinzaine* es en Italia el amigo y protector de Murri, Conde Gallarati Scoti, que en carta al proscripto abate Rómulo, desahoga así su indignación contra las reprensiones y avisos de la Iglesia.

Empieza por adherirse á la Liga democrática murriana y protestar contra «la actitud reaccionaria de Roma»; después añade una profesión de fe universalista, no católica, y sentimental, y en seguida se desata con los siguientes insultos, que son gloria del pontificado de Pío X.

«Es oportuno que le haga yo observar á usted que para la autoridad eclesiástica nada hay más sospechoso que el progreso intelectual en una verdad de que ella es la guarda, y que por un fenómeno raro... el Vaticano se opone á la investigación religiosa, como si ésta no debiera confluir al centro común de todo, á la Iglesia. La Curia romana, después de la muerte de León XIII, ha tomado con relación al mundo del pensamiento una actitud reaccionaria que recuerda los tiempos de Pío IX» (1).

Así continúa toda la epístola, sin que falten las frases de «crucifixión del pensamiento», «libertad que da el soplo del Espíritu Santo» y las demás que forman el repertorio modernista.

Benedetti, el Santo de Fogazzaro, se queja también á Su Santidad del «espíritu de inmovilidad» que corrompe á la Iglesia (2).

Más escandalosas son, si cabe, las consecuencias que saca del agnosticismo y simbolismo el modernista teólogo. No es ya para él la teología aquella ciencia divina, que tomando por principio la revelación y usando ordenada y lógicamente del raciocinio humano, levanta el edificio de las verdades religiosas; es únicamente la reunión de unas fórmulas dogmáticas con que se exterioriza el sentido religioso, ya el nuestro individual, ya el de los primitivos cristianos; fórmulas funcionarias de las circunstancias en que se produjeron, y por lo tanto, mudables; fórmulas, si necesarias ayer para significar el sentimiento religioso en aquel estado, inútiles hoy y caducas, por no corresponder á nuestras aspiraciones modernas. Fórmulas, según ellos, que lo son todo: los Sacramentos, fórmulas afortunadas que han servido para excitar y conservar en los hombres las ideas del nacimiento, vida y perfección sobrenatural; los libros santos, fórmulas, ó mejor, formularios de la experiencia y sen-

(1) *Demain*, Junio 1906.—(2) *Il Santo*, p. 274.

Biblioteca Nacional de España

tido religioso de las pasadas generaciones; lo que decimos inspiración, fórmula para indicar el sentido y la experiencia religiosa que en un grado de exaltación poseemos y podemos poseer todos (1).

Veamos con qué audacia, por no decir desvergüenza; con qué superioridad, por no decir soberbia; con qué petulancia, por no decir impiedad, declara Mr. Duman, en la obra de Rifaux, la doctrina, el error del simbolismo ó formulismo que habemos expuesto. Habla del Antiguo Testamento y de los dogmas y verdades en él reveladas:

«Una verdad revelada es necesariamente una verdad que trasciende el espíritu y concepción humana, que el hombre no puede pensar en su verdadera forma y que para no perderla necesita él envolverla en figuras y símbolos, como envuelve en palabras é imágenes sensibles sus conceptos intelectuales, que de otro modo nunca formaría. El valor de este simbolismo, naturalmente, está en proporción con la capacidad intelectual de los que lo crean. Inteligencias cultivadas y vigorosas traducirán sabiamente, aunque siempre inadecuadamente, la verdad intraducible; inteligencias groseras y sencillas no encontrarán para expresar esas ideas sino símbolos de extrema materialidad. Así era inevitable que lo hiciera el pueblo hebreo...» (2).

No fué sólo el pueblo hebreo, según los modernistas, sino el pueblo cristiano, su teología la que usó de estas fórmulas, groseras, infantiles, que han necesariamente caducado:

«La movilidad que es verdadera, tratándose de las demás verdades, también lo es hablando de la verdad cristiana. Es inmutable en su fondo, mudable en su forma, y *su forma es la teología*. La teología que ha tenido, no digamos el pecado, porque las cosas no podían suceder de otro modo, sino la grandísima desgracia de inmovilizarse desde hace seis ó siete siglos cuando todo progresaba en torno. Por eso está caduca en su estado actual» (3).

¿Para qué multiplicar citas enojosas? No están ahí tomadas de las obras de Loisy, Laberthonnière, Tyrrell y otros modernistas, las proposiciones del Sílabo de Pío X, que se reprueban y dicen así:

20. La Revelación no pudo ser otra cosa que la conciencia adquirida por el hombre de su relación con Dios.

22. Los dogmas que la Iglesia presenta como revelados, no son verdades descendidas del cielo, sino cierta interpretación de hechos religiosos que la humana inteligencia ha formado con laborioso esfuerzo.

26. Los dogmas de la fe se han de retener solamente según el

---

(1) Vid. Encíclica *Pascendi: Hie., iam., Ven. FF.....*—(2) Pág. 182.—(3) Pág. 197.

Biblioteca Nacional de España

sentido práctico; esto es, como norma preceptiva de obrar, no como norma de creer.

31. La doctrina de Cristo que nos enseñan Pablo, Juan y los Concilios Niceno, Efesino y Calcedonense, no es la que Jesús enseñó, sino la que de Jesús se formó la conciencia cristiana.

39. Las opiniones acerca del origen de los sacramentos, en las que estaban imbuídos los PP. del Concilio Tridentino, y que tuvieron, sin duda, influjo en sus cánones dogmáticos, distan mucho de las que ahora sostienen, con razón, los indagadores históricos de las cosas cristianas.

40. Los Sacramentos tuvieron origen en la interpretación que los Apóstoles y sus sucesores dieron á alguna idea ó intención de Cristo, según lo aconsejaban y determinaban las circunstancias ó los acontecimientos.

41. Los Sacramentos no tienen otro objeto que evocar en el espíritu del hombre la presencia siempre benéfica del Señor.

Tales son también las proposiciones siguientes, hasta la 51, en las que el bautismo no es más que una práctica ritual convertida en necesaria por la evolución simbólica; la Confirmación no es otra cosa que el complemento litúrgico del Bautismo; se impugna ó debilita la Eucaristía, cuando se afirma que «no todas las cosas que narra San Pablo acerca la institución de la Eucaristía..... se han de entender históricamente»; el sacramento de la Penitencia se afirma ser una evolución relativamente moderna; se borra de la Extremaunción todo otro sello que el de piadosa costumbre; y se consideran como evoluciones simbólicas el Orden sacerdotal y el Matrimonio.

Con procedimiento tan sencillo y al propio tiempo, tan arbitrario, llegan los modernistas á poner sus manos audaces en las divinas Escrituras.

La crítica racionalista maltrata de mil y mil modos nuestros sagrados libros: empieza por negarle su carácter divino y de inspirados por Dios; los presume estudiar irreverentemente y como un libro cualquiera antiguo, ó peor ó con más odio que un libro cualquiera antiguo; compara sus afirmaciones con incompletos ó falsos descubrimientos de lingüística, historia y geografía, y con alto desprecio los arroja al montón de fábulas venerandas por sus muchos siglos. Así la escuela de Tubingen; así Harnack, principalmente.

¿Qué hacen frente por frente á este ejército los modernistas que se llaman católicos?

Biblioteca Nacional de España

«Muchos escritores, en efecto, y entre ellos no pocos católicos y aún sacerdotes, cobraron miedo al aparato científico de los adversarios y trataron de disminuir el blanco de sus ataques, de atenuar el dogmatismo, de aguar el vino; aceptaron las opiniones de los incrédulos y protestantes sin esperar á que éstos probasen en serio sus afirmaciones é hipótesis, y lo que es más aún, se convirtieron en paladines de ellas, y mirándolas sin prevención trataron de modificarlas, hacerlas entrar á formar parte del patrimonio de la Iglesia».

Con este lenguaje empleado por los Obispos del Piamonte, en carta-circular dirigida al clero subalpino, se declara el móvil de los modernistas, que es el miedo y el principio que los mueve, que es no saber contestar á los racionalistas, ó sea la ignorancia. ¡Grandísima llaga de nuestro siglo, en que desconocida la fuerza de la teología católica y levantados hasta las nubes los nombres germánicos de un puñado de impíos, tiemblan los católicos, ó que se dicen tales, de incurrir en el desdén de los más y quieren poner todo su empeño en atenuar el blanco de sus tiros, en torcer la verdad á merced de sus exigencias y acaban por formar con ellos en las filas de la impiedad!

Así los modernistas han ideado la famosa distinción entre el crítico y el católico: ellos, como críticos, no han de admitir sino lo que los sabios sedicentes admiten; ellos, como críticos, han de leer los libros santos como libros profanos, como libros cualesquiera; para ellos, como críticos, ha de ser muda la Tradición, nulos los testimonios de los Santos Padres, ninguna la autoridad de la Iglesia; á ellos, como á críticos, no les ha de hacer fuerza sino el texto original, el estudio de las lenguas, el de los monumentos de Asiria y Egipto, el conocimiento de las ciencias profanas, de la historia profana; ellos, como críticos, rechazarán en esos libros cuanto no convenga con las aserciones lingüísticas, con los monumentos históricos, con las afirmaciones de la egiptología, asiriología ó historia antigua, con las hipótesis de la geología y paleontología. Como católicos, aceptarán lo que la Iglesia, la Tradición, los Padres enseñan; pero como católicos sabios é ilustrados, sabrán confesarse á sí mismos la contradicción. Para remediarla y no producir guerra civil en el espíritu humano, lo propio, lo único, es recortar la enseñanza católica, disminuirla, explicarla de modo que no diga lo que parece decir; en una palabra, piérdase el católico y sálvese el sabio.

Y ¡cuántos resortes para decir lo mismo! Unos han querido circunscribir la revelación á las materias propias del orden religioso; otros han introducido, como Lenormant, «cuasi mitos» en las pági-

Biblioteca Nacional de España

nas sagradas; otros, con Lagrange, han distinguido lo que hay de doctrinal de lo histórico en la Escritura, reservando la inspiración para lo primero: quién, como Newman, ha pensado ser discutible lo que «se dice de paso» é indirectamente; quién ha llegado á restringir la infalibilidad á los lugares en que se declaran materias de fe y costumbres definidas por juicio solemne de la Iglesia; otros, siguiendo á racionalistas como Steuernagel, Rosenmüller, Harnack, Reuss, etcétera, admiten en la Biblia diversos géneros literarios como el legendario, el religioso, el antiguo ó poético, el popular ó fabuloso, etcétera, con una clase de verdad relativa en cada uno de ellos; finalmente, otros quieren suponer acotaciones implícitas y apariencias históricas, según las cuales, el historiador narró no lo que era, sino la leyenda popular que en los tiempos aquellos andaba autorizada (1).

Por estas y otras maneras, que ellos apellidan crítica elevada, sublime, moderna, científica, interna, etc., no dejan en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento nada contra lo que no esgriman su piqueta demoledora. La creación del mundo, el Paraíso terrenal, el árbol de la vida, la longevidad de los Patriarcas, el Diluvio universal, son para ellos leyendas más poéticas y fabulosas que la metamorfosis de Ovidio ó que los versos de Hesiodo: leyendas y mitos son para ellos la confusión de las lenguas de Babel, la peregrinación de Abraham á Egipto, Lot y la destrucción de Sodoma, la elección de Isaac sobre Ismael, la historia de Rebeca y las patéticas vicisitudes de José; en una palabra, los orígenes del pueblo de Dios los estudian y hablan de ellos como de las historias y leyendas de Orfeo, de Cadmo y de los primeros fundadores de ciudades y pueblos. El paso milagroso del Mar Rojo para entrar en el desierto y el paso del Jordán para penetrar en la tierra prometida, los suponen históricamente falsos y humanamente explicables; todas las escenas aterradoras del Sinaí, que después confirma la predicación de los Apóstoles, son para ellos leyendas producidas por la alta idea y honda impresión que dejó en el pueblo el hecho de darles ley Moisés; reducen á idilio poético el libro de Rut, y á categorías de parábolas los libros de Job, Tobías, Ester y Judit; en una palabra, dejan en poder de los enemigos, explicándolo en sentido parabólico, poético, legendario, metafórico ó falso, cuanto por su carácter maravilloso ofende á los racionalistas. ¡Gran sistema de evitar conflictos, dejar siempre al

(1) Vid. S. Schiffini. S. J. Divinitas Scriptur. p. 93, 103.

Biblioteca Nacional de España

cordero en las garras del lobo!; pero muy parecido al que se usa en todos los órdenes de la injusticia; no examinar adónde se inclina la razón, sino hacia dónde va el poder, para rendirse á su fuerza.

Guiándose por estas maneras de pensar, se ve conducido Loisy á confesar que «desde la primera página del *Génesis* hasta la última del *Apocalipsis*, no hay capítulo ó sección en que la interpretación eclesiástica convenga con la histórica» (1).

Pero dejemos que hablen nuestros adversarios; no parezca que los calumniamos.

Un cierto X, saludado por el profesor Torregrosa como uno de los pocos italianos que conocen amplia y profundamente el movimiento de la crítica exegética de nuestros tiempos, escribió:

«La historia israelítica se desenvuelve realmente en sus líneas fundamentales tal como nos la describe el Exateuco (2), y no como por razones con frecuencia nada positivas y críticas se la forjan los críticos racionalistas».

Hasta aquí, quitando el *con frecuencia* porque es *siempre*, no apace el modernista; pero sigamos, que ya se andará todo.

«Esta verdad histórica substancial del Exateuco no impide por lo demás que la historia primitiva, en razón de su misma naturaleza, nos sea narrada en la forma más ó menos legendaria que había tomado en la tradición popular *(ya parecié aquello)*, aunque el elemento legendario sea en la Biblia mucho más parco, más noble, más puro que en todas las historias primitivas de los demás pueblos. (Quién no se consuela...) Corresponde, pues, á la crítica y á la Iglesia discernir el núcleo verdaderamente histórico de las formas de la tradición popular de que él se reviste: la crítica con el examen científico y la Iglesia con juicio auténtico cuando se trate de hechos relacionados con la fe».

«De igual modo la verdad histórica substancial del Exateuco no impide, dadas las condiciones literarias que en aquellos tiempos, y entre orientales especialmente regulaban la historiografía, que el autor sagrado nos refiera hechos y circunstancias tomadas según las ofrecían las fuentes de información oral ó escrita, sin que se le haya ocurrido á nadie pensar si respondía plenamente ó no á la realidad objetiva, ni que el mismo autor sagrado, para mejor declarar una verdad religiosa y moral la haya expresado á veces envuelta en ciertas anécdotas de apariencia histórica ó haya modificado y acomodado de un modo más conveniente al fin, las circunstancias reales de los sucesos que nos refiere. También aquí corresponde á la crítica y á la Iglesia distinguir y discenir» (3).

No hay texto más claro para declarar el afán modernista de con-

---

(1) Autour d'un petit livre, p. 54. Silab. núm. 61. —(2) Es decir, los cinco libros de Moisés más el de Josué. Los libros de Moisés se llaman en la Biblia: *Génesis, Exodo, Levítico, Números* y *Deuteronomio*.—(3) Cavallanti. Obra citada, p. 195-6.

Biblioteca Nacional de España

ciliar al pueblo alborotado con la Verdad encarnada; azotándola. Gritan los racionalistas: ¡Las Escrituras son fábulas! Dice la Iglesia: Las Escrituras son palabras de Dios. Tercian los modernistas: Las Escrituras son palabras de Dios en lo substancial; ¡tienen fábulas... vamos, fábulas orientales!; pero los autores, el Espíritu Santo, ¡¡no se dió cuenta de ello!!

Pero, ¿qué es lo *substancial?* ¿Quién lo podrá decir?

Por lo menos, para el autor que se firma *Jean le Morin*, eso substancial no era la autenticidad de los libros sagrados ni su historicidad:

«La Biblia queda en el último rango de la historia. ¡Qué enseñanza tan angustiosa para los que han creído en la doctrina tradicional de la Iglesia! ¡Y qué amarga decepción para los que han consagrado su vida á defender la doctrina católica» (1).

«Las conclusiones de la ciencia destruyen casi todas las enseñanzas de la Iglesia, porque nunca menos que en los primeros capítulos del *Génesis*, se encuentra la explicación de las creencias fundamentales del cristianismo. ¡Qué desilusión tan cruel!» (2).

Ni tampoco el dogma de la Santísima Trinidad al que da origen pagano:

«Si el dogma de la Trinidad se halla en la primitiva Iglesia es porque es esa idea de Trinidad tiene su origen en las religiones antiguas y en las escuelas filosóficas» (3).

Ni los Evangelios mismos se escapan á la ruina concordista, antes contra ellos, se desata más la tempestad. Es tan clara la consecuencia que brota de admitir que los Evangelios están escritos ó por testigos oculares de los hechos ó por sus inmediatos discípulos; es tan notorio que si esto es así tienen que ser historias verdaderas, porque ni la patraña es posible, tratándose de cosas tan graves y trascendentales que lo que se procura por los racionalistas decir es que ni San Mateo, ni San Lucas, ni San Marcos, ni sobre todo San Juan, fueron los verdaderos y primitivos autores. Códices de siglos posteriores escritos para pasto de la piedad fantástica, fueron atribuídos á aquellos hombres como la *Batracomiomaquia* á Homero; ¡pura imaginación!

Los modernistas se perecen por buscar desatinadas concordias, acabando por ser los más humildes soldados de fila del racionalismo; ¡es natural!

---

(1) *Vérités d'hier.*, p. 70.—(2) Id. íd., p. 83.—(3) Ibid., p. 219.

Biblioteca Nacional de España

Semería finge y afirma que los verdaderos autores de los Evangelios son las turbas en cuya aprensión y conciencia y en cuyos labios se elaboró la primitiva materia evangélica, de aquí tomaron los primitivos evangelistas y escribieron lo que puede llamarse primer evangelio ó protoplasma evangélico: lo que hoy tenemos es un desarrollo.

Loisy con sus seguidores, supone la creación del cuarto Evangelio, del Evangelio de San Juan, un siglo ó más después de la Ascensión del Salvador para dar cuerpo á la idea de deificación que ya iba tomando la admiración legendaria por Jesucristo (1).

Para completar sus afirmaciones todo lo milagroso ó sobrenatural lo explican, es decir, lo falsean á su talante. Pero oigamos algunos pasajes de ellos:

El ya citado Duman escribe á propósito del Nuevo Testamento:

«A pesar de todo es preciso confesar que la lectura de los Evangelios, sobre todo la de los tres primeros, hace por un momento la impresión de que se vive en una atmósfera de leyendas. El Niño de Dios nacido, los ángeles que cantan en el cielo, sus voces que se oyen en la tierra, los magos que para adorarle vienen del Oriente, guiados por una estrella que los guía; el demonio que para tentar á Jesús lo lleva al pináculo del templo, de donde le aconseja que se tire; que luego le sube á un monte desde donde ve todos los reinos de la tierra... ¿Cómo tomar á la letra todos estos cuentos? ¿Cómo no ver la parte que en todo eso ha tomado la imaginación, y que por ende no son hechos históricos esos que tenemos delante? Lo mismo sucede con varios milagros de Cristo, El de la curación del paralítico en la probática piscina ¿no se torna sospechoso por la circunstancia, fruto evidente de la imaginación popular, de que un ángel bajaba de tiempo en tiempo y movía la piscina para que se curara precisamente aquel enfermo que bajase el primero después de la remoción del agua? Aquel otro de los demonios arrojados por Jesús del cuerpo de un loco furioso, y que le suplican entrar en los cuerpos de una piara de dos mil cerdos, que en seguida se echan al mar y se ahogan, ese es pura niñería. Claro que no son todas leyendas las de los Evangelios. No hablemos de la doctrina que es admirable y que directamente viene de Jesucristo, hay también una parte de historia que es completamente sólida, pero hay también algo de leyenda, eso es innegable» (2).

Quiera Dios que nunca haya llegado á vuestros oídos lenguaje parecido á todo el que acerca de las Sagradas Escrituras dejamos como en picota de vergüenza citado; á los míos os lo confieso, ha venido y muchas veces. Si como á mí os ha pasado á vosotros, con-

---

(1) Vid. La Fontaine, *Les infiltrations....* c. 4.—L. Murillo. S. J, *El Evangelio de San Juan.*—(2) Rifaux, *Des conditions du retour au catholicisme*, p. 182.

Biblioteca Nacional de España

fesad que en España, aún en punto tan escandaloso como éste, hay *infiltraciones de modernismo*.

Cerremos ya esta tarea con unas palabras que se refieren al libro de *Jean D'Alma* (pseudónimo claro), intitulado: *La Controverse du quatrième Evangile* y son en su elogio tomadas de la revista del abate Naudet.

«El año 1907 ha sido fecundo en obras acerca del cuarto Evangelio. Parece que las meditaciones provocadas por la grande obra de Mr. Loisy han venido á fruto casi al mismo tiempo. Esta obra..., respetando la teoría de la alegorización de los sinópticos (1), pretende descubrir en el cuarto algo más que una pura alegorización de ideas, y juntarle la alegorización de los hechos de la historia judío-cristiana desde la muerte de Cristo á la ruina de Jerusalén.

»Así se puede explicar la vida de las narraciones, la pentecostés de años que abraza la duración biográfica del Cristo de Juan y el cambio constante de decoración local. Los fracasos sucesivos del Verbo en su pueblo, fracaso judío, fracaso samaritano, galileo, no son sólo personales del Salvador en su vida mortal, sino más de los Apóstoles en su vida resucitada. Mejor y más verosímilmente se atribuyen á éstos que á Jesús las discusiones polémicas sobre la oposición de las leyes antigua y nueva del bautismo de Juan y del de Cristo, de la Eucaristía y del Maná. Las idas y venidas de Cristo desde Jerusalén á Galilea, de Galilea á Jerusalén, sus frecuentes fugas á Efraín, ó más allá del Jordán, las piedras, las expulsiones de la sinagoga, miraban más á los discípulos judío-cristianos que al mismo Cristo y la vida de él es la vida de ellos, la historia de él es la historia de ellos en el cuarto Evangelio. Juan D'Alma pretende que ésta es la historia entera del Verbo, principio de vida y de luz inmanente para el mundo, pero cuyo punto de inserción era el pueblo judío y esto es lo que se debe leer en este libro sagrado. El prólogo resumiría, como dijo Mr. J. Reville, la historia de la venida del Verbo al mundo; el cuerpo del Evangelio expondría la unión íntima y última con los elementos materiales y allí se vislumbraría el cristianismo con que nace la muerte de Jesús, ó que se extiende definitivamente en el mundo después de la ruina del Antiguo Testamento como la ascensión indefinida del Verbo: *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum*... Visto así el cuarto Evangelio se presenta en verdad como historia y como apología. El sagrado autor muestra cómo la religión del Verbo se salió de su sitio, cómo el principio de vida y de luz se divorció de su pueblo para extenderse fuera del templo bajo los nuevos signos de la sangre y del agua: ¡el Bautismo y la Eucaristía! Seductora es esta concepción, y en suma, parece fundada...» (2).

La Sagrada Congregación del Indice prohibió en 1908 la obra de *Jean D'Alma*.

---

(1) Llaman sinópticos á los Evangelios de San Mateo, San Lucas y San Marcos.—(2) *La Justice Sociale*, 4 Mayo 1907.

Biblioteca Nacional de España

Una vez más la Iglesia no ha pensado como Mr. el abate Naudet.

Los modernistas, aplicando su agnosticismo de la realidad y su inmanentismo y sentido ó propensión religiosa, dividen al hombre en dos: en filósofo y católico; en científico y creyente; en crítico y cristiano. El filósofo, el científico y el crítico pueden profesarse discípulos de Kant, Strauss, Harnack y Reusch, de quien quieran; pueden con argumentos y sofismas decir cuanto quieran; pensar cuanto quieran con tal que como creyentes, como cristianos y como católicos oigan á la Iglesia. ¿Hay alguna vez contradicción? Redúzcase entonces el blanco, acomódese la doctrina, búsquese modo de que en realidad venza la razón á la fe; háganse racionalistas y perezca el cristiano.

Así discurren en teología, en filosofía, en crítica escrituraria; lo hemos visto, de sus manos nada sale ileso: motivos de credibilidad, milagros, autenticidad de los libros santos, veracidad de ellos, divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, infalibilidad de Su Esposa la Iglesia, dogmas, la Santísima Trinidad, la Encarnación, los Sacramentos, todo, todo, todo es profanado por sus impías manos.

¿Y querrían estos hombres seguir perteneciendo á la Iglesia?

Feliz y mil veces bendita la hora en que Pío X, alzándose en el solio de San Pedro, requirió los rayos de sus anatemas repitiendo:

Procul, oh! procul sunto excitatores discordiarum! (1). Agitadores y sembradores de discordias y de cizaña, ¡afuera! ¡afuera!

¿Pensáis que tales hombres van á perdonar la historia y las piadosas tradiciones? De ningún modo.

Armados con la palabra crítica, que *sin crítica* esgrimirán, darán á los protestantes y enemigos de Dios la razón ya denigrando ó con calumnias ó con verdades (que era verdad aquello de que se había mofado Cam), á veces exageradas, procurarán oponerse á la piedad sencilla y afectuosa del pueblo con pedantes erudiciones históricas, arrastrarán por el lodo los hombres de fe intemerada y católica de los siglos pasados; se harán malos hijos por querer oropel de buenos críticos y mirarán con desprecio las tradiciones venerandas, porque les falta un pergamino, cuando tienen el sentir de muchas generaciones ó como si los pergaminos no pudieran ser testigos recusables.

---

(1) Encíclica sobre San Gregorio M.

Biblioteca Nacional de España

Ultima y desgraciada manifestación de unas almas sin fe, que contrastan soberanamente consigo mismas, porque ellas que antes de besar una reliquia quieren abrir juicio contradictorio, pondrán en vitrinas y en cojines de terciopelo ya una joya de Ramsés II, ya una ligadura de una momia egipciana, ya un hallazgo de la edad de piedra, ya también el hueso de un animal primitivo y con la propensión crédula que engendra el deseo de esas rarezas y la estima de los descubridores extranjeros que las autentizan las creen ligeramente tales, y ¡ay del que se sonría *con crítica*, porque el anatema de ignorante y otro tanto caerá sobre su frente! No tienen los modernistas fe.

Esta falta de fe es la que hace censurables sus alardes aun en aquellas cosas en que aciertan históricamente.

Oigamos á Pío X ejercitado en esta materia:

«Los modernistas que se dedican á escribir historias cuidan con grandísima vigilancia de no parecer filósofos, y hasta hacen gala de que ellos no son filósofos; astuto modo de proceder para evitar piense alguno que ellos se guían por opiniones preconcebidas, y que no son puramente objetivos» (1).

Continúa Su Santidad demostrando cómo precisamente toda su historia es filosófica é imbuída por la filosofía del agnosticismo, del sentimentalismo religioso y de la división entre el crítico y el creyente y cómo de este modo, lejos de escribir historias, hacen libros de apología heterodoxa. Se verifica ahora una vez más en estos herejes lo que ya hemos visto en varias ocasiones; alardean de aquello de que carecen; echan en cara á sus adversarios lo que ellos mismos hacen. Se dicen amigos de la Iglesia y tienden á destruirla; alardean de ser ellos los intérpretes del Papa, y son sus hijos más rebeldes; profesan ser imparciales en historia y no son sino falseadores de ella por *parti-pris;* escupen contra sus adversarios que van á matar á la Iglesia con sus intemperancias, y ellos son los parricidas; los insultan por refractarios y desobedientes, y ellos son los que ponen cortapisas á su autoridad divina y luego se declaran en rebeldía; se mofan de los apologistas católicos por escribir una historia *edificante*, no verdadera, y precisamente pecan ellos escribiendo una historia *escandalosa y mendaz*.

---

(1) Modernistarum quidam, qui componendis historiis se dedunt, solliciti magnopere videntur ne credantur philosophi; profitentur quin imo philosophiae se penitus expertes esse. Astute id quam quod maxime, ne scilicet cuipiam sit opinio eos praeiudicatis imbui philosophiae opinationibus, nec esse propterea ut aiunt, omnino objectivos. (Encíclica *Pascendi).*

Biblioteca Nacional de España

Continúa Su Santidad Pío X:

«Al escribir la historia con apariencia de decir la verdad, sacan á luz con grande diligencia y manifiesta delectación todo lo que puede manchar el nombre de la Iglesia. Las sagradas tradiciones populares, llevados de cierto prurito apriorístico, trabajan por borrarlas con gran conato. Desprecian las sagradas reliquias recomendadas por la antigüedad. Se dejan llevar de un vano deseo de que el mundo los alabe y hable de ellos, y creen que no lo van á conseguir si dicen lo que todos y siempre han dicho» (1).

Estos son modernistas; pero también los hay que obran así y son tropa auxiliar del modernismo, como el mismo Pontífice lo dice en la Encíclica:

«Creen quizás que con esto sirven á Dios y á la Iglesia, cuando en verdad yerran gravísimamente, no tanto por lo que hacen, cuanto por la intención con que lo hacen, y porque dan muy útil ayuda á los modernistas» (2).

Para tener alguna ampliación de las ideas de la Encíclica en punto de tanta aplicación en nuestra España, donde se pueden señalar muchas infiltraciones modernistas en este particular, acerca de las venerandas tradiciones del Pilar, venida de Santiago, aparición de Covadonga, Nuestra Señora de Guadalupe y tantas más, remitiremos á nuestros lectores el citado libro *Modernismo y modernistas*, del presbítero Cavallanti y á su capítulo VII, *Crítica religiosa*.

Allí se ve que la crítica modernista de Murri, Ghignoni, Mussini *(Fra Paolo)*, Minocchi, Feis, del *Corriere della Sera*, de los *Studi Religiosi*, de la *Revista de Cultura* y de otros de la propia calaña, se quiere cebar en las devociones más populares de San Francisco, negando aún el valor histórico y la existencia del Santo, de San Antonio, censurando el uso de los cepillos y billetes petitorios, de Santa Filomena y San Expedito y de otros muchos Santos, negando su existencia, de la Santa Casa de Loreto sofisticando acerca de su milagrosa traslación, del Santo Niño de Praga rugiendo contra sus atributos de realeza, etc., etc.

Ni se detienen en su furor en una ú otra imagen, sino que ata-

---

(1) In conscribendis historiis specie adserendae veritatis quidquid Ecclesiae maculam videtur aspergere id manifesta quadam voluptate in lucem diligentissime ponunt. Sacras populares traditiones apriorismo quondam ducti, delere omni ope conantur. Sacras reliquias vetustate commendatas despectui habent. Vano scilicet desiderio feruntur ut mundus de ipsis loquatur, quod futurum non autumant, si ea tantum dicant quae semper quaeve ab omnibus sunt dicta.—(2) Interea suadent forte sibi obsequium se praestare Deo et Ecclesiae; reapse offendunt gravissime; non sua tantum ipsi opera, quantum ex mente qua ducuntur et quia perutilem operam modernistarum ausibus conferunt.

Biblioteca Nacional de España

can en general y valiéndose de pretextos discutibles, como son la mayor ó menor hermosura y valor artístico de la imagen, la inferioridad de aquel Santo con relación á otros más venerados, la superstición, que llaman, de codiciar medallas, rosarios y figuras sagradas.

Monseñor Bonomelli, Obispo de Cremona, escribió un opúsculo intitulado *El Culto religioso: defectos y abusos*, de cuya refutación, por el presbítero Cavallanti, tomamos algunas frases:

«Habla primero de ciertos fieles que al practicar el culto externo tributado á Dios, á la Virgen y á los Santos no establecen diferencia alguna entre las diversas veneraciones ó lo hacen al revés de lo debido, descubriéndose y postrándose de hinojos ante las imágenes de la Madre de Dios y ante las reliquias é imágenes de los Santos que son llevadas procesionalmente por las calles mientras apenas tributan homenaje alguno á Jesús Sacramentado... El mismo autor prevé la objeción, y se apresura á decir: Si yo preguntara á un muchacho ó á una mujer del pueblo, me respondería inmediatamente dando á entender que saben distinguir á Dios de Jesucristo y á la Virgen de los Santos... Pues entonces ¿valía la pena de escribir tantas páginas para combatir molinos de viento?»

«Después de probar con buenas razones que no deben confundirse en los honores del culto á Jesucristo, la Virgen y los Santos, escribe: ¿Quién conmemora, celebra ó venera á aquellos gigantes de santidad que se llamaron Ignacio M., Policarpo, Justino, Atanasio, Crisóstomo, Cirilo, Agustín, y bajando hasta Gregorio M., Anselmo, Bernardo, Francisco de Sales, Vicente de Paúl y otros? ¿Quién? Los sacerdotes especialmente y todos los fieles... Pero cada fiel puede elegir á su gusto y tomar por abogado al Santo que estime conveniente, Santo que podrá ser mayor ó menor con respecto á los anteriormente enumerados...»

«Del culto de los Santos, pasa el egregio escritor al culto de las reliquias ó imágenes... Escribe: «Los fieles dan la preferencia á tal ó cual imagen y estatua, y la honran y veneran con especial amor, aunque tal vez sea artísticamente inferior y hasta indecente; y si se trata de mudarla ó trasladarla á otro sitio ó sencillamente de reformarla protestan, gritan, se oponen furiosamente. ¿No es por desgracia semejante modo de proceder un indicio de superstición? Poco á poco; que si los fieles, por ejemplo, de Caravaggio, de Vicenza, de Lourdes ó de Zaragoza (y en general de sitios donde hay imágenes antiguas y milagrosas) viesen que se trataba de mudar ó trasladar las imágenes de sus Vírgenes, ¿no cree el docto autor que obrarían con perfecto derecho al protestar y oponerse?»

«Hemos de decir con entera franqueza lo que decimos (transcribo textualmente de Mons. Bonomelli): ¿Podéis vosotros imaginar un San Pablo que recorrió el mundo anunciando el Evangelio y derramando su sangre; un San Ambrosio, un Nacianceno, un Cirilo, un Cipriano, un Bonifacio, un Francisco Javier cargados de medallas, de imágenes, de efigies sagradas, de emblemas religiosos de toda especie?... Y á continuación añade: Conste que yo no condeno

Biblioteca Nacional de España

el uso de las medallas, rosarios, etc... Pero las palabras primeras, ¿qué impresión os producen, lectores...» (1).

El balancín y la fluctuación de Bonomelli, se trueca en pedantesco descoco en los dos textos que completan nuestras pruebas.

Cita numerosos milagros tomados de las vidas de los Santos, y sigue:

«Dejo también las numerosas santas que se *casaron* con Jesucristo, y recibieron de manos de Salvador en persona su anillo, su ropa y castos besos... En verdad, el editor de quien recojo estas maravillas no tiene el monopolio de ellas. En uno de los últimos boletines del *Messager Eucharistique* (1906) leí que un acólito desayunaba todas las mañanas con una estatua de piedra del Niño Jesús, que se animaba y comía con él de buen grado y con ganas. En Junio de 1907 en el *Bulletin du Rosaire* se nos contaba que hacia 1870 en Soriano (de Calabria, amigos), en pleno día y ante una multitud la estatua de Santo Domingo se movió, y se volvió muchas veces hacia la capilla del Rosario. No nos olvidemos de San Patricio, de Santa Isabel y de otros que colgaban los guantes y ropas de un rayo de Sol; de San Norberto, que dejó en un río las huellas de sus pies, y que estornudando echó una araña que había bebido al consumir el *Sanguis*. Pero, al fin, me gritan, todo eso es posible. Sí; posible, sí, que Dios es omnipotente. Mas antes de creer que Dios se ha prestado á todas esas bizarrísimas fantasías se necesitan pruebas colosales, y lo que por lo común nos dan son testimonios de neuróticos ó de personas que florecieron en los días afortunados de las falsificaciones piadosas ó del entusiasmo irreflexivo. Estas cosas elegantes y escogidas, tan bien fundadas como Croquemitaine, son el fecundo dominio donde reunían en paz los redactores de los *Pelerin*, *Messagers*, *Bulletin Marial* ó del *Saint Rosaire*. Faltan á su colección *Barbe-Bleu*, el *Petit-Paucet* y *Cendrillon*. Es de esperar que para hacer sus hojas más amenas, llenarán bien pronto tan lamentable vacío.

El abate Manuel Dupret» (2).

Para concluir, véase con qué escandaloso embrollo y con qué libertad habla Mr. Lancry de los milagros de Lourdes:

«¿Por qué, dianche, no llamar así á las curaciones maravillosas de Lourdes? El milagro dice necesariamente un hecho contrario á las leyes de la naturaleza. ¿Quién ha visto, probado y examinado con autoridad un verdadero milagro, un hecho teológicamente milagroso en Lourdes? ¿Dónde está escrito, dianche, que la creencia de los milagros de Lourdes es de fe? Por amor de Dios, llámese las cosas por su nombre: una maravilla, es una maravilla; no un milagro en el sentido teológico de la palabra. Quiérese asegurar que en Lourdes ha habido milagros, enhorabuena; pero tómese el trabajo de probarlos, comprobarlos

(1) Obra citada, p. 228-233.—(2) *La Justice Sociale*, 1 Septiembre 1907.

Biblioteca Nacional de España

y demostrarlos. Césese ya de hacer como hasta ahora para saber si un tal X es católico; es decir, no dejan de preguntarle si cree en los milagros de Lourdes y se olvidan de preguntar si cree en la Santísima Trinidad ó en la Encarnación» (1).

II

Declaremos ya brevemente la doctrina católica frente á tanto error y tanta ignorancia.

En discursos anteriores, quedan explicados los fundamentos de credibilidad del acto de fe y su economía; aquí solamente se nos ofrece declarar la amplitud del objeto de la fe y el aparente conflicto entre la razón y la fe.

La fe es aquella virtud y fuerza sobrenatural por la cual aceptamos y creemos las verdades que Dios nos ha revelado, por la autoridad del mismo Dios que lo revela. La autoridad, la palabra de Dios interpuesta, es el motivo por el cual asentimos; la verdad que se nos presenta bajo esta autoridad divina, es lo que suele llamarse objeto, ú objeto material, ó materia de nuestra fe. Así es materia de nuestra fe la creación del mundo, la Santísima Trinidad, la Encarnación del Hijo de Dios y la doctrina que él predicó, etc.

Sólo de esta enunciación se desprende que puede ser doble la materia de nuestra fe, verbigracia: la Santísima Trinidad y la destrucción de Jerusalén por los asirios. Lo primero, es algo que se eleva sobre toda nuestra comprensión, por ser de esas cosas que sólo puede escrutar el Espíritu de Dios y que llama San Pablo *profunda Dei*. Lo segundo, es algo que las historias humanas asirias nos pueden comunicar. Pero cuando á ambas cosas leídas en la Escritura damos asentimiento, lo hacemos porque se interpone la palabra veraz de Dios revelante. Cuando la historia y la asiriología viene á declararnos la segunda verdad del cautiverio de Israel y de Judá, viene, no á quitarnos el primer conocimiento, sino á darnos otro que lo robustece.

Caso éste vulgar en la vida humana: declara un profesor á sus discípulos las primeras lecciones de una Facultad, donde, por fuer-

(1) *Crise de temps nouv.*, p. 251.

Biblioteca Nacional de España

za, se suponen muchas cosas que ignoran aquellos principiantes y que creen por la opinión de ciencia y de veracidad de que adornan á su maestro; corren los días y algunas de aquellas afirmaciones pasan al tesoro propio del alumno, que las defiende, por dos motivos: el de la autoridad de su maestro y el que de su propio estudio ha sacado; otras habrá que, procedentes de la ciencia suprema del profesor, no podrán ser defendidas por el discípulo sino por fe.

Discípulos todos los hombres de Dios, recibimos de este supremo Maestro lecciones en su Escritura y en su Tradición revelada, y en ellas nos presenta verdades que sólo Él, por su altísima ciencia, puede conocer, y otras que nuestra razón, con estudio y tiempo puede alcanzar; son las unas, verdades sobrenaturales ó misterios, y las otras, verdades naturales; pero unas y otras, propuestas bajo la autoridad de Dios, son *verdades de fe*.

¿Puede haber conflicto entre la fe y la razón?

Aparente, sí; real, no.

Aparente en las verdades de orden natural, cuando la razón desbarre y se equivoque y llegue á conclusiones contrarias; y así se llamaría torpemente conflicto la oposición que hubiera entre el faro que señala la costa y la vista del marino que hubiera creído divisarla en otra parte.

Aparente en las verdades del orden sobrenatural, cuando la razón quiere volar por espacios vedados ó guiar el carro del sol, que entonces, en castigo, se le derriten las alas ó se abrasa.

¿Cómo se resolverá, pues, todo conflicto entre la fe y la razón?

Pues como se resuelven los conflictos entre el navegante en mar obscura y tenebrosa y el faro parpadeante de la costa; como se resuelve el que pueda haber entre una observación física ó astronómica y la fórmula algebráica que prevé el resultado; como se resuelve el que surja entre la resolución de un problema hecha por un alumno y la del mismo problema hecha por un doctor; es decir, resolviendo á favor de lo seguro contra lo inseguro, de lo especulativo y cierto contra lo incierto; de la sabiduría contra la ignorancia. La ciencia de la fe es el faro, es la fórmula algébrica, es la palabra de Dios sapientísimo; la razón humana fluctúa más que el ciego navegante, se equivoca más que la observación, yerra más que el principiante discípulo.

Por eso, no hay sino decir con Pío IX:

«Oficio de la filosofía es en las cosas de la religión no dominar, sino servir; no determinar qué se ha de creer, sino abrazarlo con obsequio razonable de

Biblioteca Nacional de España

fe; no escrutar la profundidad de los misterios de Dios, sino reverenciarlos pía y humildemente» (1).

De los que obran en contrario, escribió Gregorio IX:

«Algunos de entre vosotros, hinchados como odres con viento de vanidad, quieren traspasar los límites impuestos por los Padres seducidos de profanas novedades; el sentido de las sagradas páginas lo inclinan y acomodan á la doctrina filosófica racional para ostentación de ciencia, no para provecho alguno de sus oyentes... Engañados por doctrinas varias y peregrinas, reducen á cola la cabeza y obligan á la reina á que sea esclava de su esclava» (2).

Ni teman que esta esclavitud redunde en daño de la razón; antes digan con el mismo Pío IX que «mediante la noticia que da la revelación de las cosas divinas, preserva á la razón de todos los errores y maravillosamente la ilustra, confirma y perfecciona» (3).

Puesto como piedra angular este fundamento, se deben aceptar los dogmas, no como la razón humana lo quiere desfigurar, sino como Dios Nuestro Señor nos lo revela y la Iglesia infalible nos los propone. «Aunque un ángel del cielo os predicara, escribía San Pablo, doctrina diversa de la que yo os predico, arrojadlo, sea anatema» (4).

Esta es la firmeza de la fe que ha habido en la Iglesia desde su fundación. Los Apóstoles reciben como divino depósito la doctrina que Jesucristo Nuestro Salvador les enseñó; ellos repiten á los discípulos, como el Apóstol San Pablo *el depositum custodi;* los discípulos cumplen el encargo apostólico y San Ireneo exhorta á acudir en dudas de doctrina á las Iglesias apostólicas, como depositarias del sagrado tesoro; los Santísimos Padres todos y la Iglesia Romana, madre y cabeza de las demás, no se han reputado fundadores ó iniciadores de una doctrina, sino tesoreros de enseñanzas divinas y extrínsecamente impuestas. Este es el sentir de la Iglesia, desde el Concilio de Jerusalén al Concilio Vaticano, desde San Pedro á Pío X, *depositum custodi.*

Es verdad que en la Iglesia Católica existe una verdadera historia del dogma, pero que lejos de favorecer á los modernistas los refuta victoriosamente. Es historia, es evolución, es progreso, pero no del no ser al ser, sino de lo obscuro ú obscurecido á lo más claro, de lo confuso á lo determinado, de lo imperfecto á lo perfecto. Algunos dogmas, mejor dicho, todos los declarados en tiempos posterio-

(1) Brev. ad episc. Wratislav, 15 Junio 1857.—(2) Epist. ad maj. theol. Paris. Non., Jul. 1223.—(3) Encíclica de 9 de Noviembre 1846.—(4) Ad. Galat.

Biblioteca Nacional de España

res, eran ya explícitamente, ó habían sido profesados en los principios; y un *regreso* en el conocimiento de ellos, por parte de algunos cristianos, hizo necesaria la declaración.

Cuando el Concilio de Nicea proclamó la divinidad de Cristo, no hizo sino enmudecer á Arrio, disipar la obscuridad que él había difundido y restablecer á su luz los discursos del Señor en los Evangelios, el punto cardinal de la predicación apostólica, la profesión indiscutida de los Padres de los primeros siglos. ¿Qué hizo el Concilio de Efeso contra Nestorio sino formular en un canon nuevo la fe antigua, la contenida en términos expresos en la Escritura, en los libros de los Padres, en la profesión constante de los fieles? ¿Quién fué el primero que denunció los errores de Nestorio? ¿No fué el pueblo sencillo constantinopolitano? Si aquel dogma hubiera sido una novedad, si el artículo de la maternidad divina de Nuestra Señora no hubiera sido patrimonio de todos, ¿hubiera podido el pueblo horrorizarse al escuchar las impiedades de su indigno Pastor?

Cuando en los tiempos modernos del Concilio de Trento quiso exponer la doctrina de la Iglesia sobre los libros de la Iglesia, sobre el pecado original, sobre la gracia y la justificación, sobre el número, ser y eficacia de los Sacramentos, sobre el Purgatorio y las reliquias é invocación de los Santos ¿qué hizo? ¿Inventar cosas desconocidas ó que eran patrimonio de pocos? Nada de eso; sino que en medio del número tan grande de puntos definidos sobre cada una de las materias dichas, apenas se hallará aserción de importancia ó de pasajes conocidísimos y claros de la Escritura y de los Santísimos Padres, ó de definiciones expresas de Concilios anteriores, y aún algunas las reproduce á la letra.

Pues el Vaticano ¿qué hizo? Léase, compúlsense sus citas y se verá que su obra toda fué declarar verdades contenidas y expresadas con toda evidencia en la Escritura, confesadas constantemente por todos los fieles, consignadas expresamente en los mismos símbolos de fe.

¡Ah!, sí; los herejes han contribuído á este desarrollo, siendo la ocasión primero de la discordia en la Iglesia, después del ejercicio de la autoridad dogmática, para hacer callar á los que á sí mismos se llamaban *novadores*. Las demás historias de los dogmas que, siguiendo á Harnack, quieren los modernistas, no son sino delirios monstruosos, apriorísticos, en donde con falsedades históricas, callando unas cosas y exagerando otras, se incurre muchas veces en el absurdo de hacer á la Iglesia andar y desandar, tejer y destejer, progresar y regresar arbitrariamente.

Biblioteca Nacional de España

Uno de estos dogmas tan religiosamente ha sido el de los libros santos ó Escritura Sagrada. Abraza dos partes que son Antiguo y Nuevo Testamento: en el Antiguo se incluyen los libros anteriores á Jesucristo Nuestro Señor, y en el Nuevo los que son posteriores á él; ambos Testamentos se subdividen en libros históricos, proféticos y didácticos, sin que esto quiera significar absoluta separación de materias y que los libros históricos no contengan profecías y enseñanzas y así proporcionalmente de los demás. Los históricos del Antiguo Testamento abrazan la historia del pueblo escogido, é indirectamente la del mundo, desde Adán hasta el imperio Romano; en el Nuevo abarca la historia de los principios de la Iglesia con la predicación de Nuestro Redentor y la de los Apóstoles, particularmente la de San Pablo. Los libros proféticos del Antiguo Testamento completan los históricos por cuanto coexistiendo los Profetas á los sucesos prósperos ó adversos de sus pueblos, los explican con la más verdadera filosofía de la historia, los anuncian acaso declarando también su por qué, declaran la razón histórica de encumbramiento y ruina de otros pueblos renombrados en la historia profana y vaticinan la futura venida del Mesías y Libertador; en el Nuevo Testamento no hay más libro profético que el *Apocalipsis* que traza el cuadro futuro y alegórico de las persecuciones y triunfos de la Iglesia, singularmente en la lucha con Roma pagana y la postrera con el Anticristo. Los libros didácticos, tanto del uno como del otro Testamento, contienen divinas enseñanzas de virtud sobrenatural y adquirida, y singularmente en el Nuevo está expuesto el dogma y la economía de la Iglesia Católica.

Pues estos libros, verdadero tesoro del cristiano, son el Arca Santa donde en grandísima parte se encierra nuestra Revelación. Libros no escritos por inspiración humana, sino verdaderamente dictados por el Espíritu Santo.

Así lo tuvo y defendió la Iglesia desde los más remotos días de su fundación. Para aquellos Padres educados y formados por los Apóstoles, la Escritura tenía por carácter esencial ser carta del cielo, dictado de Dios Nuestro Señor. Orígenes y con él San Atanasio, San Crisóstomo, Teodoreto y otros las llaman «escritos del Espíritu Santo»; San Clemente Romano dice que son «ediciones del Espíritu Santo», «enunciaciones, oráculos suyos, doctrina de Dios»; otros con Clemente de Alejandría, que son «voz de Dios», que «las dictó, las hizo» Dios, que fueron escritas por operación de Dios.

Todos comprendéis que tanto énfasis indica la idea arraigadísi-

Biblioteca Nacional de España

ma en la Iglesia de que no se debían estos Sagrados libros á una común y general intervención divina de la que se dijo: *In ipso vivimus, et movemur et sumus*, que vivimos en Él, nos movemos en Él y somos en Él, sino una tan particular, que puedan especialmente llamarse las Escrituras, voz de Él, locución de Él, dictado de Él y oráculo divino de Él.

Comunicóse este sentir de la Iglesia como precioso legado desde el Oriente, donde tuvo su cuna, al Occidente, donde había de tener su trono, y los Padres Agustino y Gregorio M. recogen la doctrina de la inspiración bíblica con palabras tan claras que más no pueden ser.

San Agustín:

«Habiendo los sagrados escritores escrito lo que Dios les manifestó y les dijo, no se puede en modo alguno decir que nos las escribió Él, porque sus miembros trasladaron lo que supieron de lo que les dictaba su cabeza» (1).

San Gregorio M.:

«Quién escribió los Sagrados libros es inútil preguntar, porque todos creen fielmente que el verdadero autor es el Espíritu Santo. Aquel, pues, los escribió, que dictó lo que había de escribirse; aquel los escribió, que fué el inspirador de las obras» (2).

Tal es la voz que se perpetúa en la Iglesia, en los Concilios Florentino, Tridentino y Vaticano que declaran: que «según la inspiración del Espíritu Santo, hablaron aquellos Santos de ambos Testamentos, cuyos libros tenemos y veneramos» (3); «que es uno el autor de ambos Testamentos, Dios» (4); y que «la razón de tener por sagrados y canónicos los libros de la Escritura, es porque «tienen á Dios por autor, como escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo» (5). Voz que repitieron León XIII, en su Encíclica *Providentissimus* y Pío X, en la *Pascendi Dominici*, contra los modernistas.

La cadena de oro no se ha roto: la cadena de oro no se romperá.

Los modernistas pretenden romperla: ya los hemos visto. Distinguiendo materias, señalando fines, acotando órbitas, quieren sacar de la infalibilidad aneja á la inspiración divina partes de la Escritura. ¡Trabajo en vano!

---

(1) *De consens.* Evang. I, c. 35.—(2) Praef in Job, n. 2—Véanse más en el P. Murillo, *Jesucristo y la Iglesia Romana.* Part. 2, t. 1, s. 5, c. 1, § IV, p. 790-792. (3) «Spiritu Sancto inspirante utriusque Testamenti sancti loquuti sunt, quorum libros (Synodus) suscipit et veneratur. Conc. Flor.—(4) Utriusque Testamenti unus Deus est auctor». Conc. Trident.—(5) Quia Spiritu Sancto inspirante conscripti Deum habent auctorem. Conc. Vatic.

Biblioteca Nacional de España

Recibiendo en sí el testimonio y la voz de Oriente y de Occidente, de la Tradición entera habló León XIII, declarando en su citada Encíclica:

«Crimen será reducir y coartar la inspiración sagrada á unas partes de la Sagrada Escritura con exclusión de otras. Intolerable es el modo de obrar de los que á las dificultades de los adversarios no saben responder sino diciendo y concediendo que la inspiración divina no se extiende sino á las materias de fe y costumbres. No es así, sino que todos y enteros los libros que la Iglesia ha recibido y recibe como sagrados y canónicos con todas y cada una de sus partes han sido escritos, dictándolos el Espíritu Santo. Ésta es la antigua y constante fe de la Iglesia» (1).

Habla, pues, el Doctor Infalible y habla recogiendo la antigua y sagrada Tradición; habla y deben enmudecer los adversarios. León XIII pretende resucitar en los cristianos aquella fe de San Jerónimo, que ante los libros sagrados se llenaba de tanta reverencia y creían tan firmemente que no podían engañarse, que si encontraba en ellos algo que le pareciera opuesto á la verdad, antes que creer error en el sagrado autor, pensaría que el códice era mendoso ó que el traductor no había acertado ó que su propio entendimiento flaqueaba.

Gran fe comparable sólo con la de San Agustín, quien al encontrarse entre una proposición de la ciencia y una afirmación de la Escritura, «primero le pediría á la ciencia sus argumentos, y si éstos probaban con certeza su verdad, procuraría hacer ver cómo tal conclusión no se opone á la letra de la Escritura; pero si la conclusión científica era opuesta á la letra cierta escrituraria, entonces demostremos que lo objetado es falsísimo, si no podemos demostrarlo, creamos que lo es» (2).

¿Por qué? Porque hablando Dios y siendo Dios omnisciente, infinitamente sabio, tenga ó no en lo que habla fin científico mentiría,

---

(1) Nefas omnino fuerit inspirationem ad aliquas tantum S. Scripturae partes coangustare. Nec enim toleranda est eorum ratio, qui ex istis difficultatibus sese expediunt, id nimirum dare non dubitantes inspirationem divinam ad res fidei morumque, nihil praeterea, pertinere. Omnes libri atque integri, quos Ecclesia tanquam sacros et canonicos recipit, cum omnibus suis partibus, Spiritu S. dictante, conscripti sunt. Haec est antigua et constans fides Ecclesiae —Enc. *Prov.* —(2) Quidquid ipsi natura rerum veracibus documentis demonstrare potuerint, ostendamus nostris Litteris non esse contrarium; quidquid autem quibus libet suis voluminibus his nostris Litteris, idest catholicae fidei contrarium protulerint aut aliqua etiam facultate ostendamus ant sine ulla dubitatione credamus esse falsissimum. (De Gen. ad litte. 1, 21, 41.)

Biblioteca Nacional de España

aunque fuera con mentira oficiosa; lo cual, sólo suponerlo en Dios es blasfemo.

Así nos lo expone Su Santidad Pío X por estas palabras:

«Dicen, pues, los modernistas que en los Sagrados libros hay muchas cosas erróneas en materia científica ó histórica. Pero allí no se trata de ciencias ó de historia sino de religión y moral... Nos por nuestra parte, Ven. HH., para quien no hay sino una y única verdad, y que creemos que los libros santos inspirados por el divino Espíritu tienen por autor á Dios, afirmamos que eso es lo mismo que atribuir á Dios una mentira útil ú oficiosa y aseveramos con San Agustín: Admitida una vez como regla alguna mentira oficiosa tratándose de tanta autoridad no quedará partícula ninguna de los libros sagrados que no pueda ser atribuída á deseo y propósito de mentir en el autor, ó á la utilidad en ello, conforme á cada uno le parezca ó difícil de hacer ó dura de creer, y esto siguiendo aquella perniciosísima regla».

De donde resultará lo que el mismo Santo Doctor añade: que cada uno creerá lo que quiera y lo que no, no (1).

De la historia eclesiástica, tradiciones populares y sagradas reliquias, acaso tendremos ocasión de explicar los derechos de la fe y de la piadosa credulidad, bástenos por ahora decir que lo que la Iglesia reprueba y condena en los modernistas no es la investigación razonada y prudente acerca de los fundamentos que tienen ideas históricas humanas, obra que deben hacer los doctos en lo secreto de sus estudios sin el alarde pedante, la guerra sistemática á lo milagroso, el desprecio ofensivo de los que nos precedieron y de la fe sencilla del piadoso pueblo cristiano. Punto en que creo que se pondrán al lado de la Iglesia, todo corazón noble y leal que sepa detestar la risa impía de Cam y comprenda la nobleza de los pasos atrás, que llevando sobre los hombros su capa dieron Sem y Jafet; al lado de la Iglesia estarán también los corazones bien nacidos, que

---

(1) Sic etiam, secundum ipsos, in sacris libris plurima in re scientifica vel historica errore afficiuntur. Sed, inquiunt, non ibi de scientiis agi aut historia verum de religione tantum ac re morum..... Nos equidem, Ven. FF., quibus una atque unica est veritas, quique sacros libros sic aestimamus «quod Spiritu Sto. inspirante scripti Deum habent auctorem» *, hoc idem esse affirmamus ac mendacium utilitatis seu officiosum ipsi Deo tribuere; verbisque Augustini asserimus: Admissa semel in tantum auctoritatis fastigium officioso aliquo mendacio, nulla illorum librorum particula remanebit quae non ut cuique videbitur vel ad mores difficilis vel ad fidem incredibilis eadem perniciossisima regula ad mentientis auctoris consilium officiumque referatur. Unde fiet quod idem S. Doctor adjungit. In eis, sc. in Scripturis, quod vult quisque credet, quod non vultnon credet. (Encíclica *Pascendi*).

* Con. Vat. De Revel. c. 2.

Biblioteca Nacional de España

sepan llorar sobre la ruina de la nobleza de abolengo desde que se reputaron leyendas sus hechos antiguos y generosos; en aquellos hechos legendarios vivía el genio de la casa, de la ascendencia, de la raza, que voló para no volver cuando mano impía le destruyó el nido de su amor. La Iglesia, pues, sale á la defensa del nombre augusto de sus Pontífices y de sus mayores, y si alguna vez se hace preciso confesar alguna de sus desnudeces, lo hace tendiendo sobre ella la capa de Jafet é imponiendo silencio á la burla de Cam. La Iglesia defiende la fe sencilla de los pueblos que vive en la atmósfera de tradiciones, imágenes y reliquias que son más que el genio tutelar de los pueblos cristianos y si Dios Nuestro Señor se ha declarado con milagros en su favor, sacrilegio parecería rechazar por falta de pruebas históricas la tradición, la imagen, la reliquia en que Dios Nuestro Señor, la Santísima Virgen ó los Santos han colocado su trono de misericordia.

Al hablar así he hablado ya del Sagrado Corazón de Jesús.

Cuando comenzé dije que por ser esta devoción de amor, de culto y de reparación y por ser los modernistas insignes ofensores del Señor en su Persona negando su Divinidad, en su palabra negando su veracidad, en sus Sacramentos negando su eficacia, en la Eucaristía negando la real presencia, en la vida de Jesucristo en su pueblo negando ó discutiendo su protección continua y su amor providente, en su Madre y sus Santos hablando con desprecio de su invocación y de su valimiento; era congruo y natural que el amor, el culto y la veneración de los devotos de este Corazón se alzaran escandalizados ante las ofensas modernistas.

Lo habréis visto y tengo probada mi afirmación.

Pero hay todavía más. Descendiendo estos novadores de los jansenistas y católico liberales era necesario que heredaran de ellos el odio al Corazón de Jesús y á su devoción y lo han heredado.

Quedan arriba copiadas las refutaciones de Cavallanti á las afirmaciones peligrosas de Monseñor Bonomelli sobre veneración de santos, estima de imágenes, medallas, reliquias y tradiciones, y no dejamos completo aquel cuadro porque reservamos para este sitio las

Biblioteca Nacional de España

palabras de aquel escritor ambiguo sobre el Sagrado Corazón de Jesús.

Al discurrir en su libro acerca del Sacratísimo y divino Corazón muestra en estilo vago y ondulante la poca afición que le tienen los modernistas. Empieza por copiar una página denigrativa de esta Devoción escrita por otro Obispo francés, ya difunto, pero contemporáneo, Mgr. Le Camus, Obispo de la Rochela, en la cual se dice:

«Suelen representar al Sagrado Corazón como en el acto de ostentar en medio del pecho un gran corazón simbólico. ¿No es verdad que la significación de esa actitud se hallaría mejor expresada por un gesto ó una mirada?»

De toda esta página que el autor italiano transcribe con morosidad, dice él mismo que «no se hubiera atrevido á escribirla»; después de ella continúa diciendo por su propia cuenta:

«No ignoro que todas estas devociones pueden excusarse *(¡nada más!)* y defenderse con la autoridad de la teología y de la más rígida ortodoxia, pero cabe preguntar, ¿son útiles á la generación actual?... Apartémonos prudentemente de todo lo que parece excesivo...»

Excesiva, poco *útil*, *excusable*, sólo le parece á estos autores respetables, pero equivocados, la Devoción al Sagrado Corazón.

¿Eso sólo? No, porque sin querer, es claro, repiten los sofismas de los autores jansenistas.

Las imágenes le parecen impropias, no en posición natural; los jansenistas las llamaban ridículas..... También cree peligroso el considerar separadas las partes de la Sagrada Humanidad, sintiendo al pensar en ello cierta repugnancia; detesta la moda de devociones nuevas y teme no se ponga en ridículo el culto mismo de Jesucristo.....

«Cristo, exclama con énfasis, es uno solo en todos sus miembros, tanto en el cielo como en la Eucaristía; adorémosle tal y como es en sí mismo ó en imágenes enteras».

Inútil es decir que se comprende la enemiga de los modernistas. Ellos intentan destruir la Iglesia Católica haciendo de ella una secta racionalista; la devoción al Sagrado Corazón intenta realzar y avivar la fe y la caridad enfriada de muchos: Ellos no trabajan sino por quitar á Jesucristo su divinidad, negarle su dominio, discutirle sus títulos á reinar en los entendimientos y corazones de los hombres; la devoción desea una como nueva Redención del mundo que restablezca á Jesucristo en los derechos que los pecadores le niegan; los modernistas niegan en realidad la fuerza de la Cruz de Cristo.

Biblioteca Nacional de España

la eficacia de su sangre, la santidad de sus Sacramentos, la realidad de la Eucaristía y la devoción al Corazón de Jesús, es una memoria renovada de los beneficios de Redención y Santificación del mundo y de la Eucaristía singularmente; los modernistas niegan de hecho las revelaciones, los milagros, las manifestaciones de culto y la devoción al Corazón Sacratísimo, nació y vivió en las Revelaciones de Margarita María, en las piadosas manifestaciones de culto que son el modo de vivir ella en los corazones; el modernismo es como el resumen de las apostasías luteranas, de las hipocresías jansenistas, de las locuras liberales, y el Corazón de Jesús es un símbolo de la fe católica, del amor de Jesús á los hombres, de las obras de su Redención y del triunfo conseguido por Él sobre calvinistas, jansenistas y revolucionarios.

Por eso el modernismo al sentirse en presencia del divino Corazón se estremece y exclama como aquellos energúmenos del Evangelio, «¿por qué has venido á molestarnos y atormentarnos?» El Corazón de Jesús, insultado por ellos, los atormentará, los vencerá, será su ruina.

¡Esto vencerá á aquello! Porque Jesucristo ha vencido y vence y vencerá á todo el que le aborrece.

Ojalá, Señor, que lo veamos pronto.

AMÉN

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN SEXTO

Modernismo social.

Nolite iugum ducere cum infidelibus.
2. Cor. 6, 14.

No llevéis el yugo con los infieles.
II á los Cor. 6, v. 14.

El prurito desatentado de acomodar la Iglesia á la revolución y progreso moderno, es el móvil de las acciones y doctrinas modernistas, como larga y repetidamente queda ya comprobado. Dejar á la filosofía racionalista, á la crítica racionalista, á la teología racionalista, á la historia racionalista como intangible y buscar modo de que la Iglesia Católica diga por fas ó por nefas lo que sus adversarios dicen, aunque para esto haya de hacérsele decir lo que nunca ha dicho, esto es todo el sistema de concordia ideado por los modernistas en el terreno filosófico, teológico, crítico é histórico.

Si así se desposee á la Iglesia de su dogma se buscará modo de consolarla: la religión es vida, no teoría; la religión no es teología, no es credo, es vida y nada más que vida; sea ella buena, trabaje, se mueva y vivirá; el credo es cosa de que se debe prescindir.

Desdichada, pero repetida fórmula de los desvarios modernistas.

Ahora nos hallamos con una nueva aplicación de todos estos principios á las cuestiones sociales; campo donde crece como si fuera tierra propia el modernismo.

Venga el Espíritu Santo, *pater pauperum*, á iluminarnos y movernos por la intercesión de la única y verdadera *consolatrix afflictorum*.

Ave María.

Biblioteca Nacional de España

I

Los modernistas se arrogan las cuestiones sociales.

Así como el modernismo en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Alemania, tomó con Tyrrell, Schell, Harnack, etc., una forma crítica, así en Francia é Italia, sin desconocer aquélla, prefirió la forma social, los estudios sociales, las manifestaciones sociales. Revistas ó defensoras del modernismo ó de él fautoras fueron las que siguen, cuyos títulos son una prueba de lo que decimos: *Rivista di Cultura*, *Azione democratica*, del abate Rómulo Murri; *La Giustizia Sociale*, de Florencia; *La Plebe reietta*, de Reggio Emilia; *La Tribuna Sociale*, de Milán; *La Justice Sociale*, del abate Naudet, *Le Sillon* con sus distintos órganos de provincias; *L'Eveil démocratique*, *Labeur démocratique*, *Petit Démocrate*, *Le Bien du Peuple*, *Le Peuple français*.

En Francia se formó el llamado partido de los *demócratas cristianos* que tuvo por jefes ó inspiradores los abates Klein, Lemire, Gayraud, Naudet, Garnier, Dehon, Boeglin, Dabry, Vaneufrille, Glorieux, etc, entre los sacerdotes y entre los seglares Leon Harmel, Georges Fonsegrive, Georges Goyau, Marc. Sangnier, etc.

En Italia, igualmente fué legión la llamada *Democracia cristiana*, hubo *Liga democrática* acaudillada por Rómulo Murri, y se señalaron en esta fracción detrás del jefe el P. Semería, Bertini, Battaini, Cortini, Mazzotti, Avolio, Valente, Berlozzi, Stratta, Preziori, etcétera, con un ejército de revistas y periódicos detrás.

Como se ve, en Francia y en Italia los modernistas figuraban en el campo de los trabajos sociales. Ellos mismos se jactaban de su labor y se daban por los solos ó los principales operarios de este campo, y de tal modo daban en alabarse á sí mismos y menospreciar cuanto los buenos católicos, á quienes llamaban por mofa reaccionarios, conservadores é intransigentes, hacían que llegaron á excitar el celo de León XIII que los apercibió en su Encíclica *Graves de communi*. Antes y después qué vértigo de alabanzas.

Oigamos algunas, no más, para justificar nuestro aserto.

De Mr. Mouthon, director de *La France libre* y muñidor en Lyon del primer Congreso nacional obrero tenido en 1896.

Biblioteca Nacional de España

«Los Congresos no han solido ser sino un deporte anual y platónico que servía de desahogo á elocuencias desconocidas, de pretexto á admiraciones recíprocas, de pasatiempo á filantropías vagabundas, que se daban por contentos con planear el modo de arrancar al cielo las estrellas, de renovar en seguida y cambiar la faz del cielo y de la tierra. El Congreso nacional de la democracia cristiana que se tuvo en Lyon en 1896, y en Noviembre ha roto de pronto con esta idea tradicional (¡claro!). Por su exactitud práctica, por la exactitud de su programa y de sus proyectos, señala una fecha feliz (¡y tanto!) en la historia social de nuestra época; por su importancia numérica, su despertar y su vida; por su resonancia que llevó ecos de entusiasmo ó de odio hasta los últimos confines de la batalla de ideas modernas, se eleva sobre todas las manifestaciones doctrinales de una escuela ó sobre las afirmaciones políticas de un partido. Es un signo de los tiempos, la vibrante aparición de un estado de almas, la prueba de que bajo las cenizas mortecinas de lo viejo y conservador, de que frente á frente de una generación que arrastra su desdicha á la tumba y al olvido, se levanta otra que mira el progreso sin odio, el porvenir sin espanto, y piensa que es menester ser criminal ó loco para desconocer las transformaciones sociales» (1).

El abate Boeglin era uno de esos modernistas de que nos habla la Encíclica, que para parecer legión ó compañía se multiplicaba en sus seudónimos y era *Tiber* en el *Journal de Roubaix; Lucens* en *L'Univers* de París; *Richeville* en *La Vie Catholique*; *Pennavera* en Italia; *Innominato*, en *Sun* de Nueva York, y *Fidelis* en los periódicos de Bélgica. Pues este escritor, demócrata él, modernista él, daba cuenta tan pomposamente, como se verá, de la peregrinación de la democracia cristiana á Roma en 1897.

«Se siente como una primavera en la vida de la Iglesia. Por todas partes se despierta. Después que León XIII ha hablado al siglo, la Iglesia que la ciencia quería relegar al museo de los grandes cadáveres, ha vuelto á emprender su fecunda carrera y solicita la atención universal. El partido cristiano de reformas sociales ha ocupado el puesto de vanguardia entre las causas de renacimiento y de irresistible ascendiente.

. . . . . .

LUCENS» (2).

Tanto ó más claramente aparece lo que venimos confirmando en los párrafos que dedican á la formación del clero joven:

«De un número de la *Battaglie d'oggi*, de Nápoles, toma Cavallanti, y trasladamos aquí, el siguiente ramillete de flores, y no violetas, que su director Jenasio Avolio ofrece á los párrocos, Obispos y al mismo Pontífice:

(1) *L'Univers*, 22 Octubre 1897.—(2) *Ibid.*, 25 Octubre 1897.

Biblioteca Nacional de España

«Ahora nosotros, los rebeldes, ¿qué pedimos? Pedimos que el sacerdote vuelva á ser el sacerdote, el religioso; que frailes y sacerdotes vuelvan á ser los Apóstoles de Jesús entre las masas, la luz del mundo por su ciencia, la sal de la tierra por sus costumbres, y no la vergüenza y el daño, no los traficantes de cosas sagradas, no los eternos muñidores de fiestas y los eternos sepultureros.»

«Gritan á rabiar estos señores sacerdotes modernistas que los tiempos se precipitan, que se necesita no desalentar la nueva vocación social del clero, que es preciso reformar la Iglesia, que el clero debe ejercitar hoy una misión más de cultura que eclesiástica, más social que religiosa, que debe, y ésta es la frase obligada, salir de las sacristías» (1).

A este clero así formado, que se quería lanzar por nuevos derroteros á quien se llamaba clero social, clero moderno, clero de acción, se le oponía el clero antiguo ó clero viejo agarrado á las ciencias teológicas, al que por mofa se le decía refractario. La señal característica de este *clero nuevo* era ser *social*.

Este clero durante las vacaciones se empezó á reunir en Val-de-Bois bajo la presidencia de Mr. Leon Harmel para tener allí «una especie de noviciado social». Servían allí de profesores hombres de ideas modernas, asistiendo los abates Naudet, Vaneufrille, Dehon y otros y «ocupando su lugar en medio de todos Leon Harmel, que pertenecía de una manera eminente *al regale sacerdotium*». Allí se discutía de firme «sobre teología social» y á sus tiempos el seglar y anciano fabricante Harmel «nos lanzaba algunos aforismos extraños cuya brutalidad buscada ocultaba con la paradoja ó el buen humor el sentido hondo de quien ha visto mucho y nos sacudía presentándonos delante la violación de los derechos del pueblo». Todos estos días, concluye el testigo presencial, eran paradisiacos; «todo aquello era bueno» (2).

Creo que se ha demostrado que los modernistas ocuparon el campo de estudios sociales y lo quisieron monopolizar como propio; y tanto, que excitaron el celo de León XIII, que les dió un primer apercibimiento en la Encíclica *Graves de communi* y poco después en una Instrucción de Febrero de 1902; primeros pasos en la serie de

---

(1) Años pasados en Milán se alabó un convite parroquial con la consabida frase de «es menester salir de la sacristía». Un Padre de la Compañía que estaba presente observó: «Tened cuidado de que no os ocurra lo que á muchos, que impedidos por el bagaje de doctrinas mundanas ó liberales no han podido volver á entrar». Cavallanti, *Modernismo*, c. 16, p. 417).—(2) Mr. l'abbé Dabry, *Les catholiques republicaines*, p. 450.

Biblioteca Nacional de España

documentos antimodernistas que se cierra con la inmortal *Pascendi dominici gregis* del actual Pontífice.

León XIII, pues, decía: «La Iglesia Santa se puede con razón gloriar de haber siempre favorecido estos estudios de sociología que *muchos quieren ahora presentar como nuevos. Sería soberanamente inicuo presentar las asociaciones y obras católicas fundadas hasta ahora, como poco meritorias de la acción popular cristiana.*»

En estas palabras vieron los buenos católicos una amonestación á aquellos «demócratas cristianos» que daban su acción bienhechora del pueblo como la mayor novedad y que despreciaban á los demás como hombres languidecientes, añejos, atrasados, muertos y sepultados; pero ellos, los amonestados, no vieron sino motivos de aliento y de perseverancia, y por el periódico *Domani d'Italia* repusieron:

«Seguiremos trabajando por la democracia cristiana, por la que amamos y queremos, no por la que recibe hoy día los vergonzosos encomios de los conservadores, sino por la democracia de la Encíclica *Rerum novarum*, la de Ketteler, Manning, Gibbons, Decurtins, Harmel, Toniolo y la de los demás fieles intérpretes del pensamiento del Papa y de las aspiraciones del pueblo... ¡Adelante!» (1).

El campo de la acción popular había sido elegido por los modernistas como propio y se querían hacer fuertes en él.

Aquellas reuniones de Val-de-Bois en Francia habían traído una organización del clero joven que abrazaba unos cincuenta seminarios y casi un millar de sacerdotes jóvenes en el partido ó facción de que *La Justice Sociale* del abate Naudet y la *Voix du Siècle* de Mr. Dabry eran los órganos. Los valientes sacerdotes P. Fontaine y Maignen, el impugnador del americanismo, dieron la voz de alerta sobre los «seminaristas sociales». Habían dividido á Francia en cinco circunscripciones de seminarios y cada una tenía su hoja mensual litografiada que se intitulaban: *Trait d'union*, *Lien*, *Chaine*, *Caritas* .... Se hallaban en cambio en comunicación con *Le Sillon* y *L'Esperance*, de París, y eran propagandistas de periódicos «cuya lectura no podía no serles funesta» como los del abate Naudet y del abate Dabry, al decir del celoso Mgr. Dubillard, Obispo de Quimper. Por el contrario, y para probar lo mismo, Naudet se felicitaba de que más de seiscientos seminaristas se acababan de suscribir á sus periódicos para vacaciones, por lo cual esperaban que estas lectu-

(1) 2 Marzo 1902.

Biblioteca Nacional de España

ras modificarían profundamente el estado de alma de los hermanos en el sacerdocio que aún se mantenían alejados de nuestras iniciativas y á quien por lo atrevidas parecían descaminadas. Nuestro círculo de estudios sociales son un organismo vivo, de donde saldrá pronto una ardiente é infatigable generación de apóstoles.

Mgr. Turinaz, Mgr. Dubillard, las *Semaines religieuses*, de París, Reims, Autun y treinta más, reprobaron las tendencias modernistas del «clero social», y la prensa sinceramente católica avisó del peligro y secundó la acción episcopal.

En Italia pasaba lo propio.

Poco después de la condenación solemne del americanismo, aparecía en Italia, procedente de Bélgica y de Francia, el nombre y la cosa de *democracia cristiana*. Suscitó con su aparición, como no podía ser menos, recelos, impugnaciones, altercados; á todo ello se prestaban las audacias del grupo nuevo, sus propósitos, su lenguaje. León XIII creyó deber intervenir é intervino primero con la Encíclica *Graves de communi* (18 Enero 1901), después con su carta al Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán, con ocasión del Congreso democrático de Varese (21 Octubre 1901), más tarde con la *Instrucción* de la Sagrada Congregación de Negocios eclesiásticos (27 Enero 1902), contra la cual protestaron los modernistas, y por fin, respondiendo á esta protesta, con carta á los Obispos de Italia, de 2 de Diciembre de 1902.

En estos gravísimos documentos se explica el nombre de democracia cristiana, se determinan las reglas que ha de observar para ser verdaderamente católica y beneficiosa al pueblo, se indican los errores modernistas en que los demócratas caían y se apercibe á los Obispos para que en Italia y, singularmente, en los Seminarios, se vigilase sobre la formación teológica, no social, del clero.

Así las cosas, en 1903 fué elevado á la presidencia de la Obra de los Congresos Católicos, especial instrumento de la Democracia Cristiana, el conde Grossoli de Ferrara, agradable á los modernistas, con lo cual ellos se crecieron y presumieron del éxito, dando con la elección de Grossoli por borrados todos los anteriores documentos de León XIII. Triste modo, pero muy modernista, de entender la obediencia; preferir un acto de prudencia y de gobierno práctico á la enseñanza de la verdad, ó explicar ésta por aquél, cuando debe de ser al contrario.

Ocurrió lo que era lógico. Los modernistas se reunieron en Bolonia para tener un Congreso Católico Nacional y celebrar su triunfo;

Biblioteca Nacional de España

los periódicos católicos tachados de intransigentes *L'Unità Cattolica* y *La Riscossa*, respondían á la invitación de asistir con un *no* lleno de franqueza y dignidad ó denunciaban por revolucionarias aquellas sesiones. A estas protestas dieron carácter histórico las adhesiones numerosas de seculares, de eclesiásticos y de Obispos y Cardenales. Por fin, se siguió el *Motu Proprio* de Su Santidad Pío X (18 Diciembre 1903) que, resumiendo los documentos de León XIII, reprimía la desordenada exaltación de los modernistas.

Este es el momento en que comienza la purificación práctica de la acción social católica, la separación del elemento modernista, la ruptura del abate Rómulo Murri y su apostasía y la supremacía del orden católico sobre el llamado demócrata cristiano, tan penetrado de los errores del hoy llamado modernismo.

Al *Motu Proprio* mencionado, siguióse la Encíclica sobre San Gregorio M., llena de tonos apostólicos, y donde el Papa manifiesta que cree llegado el tiempo de arrojar del santuario á los profanadores. En medio de la confusión de la batalla se oían las voces de consuelo de los católicos que avanzaban y los denuestos desesperados de los modernistas que caían. El Papa continuaba por cartas, en audiencias concedidas á periodistas católicos y por todos otros medios, animando y esforzando á aquéllos. El conde Grossoli, presidente aún de la Obra de los Congresos católicos, quiso buscar la paz en una componenda, como aquel otro conde Candidiano en Efeso quiso buscar una fórmula entre San Cirilo y Nestorio. Cándido proceder en que Grossoli también fracasó y con daño. Porque publicó una circular para uniformar la vida de la acción democrática cristiana, circular que pareció inspirada por Murri. Murri y Grossoli andaban entonces en viaje de propaganda democristiana. La circular fué desautorizada, y en 28 de Julio vino otro documento de la Secretaría de Estado en que se disuelve el Comité permanente y las agrupaciones de la obra, con excepción del Grupo «Acción popular cristiana»; pero mandando que del mismo «sea eliminado todo elemento de discordia y con firme dulzura sean siempre excluídos aquellos individuos eclesiásticos ó legos que son conocidos por la poca exactitud doctrinal en cuestiones de acción popular católica, amadores y diseminadores de novedades malsanas, poco íntegros en la defensa de los propósitos y derechos de la Sede Apostólica y poco sinceros en la observancia constante de las direcciones pontificias».

Murri se apartó y formó su grupo de demócratas autónomos.

Biblioteca Nacional de España

Su Santidad Pío X, en Carta al Cardenal Svampa, nos da el último documento que por ahora necesitamos para formarnos cabal idea de que en el campo social había, y cuánto, arraigado el modernismo.

«De igual modo que en el campo de la parábola evangélica, así en el de la acción católica desde hace algún tiempo, ha sido sobresembrada la cizaña que crece y sofoca el grano escogido y esto no por obra de enemigos francos, sino de aquellos mismos que se declaran católicos y de ello se precian».

Los mismos adversarios, si bien con otro lenguaje, confirman nuestra aserción y llegan á declarar verdadera solidaridad entre el modernismo, aun en sus errores más especulativos y los demócratas cristianos. Así el abate Vercesi, redactor de la hoja democrática *L'Osservatore cattolico*, de Milán, se expresa del modo que sigue en una correspondencia enviada á una revista protestante:

«Cuando se disolvió por el nuevo Pontífice la Obra de los Congresos, Murri se hizo cabeza de los autónomos, es decir, de los jóvenes que en el terreno político y social rechazan la dependencia del Vaticano... Ofreció su brazo y su ayuda primero á los radicales individualistas y después al socialista Turati para caminar juntos en el terreno social. La oferta fué duramente rechazada por el *leader* del socialismo reformista. Dom Romulo Murri se unió entonces á la *Liga democrática nacional* que tiene un número muy reducido de adeptos. El Congreso de la liga se tuvo en Septiembre pasado (1906), y lo presidió el joven conde Gallarati Scotti, nombre que explica toda la situación. El conde no es un demócrata cristiano en el sentido propio, pues ni tiene programa social conocido; pero es entusiasta de Murri y de la Liga por la autonomía que recaban para sí de la Curia Romana... La *Rassegna sociale*, de Florencia, órgano de los católicos liberales, está en el mismo orden de ideas, y acogió calurosísimamente la *Liga*... He aquí el estado de las cosas. El antiguo programa de Ketteler, de Decurtins, de la Asociación católica de Francia se ha dejado. El conflicto que con colores trágicos pinta la prensa liberal ha llegado, pero por otro lado. Dom Rómulo ha perdido terreno, y mucho, con los católicos; ha ganado y mucho, al revés, con los liberales y los socialistas, y mientras él sigue audaz su camino y aumenta su rebelión por otro lado, el eminente Toniolo, profesor de Pisa, se esfuerza *in spem contra spem* en salvar el antiguo programa y en mantener viva la fe social de los jóvenes; ¡dificilísima empresa! Pues como si las dificultades del terreno político-social no bastasen se agregan otras más intricadas aún. Las nuevas corrientes religiosas han encontrado grande eco entre nosotros. Los escritos de Loisy, de Tyrrell, Laberthonnière, Blondel, Le Roy, Fonsegrive se han leído mucho en Italia. Se dirá que la democracia cristiana no es ni la crítica bíblica, ni la filosofía de la acción; concedido. Pero la democracia cristiana ha sido el cirineo que ha llevado la cruz, y con el castigo de las suyas, el de las culpas ajenas. Los enemigos de la

Biblioteca Nacional de España

«democracia cristiana le han atribuído todos los errores y otros más que se conocen en Italia con el extraño nombre de modernismo» (1).

Los modernistas, pues, crecieron como en campo propio en el campo social: allí se defendieron y patrocinaron los errores filosóficos, exegéticos, críticos y teológicos de todos los que venían á reformar la Iglesia con el hálito de vida del moderno progreso, y allí sembraron ellos particulares errores del orden social que condenó en globo León XIII, cuando en la *Instrucción* ya citada de la democracia cristiana «se desaprueba el lenguaje que usan y que parece ridiculizar la piedad de los fieles en que se insinúan tendencias á nuevas orientaciones de la vida cristiana, á nuevas orientaciones de la Iglesia, á nuevas aspiraciones del alma moderna, á nueva vocación social del clero, á nueva civilización cristiana...»

Y debían andar tan sollispados é inquietos los modernistas demócratas después de los documentos que dan gloria al alborear del pontificado de Pío X, que cuando salió el Decreto *Lamentabili sane exitu* con el Sílabo de proposiciones condenadas, como malos amigos se quisieron apartar de los otros modernistas y se jactaron de que en aquel documento no había ni una palabra contra ellos: los arrojaban por la borda.

Erver, en el *Osservatore*, de Milán, comenta así el decreto restándole importancia:

«En sus principales artículos, algunos de los cuales se refieren al valor del magisterio de la Iglesia y de las Congregaciones Romanas, se puede decir que el nuevo Sílabo va dirigido contra los errores de Loisy... A vuelta de algunas proposiciones de Newman y de sus discípulos y de alguna que otra de Tyrrell, Leroy, y su concepción del dogma, cabe asegurar que el más atacado es el abate Loisy».

Esto escribe y se frota las manos, contento como unas pascuas, porque el Sílabo «no hace la menor referencia á la política, ni contiene una línea que se refiera al autonomismo político y social»...

Rocca d'Adria, director del *Avvenire d'Italia*, nos ofrece la siguiente pincelada:

«El decreto va contra un círculo limitado de estudios y de críticos, la mayor parte de los cuales, además de no pertenecer á la vida militante de los católicos de acción, la hostilizan frecuentemente declarándola intempestiva y hasta inútil... Nada de común tienen los demócratas cristianos, con los que han sido condenados por el decreto de la Inquisición».

(1) *Foi et vie*, 19 Enero 1907.

Biblioteca Nacional de España

¿Nada de común con los demócratas Murri, Semería, Gallarati-Scotti etc.? ¿No os parece, lectores míos, que el juicio de Rocca d'Adria y del reverendo Erver se completan mutuamente? (1).

Salió por fin la Encíclica *Pascendi*. Ya nadie puede dudar: los demócratas cristianos están allí incluídos, no sólo por la afinidad con los otros modernistas, sino por sus propios méritos y errores en materia social.

II

Los modernistas corrompen con errores la acción social.

Las últimas palabras de León XIII que quedan más arriba citadas, las reitera y cita Pío X en su Encíclica para confirmar todo lo que acabamos de decir:

«Por virtud de su cargo pastoral tengan los Obispos cuidado de vigilar é investigar con diligencia en los libros, todos los indicios y vestigios del modernismo y para atender á la preservación del clero y de la juventud, prescriban las reglas que la prudencia les sugiera, pero pronta y eficazmente. Evítese la novedad de las palabras y ténganse presentes los avisos de León XIII: «No se puede permitir en los escritos de los católicos aquella manera de hablar que buscando una novedad malsana parece burlarse de la piedad de los fieles, que habla de un nuevo orden de vida cristiana, de nuevos mandatos de la Iglesia, de nuevos deseos del alma moderna, de nueva vocación social del clero, de nueva educación cristiana y de otras muchas cosas á este tenor». Nada de esto sufran ni en los libros ni en las explicaciones de cátedra» (2).

Pero no son éstos los únicos errores modernistas en el campo social; son otros y gravísimos.

Primer error: Neutralidad religiosa.—Habiendo oído hablar repetidas veces en estos discursos á modernistas, demócratas y sociales como Naudet, Dabry, Fonsegrive, Murri, etc., de lo que ellos en-

---

(1) Cavallanti. Apénd. 2.°, p. 510, 11.—(2) Officii munere haec sibi demandata habeant. Modernismi iudicia ac vestigia tam in libris quam inmagisteriis pervestigent diligenter: pro cleri iuventaeque incolumitate prudenter sed prompte et efficaciter praescribant. Vocum novitatem caveant meminerintque Leonis XIII monita: Probari non posse in catholicorum scriptis eam dicendi rationem quae pravae novitati studens pietatem fidelium ridere videatur loquaturque novum christianae vitae ordinem, novas Ecclesiae praeceptiones, nova moderni animi desideria, novam socialem cleri vocationem, novam christianam humanitatem, aliaque id genus multa. Haec in libris praelectionibusque ne patiantur. (Encíclica *Pascendi* sub finem).

Biblioteca Nacional de España

tienden por religión y del puesto que dan á la Católica, no se deben repetir los textos; estamos suficientemente autorizados para dar un breve extracto sinóptico rogando al descontentadizo que por sí mismo los compulse.

Según, pues, nuestros sectarios, la religión es un sentimiento subjetivo, individual é inconsciente; religión tiene y practica no sólo el protestante, el budhista, el turco, el mahometano, el idólatra, sino también el socialista y el anarquista tienen religión y hacen obra religiosa. Claro está, como que la religión según sus principios no es más que acción de goce, bienestar y dulzura, no es más que un lenitivo de malestares, un calmante de dolores, una droga benéfica como la del doctor Dulcamara; el turco, pues, el anarquista mismo que de un modo ú otro quieren restablecer lo que ellos creen justo, restituir al hombre, ó á ciertos hombres, el goce de la libertad ó el disfrute de un prado de la vida, son religiosos, profundamente religiosos, hacen una obra de religión. Mas, como son católicos sedicentes los que de tal modo deliran, necesitan dar una dedada de miel á los incautos y por eso añaden: La Religión Católica es la que mejor ha resuelto el problema, la que mejor da esa paz, dulzura, justicia, etc., en lo cual dicen más verdad de lo que ellos piensan; pero las da, y aquí siguen ya desbarrando, no imponiendo ideas, no predicando dogmas, no rechazando falsedades ni asentando verdades, sino procurando abrazar á todos los hombres turcos y chinos, anarquistas y confucistas en un solo amor blando, manso, condescendiente, ciego y casi senil, que no los unifique, sino que prescinda de todas las diferencias de religión. A esto llaman ellos caridad y amor universal, comunicación y comunión mística de todos los hombres en Dios, Reino del Espíritu Santo. Aún más, llevados de una consecuencia muy natural, afirman que no sólo deben las cuestiones sociales prescindir de religiones, sino que debe la religión esperar la solución social qué las circunstancias presenten para abrazarla.

Este error primero de los modernistas derivado del inmanentismo y ateísmo práctico de ellos se formula abrazando, primero la neutralidad de las Asociaciones sociales respecto á la Religión Católica y segundo, la neutralidad de la Religión Católica respecto á las soluciones sociales.

Aquí ya son necesarios los textos y las confesiones de ellos, aunque nos van á bastar pocos, pues son escogidos, autorizados, concluyentes.

Biblioteca Nacional de España

El abate Naudet, en distintas ocasiones, había establecido la primera parte de la tesis modernista acerca de la acción social, «que no debe de ser confesional», es decir, católica; el abate Gayraud, otro oráculo, repitió las mismas palabras en el Congreso de los demócratas cristianos de Lyon; por su parte, el abate Garnier en su diario *Le Peuple Français*, escribía paradójicamente «que los católicos sociales deben ser católicos no confesionales»; el abate Dabry llenaba con estas declaraciones dadas á granel *La Vie Catholique*, asentando como necesario «relegar el clericalismo á segunda fila, no tratar las cuestiones religiosas ó eclesiásticas, sino cuando lo exijan los intereses generales de la nación»; por último, Mr. Marc. Sangnier no cesaba de pedir para la Asociación *Le Sillon* el derecho de neutralidad para toda idea confesional.

Mas á quien corresponden los honores de una cita decisiva es á Mr. el abate Gayraud. Autor de un libro *Les Démocrates Chrétiens*, declara en él, que «ellos no son un partido político, ni un partido confesional, sino un partido social» y, requerido por *Un ami de L'Univers* acerca de la exactitud de la frase, primero la quiso disculpar atribuyéndola á cuestión de forma y juego de palabras; pero al fin constreñido por la lógica del comunicante, respondió con la siguiente carta que desnuda y razona su pensamiento (1):

«El amigo de *L'Univers* insiste y se lo agradezco, porque su última carta descubre que nos separa mucho más que mera cuestión de palabras. Estamos, en efecto, contrarios en ideas. 1.° Sobre el *postulado* de la democracia cristiana. 2.° Sobre su *fin*.

»Mi adversario cree que el partido de la democracia cristiana exige de antemano la profesión de fe católica, y este es el postulado; y que intenta y procura en último término la preponderancia política del catolicismo, y éste es el fin. Yo opino que en eso hay dos errores.

»1.° La democracia cristiana, ni por su doctrina económica, ni por su programa social supone la profesión de fe católica. Un protestante, un judío, un librepensador si aceptan los datos y las conclusiones de un buen juicio, de la razón, del derecho natural; si quieren sinceramente la justicia y la fraternidad entre los hombres, pueden muy bien adherirse á ellas. Basta para convencerse de ello leer los programas democráticos (en esto dice verdad), y hasta la Encíclica *De conditione opificum* (en esto calumnia y miente), que no son sino la doctrina del decálogo y los principios de la fraternidad universal. Cierto, que el desarrollo completo, la eficacia sobrenatural, y aun la teoría perfecta del decálogo y de la fraternidad humana no se encuentra sino en el cristianismo y señaladamente en la Iglesia Católica, y esta es la razón porque

(1) *L'Univers*, 19, 27 Marzo 1899.

Biblioteca Nacional de España

la democracia que defendemos y exponemos sea en realidad cristiana. Pero los principios en sí son, como el decálogo, de orden racional y no exigen para ser admitidos la aceptación previa de la fe católica.

»2.° El partido democrático cristiano no se propone de ningún modo como fin establecer la preponderancia política de la Iglesia en el Estado; pide solamente la libertad de la Iglesia. Mas no espera obtener esta libertad sino por la acción social y como resultante de la acción democrática. Cristianizar la sociedad significa en nuestro lenguaje hacer reinar en el orden social los principios cristianos de fraternidad y de justicia que de hecho admiten los librepensadores demócratas y, sobre todo, las masas obreras.

»Así, pues, el partido democrático cristiano no es un partido confesional y admite en sí á todas las gentes honradas, amigas de la paz de los ciudadanos y partidarios resueltos de amplias reformas económicas y sociales» (1).

A confesión de parte.....

Pasémonos á Italia.

Donde tendremos ocasión de oir el mismo lenguaje en documentos tan oficiales como se verá.

Recuérdense las afirmaciones del caporal Rómulo Murri, que citáronse más arriba y que se incluyen en la neutralidad más absoluta de religión; *confesión* dicen ellos, queriendo hasta en el lenguaje *protestantizar;* porque para atraer á los trabajadores y obreros socialistas no se quiere que «cautiven su entendimiento» en obsequio razonable de fe, sino que se persuadan que «la religión para los modernistas se manifiesta en la vida pública», pero «no imponiendo credos ó programas, sino dirigiendo á los hombres á la honradez, la justicia y el bien». Por eso no predican los modernistas sino una «religión espiritual de amor y de justicia» y no les importa que los obreros vayan ó no vayan á la Iglesia, estén gobernados «por Turati ó Ciccoti» ó por el propio Satanás.

Afirmaciones de Murri que se vieron sancionadas por varios programas de juntas sociales. En 1906 presentaba el abogado Meda, en Roma, un programa de unión católica, cuyo articulado era como se sigue:

1.° Dejar aparte la causa de la religión y dirigir hacia otro lado las fuerzas que hasta ahora se reunieron en torno de ella; porque es preciso que el conflicto predominantemente religioso pase á segunda línea, ya que tiene ocupadas inútilmente fuerzas que podrían gastarse en otro campo con inmediata ventaja de la causa religiosa. 2.° Las fuerzas sociales modernas no son las que tienen necesidad

(1) *L'Univers*, 27 Marzo 1899.

Biblioteca Nacional de España

de ser conducidas hacia el seno de la religión ni de venir directamente de ella, sino que será benemérito quien sepa enseñorearse del movimiento en cuanto tiende á conducir la acción religiosa por la directriz de todas las demás fuerzas sociales modernas.—3.° Es preciso que la religión salga de la reserva á que se ha reducido, á fin de salvar su propia dignidad y procurarle un nuevo puesto, desde el cual le sea permitido recuperar su antigua influencia.—4.° El liberalismo se halla hoy asimilado al organismo moderno, y es razonable preparar una cura depurativa que poco á poco y por virtud de una asidua penetración del espíritu cristiano renueve y sanee el organismo, pero dejando que siga siendo lo que ha llegado á ser y que nadie puede hacer que no sea.—5.° El movimiento económico tiene necesidad de encarnarse en la jerarquía de las instituciones religiosas si asume un carácter confesional, pero no necesita de ello si permanece extraño á fines directamente espirituales (1).

El mismo autor de quien copiamos el anterior documento, ofrece en su libro, tan recomendado como recomendable, un artículo *Interconfesionalidad,* donde, 1.°, demuestra con datos y testimonios ser principio de los modernistas italianos lo que llevamos dicho del carácter *neutro* de las Asociaciones obreras; 2.°, establece bien la diferencia que hay entre una unión temporal y momentánea para fines puramente humanos y del momento y la esencial neutralidad que pretenden los modernistas. Esto segundo lo declara el autor narrando el siguiente caso: En Florencia tiraniza á los obreros la llamada *Cámara del Trabajo;* frente á ella un cierto Dr. Nespoli, no ciertamente católico, levantó una *Liga para la defensa de la libertad del trabajo,* liga contra la vagancia, arma usual del socialismo y convidó á formar parte de ella á los católicos. Como era una obra moral y su fin concreto, determinado, los católicos y hasta *La Unità Cattolica,* diario florentino «el más intransigente quizás que existe en Italia», diéronle su apoyo moral y material. Periódicos modernistas como *L'Avvenire,* de Bolonia, y *La Patria,* de Ancona, censuraron á *La Unità* de que aceptaban esta unión aconfesional y no las que ellos les proponían: ellos con el *Osservatore,* de Milán, concluían: «La fogosa adversaria de organizaciones que no sean abiertamente católicas, ha concedido su apoyo á una Liga neutra: el tiempo viene á darnos la razón». Eso no es, no puede ser cierto, contesta vigorosamente Cavallanti, copiándose á sí mismo. Saben ya los lectores cuáles sean los

(1) *Modernismo y modernistas,* p. 370-371.

Biblioteca Nacional de España

ideales del modernismo en punto á organizaciones obreras: no conservar en éstas ni nombre ni aspecto en modo alguno confesional, esto es, una verdadera y auténtica neutralidad.

Los católicos de Florencia, llamados en su ayuda por los liberales honrados para un fin común, bueno y noble, como es el de una Liga para la tutela de la libertad del trabajo se adhieren: no apoyan al socialismo, á los pillos ni á los inmorales, antes al contrario, los combaten; no confunden, ni desnaturalizan sus organizaciones obreras, sino que las mantienen separadas estrictamente con el nombre y espíritu católicos; no hacen otra cosa que secundar la acción de los ciudadanos honrados, á fin de que Florencia se sustraiga á las imposiciones de la Cámara del Trabajo y los obreros aseguren la inviolabilidad de su derecho al trabajo.

¡Qué diferencia de esto á la neutralidad que se reprende en los modernistas, y al apoyo que ellos dan á los de la Cámara socialista del Trabajo! De lo cual daremos una última prueba copiando una orden del día aprobada en reunión reciente de demócratas cristianos autónomos:

«Considerando que la confesionalidad de las uniones profesionales no es práctica y es poco útil. Considerando que el único medio de realizar la suerte de tales asociaciones es la neutralidad absoluta en el campo político y religioso... Se acuerda... Apoyar, después de un detenido examen, la inscripción en masa de todos los socios en la Cámara del Trabajo» (1).

La segunda parte de este *primer error* y que consistía en esperar las soluciones que á los problemas sociales fueran dando los hechos para acomodar á ellas la religión, es consecuencia de la libertad escéptica concedida en la primera parte, ya la hemos visto insinuada cuando se daban las fuerzas sociales modernas como las que han de señalarle á la religión su directriz, y es una afirmación que no se recatan de hacer los modernistas.

Ni pueden recatarse. Para ellos el corazón de la tesis modernista es la inmanencia religiosa, y según esto todo fenómeno vital siente por primer estimulante una necesidad, y por primera manifestación un sentimiento: así, la necesidad de lo divino engendra el sentimiento de la fe.

Pues si los modernistas hallan en sí propios á Dios y de una vaga aspiración á lo divino hacen salir los dogmas positivos y los preceptos más categóricos de una religión determinada, mejor sacarán

(1) *Modernismo y modernistas*, p. 309-398.

Biblioteca Nacional de España

de modo parecido las soluciones sociológicas de las profundidades misteriosas del alma. En efecto, nada más usual entre ellos que hablar de las aspiraciones del alma moderna, frases que reprobaron León XIII y Pío X, nada más usual que imponer la obediencia á las que llaman necesidades irresistibles de la época, y así dicen y creen ser el fundamento de la moderna ciencia social, atreverse movidos por los sentimientos que se desprenden de esas consideraciones á resolver los problemas que se ocurran, pero sin criterio, que llaman dogmático, sino según un método que se irá esclareciendo y determinando de día en día, y de este modo la acción social será el producto vital de un sentimiento de amor, sentimiento de amor colectivo que servirá para levantar la ciudad y la sociedad del porvenir.

Esta manera de discurrir sin norte objetivo, así como lleva, en el terreno puramente religioso, á la canonización de todos los cultos, así en el terreno social lleva á todas las fantasías, ilusiones, tentativas, ensayos, y aún á todas las locuras y errores. Así Marc. Sangnier justifica como racional tanta indecisión, porque «nuestras ideas no son todavía precisas»; porque «todo nuestro trabajo fraternal no ha podido llegar á planes concretos» y «tampoco es necesario». Siempre ha habido en todas partes muchas personas que en sus gabinetes de estudio y en sus centros de reunión han trazado mil planes de futuras sociedades y de legislaciones ideales. Pero, ¿cómo no confesar que carecían de espíritu práctico? Las teorías se desprenden mejor de la vida misma, más fuertes, más acomodadas, más robustas para resistir. Todos los Círculos, Centros, Institutos populares, reuniones públicas y las Instituciones esconómicas sociales servirán sólo de tanteo para preparar la democracia futura....»

El periódico protestante *L'Avant-Garde*, nos cuenta una sesión habida entre sillonistas y protestantes, que es un caso flagrante de neutralidad confesional y de incertidumbre de procedimientos y límite de lo que puede llegar á exigir *el alma moderna:*

«Según el venerable M. Cousin, á quien frecuentemente han oído los que frecuentan el Sillón, el cristianismo no se puede ni se debe considerar como ligado á ésta ó aquélla doctrina social. Porque el cristianismo es vida, y vida que sobrepuja en fecundidad todas las teorías que nosotros podemos levantar, todos los estados sociales que llegáremos á realizar. Supóngase, si se quiere, que algún día la sociedad es comunista, entonces el cristianismo se ofrecerá como un ideal más grande que todo lo que la sociedad ha realizado, y por encima de lo que exista descubrirá el alma horizontes maravillosos de un progreso mayor.

»Produjose al hablar así el orador sillonista un episodio conmovedor. El

Biblioteca Nacional de España

ponente Mr. Amieux, al ver tan precisamente expuesta su idea, se levanta, estrecha las manos del orador, le besa en ambas mejillas, entre los aplausos frenéticos de la sala. Sí, exclama Mr. Amieux, el cristianismo supera toda forma fija; el Evangelio no da solución cerrada á la cuestión de la propiedad; lo primero será sentirlo, y después darle forma acomodada. Por lo que hace á las reformas sociales no podemos pretender ponernos en ellas hasta que toda entera, la humanidad, se haya convertido» (1).

¡Grande y consoladora esperanza!

Segundo error: consentir en los de la revolución.—«Las aspiraciones del alma moderna», que dicen los modernistas, son el amparo y defensa de todas las concesiones hechas al espíritu de la revolución. Como ellos, en último análisis, no quieren sino ser revolucionarios, sin el nombre, llegan en su pretendida concordia hasta entregar armas y bagajes, y en medio de mil equívocos y ondulaciones, su lenguaje coincide, al fin, en el odio de clases, en el desprecio de los aristócratas, en el afán de la tierra, en los derechos de los pueblos con los más exaltados socialistas y anarquistas. Fieles al principio modernista de que uno es el cristiano y otro el hombre, aunque como cristianos digan ser fieles á la Iglesia, como hombres, se hacen adoradores del becerro de oro ó del derecho nuevo. ¡Tanto monta!

Dejemos el uso de la palabra á nuestros modernistas.

El abate Klein, en su obra *Nouvelles tendances en religion et en litterature,* haciéndose cargo de las palabras, exactas en esto, de otro modernista, Mr. Leroy-Beaulieu, de que entre el socialismo y la Iglesia había oposición de principios, por mirar aquél á la tierra y á sus bienes, y ésta al cielo y prometer aquéllos sólo «por añadidura», contesta que no hay «sino simple diversidad de tendencias» que se remediará indudablemente «aumentando poco á poco las aspiraciones ideales del pueblo y también el interés que la Iglesia no tiene derecho á negar á las miserias del cuerpo». Mas como si este lenguaje tan poco cristiano de derechos y deberes, no bastara por su ambigüedad, añade descubriéndose el escritor y torciendo á su modo el lenguaje de León XIII:

«Toda entera la Encíclica *Rerum novarum*, cuya publicación es uno de los mayores acontecimientos de la historia religiosa, se presenta de ejemplo y prueba en apoyo de nuestras ideas. Allí se trata menos de paraíso que de salarios, de la propiedad y de sindicatos; menos de paciencia, en medio de las pruebas que de justicia social. Privilegio es éste de una Iglesia viva unida á

(1) 15 Octubre 1907.

Biblioteca Nacional de España

la tradición y capaz de iniciativas, poder sin renegar de sus principios, insistir según las épocas en lo que se hace más necesario» (1).

Hasta aquí cierta moderación en la frase: *maiora videbis.*

«El oficio de la democracia cristiana será dar á la religión una nueva vitalidad haciéndola acomodarse y quebrar en algo según las necesidades nuevas. Es preciso procurar que la democracia sea reconocida como un ideal de caridad, de justicia y de fraternidad... ¿Por qué cada sacerdote en su aldea ó en su parroquia no había de ser un agente y un guía de reformas sociales sin segunda intención de propaganda confesional ó proselitismo?» (2).

Ni recatan el por qué nuestros sectarios:

«Hoy día no son ya los católicos, no son los curas los que predican las ideas fundamentales del cristianismo, sino los socialistas y los anticlericales» (3).

Vengamos á particulares.

El derecho de propiedad, santo por la ley natural, santificado por la ley evangélica y custodiado y defendido por las leyes eclesiástica y civil, no se escapa á la demolición modernista.

El conocido abate Pottier, fundador de la *Ligue démocratique belge*, sostuvo durante años larga campaña contra el *soidisant droit de propiété*, que no es, según él, sino *derecho de usufructo*, artículos en que abundan los dicterios «contra la inicua repartición de las riquezas», «la monopolización de la tierra y de los medios de trabajo» (lo de los latifundios), «el estado actual económico contra la naturaleza» y los elogios á las fuerzas socialistas «que son las únicas que hasta ahora se han sabido colocar en terreno firme» y las apelaciones naturales al socialismo del Estado y á las fuerzas de éste para «reglamentar el derecho de propiedad, tomando un conjunto de medidas que hagan imposible ó corrijan la situación actual económica» (4).

De parecido modo se expresa Naudet, que llega á decir:

«¿Qué es la propiedad? Unos dicen que es un derecho, otros que una función. Me parece poderse conciliar ambas opiniones diciendo, que es una autoridad que confiere derechos sólo en la medida de los deberes que impone para con la sociedad. La noción de la propiedad resucitada en nuestros días es absolutamente contraria á ésta, y por eso la tenemos por profundamente injusta y destructora del orden social. De hecho y en el rigor de la palabra, la propiedad no es un derecho absoluto» (5).

---

(1) P. 115-117.—(2) Charbonnel, *Revue enciclopédique*, 27 Marzo 1897.—(3) Dr. Lancry, *La Justice Sociale*, 17 Julio 1905.—(4) *Le Bien du peuple*, 1891, 1892, 1893.—(5) *La Justice Sociale*, 5 Mayo 1894.

Biblioteca Nacional de España

El citado abate Pottier fundó la *Union démocratique* y la dotó de un reglamento que se propagó mucho por Francia y que no deja de tener acceso y aceptación en España. En él se preconizaban los sindicatos de colonos con exclusión de los propietarios; y ¿por qué?

«Porque ¿quién es el que en primer término tiene derecho de vivir de los frutos de la tierra? ¿Es el dueño que la posee legítimamente ó el arrendador el colono? Yo creo que es el que la riega con su sudor, el que la fecunda, el que trabaja todo el año para arrancarle su subsistencia. El colono tiene derecho de vivir de la tierra que cultiva, y si *después* de atender honradamente á su subsistencia le queda algo para pagar al dueño, debe hacerlo en conciencia, en virtud del contrato. Todo poseedor exclusivo de una cosa, debe reconocerla por común en cuanto al uso; aplíquese este principio á los inmuebles. En cuanto al uso, la fortuna es común entre el pobre y el rico, y con más razón, los inmuebles en cuanto al uso son comunes entre el dueño y el colono, el cual debe ante todo encontrar allí subsistencia. Esto es lo que pretende asegurar la *Union démocratique*» (1).

Omitimos mucho, porque lo dicho basta y sobra, porque aunque hiciéramos un libro de citas no las agotaríamos, y porque hay que ver cómo hablan de la distinción de clases, por ejemplo, y del amor al pobre.

Mr. Leon Harmel, casi un oráculo de los demócratas cristianos:

«Los diarios conservadores (católicos rancios) consideran al obrero como un ser inferior y peligroso, como un esclavo que no puede estar sino en opresión ó en rebeldía; temiendo ésta, prefieren aquélla. Hoy día no hay más que dos fuerzas sociales: el clero y el pueblo obrero, coordinándolas preparemos la sociedad del porvenir y los triunfos de Jesucristo. Las clases acomodadas, minadas por el paganismo y el placer, han quedado reducidas á la impotencia... Dicen que responda á sus ataques; no quiero responder á los muertos... (2) En la teoría usual el dueño ó patrón está revestido de cierta autoridad de la que los obreros no deben juzgar, etc... Pues bien, esta bella teoría que tanto ha penetrado en conciencias muy honradas, es una pura ilusión. La pretendida autoridad del patrón, así entendida, no tiene otra base que el libre consentimiento de los interesados. El patrón es un contratante, los obreros la otra parte. Es menester renunciar á la quimera de tal autoridad. Toda autoridad facticia y fingida no sirve para nada, y así hay que hacerlo de alto abajo en toda la escala social. Esta será la igualdad democrática conseguida por la organización de los intereses» (3).

Después de esto, ocupan propio lugar las ironías volterianas del abate Naudet, acerca de la paciencia y resignación:

---

(1) *Le Bien du peuple*, 31 Diciembre 1893.—(2) *Le Bien du peuple* de Lieja, 23 Julio 1903.—(3) *Le Bien du peuple* de Mr. Pottier, 2 Julio 1893.

Biblioteca Nacional de España

«Cierto que es una hermosa virtud; pero cuando se dice: resígnate, en el cielo tendrás tu premio, eso no basta...» (1). «Nuestro ideal no se satisface con una sociedad que ponga por base la resignación y por cúspide la caridad» (2). «El pueblo se revuelve porque padece; nosotros le contestamos que se convierta, pero como dice un Arzobispo americano, hasta que la condición de los trabajadores no sea mejor, no se les puede hablar de vida sobrenatural y de deberes (3). «Yo soy de la Iglesia de hoy y de la de mañana, pero no de la de hace cien años... La Gloria, el Paraíso lo quiero dar en seguida en la tierra mientras se espera el otro» (4).

Sirva de punto final un incidente histórico que pone en clara luz el lenguaje modernista acerca del amor á los pobres, y perdone Jesucristo Nuestro Señor las insinuaciones blasfemas de sus mayores enemigos.

Se trata de democratizar al mismo Cristo, Nuestro Salvador, de presentarle como el tipo del anarquista moderno odiado de los pudientes, seguido de la hez del pueblo.

Mr. el abate Camper, soltó una vez en un banquete la frase de que: «si Cristo tiene una aureola, es porque se encanalló con los golfos, y esos hombres (los conservadores y hacendados) son los que le crucificaron». Suscitóse con ocasión de esta frase un escándalo, inmotivado, como escribía Mr. Ch. Adret en *La Vérité Française:*

«Porque todo el que tenga una tintura de la literatura democrática sabe que el abate Camper no fué el autor de esa unión escandalosa de palabras. Sino que el abate Naudet, en su libro *Vers l'avenir*, dijo que «si la Iglesia fué tan poderosa en la Edad Media fué porque se encanalló mucho (pág. 311); en el diario de Mr. el abate Garnier escribió en 28 de Diciembre último el abate Dabry, entonces redactor-jefe, hablando de la vida pública de Nuestro Señor que «durante tres años fué le gran feria de la canalla», y en 8 de Enero siguiente el mismo firmaba un artículo intitulado: *El amigo de los raheces*, designando así la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo» (5).

Con esto tienen una idea los lectores hasta de la literatura modernista; cómo admiten otros errores de la revolución, cómo, verbigracia, el sufragio universal como única fuente de derecho, lo veremos al mismo tiempo que exponemos lo que puede llamarse

Tercer error: Democratización de la Iglesia.—No es tiempo de entretener á los que tengan la paciencia de leer todas estas páginas, y en especial los dedicados á dejar hablar en modernista, con nuevas parrafadas de prosa histórica, indigesta, llena de palabras, palabras

---

(1) Ibid., 4 Diciembre 1893.—(2) *Justice Sociale*, 15 Julio 1893.—(3) Id., id., 17 Marzo 1894.—(4) Discours de Angers, 3 Marzo 1895.—(5) 23 Junio 1898.

Biblioteca Nacional de España

y más palabras sobre el obrero de Nazaret, la condición de los Apóstoles, la destrucción de razas y condiciones, el amor de la Iglesia á las masas populares y cien otros lugares comunes, que si prueban contundentes la divinidad de la Iglesia, que se propagó y propaga por el cetro de hierro que es primero caña de Ecce-Homo, no significa, ni puede significar que fueran rechazados los nobles senadores, los consulares, las damas romanas, los reyes y emperadores, los ricos del mundo, con tal que supieran entender y practicar las virtudes del Evangelio; San Paulino, San Jerónimo, Santa Paula, Santa Pulqueria, Santa Elena, Constantino y Teodosio, para no citar sino nombres ya vulgares del Imperio; por no hablar de Santa Clotilde, San Gotrando, Santa Radegunda, San Hermenegildo, San Leandro, Santa Florentina, San Gregorio M., Clodoveo, Carlo Magno, San Esteban de Hungría, Santa Isabel, San Casimiro, San Eduardo, San Luis y San Fernando, y de tantos otros reyes, duques, potentados y guerreros que honraron con la santidad los esplendores del nacimiento, de la alteza y de la autoridad.

Mas lo inaudito é increíble de los modernistas es que en su plan preconcebido de formarse una Iglesia esencialmente democrática y rahez, acudan á probar esto al siglo de las Cruzadas. Las Cruzadas, que fué un movimiento europeo, pero presidido por los reyes, los poderosos, los señores feudales, los guerreros, movimiento en que se distinguen Pedro el Ermitaño, Urbano II y San Bernardo, pero acompañados de Godofredo, Ricardo de Inglaterra, los Emperadores alemanes y Luis VII y Luis IX, reyes de Francia. Nadie sino unos hombres desatentados dirán que aquello fué un movimiento *democrático social*..... Pero así escriben la historia los modernistas.

Mas aunque así fuera, de aquí á lo que ellos pretenden hay un abismo. Oigamos resumir las pretensiones de modernistas y demócratas (ya hémosles visto coincidir), al valeroso Mgr. Delassus, premiado por Su Santidad Pío X con la mitra por sus batallas contra entrambos:

«Los modernistas razonan de este modo: La religión no proviene de una revelación exterior y que venga de fuera, que venga de Dios, sino que tiene su principio y su frente en la conciencia de cada uno: así dicen los inmanentistas vitales. Se comunican entre sí las conciencias individuales, y de aquí surge una conciencia colectiva, que por ser colectiva es una sociedad y religiosa. ¿Cómo se debe gobernar esta sociedad? Por una autoridad que sea el producto vital de las conciencias individuales, por una autoridad que emane de una manera de sufragio universal y que dependa de las conciencias que

Biblioteca Nacional de España

la han creado. La autoridad religiosa que llega á olvidar este origen y esta dependencia se hace tiránica, y eso es lo que por desgracia acaece hoy día. Por eso si la autoridad eclesiástica no quiere fomentar este conflicto «debe plegarse á las formas democráticas», «debe armonizarse á las formas civiles», «debe acomodarse á las formas populares». «Es menester que su espíritu y sus procederes se pongan en relación con la conciencia popular que evoluciona hacia la democracia»; «es necesario que se dé parte del gobierno al clero bajo y aún á los laicos», «que la autoridad se descentralice», de no hacerlo así, guay de la religión, «porque sería loco quien pensara que el río de las libertades va á remontar su corriente.

»Los demócratas cristianos argumentan de otro modo, pero llegan á lo mismo. Imbuídos de los falsos dogmas de J. J. Rousseau, creen que el estado social no es obra de Dios, sino del hombre, resultando del contrato social que los hombres, hartos de ser salvajes, hicieron un día feliz entre sí. Saliendo la sociedad de un contrato, habiéndose convenido en crear una autoridad que los gobierne, ésta depende de todos. De aquí la soberanía popular que da ó quita, ensancha ó restringe el poder; de aquí el sufragio universal como única fuente de derecho, el régimen democrático, que los demócratas cristianos ó no cristianos declaran el régimen por excelencia, el único razonable, el solo. Por tanto, siendo este régimen el solo, el mejor, el excelente debe ser el de la Iglesia, como es el del Estado... Para tomar de esto algún convencimiento bastará recordar aquí palabras de uno de sus jefes, pronunciadas en circunstancias bien solemnes en lo alto de la tribuna más conocida y más elevada que hay».

Era el 15 de Enero de este año de 1907 y Mr. el abate Lemire subió á la tribuna del Congreso y allí dejó oir su voz estas palabras:

«No reconozco en nadie derecho para hacernos á los católicos siervos de un régimen centralizador, de un régimen Luis XIV. La Constitución de la Iglesia no está formada sobre ninguna de las formas efímeras del gobierno humano. La Iglesia no es una monarquía. Es, hablando con propiedad, una jerarquía que es muy diferente. Está gobernada por una serie de autoridades locales dependientes unas de otras y *vigiladas* por una autoridad central y superior...»

He aquí cómo los demócratas cristianos llegan á una disposición de ánimo que les hace pesada la situación de la Iglesia y de sus fieles, creada por la Constitución esencial que Jesucristo le dió. En la mayor parte esto no produce sino una predisposición que les hace poco sumisos á la autoridad; en los jefes esto es una idea clara, determinada, que se manifiesta cuando se presenta ocasión, como se le presentó á Lemire en el decurso de la discusión de la separación de la Iglesia del Estado, cuya ley, con las asociaciones culturales, tendía á democratizar la Iglesia.

Nuestro Santo Padre el Papa no se contentó en su Encíclica con decir cómo y por qué los modernistas querían democratizar la Igle-

Biblioteca Nacional de España

sia, sino que se hizo eco de las profecías de estos señores que avisan á la Iglesia que si no se rinde á las invitaciones que ellos les hacen de reformar cuanto antes su Constitución, no puede contar sino con muy pocos días de vida.....

Estas amenazas que los demócratas cristianos cantan al unísono con los modernistas, son la continuación de la antifona entonada hace tres cuartos de siglo por su padre y maestro, Lamennais..... Fogazzaro, Rifaux, Naudet, Sangnier y otros, no son sino sus ecos, sus fieles ecos (1).

III

El modelo de la acción social católica.

Era el año 1897. Después de varios de interrupción por la persecución francmasónica, podían numerosos sacerdotes franceses acaudillar á los pies de León XIII una imponente peregrinación obrera. Allí, en aquellas falanges de peregrinos, había hijos fieles de la Iglesia é hijos díscolos, había adoradores en espíritu y verdad y adoradores de corazón alejado de Jesucristo, había trigo y cizaña, había gérmenes de modernistas y sinceros hijos de la Francia cristianísima. A los hijos, al trigo, á los adoradores en verdad, á los hijos sumisos habló con palabra de consejo y amor el Padre común y al hablar á ellos quería tocar el corazón de los Judas, quería trocar la cizaña en trigo, quería iluminar á los extraviados y obcecados:

«Dulce Nos es expresar nuestra satisfacción en este momento, y en una tan numerosa y espléndida reunión de sacerdotes franceses que contemplamos en derredor nuestros unidos á la peregrinación obrera. Su presencia nos agrada porque bien sabemos Nos que se consagran de palabra y de obra á promover el bien moral y material de los obreros, disipando los equívocos, inculcándoles la concordia y haciendo penetrar en sus clases las reglas de la vida cristiana...»

Después que el Vicario de Jesucristo en la tierra hubo hablado en estos y parecidos términos para consuelo de los que habían de permanecer y luz y llamamiento de los descarriados, ondeó en aquella muchedumbre una bandera, la bandera de la Francia de Montmartre, el estandarte del Sagrado Corazón de Jesús. León XIII, nos cuentan, lo abrazó, lo besó respetuoso y lo consagró como un

(1) *La Semaine Religieuse*, de Cambrai, 9 de Noviembre 1907.

Biblioteca Nacional de España

lábaro del orden social que solo en él y en su amor puede encontrar salvación.

Otro silbo fué este del Pastor de las almas, para atraer á los demócratas y modernistas: tuvieron oídos y no oyeron.

Pero si algo suenan las predicaciones emanadas de este Corazón divino, es el amor verdadero á los pueblos; si algo es el Corazón de Jesucristo, es el modelo del Apóstol social católico en nuestros días.

En efecto, al andar en sus tres años de predicación entre tantas y tan grandes lacerías y trabajos de aquel pueblo lleno de ellos, se aflige y compadece Nuestro Salvador, como de Corazón nobilísimo, de todos. Las lágrimas de la viuda de Naim, determínanle á usar de su poder para dar nueva vida al hijo difunto; los clamores y la insistencia de la mujer cananea, le ablandan para hacer un milagro aún con los que no eran ovejas de Israel; las importunaciones del ciego de Jericó, encuentran eco en su Corazón compasivo y misericordioso; las lágrimas de María, hermana de Lázaro cuatriduano, rompen la disimulación momentánea en que se encerraba y le arrancan lágrimas, turbación de Corazón y la voz imperativa del milagro; el cansancio, el hambre, el desfallecimiento de una muchedumbre dócil que le seguía, le hace decir aquel: *Misereor super turbam*, que ha inspirado tantas obras de caridad y amor en los amantes del Corazón Divino.

Hambre, enfermedades, defectos de miembros, posesiones diabólicas, tribulaciones en accidentes físicos como las borrascas, la muerte misma, todo lo que era desdicha humana, ocasión de dolor, todo causaba aflicción en el pecho de Jesucristo y, aunque todo, como observa muy bien San Agustín, no lo remediaba prodigiosamente, todo lo consolaba con enseñanzas y mucho también milagrosamente remediaba: es cierto que en muchas ocasiones se ve puesta su omnipotencia á servicio de la ardiente caridad de su Divino Corazón.

Mas apártense los demócratas y modernistas con sus sofismas hijos del racionalismo bíblico con los cuales pretenden demostrar que sólo la compasión humana, la filantropía, el deseo de remediar la necesidad física, le movió. Jesucristo Nuestro Señor es ante todo y sobre todo predicador de la verdad, fundador y testigo de nuestra fe; si la compasión á los esposos de Caná le impulsa á evitarles con un prodigio el sonrojo famosísimo, es para comenzar la carrera de sus testimonios y para que sus discípulos crean en Él; si cierra en su vida pública la serie de sus compasiones con la resurrec-

Biblioteca Nacional de España

ción de Lázaro, es para que se manifieste la gloria de Dios, es dilatando el tiempo para rodear de circunstancias espléndidas el prodigio, es para hacer una obra de misericordia como obra de celo y de propaganda; si se compadece de la turba, es porque le habían seguido días y días oyéndole predicar, es para manifestar con una sorprendente multiplicación de panes y peces, quién era quien les hablaba; era con tanta subordinación á la predicación evangélica que cuando ellos después le volvieron codiciosos del pan terreno á buscar le encontraron con la reprensión, el consejo y la sublime enseñanza en los labios: *operamini non cibum qui perit*, buscad el manjar que no perece; manjar de fe, de enseñanza y de mi propio Cuerpo y Sangre, que os doy y os prometo.

Fieles los Santos Apóstoles á esta manera de compadecerse de los pobres, heredado de su Maestro y en el Corazón Divino aprendida, se compadecen Juan y Pedro del cojo de nacimiento de la Puerta Especiosa; pero no para darle plata y oro que no tenían, sino para hacerle creer en Jesucristo y tomar ocasión de predicarlo á una muchedumbre de cinco mil. Y cuando esta muchedumbre quiere participar de los beneficios de este Señor, cuyos tesoros descubrían los Apóstoles, empieza por recibir la señal del Bautismo, salirse de la Sinagoga y quemar lo que habían adorado. Pertenecían ya á aquel pueblo de adquisición, gente santa, Ciudad de Dios, que no debe mezclarse con el pueblo de perdición, ni comer con él, *nec cibum sumere*, ni aún siquiera saludarle, *nec Ave ei dixeritis*, consejo que bebió en el Pecho del Señor el Apóstol de la Caridad.

Es que Nuestro Señor Jesucristo enseñó y practicó lo que los Santos Apóstoles enseñaron y practicaron y, practicándolo y enseñándolo, formuló San Pablo en aquellas palabras: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi*, siempre y en todo reconozca en nosotros el hombre al ministro de Cristo, al predicador del Evangelio; si nos hemos de compadecer, compadezcámonos primero de lo que es primero; de la ceguedad del alma, antes que de la del cuerpo; de la enfermedad de las concupiscencias, antes que de las producidas por gérmenes patógenos en el organismo; de la muerte del alma en sus pecados, que de la corporal y transitoria; de la turba que no conoce á Jesucristo, ó que no aprecia los tesoros de su Corazón, que de la materialmente hambrienta y sedienta: *ut ministros Christi*.

Tal fué siempre el lenguaje de la Iglesia en todas sus edades: tal fué en los últimos tiempos el de los adoradores del Sagrado Corazón, que como La Colombière, Croisset, Cardaveraz y Calatayud;

Biblioteca Nacional de España

como los religiosos, nobles y religiosas del tiempo del Terror; como las Hijas de la Visitación y los Padres de nuestra Compañía se presentaron á los pueblos consolándolos, animándolos y sacrificándose, pero como Apóstoles del Sagrado Corazón: *ut ministros Christi.*

Así quiso León XIII, así quiere Pío X que sea nuestro apostolado social:

«Es evidente que ante todo es menester mirar al objeto principal, que es el perfeccionamiento moral y religioso, que es, sobre todo, el fin que debe regular la economía de estas obras sociales; de otro modo degenerarían y caerían bien pronto, ó poco faltaría en el número de sociedades donde no hay religión manifiesta. Pues de ¿qué le serviría al artesano encontrar en la corporación abundancia material si la falta de alimentos espirituales ponen su alma en peligro de muerte? *Quid prodest homini si mundum universum lucretur animae vero suae detrimentum patiatur?* ¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero si sufre detrimento en su alma? Este es el carácter con que Nuestro Señor Jesucristo quiere que se distinga el cristiano del gentil: *Haec omnia gentes inquirunt... Quaerite ergo primum regnum Dei et iustitiam eius et haec omnia adjicientur vobis.* Estas cosas terrenas las buscan los gentiles; buscad vosotros primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». (León XIII, Encíclica *De conditione opificum.)*

Pío X en su Encíclica de 4 de Octubre 1903:

«Los tiempos actuales requieren acción, pero acción que consista en la profesión franca y abierta de la Religión Católica».

En su Encíclica de Junio de 1905, escribe:

«El católico debe acordarse, sobre todo, de ser en todas las circunstancias y de aparecer verdaderamente católico, aceptando el desempeño de los cargos públicos y ejerciéndolos con el firme y constante propósito de promover con todo su poder el bien social y económico de la patria, y singularmente del pueblo, según las máximas de la civilización puramente cristiana, y defender juntos los intereses supremos de la Iglesia, que son los de la religión y de la justicia».

Este es eco cien veces repetido de aquella voz: *Sic nos existimet homo*, téngannos todos *ut ministros Christi.*

Ni es menor modelo del corazón apostólico social el Corazón de Jesús si se atiende á su amor verdadero y santo, á los pobres sin declinar ni á la adulación á los poderosos ó al odio mal encubierto á la propiedad, distinción de clases y demás necesarias preeminencias sociales.

Biblioteca Nacional de España

Ya al nacer quien era Rey esencialmente y por naturaleza, como que por tal le había ungido su Padre Eterno, rodeó su pesebre pobre y desabrigado de todas las categorías de cielo y tierra para demostrar, como observa San Ambrosio, que no venía á destruirlas, sino á santificarlas: las jerarquías angélicas las llamó á un mandato de su Padre para que al entrar Él, como primogénito de ángeles y hombres en el mundo, le adorasen; padre y madre escogió reducidos y modestos en bienes temporales, pero no mendigos ni de la última capa social, antes de regia davídica estirpe y que precisamente se hallaban en Belén por confesarlo así; amó á los más pobres, es cierto, y por eso llamó con angélicas armonías á los pastores, mas no abominó ni despreció á los ricos, antes con prodigios estelares convocó allí también á los poderosos Reyes del Oriente; la viuda profetisa del templo y el sacerdote Simeón vinieron á recibirle á los cuarenta días en representación de los modestos y privilegiados del pueblo elegido; y si rechazó á Herodes, á Anás y á Caifás, y á los engreídos betlemitas, no fué por su grado jerárquico, sino por sus pecados y mala voluntad.

Durante su predicación mostró las mismas entrañas de caridad para con todos. Si Él, modelo de Apóstoles, no tenía dónde reclinar su cabeza, si lloraba con triste queja, que parece amenaza, los engaños de las riquezas y de los ricos que no tienen puesto su consuelo sino en la tierra; si á sus discípulos enviaba á predicar sin alforjas ni prevenciones: no desdeñaba los esplendores de los esposos de Caná escogiendo su convite para su primer milagro, llamaba á su conocimiento al rico Zaqueo enseñándole á restituir lo mal adquirido pero no todo lo adquirido, dejaba en su áurea fortuna á sus amigos Lázaro y sus santas hermanas, y quiso agradecer los oficios que la posición y autoridad de José de Arimatea y Nicodemus pudieron dar á su cadáver para ser noblemente sepultado, y al despedirse de sus Doce y dejarlos en el mundo de pobres y de ricos les dijo que los que á Él le hubieran perseguido, perseguirían á ellos y que los que á Él hubieran recibido y creído, á ellos también los recibirían y creerían. ¿Qué más? Viéndose Él sentado en el Olivete en presencia de todas las magnificencias de la rebelde Jerusalén y abarcando con su mirada soberana y escudriñadora de la historia cuanto de gloria, grandeza y bienestar, cuanto de realeza y dominio le había un tiempo dado y cuanto le deseaba dar, mostró las ternezas de su Corazón llorando sobre ella porque no había correspondido á su insistente deseo de cobijarla bajo sus alas, *quemadmodum gallina*, sino que se

Biblioteca Nacional de España

había arrojado á la maldición que Tito y Vespasiano habían de ejecutar sobre ella. El Corazón de Jesús amaba aquel esplendor humano que los Profetas habían á Jerusalén prometido y lloraba sobre aquella ruina que sus pecados acarreaban sobre su frente. Atrás, atrás, pues, los sacrílegos calumniadores que hacen de los años de predicación de Jesucristo, nuestro adorable Redentor, «la fiesta, la pascua de la canalla».

Si el odio manifiesta, como el amor, los efectos del corazón, el del Sacratísimo Corazón de Jesucristo manifestó como su amor, los que atesoraba con los pobres y con los ricos. Censuró Nuestro Salvador la dureza é incredulidad de sacerdotes y escribas, calló tenazmente ante Pilato, Herodes y Caifás, fulminó su anatema contra el cruel Epulón; pero no se ablandó delante del materialismo y codicia de la turba que le buscaba porque le dió de comer, ni habló ante el populacho que en la plaza del pretorio le pedía para la muerte, ni dejó de quejarse contra los raheces y viles que á las puertas de la ciudad cantaban contra él coplas entre las asquerosidades de la embriaguez, ni dejó sin efecto la lluvia vengadora de su sangre sobre la muchedumbre anónima que la pidió sobre sus cabezas. Atrás, pues, otra y mil veces los calumniadores blasfemos que hacen á Nuestro Salvador un demagogo y sus años de predicación «la fiesta, la feria de la canalla».

En estos amores y odios del Corazón de Jesús, ha encontrado siempre la Iglesia de Jesucristo su modelo. Con los Apóstoles ha reprendido á los ricos que defraudan de lo debido el jornal de sus trabajadores; pero allí donde la justicia cesa no ha querido nunca que la limosna sea por fuerza y con apuro propio, ni ha querido empobrecer á los que tienen, para enriquecer á los que necesitan: ha dicho la verdad y la ha predicado libremente bajo las varas y golpes de Anás y de Caifás, porque es menester obedecer á Dios sobre los hombres; pero ha retirado su palabra de desacato con San Pablo al conocer que aquél contra quien la profería era un ministro de la autoridad que viene de Dios; ha confesado y afirmado que delante de Jesucristo no hay siervo ni libre, no hay esclavo ni señor, porque todos son el reino de la gracia, son siervos de un mismo Dueño y libres con la libertad de la redención; pero ha mandado á los esclavos que acaten aún á sus señores gentiles é infieles porque en ellos agradaban á Jesucristo, y daban testimonio de su doctrina sirviendo á los señores y amos temporales; tampoco, pues, los años de la predicación apostólica fueron «la fiesta, ni la feria de la canalla».

Biblioteca Nacional de España

A estas enseñanzas bebidas en el Corazón de Jesucristo, fué siempre fiel la Iglesia Católica, y con ella y en ella los propagadores de la nueva devoción á ese mismo Corazón divino, durante los turbulentos años del nefasto siglo XVIII. Estos Apóstoles de la renovación del mundo por el Corazón de Jesús, tomaron, es cierto, para sí la pobreza y humildad del Salvador; pero no dejaron de atender las clases y las diferencias establecidas por el mismo Señor y Autor del orden natural y del sobrenatural. Ya la bienaventurada Margarita María, quiso hacer oir su voz, que no era sino la de su Divino Maestro, en la opulenta corte de Luis XIV; fieles á esta enseñanza, hablaron también los devotos del Corazón de Jesús á Luis XV, y en las amarguras del Temple oyó el desgraciado Luis XVI, aunque tarde para él, como rey, los llamamientos hechos á sus padres por este Corazón divino. Todos los Apóstoles de la nueva devoción ó del nuevo reinado hicieron lo propio, y al mismo tiempo que fundaban Congregaciones y repartían imágenes y escudos del Corazón de Jesús, entre toda clase del pueblo, para animarlos á las virtudes propias de su estado, no exceptuaban, antes se dirigían al Rey, á los magistrados, al primado de Polonia, al elector de Baviera, Fernando María y á su esposa la princesa del Piamonte, Enriqueta Adelaida, á la princesa de Carignan y á sus hijas, al duque de Saboya, Carlos Manuel II, al católico Rey de España Felipe V, con toda su real familia.

Llegó el año del Terror; la Historia, con vergüenza, ha encadenado en sus páginas y clavado allí, como en eterna picota, aquella fiesta de salvajes, de fieras, de demonios. ¿Qué era? Era la plebe soberana; eran los desvestidos, los raheces que ejercitaban una soberanía de destrucción; pues en aquellos momentos el Corazón de Jesús aparece como reprensión de ellos y objeto de su odio; pintar sus estampas, delinear su figura, coser sus escapularios se tenía como signo de realismo, de absolutismo, de reacción, y por tan atroz delito fueron vejadas ó llevadas á la guillotina las Salesas de los monasterios de Montelimart, Chartres, Perigueux, Clermont, Amiens, París, Lyon, Saint-Flour, Briondre, Saint-Céré, Aurillac, Villefranche, Paray, Avignon, Marseille, Nantes, Toulouse, Rouen, Arles, Blois y Pont-à-Mousson. De las demás religiosas, á cientos y á miles fueron expulsadas, aherrojadas, guillotinadas y ya han subido á los altares de estas víctimas sacrificadas por el populacho, por la bacanal de la canalla, las Religiosas Carmelitas de Compiegne. ¡Es que Jesucristo, ni en sí, ni en la devoción al Sagrado Corazón, ha sido nun-

Biblioteca Nacional de España

ca el demagogo de las turbas, el promotor de las fiestas canibalescas de la canalla!

Acabemos con las palabras de León XIII.

Quien abundando en estos afectos del Corazón de Jesús, y amando al pueblo, no para el orgullo, el delirio y la ruina, sino para la resignación, la paciencia y el cielo; al propio tiempo que en su Encíclica *De conditione opificum* se duele de las verdaderas injusticias y falta de caridad de los ricos, al mismo tiempo que se esfuerza por buscar un lenitivo y remedio á los males de los pobres, no se olvida de aconsejarles la paciencia y resignación con su estado y en su suerte, diciendo así:

«El primer principio que se debe establecer es que el hombre debe llevar con paciencia su posición. Las desigualdades sociales son necesarias. El trabajo y la desdicha son dos consecuencias inevitables del primer pecado. Es error capital creer que estas diferencias deben constituir las clases en estado de lucha. Para disminuir este conflicto las instituciones cristianas poseen admirable virtud; en primer lugar la economía de las verdades religiosas, cuya guardia y custodia ejercita la Iglesia y cuyo intérprete es, sirve por su naturaleza para reconciliar los pobres con los ricos, recordándoles á todos sus deberes».

Por eso el mismo Pontífice cohibió en sus demasías á los demócratas cristianos prohibiendo «cuanto pueda inspirar aversión á las clases superiores que no contribuyen menos que el pueblo llano á la conservación y perfección de la sociedad» (1).

Por último, en ningún otro modo se mostró más el amor encerrado en el Corazón de Jesús para con su Iglesia, que en fortificarla contra los embates satánicos en la solidez de la Piedra evangélica, que con la unidad de su régimen monárquico, en San Pedro y sus sucesores.

No hay que repetir que este amor á la Iglesia del Corazón de su Divino Fundador, la ha acompañado en vicisitudes tan diversas como los períodos de la historia, hasta traerla incólume en su jerarquía y en su dogma hasta nuestros días.

La devoción al Corazón sacratísimo nació amando como su divino Maestro, defendiendo esta prerrogativa, oponiéndose al jansenismo, que la negaba, y buscando en los Pontífices calor y amor en

(1) Instr. C. NN. EE. EE., 27 Enero 1902.

Biblioteca Nacional de España

sus primeras luchas con el infierno. La Santa Sede correspondió al amor de ellos y Clemente XIII aprobó la fiesta del Divino Corazón, enriqueció con indulgenias sus Cofradías, y animó á los devotos en piedad; Pío VI se irguió en su Sede y calcinó con el anatema las blasfemias del Sínodo de Pistoya contra este dulcísimo Corazón; Pío VII llamó á la vida de nuevo á la Compañía de Jesús que por el apostolado del Sagrado Corazón había encontrado su muerte y en él había esperado sin temor de ser confundida; Pío IX permite la Consagración de la Iglesia al Sagrado Corazón de Jesús, y León y Pío, sus sucesores, consagran el mundo todo al Corazón divino de Jesucristo.

No hay, pues, ofensa mayor para el Corazón de Jesucristo que herir de muerte á su Iglesia minando su jerarquía; ni puede la Iglesia tener mejor escudo contra estos enemigos que el Corazón amante de su Fundador.

Por eso al ver que los modernistas con aspiraciones del alma moderna minaban en su piedra fundamental la Iglesia, se alzaron los Pontífices y los condenaron.

Oigamos á Pío X describiendo y condenando el error de la Constitución de la Iglesia, según los modernistas:

«Afirman en primer lugar que la Iglesia nace de doble necesidad; una, la del creyente, sobre todo aquel que ha adquirido la primitiva y propia experiencia, de comunicar su fe con otros; y otra, de la colectividad que nace después que la fe se hace común entre varios y es necesaria para formar sociedad, para defender, para aumentar y propagar el bien común. ¿Qué es, pues, la Iglesia? Es el parto de la conciencia colectiva ó de la unión de las conciencias singulares... Como toda sociedad necesita autoridad que la rija y que tenga por oficio dirigir á los asociados al fin común y defender unidos á los diversos elementos, lo cual en las sociedades religiosas se hace con la doctrina y el culto; de aquí que hay tres clases de autoridad en la Iglesia Católica, á saber: disciplinar, dogmática y litúrgica. La medida de esta autoridad se debe medir por su origen, y de su naturaleza han de brotar los deberes y los derechos. En las pasadas edades era un error vulgar el decir que la autoridad le había venido á la Iglesia de fuera, es decir, de Dios, y por eso se la tenía por autocracia. Pero eso todo está ya anticuado. Porque del mismo modo que la Iglesia brota de la colectividad de las conciencias, así la autoridad se deriva vitalmente de la Iglesia. Procediendo, pues, la autoridad, como la Iglesia, de la conciencia religiosa, es inferior á ella, y si desprecia esta sujeción se convierte en tiranía. Pues bien, vivimos en unos tiempos en que el sentido de la libertad ha subido á lo sumo y en lo civil la conciencia pública introdujo el régimen popular. Como en el hombre la conciencia, como la vida, es una cosa; por eso, á no ser que quiera la autoridad de la Iglesia suscitar en el hombre continua guerra interior, debe usar de formas democráticas; y si no lo hace, le amenaza

Biblioteca Nacional de España

la muerte. Porque es locura pensar que se va á dar paso atrás en el sentido de la libertad, que ahora predomina. Al contrario, cuanto más lo opriman y encierren más raíces echará con ruina de la religión y de la Iglesia» (1).

De este concepto herético de la Constitución y autoridad de la Iglesia Católica dependen también estas absurdas consecuencias que los modernistas sacan y Pío X condena:

«Pretenden además variar por completo la acción y régimen eclesiástico en el orden social y político de modo que al propio tiempo que se aparta de las leyes civiles se acomode á ellas para llenarlas de su espíritu...»

«El régimen de la Iglesia debe ser, claman, reformado en todos sus órdenes, sobre todo en el disciplinar y el dogmático. Por eso debe dentro y fuera acomodarse á la conciencia moderna, que toda ella tiende á la democracia; por eso se debe dar al clero inferior, y aún á los mismos legos, participación en el gobierno de la Iglesia, y dividir la autoridad demasiado centralizada» (1).

---

(1) Ponunt initio eam ex duplici necessitate oriri, una in credente quovis, in eo praesertim qui primigeniam ac singularem aliquam sit nactus experientiam ut fidem suam cum aliis communicet; altera, postquam fides communis inter plures evaserit, in collectivitate ad coalescendum in societatem et ad commune bonum tuendum, augendum, propagandum. Quid igitur Ecclesia? partus est conscientiae collectivae sen consociationis conscientiarum singularium, quae vi permanentiae vitalis, a primo aliquo credente pendeant, vid. pro catholicis á Christo. Porro societas quaepiam moderatrice auctoritate indiget, cuius sit officium consociatos omnes in communem finem dirigere et compagis elementa tueri prudenter quae in religioso coetu doctrina et cultu absolvuntur. Hinc in Ecclesia catholica auctoritas tergemina, disciplinaris, dogmatica, cultualis. Jam auctoritatis huius natura ex origine colligenda est; ex natura vero jura atque officia repetenda. Praeteritis aetatibus vulgaris fuit error quod auctoritas in Ecclesiam extrinsecus accesserit, nimirum immediate a Deo; quare autocratica merito habebatur. Sed haec nunc temporis obsolevere. Quo modo Ecclesia e conscientiarum collectivitate emanasse dicitur, eo pariter auctoritas ab ipsa Ecclesia vitaliter emanat. Auctoritas igitur, sicut Ecclesia, ex conscientia religiosa oritur, atque ideo eidem subeat; quam subiectionem si spreverit in tyranniden vertitur. Ea porro tempestate nunc vivimus, quum libertatis sensus in fastigium summum excrevit. In civili statu conscientia publica populare regimen invexit. Sed conscientia in homine, aeque atque vita, una est. Nisi ergo in hominum conscientiis intestinum velit excitare bellum ac fovere, auctoritati Ecclesiae officium inest democraticis utendi formis; eo vel magis quod, ni faxit, exitium imminet. Nam amens profecto fuerit, qui in sensu libertatis, qualis nunc viget, regressum posse fieri aliquando autumet. Constrictus vi atque inclusus, fortior se profundet, Ecclesia pariter ac religione deleta. (Encíclica *Pascendi*).—(2) Item ecclesiastici regiminis actionem in re politica et sociali variandam contendunt, ut simul a civilibus ordinationibus exulet, eisdem tamen se aptet ut suo illas spiritu imbuat... Regimen ecclesiae omni sub respectu reformandum clamitant, praecipue tamen sub disciplinari et dogmatico. Ideo intus forisque cum moderna ut aiunt, conscientia componendum, quae tota ad democratiam vergit, ideo inferiori clero ipsisque laicis partes tribuendae et collecta nimium contractaque in centrum auctoritas dispertienda. (Encíclica *Pascendi*).

Biblioteca Nacional de España

Quien haya leído algo de la historia actual de Francia y de Italia y Bélgica desde treinta años acá, comprenderá, refiriéndose Su Santidad á esas Asambleas, reuniones públicas, Congresos, etc., en que ó presidían ó enseñaban seglares como Fogazzaro, Fonsegrive y Harmel á sacerdotes y seminaristas de distintas diócesis, ó Congresos eclesiásticos, contra los que tan elocuente diserta Mgr. Turinaz en su obra *Les Perils de la foi* y contra los que finalmente apercibe la Encíclica *Pascendi* en estos términos:

«Ya conmemoramos (y encomendamos á la vigilancia episcopal) los Congresos y públicas reuniones en que suelen los modernistas defender en público y propagar sus opiniones. Congresos sacerdotales no permitan los Obispos que se tengan, sino rarísimos. Si los permiten sea con esta condición, que no se trate en ellos nada que toque á la Santa Sede ó á los Obispos, que no se proponga ni se pida nada que infiera arrogarse ellos la potestad sagrada, que ni una palabra haya que huela á modernismo, presbiterianismo ó laicismo. A estos Congresos, cuya licencia se dará para cada uno por escrito y á su tiempo, no podrán concurrir sacerdotes de otras diócesis sin letras comendaticias de su Ordinario. Acuérdense bien todos los sacerdotes de estas gravísimas recomendaciones de León XIII: Sagrada sea para los sacerdotes la autoridad de sus Prelados; tengan por cierto que su ministerio sacerdotal no será ni santo, ni útil, ni bueno, sino bajo el magisterio de sus Obispos» (1).

Con tales enseñanzas, haciéndolas nuestras, perpetuemos nosotros el amor del Corazón de Jesús á su Iglesia, queriéndola, como El la quiere, santa, inmaculada y perpetua é inconmovible, asentada en roca viva de fe y disciplina para contrastar todas las tempestades que le mueva el infierno.

ASÍ SEA

---

(1) Congressus publicosque coetus iam supra memoravimus, utpote in quibus suas modernistae opiniones tueri palam ac propagare student. Sacerdotum conventus Episcopi in posterum haberi ne siverint, nisi rarissime. Quod si siverint, ea tantum lege sinant ut nulla fiat rerum tractatio, quae ad Episcopos Sedemve Apostolicam pertineat; ut nihil proponatur vel postuletur, quod sacrae potestatis occupationem inferat; ut quidquid modernismum sapit, quidquid presbyterianismum vel laicismum, de eo penitus sermo conticescat. Coetibus eiusmodi, quos singulatim, scripto, aptaque tempestate permitti oportet, nullus ex alia dioecesi sacerdos intersit, nisi litteris sui Episcopi commendatus. Omnibus autem sacerdotibus animo ne excidant quae Leo XIII gravissime commendavit: Sancta sit apud sacerdotes Antistitum suorum auctoritas; pro certo habeant sacerdotale munus, nisi sub magisterio Episcoporum exerceatur, neque sanctum, neque satis utile, neque honestum futurum (*). (Encíclica *Pascendi*).

(*) Litt. Nobilissima gallorum, 10 Febrero 1884.

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN SÉPTIMO

Modernismo político.

Non habemus regem, nisi Caesarem.
Joann. 19, 15.

No tenemos más rey que el César.
San Juan. 19, v. 15.

La razón definitiva de crucificar á Jesucristo fué siempre una razón de supremo interés humano, de interés político. Caifás en el Sinedrio apela al *venient romani*, y el temor de esa venida romana acelera la muerte del Justo; el pueblo en la plaza de Jerusalén apostata á la luz del mediodía y entrega á Nuestro Señor á la jurisdicción de Pilato con el *non habemus regem, nisi Caesarem;* Pilato mismo, vacilante, ante la iniquidad de matar á un inocente, recibe la moción que lo determina con la amenaza de que si lo perdonaba *non es amicus Caesaris*, no iba á ser amigo del César.

Aun más: da vagidos ese Dios-Hombre en la cuna de infante débil, y el primer infanticidio cruel y horrendo se comete por el odio de un tirano á Aquél que da los reinos del cielo y no quiere quitar los de la tierra:

Non eripit mortalia,
qui regna dat coelestia.

Imagen perfecta de todas las persecuciones de la Iglesia.

Ella como su Divino Maestro, lleva la divina enseña del *Regnum meum non est de hoc mundo*, de que su reino no es de este mundo, no quita reinos temporales quien abre los alcázares del cielo y, con todo, qué incesante persecución ha sufrido de los tiranos de la tierra.

No penséis en Nerón, Trajano, Diocleciano, Maximiano, Domiciano, Juliano el Apóstata y los reyes y reyezuelos idólatras de la India, América, el Japón y de todos los países conquistados para Jesucristo; todos como Herodes, han querido ahogar en sangre la cuna de

Biblioteca Nacional de España

la Iglesia: pensad más bien en los reyes y emperadores bautizados. Constancio y Valente y aquellos emperadores bizantinos imitadores suyos son los protectores de arrianos, nestorianos, eutiquianos, y de los herejes de su tiempo hasta concluir en el cisma y ruptura de Focio; las eternas guerras entre el sacerdocio y el imperio ensangrientan á Inglaterra, Italia y Alemania durante la Edad Media; Felipe el Hermoso en Francia da comienzo á las luchas del poder civil contra la Iglesia; Lutero excita las ambiciones de los príncipes y electores del Imperio, y quiere poner en sus manos el poder espiritual; el cisma anglicano se consuma á la voz de *non habemus regem, nisi Caesarem;* la Revolución francesa, Napoleón I, ¿á qué quisieron obligar al clero, sino á ser una Iglesia oficial y laica?; hoy mismo, ¿qué ha querido la revolución en Italia, sino hacer del Papa un súbdito más?; ¿qué la separación en Francia, sino esclavizar á la Iglesia?, y ¿qué quiere el liberalismo en los demás pueblos, sino emanciparse por completo de la Iglesia?: *Non habemus regem, nisi Caesarem.*

Por eso los herejes siempre han sido aduladores del poder civil; los apóstatas del imperio romano no querían dejar el cinto militar; los apóstatas de los siglos siguientes querían gozar de los honores en las cortes de los Césares de Bizancio, de Enrique V y Federico Barbarroja, de Felipe el Hermoso y de la Reina de Navarra; los calvinistas adularon á Francisco I; los jansenistas á Madame de Montespan y de Maintenon; los anglicanos á Enrique y á Ana Bolena; los curas constitucionales á los girondinos hechos poder; los prelados dimisionarios de orden de Pío VII, al Bonaparte ensalzado, y los modernistas... ya los veremos, no son excepciones de la ley general.

Antes llega un momento en que tan desapoderadamente se arroja la ambición sobre el alma que este agrado del César es lo único en que se piensa, á este agrado del César se subordina la teología, la especulativa, y así Calvino acaba su exposición á Francisco I, poniéndole en sus manos el dogma, y Lutero haciendo cabeza de la Reforma al Elector de Sajonia, y Wolsey, abdicando su autoridad en Enrique y Ana Bolena, y Port-Royal, sufriendo las variaciones de la gran Corte y los modernistas arrojando el lastre de las teologías de Tyrrell, Loisy y Laberthonnière, con tal de conservar sus adulaciones hereticales al pueblo y á los gobernantes en sus errores sociales y políticos.

En efecto, gran alegría tuvieron cuando la aparición del Decreto *Lamentabili* y del Sílabo de Pío X, porque allí, decían, no se conde-

Biblioteca Nacional de España

naban su conducta social y *política*. Todos en Francia y en Italia se apresuraron á echar todas las condenaciones sobre Loisy y otros temerarios, y ellos se quedaron como cantando victoria: el proceder no era muy leal; pero era práctico.

La Encíclica *Pascendi* habla de doctrinas sociales, ya lo hemos visto; habla de doctrinas políticas, vamos á verlo, con la gracia del Corazón de Jesús y la intercesión poderosa de Nuestra Señora.

AVE MARÍA.

Al dar el primer paso deshagamos nieblas y expliquemos sofismas.

«La Iglesia no tiene que ver con la política», se dice y se repite sin cesar, frase que envuelve en su ambigüedad varios sentidos.

Política tiene de hecho dos acepciones: una, filosófica, cristiana y racional, que es el gobierno de los pueblos; otra, por desgracia usual, pero moderna, revolucionaria é impropia, que es la posesión del Gobierno en cuanto satisface las ambiciones y soberbias individuales. La primera acepción es la que tiene esa voz en los libros de Platón y Aristóteles, en San León y San Agustín, en Santo Tomás y Suárez, en Márquez, Torres y Rivadeneira, y por último en Ceballos y Alvarado, para no decir nada de nuestros contemporáneos que pelean contra el liberalismo. En esta acepción, ya lo veremos, la Iglesia de Jesucristo ha tenido, tiene y tendrá que ver siempre con la política, y aquella frase de que «la Iglesia no tiene nada que ver con la política» es la que condena Su Santidad en el párrafo de la Encíclica que hoy explicamos.

La segunda acepción la condena la Iglesia y en ella no tiene participación ninguna. Lejos de la Iglesia, del Sumo Pontífice, de los sacerdotes, de los buenos católicos, toda ambición, todo deseo condenado por el Santo Evangelio. La Iglesia defiende sus derechos, los derechos de la verdad, de los pueblos, de los oprimidos; pero nunca entra en las luchas y pugilatos de la ambición humana. Ella dice la verdad á reyes y pueblos, sabiendo que no es ese el lenguaje de la ambición, ni de la avaricia, y lo mismo hace ir á Canosa á Enrique, emperador de Alemania que condena las demasías de la democrática República de Loubet y Combes: por eso ha padecido de todos persecución.

Obvio es ya disolver otro equívoco, el de los *partidos políticos*. Planta nueva y desconocida antiguamente en Europa y en España

Biblioteca Nacional de España

en particular los trajo consigo la Revolución religiosa y significan en su ordinario sentido esas banderías y fracciones que dentro de un mismo general estado de cosas, luchan por llevar al poder una ú otra tendencia, uno ú otro matiz, más empuje ó más moderación, estos ó aquellos hombres. Casi siempre el móvil es la impaciencia de la cesantía, el afán de la ambición; así lucharon en nuestra patria progresistas, moderados, republicanos, fusionistas, conservadores, demócratas y muchos más.

Pero dado como un hecho el que la revolución invadió los estados católicos y de uno y otro modo oprime las conciencias católicas, se hace lógico y lícito un estado de resistencia general en toda la nación. Mas como ni todos pueden ni saben concretar ni exteriorizar esa resistencia lógica y lícita, de aquí que se manifieste en algunos lo que es generoso anhelo de todos. Estos algunos se decidirán á luchar, para lo cual han de constituir agrupaciones, organizaciones que sin ser unívocas con los partidos de la revolución, se parezcan á ellos; estos son los que se llaman *partidos católicos*.

La Iglesia recomienda diversas veces, particularmente al tratar de acción social, que los católicos en la defensa del pueblo y del bien común se abstengan de banderías políticas, y es natural; pero recomienda la acción católica política, bendice las plumas de sus periodistas, bendice y anima sus periódicos y aún esfuerza con alientos y bendiciones á las mismas agrupaciones políticas y ha repetido por boca de Pío X que no quiere la desaparición de los partidos católicos tradicionales.

Pues este es el sofisma y el equívoco modernista, como más adelante veremos. Defienden y pretenden que en el campo político no entre la Iglesia Católica para poder en Francia vivir en amor con el Gobierno separatista y ateo, en Italia con el Gobierno italianísimo, en todas partes con los Gobiernos hostiles á la Religión Católica. Pero cuando los documentos pontificios ó la razón de la polémica les afea pertenecer á esos partidos políticos hostiles á la Iglesia, entonces hacen armas contra los partidos católicos, á los que odian de muerte.

Para desde ahora cerrar la puerta á todo equívoco habemos explicado este lenguaje tal y como nos parece más en armonía con el modo ordinario de hablar de nuestro pueblo, no queriendo dar nuevas definiciones sino procurando para nuestro uso y en beneficio de la claridad declarar nuestras ideas. Lo que queremos que quede bien definido es la idea, á saber, que si alguna política ha de estar

Biblioteca Nacional de España

vedada á los católicos como tales, y á la Iglesia de Jesucristo será la que se ocupe en lo puramente temporal y accidental, en lo puramente personal y transitorio; pero no la que establece y aplica los eternos principios de la justicia, del orden, del reinado de Jesucristo en las leyes á la gobernación de los pueblos.

Hechas estas aclaraciones, pasemos á exponer la doctrina católica en las relaciones de la Iglesia y del Estado, para ver después los errores modernistas y su condenación por Pío X.

I

La doctrina católica.

Aduladores los modernistas de los revolucionarios y liberales, verdaderos hijos de los protestantes, quieren aceptar la rebelión é independencia del Poder civil frente al eclesiástico para llegar á la supremacía de aquél sobre éste. Los modernistas buscan fórmulas, frases y modos para que esta independencia sea un hecho.

Por eso es oportuno empezar por establecer la doctrina católica cierta en este punto, y el P. Suárez, eximio Doctor de nuestra Compañía, nos da hecha toda nuestra labor en su apología que intituló: *Defensa de la Fe Católica* contra el Rey de Inglaterra, y que mereció los honores de ser quemada por mano de verdugo; acaso, acaso por estos capítulos que vamos á extractar: tan viejo es el error que ahora quieren remozar Lemire y Gayraud, en Francia; Murri y Fogazzaro, en Italia.

En primer lugar, el Sumo Pontífice es Padre y Pastor supremo de todos los reyes y príncipes temporales cristianos, de modo que los tiene sujetos y son súbditos suyos en lo que toca á sus propias almas y al gobierno espiritual de sus pueblos.

Proposición es ésta de fe católica y clara como la luz del medio día. Porque si el Sumo Pontífice es el único Supremo Pastor del redil de Jesucristo, ejerce y puede ejercer su autoridad sobre todas sus ovejas; y ¿qué es el Rey, el Monarca, el Emperador? Es una oveja de ese bendito redil, porque la dignidad temporal es como la sabiduría, como el valor, como la riqueza, como la nobleza que pueden muy bien unirse á la condición de súbditos en la fe cristiana.

Biblioteca Nacional de España

Asímismo hablaron en la Iglesia de Dios todos los Padres, la Tradición toda. Los Padres del Concilio Niceno, celebrado en 318, llamaron al Pontífice, «Pedro, con autoridad *in omnes Principes Christianos et omnes populos eorum*», sobre todos los príncipes cristianos y sobre todos sus pueblos. Así, San Anastasio II y San Símmaco, hablando al Emperador Anastasio, le decía: «Si eres cristiano, debes escuchar la voz de cualquier Obispo cristiano». Así San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo y San Ambrosio, que llega á decir: *Regum colla submitti pedibus Sacerdotum.* Los cuellos de los reyes se han de inclinar á los pies de los sacerdotes.

No fué esta pretensión de los Pontífices y sacerdotes sino necesidad impuesta por la profesión de la fe cristiana, como lo han reconocido todos los príncipes católicos desde los principios de su conversión. Constantino se presentó á los Padres del Concilio Niceno, «no para juzgar, sino para ser de ellos juzgado»; Teodosio hizo penitencia pública á la voz de San Ambrosio; Felipe I, también Emperador, se sujetó como Teodosio á la penitencia pública hasta que fué recibido á la comunión eclesiástica. ¿Quién podrá enumerar las muestras de respeto de todos los reyes y emperadores cristianos, reputándose hijos sumisos de la Iglesia y de la Sede Apostólica? Basten los nombres, ya que si quisiéramos exponer sus hechos no podríamos pasar adelante. El Emperador Justino llama su Padre al Romano Pontífice; Santa Pulqueria y su esposo Marciano y su hermano Teodosio, el joven, se ofrecieron á San León M., como súbditos y cooperadores en la extinción de las herejías; notable fué Carlomagno en su amor filial á la Iglesia y tal, que ha quedado como tipo y modelo que imitar; San Luis de Francia murió recomendando á su hijo el respeto y amor al Sumo Pontífice; mas, ¿para qué me canso y os canso? Todos los reyes, todos los emperadores, todos los príncipes del Oriente y del Occidente lo reconocieron, aun en sus rebeliones, hasta la ruptura de los protestantes en el siglo XVI.

Ni sólo reconocieron la sumisión al Sumo Pontífice, sino como es natural, la sumisión á su Prelado y Obispo, fuera del caso de exención hecha legítimamente por la Santa Sede.

Biblioteca Nacional de España

Mas la doctrina católica da un paso más y nos enseña que los príncipes seculares están sujetos á la potestad espitual no sólo en cuanto hombres sino en cuanto gobernantes, de modo que la potestad y autoridad de la Iglesia puede mandarles ó prohibirles usar de su poder, exigirles ó impedirles cuanto fuere necesario al bien y propagación de la Iglesia.

Poca luz de doctrina católica y de fe se necesita para comprender una aserción que se deduce de la anterior. La potestad está dada á los Poderes públicos para promover el bien y no el mal, para que al que la ejercita le sirva para su propia salvación y no para su condenación, para que pueda responder de su uso en el tribunal del Juez eterno. Ahora bien, ¿cómo responderá, cómo será para su propia salvación si esa potestad daña ó impide el derecho augusto de la Iglesia á santificar el mundo, á propagar la fe, á salvar las almas? ¿Cómo también la Iglesia va á apacentar el rebaño de Jesucristo si no puede quitar un impedimento que de la potestad secular le venga, ó usar esta misma potestad para el bien de las almas y la propagación de esta fe?

Esta es la razón que con palabras generales abraza el Pontífice Nicolás I, escribiendo al Emperador Miguel cuando le decía que: «los príncipes seculares necesitan para salvarse de la mano de los Pontífices».

Estas dos potestades, la espiritual de la Iglesia y la temporal de los reyes, son el alma y el cuerpo de la sociedad cristiana; son los dos luminares el sol y la luna puestos por Dios en este cielo del mundo; son dos espadas puestas ambas en mano de Pedro para la defensa de la Iglesia y del orden.

Santo Tomás de Aquino:

«La potestad temporal, escribe, está subordinada á la espiritual, como el cuerpo al alma, y por eso no se usurpa el poder cuando el Prelado espiritual se mezcla en lo temporal» (1).

Todo lo cual lo declaró y explicó León XIII por estas palabras:

«De hecho la Iglesia y el poder civil tiene cada uno su esfera de autoridad, y por eso en las cosas á cada cual peculiares, ninguno obedece al otro, con tal que se encierren en los límites que sus causas próximas les determinan. Mas no se vaya á decir por esto que han de estar separados ni opuestos mucho menos. En efecto, Dios no sólo nos hizo para ser, sino para ser buenos. Por eso todo hombre exige del orden público, que es el fin inmediato del es-

(1) 2. 2. q. 60, a. 6, ad 2.

Biblioteca Nacional de España

tado civil, que le dé facilidad para vivir, y mucho más que le defienda y dé medios para vivir bien, perfección que sólo se halla en el conocimiento de la verdad y el ejercicio de la virtud. De la Iglesia pide también, y quiere en ella encontrar, como debe, ayudas para satisfacer perfectamente á la perfección de la piedad, lo cual no se halla sino en el conocimiento de la verdadera religión, que es la primera de las virtudes, porque llevándonos á Dios completa y perfecciona todas las demás. Al hacer, pues, y sancionar las leyes hay que tener presente la índole moral y religiosa del hombre, hay que procurar, pero recta y ordenadamente, su perfección, y no se puede mandar nada, ni prohibir nada sin tener en cuenta lo que es el fin de la sociedad civil y de la religiosa. Por esto mismo no pueden serle indiferente á la Iglesia las leyes que rigen en los Estados, no en cuanto leyes civiles, sino porque saliéndose á veces de lo suyo propio invaden el derecho de la Iglesia. Aun más, Dios ha encomendado á su Iglesia resistir á esas leyes cuando dañen á la religión, y procurar con empeño que en las leyes y constituciones de los Estados se infiltre la virtud del Evangelio» (1).

Pero no es esto lo que más irrita á los modernistas; todavía encontrarán ellos manera de decir que estas son «tesis, santas utopias, la República de Platón» que se forjan los Pontífices: contra lo que más se irritan es con la resistencia práctica á lo malo, con el deseo de los católicos de poner á servicio de la Iglesia el poder de que disponen y si del supremo dispusieran, el Supremo Poder. Lo que á ellos los irrita es la afirmación de que esta dirección de la Iglesia puede y debe llegar á mover el poder de los príncipes seculares para que cohiban á los herejes, defiendan la fe y pongan á servicio del brazo eclesiástico el rigor y la fuerza del brazo seglar; el principio, en una palabra, de la Inquisición española y de las guerras de Carlos V, Felipes II y III, contra turcos, luteranos y protestantes.

Les irrita á los modernistas, pero es verdad innegable y católica. Verdad de la cual se tiene tal nube de testigos, que hace inútil toda argumentación, toda amplificación.

Oigámoslos que ellos nos dan hecho el trabajo.

Sea el primer testimonio la descripción y elogio que de los primeros emperadores cristianos nos da el historiador Teodoreto:

---

(1) Encíclica *Sapientiae christianae*.

Biblioteca Nacional de España

«Constantino Magno, dignísimo de toda alabanza, fué el primero que con su piedad adornó la potestad imperial, y al ver furioso con la idolatría al orbe todo, prohibió absolutamente los sacrificios de los ídolos, aunque no quiso derribar los templos, sino que los cerró. Sus hijos siguieron las huellas de su padre. Juliano restituyó la antigua impiedad y encendió la hoguera de la vieja idolatría. Joviniano, al ser elegido, prohibió de nuevo el culto de los ídolos, y Valentiniano Magno también gobernó á Europa con iguales leyes. Valente, en cambio, permitió á los demás tener la religión que quisieran y servir á aquellos á quienes tuviesen por dioses, y sólo persiguió á los que profesaban los dogmas apostólicos... Así alcanzó las cosas Teodosio, emperador fidelísimo, y extirpó el mal de raíz y lo borró con perpetuo olvido» (1).

Este proceder de los emperadores cristianos fué seguido por Justiniano, que privó á los herejes de las facultades y derechos de testificar en juicio, testar, heredar ó desempeñar cargo alguno público; Honorio y Arcadio, por pública ley, prohibieron á los donatistas y maniqueos tomar posesión de bienes y herencias que les tocasen; Valentiniano los desterró de todo su imperio. Insistiendo en esta tradición, los Concilios VI y VIII de Toledo mandaban á nuestros reyes jurar, antes de ocupar el trono, que arrojarían de su reino los no católicos y perseguirían con rigor á los herejes, enemigos de Dios y de su Iglesia.

¿Por qué? Porque como escribe San León M. al Emperador León Augusto:

«Debes, sin duda alguna, pensar que Dios te concedió la regia potestad, no sólo para gobernar el mundo, sino máxime para defensa de la Iglesia» (2).

San Gregorio Magno:

«El poder fué dado por Dios á la piedad de los emperadores, para que los que desean el bien hallen ayuda, y el reino temporal sirva y favorezca al espiritual: *terrestre regnum coelesti regno famuletur*» (3).

Ni es menos claro San Agustín. Quien sobre aquel versículo del Salmo II:

«*Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui iudicatis terram; servite Domino in timore.* Pues ahora, reyes, entended, aprended, jueces de la tierra; servid con temor al Señor, continúa y dice: De un modo le sirve como hombre y de otro, como rey. Como hombre le sirve viviendo fielmente; como rey le sirve dando leyes justas y sancionando con prudente rigor las que prohiben lo malo» (4).

Con las mismas ideas exhorta San Ambrosio al joven Emperador Valentiniano.

---

(1) Histor. V, c. 20.—(2) Epist. 75.—(3) L. II, indict. 11, c. 100.– (4) Epist. 50.

Biblioteca Nacional de España

«Ya que todos los habitantes del imperio romano defienden con sus armas vuestra causa ¡oh, emperadores y príncipes de la tierra!, también vosotros debéis militar por Dios omnipotente y defender la fe. No os queda esperanza ninguna de asegurar la salvación de vuestro pueblo, si no honráis de todo corazón á vuestro Dios, es decir, al Dios de los cristianos, que todo lo gobierna... Todo aquel que milita en las banderas de Dios le cree interiormente en su corazón y exteriormente no disimula, ni mezcla su culto con el de los demás dioses, sino que le venera con devoción y fe: y á él pertenece siquiera impedir las adoraciones de los ídolos, y que no resuciten los cultos falsos. Nadie puede engañar á Dios, nadie celarle los secretos del corazón. Si, pues, obligación tuya es ser fiel á Dios, respetar la fe y defenderla, ¿quién pudo pensar que habías de mandar restituir los altares de los ídolos y que habías de asignar expensas para los sacrificios? Si todo esto no estuviera ya abolido, gozo mío sería que tú lo abolieses... ¿Todos temen violar la ley civil y se dará violar impunemente las leyes de la religión? Pero si hay alguno, cristiano de nombre, que cree que eso sería justo no hagas caso de personas viles; el que asiente á ese consejo ya es idólatra en su corazón. Y en verdad que si se decreta algo contra lo que yo te digo, no lo podrán sufrir ni disimular los Obispos. Tu podrás ir á la Iglesia, pero la hallarás viuda de su Obispo, ó á éste resistiéndote la entrada. ¿Qué vas á responder cuando él te diga: La Iglesia rechaza tus dones, porque los ofreciste también á los ídolos?... Te ruego, pues, que mires por tu salvación delante de Dios» (1).

Con los Padres hablaron los Concilios que con el de París en 829, proclamaron:

«Reconozcan los príncipes seculares que deben dar á Dios cuenta del bien de la Iglesia que Jesucristo les encomendó para defenderla; porque ya se aumente la paz y felicidad de la Iglesia por el favor de los príncipes cristianos, ya por su culpa se disminuya y pierda, ellos tienen que dar cuenta á Aquél que puso en manos de ellos la custodia de la Iglesia».

Agréguense, para terminar, á esta nube de testigos los testimonios y enseñanzas de los Sumos Pontífices Bonifacio VIII y San Pío V.

Bonifacio VIII, en la Constitución *Unam Sanctam*, confirma la sentencia de San Bernardo de que la Iglesia puede usar las dos espadas, el poder espiritual y el temporal: «Pero el primero, por la Iglesia misma y por su mano; el segundo, lo usa la Iglesia, pero no por su mano; aquél lo esgrime el sacerdote, éste el rey y el soldado, pero á voluntad y mandato del sacerdote.»

Pío V habla en tiempos más recientes, habla poniendo en boca de su legado el Cardenal Commendono palabras de aliento para Feli-

(1) Epist. 17.

Biblioteca Nacional de España

pe II, exhortándole á ocupar los Estados de Flandes y poner un muro á la herejía y de queja de los demás príncipes de Europa que, como se dolía también San Vicente de Paúl, no ayudaban al Rey de España en sus guerras contra los herejes del Norte. Los acentos de Pío V enseñan la tradición, y son de Doctor; anuncian las catástrofes que ya son históricas y son de Profeta.

«Cuán triste es hoy día la suerte de la cristiandad, cuando crecen la audacia de los herejes y los católicos la encubren y disimulan. Siguen las huellas de esas mismas sectas, y Dios permite que caigamos más y más cada día perdiendo la prudencia de los prudentes y disipando los consejos de los hombres, para hacer que viendo no vean y oyendo no oigan. El que ahora descuida la causa de la religión da esperanza de que nunca la ha de atender; y á los que se olvidan de sus obligaciones los llevará el Señor con los que obran con iniquidad y los poderosos poderosamente serán castigados. Por cierto que hay veces que al ver este modo de obrar de los príncipes cristianos, puede pensar el Sumo Pontífice ser designio de Dios que, ya que los príncipes católicos no han aprovechado en acordarse de su deber, ni aún con el ejemplo de los herejes que celan su rebeldía contra Dios, se sirva el Señor de los mismos herejes que se rebelan contra sus príncipes y les obligan á declarar si de veras sirven á Dios ó los despojen de sus reinos en justo castigo y por causa de esa contemporización con que los han tolerado. Los reyes no quieren servir á Dios; tiemblan de confiar en el Omnipotente... La religión y la causa del Señor, que es la cabeza de toda potestad, dejaron fuese pisoteada, y por necesidad todo está destruído y perdido, despreciados todos los deberes, contra la autoridad surge y atenta una desenfrenada democracia, ó mejor, horrenda anarquía; y con todo se tolera, se tiene esperanza contra toda esperanza y no se quiere poner en Dios la confianza por medio de la verdadera fe... Ojalá sea permitido á los que no han querido acudir al peligro común, siquiera, siquiera hacer penitencia para salvar sus almas y reconocer que los males de la cristiandad no han venido sólo por justo, secreto juicio de Dios, sino que han sido justa pena de los príncipes que trataron con benignidad á las sectas al nacer y también de los que han tomado como forma de su gobierno, disimular y tolerar por amor al lucro é interés humano, dando fútiles pretextos, por los que se conturban y arruinan los imperios» (1).

Hermano en Religión y en la Fe era el venerable Padre Fray Luis de Granada, quien abunda en las ideas de San Pío V, en estas palabras apologéticas del Santo Oficio español que, como se sabe, no era sino la realidad jurídica de los principios hasta ahora establecidos:

«Porque ¿qué otra cosa es el Santo Oficio, sino un muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana, arma

(1) Graziani, *De Script.*, t. II, p. 295.—*Theolog. Mign.*, V, c. 1513.

Biblioteca Nacional de España

contra los herejes, luz contra los engaños del enemigo, y toque en que se prueba la fineza de la doctrina si es falsa ó verdadera? Y si lo queréis ver, extended los ojos por Inglaterra, Alemania y Francia, y por todas esas regiones septentrionales, donde falta esta luz de la verdad, y veréis en cuán espesas tinieblas viven esas gentes y cuán mordidos están de perros rabiosos y cuán contaminados con doctrinas pestilenciales. Y ¿qué fuera de España hoy si cuando la llama de la herejía comenzó á arder en Valladolid y en Sevilla no acudiera el Santo Oficio con agua á apagarla?»

Por donde concluye lógicamente el docto autor de quien tomamos esta cita que se ha de confesar con el Padre Granada, con Páramo, con Alvarado, el llamado Filósofo Rancio, con Balmes, con el marqués de Valdegamas y con cien otros doctísimos varones «que España se vió libre de las calamidades y guerras horrendas civiles y religiosas, gracias al Santo Oficio, que con tiempo voló á Valladolid y Sevilla á apagar con la vara de la justicia el fuego abrasador y herético encendido por los Cazallas y los amigos suyos..... Al Tribunal Santo debemos hoy los españoles la integridad de los principios político-religiosos, el amor á la fe católica y al patriotismo por la verdadera libertad contra franceses invasores, contra Napoleón y contra todos los afrancesados, enemigos todos ellos y opresores del Santo Tribunal» (1).

Resumamos: dos sociedades hay en el mundo dadas por Dios para el bien y perfección material y moral de los hombres, temporal la una, espiritual la otra; la temporal se llama Estado y puede constituirse ya en una, ya en otra forma, según la voluntad y necesidades de los que la forman. Dios Nuestro Señor no ha revelado nada acerca de las formas de gobernarse un Estado, sino que ha entregado este punto á la resolución de la razón humana. La sociedad espiritual ó religiosa no es así; no hay más que una y verdadera, que es la Iglesia Católica, á la cual deben acatar y servir, de la cual son hijos todos los que reciben el bautismo y la fe, sean grandes, sean sabios, sean poderosos, sean reyes.

Esta Iglesia Católica, en su cabeza el Papa, y en los Obispos, unidos con el Papa en comunión, puede ejercer verdadera jurisdicción sobre todos sus súbditos, ya sean potentados, ya magnates, ya gobernantes, ya príncipes. Y esto no sólo en todo aquello que pertenece á los deberes individuales de religión, *ut homo est*, sino en el ejercicio de sus cargos, al modo que el amo de casa y el padre de familia

(1) J. Oros, *Torquemada*.—En *El Siglo Futuro*, 24 Noviembre 1908.

Biblioteca Nacional de España

y el profesor y el sabio, deben ser dirigidos por la religión y por sus Prelados en los deberes de herilidad, de paternidad, de doctrina y de especulación: por donde las leyes y las ordenanzas civiles deben ser reguladas por la doctrina y autoridad de la Iglesia para que no atropellen ni los derechos de Dios, ni los de los demás hombres.

Cuando los príncipes y emperadores son cristianos y católicos, entonces se realiza el ideal divino de la sociedad humana, y la fuerza temporal de las armas, de los tribunales, de los castigos y de las leyes, se pone á servicio dela Iglesia, no para que ésta atienda á su propio engrandecimiento, sino para velar con el rigor de las leyes por el bien de los pueblos, cortar á tiempo el cáncer de la herejía, extirpar la cizaña de la haza y heredad evangélica y preservar á los sencillos é incautos de su ruina y perdición y aún defender á los Estados temporales de guerras, divisiones y calamidades sin cuento y sin medida (1).

Esta es la suma de la doctrina católica opuesta diametralmente á los errores modernistas, que se rozan con esta materia.

II

Errores modernistas.

De los modernistas se puede decir lo que San Ambrosio de los que toleraban la idolatría, que ya han idolatrado en su corazón. Por-

(1) Los doctores y teólogos católicos al tratar estos puntos llegan aún más adelante, y establecen las siguientes proposiciones. El hereje incurre, ante toda declaración judicial, la confiscación y pérdida de sus bienes. Al hereje no sólo se puede, sino se le debe imponer irremisiblemente pena de muerte, y en casos de contumacia ó reincidencia, aunque abjuren y detesten sus errores. Sobre la pena condigna que se debía imponer deben leerse los teólogos al hablar de la pena de fuego. Suárez dice: La costumbre de la Iglesia (la cristiandad) es que se imponga á los tales pena de fuego; San Gregorio en sus Diálogos (I. c. 4) declara ser pena antigua; y claro ejemplo de ello lo que se hizo en el Concilio de Constanza en que fué quemado Jerónimo de Praga y los huesos de Wiclef y aún se puede alegar otro ejemplo más antiguo del L. 3 de los Reyes, c. 23. Villadiego en su tratado *De Haeretic*, q. 15. n. 4., cree que la determinación de esta pena fué consuetudinaria, lo cual quizá sea verdad hablando exclusivamente de las leyes del Cuerpo del Derecho, porque fuera de él se manda expresamente en la ley del Emperador Federico *Inconsutilem*, que los herejes sean quemados vivos, y la Iglesia aceptó esa ley y la guarda y se debe guardar.» (Suárez, De fide. d. 23. s. 2. n. 4. Cf. además d. 22. s. 1. y d. 23. s. 1, 2.)

Biblioteca Nacional de España

que arrastrados por el deseo de vivir bien y holgadamente en medio del siglo revolucionario en todo y viendo que para esto más que ser racionalista con los racionalistas y ateo con los ateos, era necesario ser italianísimo con los italianísimos, republicano separatista con los republicanos de Combes y Clemenceau, y liberal con los demás gobiernos liberales, pusieron todo su empeño en separar el ciudadano del católico, en hablar de lo imposible y absurdo de toda restauración y consiguientemente en la necesidad de una separación de funciones que acabara por someter la Iglesia al Estado civil: eterna pretensión de todos los sectarios, como ya nos dijo Pío IX al hablar de los católicos liberales y de su deseo de agradar al César.

Al citar los testimonios modernistas queremos proceder con algún orden, pero es muy difícil porque los autores se repiten de una y otra manera. Haremos lo posible.

Y empecemos por lo más general, por la negación absoluta de toda dependencia del Estado para con la Iglesia.

Mr. Sangnier en una conferencia que tuvo en Burdeos en Abril de 1907 respondiendo á la objeción que se le hacía de que, si era verdad que la Iglesia Católica coarta el vuelo del pensamiento, ¿por qué seguía él siendo de la Iglesia?, replicó audaz:

«Yo distingo entre sí dos Iglesias: la Iglesia *clerical*, que es la de Mr. Piou, la de la Asociación católica de la Juventud francesa, la de los nobles, la de los reaccionarios de todas clases, y de esta Iglesia no será jamás *Le Sillon;* y la Iglesia Católica, que es nuestra madre y nos ayudará á realizar la democracia. Esta Iglesia no es el clero; esta Iglesia no son los Obispos; esta Iglesia no es el Papa; esta Iglesia es Jesucristo».

Estas declaraciones de rebelde se terminaron hablando el orador de las dulzuras de la Sagrada Comunión. ¡Profanaciones modernistas!

Esa palabra *clerical* es preciso definirla, ella nos pondrá en el centro de nuestro asunto:

«¿Qué es el *clericalismo?* El clericalismo no es otra cosa que la mano fuerte ofrecida por el Estado y puesta á servicio del triunfo de una idea religiosa, filosófica ó moral. Pues esto es lo que aborrecemos; esto lo que no queremos. Nada hay más opuesto al espíritu del Evangelio que el clericalismo» (1).

Acerca de esta doctrina, aún después de proscrita en el *Syllabus* de Pío X, oigamos lo que, copiándolo con fruición de la *North American Review*, escribía *Demain:*

(1) Barbier, *Les Erreurs du Sillon*, p. 68.

Biblioteca Nacional de España

«Entre otros rasgos del gobierno político eclesiástico de Pío X, podemos consignar el caso de Mgr. Bonomelli. Este excelente Prelado de Cremona, en su carta pastoral para la Cuaresma de 1905, se declaró francamente y con energía contra la unión de la Iglesia y el Estado. Esta opinión es de aquellas que no se debe suponer que nadie sostiene. La Iglesia y el Estado deben estar unidos, pensar lo contrario es detestable liberalismo; ésta es la tesis de teología católica, afirmada de nuevo, del modo más categórico en el *Syllabus*. Para nosotros, católicos americanos, por razones obvias no se refiere con frecuencia esta enseñanza teológica. El hecho es que los católicos americanos de alguna instrucción, eclesiásticos ó no, se ponen decididamente al lado de nuestra Constitución en este punto y deploran como una impertinencia impía la pretensión de la Curia romana, de incorporar en la Religión del Hijo de Dios esta doctrina de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Pero el Papado se aferra á la teocracia medioeval y rechaza tenaz admitir que la teoría de la separación sea otra cosa que un mal menor que la Iglesia tolera á la fuerza» (1).

Este lenguaje, por desgracia, no es desconocido en nuestra España; antes parece el dechado, como lo es, de muchos discursos y artículos de periódicos y conversaciones de personas que se dan por católicas.

Lo mismo se diga de las frases que vamos á ver, tomadas del discurso que Benedetto lanza á los ministros de Italia en su conferencia con ellos.

«Acaso no conocéis bastante bien el catolicismo, y así no entendéis que el protestantismo se descompone como Cristo muerto, y que el catolicismo evoluciona por virtud de Cristo vivo. Pero ahora, á quien me dirijo es al hombre de Estado, no por cierto para pedirle protección para la Iglesia Católica, que sería una desgracia, sino para decirle que si el Estado no debe ser ni católico ni protestante, no debe, sin embargo, desconocer á Dios» (2).

Con tan claras afirmaciones y hechas por modernistas norteamericanos, franceses é italianos, queda, á lo que creo, bien declarada la tesis general, y cómo no podemos los españoles decir que estamos exentos de filtraciones modernistas; razón será ver á los modernistas en acción aplicando su tesis y sacando sus consecuencias.

Y empecemos por Italia.

---

(1) 15 Marzo 1907.—(2) *Il Santo*, p. 301.

Biblioteca Nacional de España

La teoría de Benedetto ante los ministros de Víctor Manuel, tenía que acabar, como dice la Encíclica, por la sumisión de la Iglesia, y así, el mismo fanático se expresa en estos términos en su conferencia con el Papa:

«Vicario de Cristo, pídote aún otra cosa más. Yo no soy más que un pecador indigno de ser comparado á los Santos, pero el Espíritu de Dios lo mismo habla por unos labios puros que por unos viles. Si una mujer suplicó á un Papa á volver á Roma, yo os conjuro para que Vuestra Santidad salga del Vaticano. Salid, Padre Santo, salid; pero la primera vez, siquiera la primera vez salid para una obra de vuestro ministerio. Lázaro padece y muere; id á visitar á Lázaro. Jesucristo pide socorro en todos los pobres que padecen» (1).

Omitimos la respuesta que Fogazzaro finge en boca de Pío X, porque Pío X la ha dado auténtica, poniendo la obra de Fogazzaro en el Indice. ¡No es mala contestación!

Ya oímos á Erver, sacerdote y redactor del *Osservatore* de Milán, dejar á merced del Decreto *Lamentabili* á los modernistas teorizantes y darse él la enhorabuena de que no se condenaba allí ninguna teoría social ni *política;* de algo le remordía la conciencia.

En efecto, con ocasión de un artículo publicado por *L' Osservatore Romano,* titulado *I motivi di non cedere,* la prensa modernista, y entre ellos Erver, alborotaron el campo católico con himnos al patriotismo, á la conciliación, á la unidad nacional y á las nuevas orientaciones del Vaticano.

El propio Erver tenía en la noche del 20 de Septiembre de 1905 una conferencia en Milán, donde habló del poder temporal del Papa como «necesario allá en la hórrida noche de la Edad Media»; dijo que «tal principado había concluído ya su misión en el mundo»; que «el catolicismo italiano no había sido nunca enemigo de la independencia y unidad de la nación, unidad que había de traer y trajo consigo la supresión de reinos civiles particulares»; que «este ideal político de tantos hombres ilustres había llegado á ser un hecho histórico el 20 de Septiembre de 1870», y por fin, «que el siglo XIX, que preparó y llevó á cabo la caída del árbol añoso, es en realidad para los italianos el siglo de la resurrección nacional».

El *Cittadino* daba estos consejos con ocasión de la visita de Loubet á Roma:

«Junto á la Roma papal, que es la Roma del mundo cristiano, ha surgido sobre base estable la Roma de la casa de Saboya, que es la Roma de Italia po-

(1) Id., p. 275.

Biblioteca Nacional de España

líticamente unificada. Es necesario que el güelfismo se adapte á tal estado de cosas, y urge además que se reforme á sí mismo. A la restringida concepción democrática de los que hasta ahora han vestido luto por el 20 de Septiembre de 1870, hay que sustituir una concepción más amplia y eficaz, tendiente no á reconstruir un gobierno temporal con piedras corroidas, sino un gobierno espiritual con almas jóvenes y llenas de la alegría del vivir. Tal ha de ser la verdadera aspiración de los católicos de Italia y Francia, mientras no se empeñen en seguir un camino de retroceso. Adáptense, pues, á las formas políticas, resultado de la evolución verificada en la conciencia de los tiempos y sean en ellos esas formas una fuerza viva. Sólo entonces la Roma papal recobrará el imperio del mundo, que en realidad le corresponde, y que no se funda en meras combinaciones diplomáticas» (1).

L'Avvenire condenó la persecución de Francia, pero echándolas de profeta, escribía:

«Todo lo que acaece en Francia puede ocurrir un día en Italia, si no nos unimos al fin todos en aceptar sin restricciones las leyes patrias, la unidad nacional... (2).

Por último, la *Rassegna Nazionale*, en carta que sin duda fingía recibir de un Prelado, decía:

«El poder temporal está ya muerto y sepultado para siempre, no profanemos su tumba. El que sueña con restablecerlo, aunque sólo sea en pequeño, pretende un imposible, y ¿quién sino un loco puede querer un imposible?» (3).

En todos estos testimonios está latente ó indirecta la idea de que no tratándose sino de forma política, de idea política, el católico es libre en opinar de una ó de otra manera; error que más de manifiesto se pondrá en los testimonios tomados de los franceses.

Y comencemos por algunos más generales.

Ya hemos oído hacer al director de *Le Sillon*, M. Sangnier, la distinción entre el clericalismo y la Iglesia de Jesucristo, y aquello decía ser el poder civil puesto á servicio de la Iglesia; veamos ahora la separación del Estado y la Iglesia, presentada como el *desideratum* de los verdaderos católicos.

El Padre Maumus, en la última página de su libro *Los católicos y la libertad política*, escribe:

«Las miradas de los católicos de Europa se vuelven con admiración á la Iglesia de los Estados Unidos, para aprender de ella lo que puede la libertad á servicio de la más grande, de la más noble de las causas. Solíamos estar dispuestos á creer que la Iglesia quedaría reducida á la impotencia cuando no estuviese sostenida por la espada del poder civil. La experiencia de los ca-

(1) 30 Abril 1904.—(2) Noviembre 1904.—(3) 16 Noviembre 1904.

Biblioteca Nacional de España

licos americanos nos enseña que la libertad le basta á la Iglesia, y que las instituciones políticas libres son infinitamente más útiles á su desarrollo que la protección frecuentemente comprometedora del poder civil».

Dejemos los demás errores que hay en las anteriores líneas y preguntemos tan solo: ¿no es esto resucitar la fórmula de Dupanloup: La Iglesia libre en el Estado libre?

Y llegó en Francia á tanto esta idea del derecho común y nada más, con absoluta desesperanza de toda legítima reivindicación, que se censuró de exaltados, imprácticos y apasionados los que admitían aquella situación como algo medio y transitorio para llegar á la cristianización de Francia, los que no olvidaban esto ante todo y sobre todo.

«Se trata simplemente de saber si debemos encerrarnos irreductiblemente en reivindicaciones muy justas en teoría, muy propias, sobre todo, de elocuentes discursos, pero, en su efecto, absolutamente estériles ó vanas; ó más bien si debemos colocarnos francamente como lo ha hecho siempre la Iglesia, y nos invita hoy León XIII frente á frente de las situaciones que se imponen, de las necesidades del día y si queremos limitar el combate al derecho común, es decir, á reivindicar las libertades comunes que nos niegan, á muy pocos, pero muy claros términos sobre los que se puede conseguir un resultado concreto é inmediato. Para todo católico que haya aceptado sinceramente el gobierno establecido y que haya renunciado á fundar sus esperanzas en catástrofes que preparan siempre las reivindicaciones absolutas y estériles, la elección no es, no puede ser dudosa».

Más adelante oiremos la voz de León XIII, la de Pío X, y comprenderemos que, acaso sin querer, se hallaban contagiados de miasmas modernistas los que así hablaban; ahora nos basta indicar cómo este estado de ánimo deprimido traía por consecuencia aceptar de hecho las conquistas de la revolución, disfrazadas con el nombre de política.

La Revolución persistía en sus conquistas. En Enero de 1893, el ministro de Cultos y de Instrucción pública, M. Charles Dupuy, declaraba la situación del Gobierno frente á frente de los católicos:

«Yo no conozco más que una cosa, y es la ley de mi nación y yo la haré observar entera y del todo. Si es á este precio como se quiere hacer la paz entre el Estado y la Iglesia yo creo que se hará; pero la Iglesia sólo á sí misma podrá culparse del retardo que experimente la pacificación, y del cual hablará M. d'Hulst á los otros representantes de ella, si manifiesta la pretensión de tratar con el Estado de potencia á potencia y no como lo que es, como una simple subordinada...»

Cuatro días después, el presidente del Consejo, M. Casimir Pe-

Biblioteca Nacional de España

rier, leía en plena asamblea el despacho enviado por él á su embajador en Roma:

«Ante los esfuerzos que se hacen para torcer el sentido y el alcance de las declaraciones del Gabinete, me parece conveniente precisarlas: el respeto del clero á los derechos del Estado y su sumisión á todas las leyes, son la condición esencial de una política de paz y de tolerancia».

La declaración de guerra era clara y paladina; así la entendieron los católicos fervorosos y los liberales aún templados. Las leyes que quería sostener la República francesa eran la secularización de la enseñanza, el servicio militar obligatorio y todas las que se fundaban en la negación ú olvido de la naturaleza y derechos esenciales de la Iglesia. Así lo decían los ministros desde el banco azul, así lo repetían los periódicos, así se decía por todas partes; pues oigamos á los modernistas hacer sutiles distinciones entre el católico y el ciudadano.

Para condensar en pocas líneas lo mucho que hay que decir, presentemos á vuestros ojos, leyentes ú oyentes, un hombre conocidísimo en Francia por su cargo de diputado del Norte, un sacerdote de larga historia y famoso últimamente por haber sido merecidísimamente arrojado y no recibido del Vaticano. Nobilísimo ejemplo de un gran Papa y de saludables consecuencias: ha sonado en Europa como el *discedite*... del Juez eterno.

El abate Lemire fué diputado, y frente á frente de un Gobierno perseguidor no tenía sino dulzuras y amabilidades é interpretaciones benignas á su conducta. El Gobierno, para agradar á las izquierdas, se confesaba impío; el abate Lemire disculpaba, atenuaba, interpretaba las intenciones. ¡Qué sofocación para el mismo Gobierno!

Brisson fué conocido y lo es por todo el mundo como francmasón, ateo, librecultista, perseguidor de la Iglesia de Francia; el abate Lemire, en una conferencia política tenida á sus electores y campesinos del Norte, les decía:

«¡No tengáis miedo! La política liberal y el respeto á la religión está á la orden del día. No tenéis, pues, qué temer. Brisson tiene un programa moderado» (1).

Otro hombre funesto para la religión en Francia fué M. Dupuy en su cargo de director de Cultos, pues de él dijo en el Parlamento nuestro abate diputado.

---

(1) *La Croix du Nord*, 16 Agosto 1898.

Biblioteca Nacional de España

«El director de Cultos está animado de gran talento, de gran lealtad y de buenas intenciones relativamente á la Iglesia» (1).

El proyecto de ley de Waldeck-Rousseau, que después fué la funesta ley persecutoria de Asociaciones, no era para el abate Lemire sino un conato, en el que el Gobierno no había reparado, de hostilidad.

«Se ve en este proyecto por primera vez ataque contra la Iglesia, uno de esos aproches tácticos antes de atacar la fortaleza, que el clero secular. Yo me siento obligado á reconocer que, á mi juicio, el Gobierno no ha tenido semejante intención» (2).

Con el mismo *candor*, ya lo veremos, habló de la ley de separación y de las Asociaciones cultuales y de todo, aun después de los solemnes juicios de la Santa Sede.

Pero todo esto lo hacía él como ciudadano ó como diputado, no como católico.

Porque en la Cámara no había más que diputados.

El lo confesó, uniendo á su suerte la del abate Gayraud, por estas palabras, contestando al socialista Sembat:

«Yo me permitiré observar que ni el abate Lemire, ni el abate Gayraud son diputados del catolicismo. El catolicismo en esta Cámara no tiene diputados, como no los tiene el protestantismo, como no los tiene la masonería, como no los tiene el islamismo, como ninguna otra religión. Todos somos diputados por el mismo título, nombrados por electores franceses y libres» (3).

Y otro día:

«Yo quisiera que se comenzase á aplicar el sistema de la verdadera libertad y que se preparase un estado social para la Iglesia, diferente del de la añeja tradición de alianza entre el Estado y los cultos.

»Yo no quiero decir temeridades, ¡Dios me guarde! Si fuera el abate Lemire el que habla en esta tribuna no pondría el pie en un terreno en que conoce que no puede llegar hasta el fin. El se siente unido con el respeto más profundo, con el sentimiento de obediencia interna á la autoridad suprema de su culto, de su Iglesia, él sabe que el Papa León XIII ha pedido á los católicos... (Interrupciones).

»Si yo me callo sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado francés, después de haber en determinadas circunstancias oído hablar á hombres que yo tengo por videntes en la Iglesia Católica, después de haber oído hablar al Cardenal Manning del estado de la Iglesia en Francia y de su presupuesto de cultos como se habla del lado allá del canal de la Mancha; si yo me callo después de haber repetido aquellas primeras palabras cuando mi lengua y mi pluma

(1) Sesión de 2 de Febrero 1899.—(2) Id. del 28 y 29 de Enero 1901.—(3) Id. 30 de Noviembre 1899.

Biblioteca Nacional de España

eran libres, es porque yo no quiero molestar lo más mínimo á aquel viejo de cabellos canos que vive allá y que durante veinticinco años es el amigo fiel de la República francesa y que en un documento público nos ha mandado á mí y á mis correligionarios dejarle á él la solución.

»Pero no el abate, sino el diputado Lemire es el que va á concluir...» (1).

Las aplicaciones funestas de estos principios se precipitaron.

Defendió las Ordenes religiosas «como auxiliares del clero, como una rama nacida en el tronco de la Iglesia», y concluía con palabras que, por mala suerte, tuvieron eco muy aplaudido en España:

«Rechazo enérgicamente el proyecto de la comisión, y lo rechazo no como católico amigo particular de esas Congregaciones, ni como sacerdote, lo cual sería la opinión personal de un hombre cuidadoso del bien de la Iglesia, sino como francés, amigo de la lealtad, de la libertad y de la justicia, y eso os toca á todos, señores» (2).

Llegó el momento del insulto que Francia infirió al Papa con la visita del Presidente á Roma; el abate Lemire, como católico, deploraba la intención; como diputado, votó los créditos extraordinarios para el viaje.

En unión con la mayoría de los católicos de la Cámara, monsieur el abate Lemire ha votado los créditos necesarios al viaje de monsieur Loubet, y á uno que le pidió la explicación, se la dió en este modo:

«*Diputado francés* he votado esos créditos, porque no he visto en el viaje del presidente de la República sino un acto de cortesía personal al de los reyes de Italia y de conveniencia nacional con respecto á un pueblo que tiene con el nuestro relaciones. El Padre Santo, al pensar en este deseo, no ha pensado en la intención del Gobierno, ni en la intención de la comisión de presupuesto. Por tanto, tampoco debia mezclarse en la intención de la Cámara».

Así se disculpaba en su órgano *L'Indicateur d'Hazebrouck* (3).

En el ánimo de Lemire estaba hecha la separación antes que cristalizara en ley inicua. Por eso, ¿qué de maravillar es que no viera en ella tendencia ninguna cismática, que no atribuyera la ruptura entre la Iglesia y el Gobierno de la República á culpa y responsabilidad, no del Gobierno, sino del Papa; que viera innumerables bienes en la práctica leal de la ley, que patrocinara las Asociaciones cultuales y que, como fundada en el espíritu de ellas, presentara su proyecto de Bolsas de retiro para el clero?

Lemire tenía en el alma hecha la separación, y ciego con el or-

---

(1) Sesión de 2 de Febrero 1899.—(2) 29 Enero 1901.—(3) Abril. 1901.

Biblioteca Nacional de España

gullo de modernista y queriendo seguir el sistema hipócrita de todos los sectarios, pretendió con un viaje á Roma sorprender la buena fe de los católicos; era el sistema de Fogazzaro en la interviú forjada de Benedetto. Pero Dios Nuestro Señor velaba, y las puertas del Vaticano ni se abrieron para el abate Lemire.

Concluyamos. Los modernistas separan al católico del ciudadano, á la Iglesia del Estado, como separan al filósofo, al hombre social, al historiador, etc., y de aquí que separen todas las funciones que son del Estado ó que ellos les asignan de los deberes católicos; quieren prensa neutra, escuela neutra, tribunales neutros y, en una palabra, vida pública neutra.

Por eso no hay cosa que aborrezcan más que la acción política católica, descargando sobre ella y sobre los partidos católicos toda su audacia. Cuanto dijimos en otro discurso de los dicterios de «esbirros», quijotes, reaccionarios, locos, etc., todo eso cuadra en este sitio. Pero servirá un testimonio que se podría condensar en esta frase: «¡Antes el petróleo que la reacción!»

Hablan después de la Encíclica los demócratas cristianos, y hablan frente á los esfuerzos que hacían los católicos unidos para luchar con alguna ventaja las luchas electorales. A ellos se oponen con estas palabras, que no tardaremos en ver desaprobadas por Pío X.

«Nuestro deber, en fin, ya que el esfuerzo de nuestros adversarios comunes está en el terreno político, es concentrarnos en este terreno todos los demócratas católicos, sea cualquiera el grupo á que pertenezcan, y ya en este terreno todos nos entendemos perfectamente, buscar una relación política. En una palabra, podríamos fundar un partido republicano demócrata que de concierto con todos los grupos republicanos, con La Unión democrática, La Unión Republicana, el Comité radical socialista y los socialistas, ayudáramos á la República á quebrar en las elecciones próximas el nuevo esfuerzo de la reacción» (1).

El mismo espíritu, altamente sospechoso, por no decir otra cosa, vibra en las páginas de un folleto escrito recientemente en defensa del *Sillon* y en contra de lo que el autor llama «conjuración reaccionaria». Con ésta, escribe, y con los que se llaman «católicos ante todo» no queremos nada.

Dice así:

«Cuando los eternos enemigos de la democracia, los que nada han aprendido de las lecciones de la historia, ni nada han olvidado de antiguos rencores

(1) *La Vie Catholique*, 2 Noviembre 1907.

Biblioteca Nacional de España

intenten con pretexto de unión religiosa, un último asalto para detener la marcha ascendente de esta flor y nata de conquistadores y pretendan en un supremo esfuerzo quebrantar su energía, se verán obligados á comprender que es muy tarde. Sí, muy tarde; y es menester que los reaccionarios de todas clases tomen su partido; la unión política de los católicos, esa unión paradójica y estéril á que daría pretexto la religión, y de la cual acabaría la religión por pagar las costas, está para siempre deshecha.

»Y es que cuando los hombres están separados en un tiempo como el nuestro, y en el momento de la crisis del crecimiento de una sociedad nueva, cuando delante de ellos se plantean los más apasionadores problemas, cuando se hallan separados por divergencias de mentalidad tan profundas y tan irreductibles como las que tienen frente á frente el espíritu conservador y el espíritu democrático; es perder el tiempo, querer asociar y armonizar esas energías. Entre los que creen en el progreso social y que han resuelto colaborar á él de todo su corazón y de todas sus fuerzas y aquellos que le vuelven la espalda mirando fijamente lo pasado y soñando locamente en reanimar sombras no puede haber inteligencia posible. Y ya que ni las advertencias ni los consejos de un gran Papa no han podido determinar á los monárquicos á inclinarse ante las legítimas preferencias de la Francia republicana, deben, al fin, comprender que ni la diplomacia, ni las amenazas de los partidos reaccionarios y de sus aliados benévolos los «católicos ante todo», no determinarán á los republicanos demócratas á inclinarse ante las ideas añejas del conservatismo agonizante» (1).

III

Reprobaciones y censuras.

Nada más opuesto á este lenguaje que el lenguaje de la Iglesia y singularmente de León XIII y de su sucesor Pío X.

Dejemos oir la voz de los Pontífices y empapemos nuestra alma en notas de virilidad y energía.

Empezando por la llamada *cuestión romana*, ó sea la causa de la revolución en Italia y el punto práctico que allí buscan resolver los modernistas con sus distingos é imposibilidades, ¿qué es, según León XIII, la cuestión romana? Es la causa de «lo que de más caro y precioso tienen los Sumos Pontífices, la propia libertad en el gobierno de la Iglesia» (2) es para la Santa Sede y para todo el mundo católico «el interés primario y vital» (3); es singularmente para Ita-

(1) E. Desgrées du Lou, *De Léon XIII au Sillon*, p. 50-51.—(2) Carta al Cardenal Rampolla, 15 Junio 1887.—(3) Ibid.

Biblioteca Nacional de España

lia la cuestión de paz ó de guerra, de prosperidad ó de desgracia, de fuerza ó de debilidad, de gloria ó de humillación, de vida ó de muerte (1); es la causa «de un derecho que ninguna fuerza humana, ninguna razón política, ningún transcurso del tiempo puede jamás destruir, ni tampoco mermar ó debilitar» (2). A los italianos toca en primer término ilustrar á las muchedumbres sobre este punto (3); á ellos agruparse estrechamente en torno á la Santa Sede y desear que el Sumo Pontífice sea repuesto en la condición de verdadera independencia y soberanía que le es debida (4); á ellos incumbe no ceder ante la violencia de los acontecimientos y del tiempo (5) y tomar la cuestión romana con tanto más empeño cuanto más urgente es la necesidad de resolver la cuestión social, ya que con el triunfo de la causa del Papado las cuestiones sociales entrarán en el camino de la mejor y más completa solución (6). Y por último, «es necesario que los católicos italianos no dejen pasar ninguna ocasión de cuantas se les ofrezcan para afirmar altamente sus convicciones en este importantísimo punto y reclamar la libertad é independencia territorial para su augusta Cabeza, siguiendo el ejemplo de otros países y conforme á las enseñanzas constantes de la Santa Sede» (7).

Y ya que hablamos de León XIII, oigamos en este punto sus enseñanzas á todos los católicos del mundo.

Sean las primeras sus palabras acerca de las relaciones de la Iglesia y del Estado y sus quejas acerca del derecho común, de la separación y de la esclavitud de la Iglesia de Jesucristo.

«Dándose por cierto que el Estado descansa sobre estos principios, que hoy gozan de gran favor, es fácil reconocer adónde queda injustamente relegada la Iglesia. Allí donde la práctica se acomoda á tales teorías la Religión Católica se halla reducida á una completa igualdad, ó acaso inferioridad, con las otras sociedades tan diferentes de ella. No se tienen en cuenta las leyes eclesiásticas, y la Iglesia, que de Jesucristo ha recibido orden y misión de enseñar á todas las gentes, ve que se le niega toda ingerencia en la enseñanza pública. En las mismas materias de fuero mixto, los gobernantes dan por sí y ante sí decretos arbitrarios y afectan soberano desprecio en este punto para con las leyes de la Iglesia. Así hacen que vayan á su jurisdicción los matrimonios cristianos, dan leyes sobre el vínculo conyugal, sobre su unidad é indisolubilidad: ponen su mano en los bienes del clero y niegan á la Iglesia el derecho de poseer. En

(1) Carta al Cardenal Rampolla, 15 Junio 1887.—(2) Discurso á las Sociedades católicas, 24 Abril 1881.—(3) Encíclica, 15 Octubre 1890.—(4) A los peregrinos laicos italianos.—(5) A los peregrinos italianos, 16 Octubre.—(6) Encíclica, 15 Octubre 1883.—(7) Carta del Cardenal Rampolla al Obispo de Milán, 20 Octubre 1901.

Biblioteca Nacional de España

suma, tratan á la Iglesia como si no tuviera ni carácter, ni derechos de sociedad perfecta y como si fuera una de tantas sociedades como viven en el Estado. Mas, todo cuanto ella tiene de fuerza, de derechos, de acción legítima, todo lo hacen depender de la concesión ó favor de los gobernantes. En aquellos Estados en que la legislación civil reconoce á la Iglesia su autonomía y donde un Concordato ha venido á intervenir entre los dos poderes, se empieza por clamar por la separación de la Iglesia del Estado, y esto para obrar contra lo solemnemente pactado y hacerse árbitro de todo, quitando cuantos obstáculos cree tener. Pero como la Iglesia no puede sufrirlo en paciencia, porque eso sería abandonar sus mayores y más sagrados deberes y como ella reclama absolutamente el exacto cumplimiento del compromiso estipulado, nacen con frecuencia entre la potestad espiritual y la temporal conflictos que concluyen por sujetar al poder del más fuerte á aquél que más desprovisto se halla de medios humanos. Así, pues, en esta situación política que muchos favorecen, hay tendencia de ideas y de conatos para arrojar á la Iglesia de la sociedad ó para tenerla sujeta y encadenada al Estado. La mayor parte de las medidas que por los Gobiernos se toman tienden á eso. Las leyes, la administración pública, la educación aconfesional, la expoliación y destrucción de las Órdenes religiosas, la supresión del poder temporal del Sumo Pontífice, todo tiende á herir en el corazón las instituciones cristianas, reducir á nada la libertad de la Iglesia Católica y aniquilar todos sus derechos» (1).

Cuadro magistral del estado persecutorio que aflige en Europa al catolicismo y trazado con la vista fija en Francia y en Italia, donde tan cordiales relaciones querían tener con los Gobiernos Bonomelli, Semería, Erver, Murri, Dabry, Gayraud, Lemire y tantos más.

En vez de esto León XIII da lecciones de grandísima fortaleza.

Después de haber descrito con vivísimos colores y soberana elocuencia, como suele, las tempestades que agitan la Nave mística de San Pedro y de haber inculcado el deber primero y principal de aprender y de robustecer la propia fe, continúa:

«Otros deberes hay que si siempre importó para la propia salvación guardarlos y observarlos religiosamente hoy día, en nuestros tiempos, son de una suprema importancia. A saber: en esta, de que hemos hablado, lucha y loca confusión de errores, tomar la defensa de la verdad y procurar desarraigar errores de los ánimos de los demás, es y ha sido oficio de la Iglesia que debe guardar con esmero y exactitud, porque así lo exige el honor de Dios y la salvación y defensa de las almas. Pero cuando la necesidad constriñe deben guardar la incolumidad de la fe, no sólo los Prelados, sino todos los fieles que están obligados á propalar su fe ante los otros, ya para instrucción de los demás fieles, ya para confirmarlos en ella, ya para reprimir los insultos de los enemigos (2). Porque ceder al enemigo, ó callar cuando por todas partes surge

(1) Encíclica.—(2) S. Thom. 2. 2, q. 3, a. 2, ad 2.

Biblioteca Nacional de España

tanta algazara para oprimir á la verdad, ó es de un cobarde, ó de uno que duda si es verdad la fe que profesa. Ambas cosas son torpísimas, injuriosas á Dios; ambas, enemigas del bien particular y del bien común de todos, y ambas cosas sólo aprovechan á los enemigos de la fe por cuanto sirve para aumentar la audacia de los malos la remisión y frialdad de los buenos» (1).

Pero vengamos ya al Pontífice reinante, cuya labor, en sus pocos años de Pontificado, es clarísima y verdaderamente apostólica.

Apenas elevado al trono de San Pedro, con ocasión de la ruptura con Francia, hubo de publicarse el *Libro Blanco*, donde al tratar de la provocativa visita de Loubet á Víctor Manuel, se expresa así el Santo Padre:

«La cabeza visible de la Iglesia que debe por institución divina procurar la salud espiritual de todos los pueblos, no puede en las circunstancias actuales residir voluntariamente en territorio ajeno, sin que ante la pública opinión deje de aparecer gravemente comprometida su independencia respecto del Gobierno á quien pertenezca el territorio donde resida, y de aquí que resulte también comprometida su autoridad moral á los ojos de los demás pueblos y de los demás Gobiernos y con la autoridad su misión universal. Hay de consiguiente para el Romano Pontífice un interés vital en ser de hecho y á los ojos de la opinión pública, donde quiera y siempre independiente de cualquier poder civil, y para obtener este resultado no se ha hallado hasta el momento actual otro medio que el de la posesión de un territorio propio é independiente.

»Por consiguiente, el Romano Pontífice, en fuerza del deber gravísimo que le incumbe de corresponder á las miras de la Providencia divina, al instituir el Papado puede sufrir la situación que le han creado hasta el momento actual los sucesos de 1870; pero no puede aceptarla ni permitir que la opinión pública crea que la ha aceptado. De aquí su perpetua reclusión en el Vaticano y sus protestas y reivindicaciones repetidas, que tienen por fin mantener en plena luz su independencia con respecto á Italia y de librar de todo atentado su autoridad y misión en el mundo.

»Esta situación anormal de la cabeza de la Iglesia debe preocupar á todos los católicos, más particularmente á los jefes de las naciones católicas, y en especial si son ellos mismos católicos, los cuales deben tener por el Papa consideraciones especiales en todo, concernientes á la independencia, autoridad y misión divina del Papado, puesto que además de su deber individual como católicos deben también procurar la salvaguardia de los intereses religiosos de su nación».

Hablando á los católicos de Italia en su Encíclica *De acción católica*, por razones de general aplicación en todas las naciones, esto es, por la poca utilidad práctica que para remediar los males públi-

(1) Encíclica *Sapientiae christianae.*

Biblioteca Nacional de España

cos trae la acción social aislada permite á los católicos italianos, variando en esto un poco la táctica de sus antecesores Pío y León, que acudan á la acción política para defender en los cargos públicos y en las Cámaras legislativas los soberanos derechos de Dios y de la Iglesia (1).

En su Encíclica de tonos tan apostólicos acerca de San Gregorio M., censura á los que ponen toda su confianza en los partidos de orden, que con más templanza profesan principios nada católicos y recomienda lo que allí llama el partido de Jesucristo, es decir, la reunión de valerosos que quieran llevar la doctrina de Jesucristo Nuestro Señor á la legislación y al gobierno.

Y con esto llegamos á la Encíclica *Pascendi*.

En toda la cual, desde el uno al otro cabo, se censura el afán de progreso que carcome á los modernistas hasta llamarse á sí mismos no modernistas sino católicos progresivos, y particularmente se trata de esto allí donde, al modo de la revolución en los países dominados por el liberalismo, se ponen en la Iglesia dos fuerzas, la conservadora en favor de lo tradicional y antiguo y la progresiva que tiende á lo nuevo y flamante y aventurado. Ya vimos en diversos pasajes el odio mortal que profesa y ha inspirado el catolicismo progresista al catolicismo tradicional que llama conservador.

Dice el Papa:

«Para declarar más la mente de los modernistas declaremos cómo la evolución total proviene como resultante del choque de dos fuerzas de signo contrario, la una impele al progreso, la otra es conservadora de la tradición. Esta fuerza retardataria se muestra y domina en la tradición, y es ejercitada por la autoridad. La cual, por derecho propio, pues ese es su natural, custodia la tradición, y en efecto así lo hace, pues abstraída de las vicisitudes de la vida, poco ó nada siente los estímulos del progreso. Por el contrario, la fuerza progresiva que responde perfectamente á las necesidades de los tiempos está latente y trabaja en las conciencias de los particulares, de aquellos en especial que viven vida práctica y que tocan más de cerca, como dicen, y más íntima-

(1) «Gravísimas razones, Venerables Hermanos, nos disuaden de apartarnos de la norma trazada por nuestro predecesor, de santa memoria, Pío IX, seguida luego por nuestro predecesor León XIII, de santa memoria, durante todo su largo Pontificado, norma conforme á la cual está generalmente prohibido á los católicos italianos el formar parte del Poder legislativo.

»Por otro lado, razones también gravísimas, referentes al bien supremo de la sociedad, que hay que salvar á toda costa, pueden exigir en casos particulares que la ley se dispense, singularmente cuando vosotros, Venerables Hermanos, reconozcáis la estricta necesidad de ello en bien de las almas y de los supremos intereses de vuestra Iglesia y lo solicitéis.»

Biblioteca Nacional de España

mente las necesidades de la época... Del conflicto de estas fuerzas brota como resultante el progreso y la evolución» (1).

Felizmente ya habemos oído á los modernistas y modernizantes y aún podríamos llenar de citas un libro, son éstas las que más abundan, y por ellas vemos que pretenden hacer que la Iglesia y los católicos se plieguen y acomoden al sentido de libertad, al derecho nuevo, á las formas políticas nuevas; que vuelvan la espalda á todo lo tradicional, porque está muerto y enterrado, y ni los torrentes vuelven atrás, ni los muertos resucitan.

Naturalmente, Pío X tiene que censurar todo esto, y así escribe en otro pasaje de la Encíclica:

«En nuestros tiempos, habiendo crecido hasta lo sumo el sentido de la libertad, en el estado civil ha introducido la conciencia pública el régimen popular y democrático. Pues como en el hombre la conciencia, como la vida, no es más que una, si la Iglesia no quiere encender en la conciencia humana, la discordia y guerra civil es menester que use de las formas democráticas; necesidad imperiosa si no quiere perecer. Porque sería loco quien pensara que va á haber regreso en el sentido de la libertad» (2).

Y más adelante:

«Por fin es causa de la evolución de la Iglesia la necesidad que tiene de acomodarse y avenirse con las circunstancias históricas y con las formas de gobierno introducidas en los pueblos» (3).

Y por último:

---

(1) Hinc modernistarum mentem plenius sequuti evolutionem ex conflictione duarum virium evenire dicemus, quarum altera ad progressionem agit, altera ad conservationem retrahit. Vis conservatrix viget in Ecclesia contineturque traditione. Eam vero exerit religiosa auctoritas; idque tam iure ipso, est enim in auctoritatis natura traditionem tueri, tam re, auctoritas namque a commutationibus vitae reducta stimulis ad progressionem pellentibus nihil aut vix urgetur. E contra vis ad progrediendum rapiens atque intimis indigentiis respondens latet et molitur in privatorum conscientiis, illorum praecipue qui vitam, ut inquiunt, propius atque intimius attingunt... Ex convento quodam et pacto inter binas hasce vires conservatricem et progressionis fautricem inter auctoritatem videlicet et conscientias privatorum progressus ac mutationes oriuntur.—(2) Ea porro tempestate nunc vivimus, quum libertatis sensus in fastigium summum excrevit. In civili statu conscientia publica populare regimen invexit. Sed conscientia in homine, aeque atque vita, una est. Nisi ergo in hominum conscientiis intestinum velit excitare bellum ac fovere auctoritati Ecclesiae officium inest democraticis utendi formis, eo vel magis quod, ni faxit, exitium imminet. Nam amens profecto fuerit, qui in sensu libertatis qualis nunc viget, regressum posse fieri aliquando autumet.—(3) Tandem pro Ecclesia evolutionis causa inde oritur, quod componi egeat cum adjunctis historicis cumque civilis regiminis publice invectis formis.

Biblioteca Nacional de España

«Tratan de variar el régimen eclesiástico en el orden social y político de modo que, aunque esté separada del Gobierno civil y político, se adapte con todo á él y á sus formas para imbuirlo de su espíritu» (1).

Ya ha sonado la palabra separación y ya viene el equívoco de que la Iglesia no tiene que mezclarse en política, pero sí aceptar el liberalismo, la democracia, el sufragio universal y todo esto, ¿cómo?

Los modernistas discurren su famosa división entre el gobernante y el católico, entre la vida pública y la privada, entre el ciudadano y el fiel cristiano. El Estado, como decía Benedetto, no ha de ser ni católico ni protestante; el derecho, la ley, el gobierno, la conciencia pública no será católica ni protestante, dirán otros. Todos convendrán en hacer lo que quieran en la vida pública guardando el respeto á la Iglesia y á sus enseñanzas para la conciencia individual.

«En las relaciones de la Iglesia y el Estado (reza la Encíclica) usan los modernistas las mismas reglas que antes para la ciencia y la fe. Allí se hablaba de objetos, aquí de fines, y así como allí por razón del objeto de la ciencia y la fe no eran hermanas, sino extrañas, así aquí el Estado y la Iglesia son extraños el uno del otro por los fines que persiguen, temporal y espiritual. En otras edades bien se pudo hacer que la Iglesia se mezclase en lo temporal como reina y señora, porque se creía que la Iglesia había sido fundada inmediatamente por Dios, autor del orden sobrenatural. Pero ya los filósofos é historiadores lo rechazan. Hay, pues, que separar el Estado de la Iglesia, como el ciudadano del católico. Por tanto cualquier católico puede y debe como ciudadano hacer lo que crea mejor y más conducente al bien y utilidad de su pueblo, sin hacer caso de la autoridad de la Iglesia, desatendiendo sus deseos y consejos y mandatos y hasta despreciadas sus reprensiones. Prescribir la Iglesia al ciudadano lo que debe hacer es un abuso intolerable de la autoridad eclesiástica...»

«... Y así como la fe, dicen, es menester que se sujete á la ciencia en la parte fenoménica, así es preciso que la Iglesia se subordine en lo temporal al Estado. Acaso esto todavía no lo dicen paladinamente; pero se les obliga lógicamente á admitirlo. Porque supuesto que en lo temporal el único que manda es el Estado, es menester que los creyentes que no se contenten con los actos interiores de la religión y que hagan otros exteriores... caigan bajo el poder del Estado. ¿Qué decir de la autoridad eclesiástica que toda se manifiesta por actos exteriores? Toda ella estará sujeta al Estado. Lógicamente, muchos protestantes de los llamados liberales, se ven obligados á proscribir todo culto externo, toda asociación religiosa y dejar sólo la religión individual. Si los mo-

---

(1) **Item ecclesiastici regiminis actionem in re politica et sociali variandam contendunt ut simul a civilibus ordinationibus exulet, eisdem tamense aptet ut su illas spiritu imbuat.**

Biblioteca Nacional de España

dernistas no llegan todavía á eso, pero piden entre tanto que la Iglesia se incline espontáneamente adonde ellos la impelen y se pliegue á las formas políticas« (1).

Aplicación de las doctrinas de la Encíclica, condenación de la conducta seguida por el funesto abate Lemire y reprensión de las protestas de los sillonistas y demócratas de querer mejor dar la mano á los socialistas que aliarse con los otros partidos verdaderamente católicos, es la carta dirigida á Mgr. Delamaire por el Cardenal secretario de Estado en respuesta á la que aquel Prelado envió á Su Santidad para reparar los insultos que le dirigiera el abate Lemire.

«Su carta, toda impregnada de afectos de docilidad y gratitud, endulza en el alma del Soberano Pontífice la amargura del temerario lenguaje que ya sabéis y le procura el consuelo de comprobar cuán lamentable es la actitud de ciertos sacerdotes y ciertos católicos, que, como decís, *tienden prácticamente la mano en el terreno político á los enemigos de la Iglesia.*

»*La reciente Enciclica sobre el modernismo,* allí donde señala los errores relativos á las relaciones de la Iglesia con el Estado y á las deducciones sacadas del fin de uno y otro *muestra claramente que Su Santidad ha tenido pre-*

---

(1) In hoc autem eisdem plane regulis utuntur, quae supra pro scientia atque fide sunt allatae. Ibi de obiecto sermo erat, heic de finibus. Sicut igitur ratione objecti fidem ac scientiam extraneas ab invicem vidimus, sic Status ab Ecclesia alter ab altera extranea sunt ob fines quos persequuntur, temporalem ille, haec spiritualem. Licuit profecto alias temporale spirituali subiici, licuit de mixtis quaestionibus sermonem interseri in quibus Ecclesia ut domina et regina interesset quia nempe Ecclesia a Deo sine medio, ut ordinis supernaturalis est auctor, instituta ferebatur. Sed iam haec a philosophis atque historicis respuuntur. Status ergo ab Ecclesia dissociandus sicut etiam catholicus a cive. Quamobrem catholicus quilibet, quia etiam civis, jus atque officium habet Ecclesiae auctoritate neglecta, eius optatis, consiliis praeceptisque posthabitis, spretis immo reprehensionibus, ea persequendi quae civitatis utilitati conducere arbitretur. Viam ad agendum civi praescribere praetextu quolibet abusus ecclesiasticae potestatis est, toto nisu reiiciendus... Sicut fidem quoad elementa, ut inquiunt, phaenomenica scientiae subdi oportet, sic in temporalibus negociis Ecclesiam subesse Statui. Hoc illi aperte nondum forte asserunt, raticcinationis tamen vi coguntur admittere. Posito etenim quid in temporalibus rebus Status possit unus, si accidat credentem intimis religionis actibus haud contentum, in externos exilire... necesse erit haec sub Status dominium cadere. Ecquid tum de ecclesiastica auctoritate? Quum haec nisi per externos actus non explicetur Statui tota quanta est erit obnoxia. Hac nempe consecutione coacti multi e protestantibus liberalibus cultum onnem sacrum externum, quin etiam externam quamlibet religiosam consociationem e medio tollunt, religionemque, ut aiunt, individualem, invehere adnituntur. Quod si modernistæ nondum ad haec palam progrediuntur, petunt interea ab Ecclesia quo ipsi impellunt sua se sponte inclinet seseque ad civiles formas aptet».

Biblioteca Nacional de España

sente en esta condenación doctrinal el equívoco fundamental en que esos sacerdotes y católicos apoyan su conducta». (Carta, 14 de Noviembre 1907.)

Corona y comentario de todo lo dicho por Su Santidad Pío X contra la cobardía ante los progresos de la libertad de perdición, contra el deseo de separación de la Iglesia y del Estado y el empeño en que olvidado lo pasado no se piense sino en lo presente é inmediato es la alocución entera que pronunció el Sumo Pontífice al aprobar los milagros de Juana de Arco. Así como Francia fué la cuna de la Revolución, así es ahora dechado y ejemplo de las demás naciones.

He aquí algunas de las palabras del Papa:

«No hay, pues, que exagerar las dificultades cuando se trata de practicar todo lo que la fe nos impone para cumplir nuestros deberes, para ejercer el fructuoso apostolado del ejemplo que el Señor espera de cada uno de nosotros: *unicuique mandavit de proximo suo.*

»Las dificultades vienen de quien las crea y las exagera, de quien se confía en sí mismo y no en los socorros del cielo, de quien cede cobarde intimidado por las sátiras y burlas del mundo. De lo cual se deduce que en nuestros días más que nunca, la fuerza principal de los males que deploramos es la cobardía y debilidad de los buenos, y todo el nervio del reino de Satanás reside en la blandura de los cristianos...»

Acomoda Su Santidad á Francia esta reprensión paternal de la flaqueza de los católicos, y volviendo á incurrir con creces en los reproches de inoportunidad que le lanzaron los modernistas yanquis y franceses por la Encíclica, asegunda aquellos golpes recordando al siglo XX los ejemplos de San Luis:

«Esta Francia fué llamada por nuestro predecesor «muy noble nación, misionera, generosa y de gran caballerosidad»; para gloria suya añadiré yo ahora lo que al Rey San Luis escribía el Papa Gregorio IX:

«Dios, á quien obedecen las legiones celestiales al establecer acá abajo reinos diferentes según la diversidad de lenguas y de climas, confirió á un gran número de Gobiernos misiones especiales para el cumplimiento de sus designios. Y como en otro tiempo prefirió la tribu de Judá á las de otros hijos de Jacob y lo colmó de especiales bendiciones, así entre todas las naciones de la tierra prefirió á Francia para la protección de la fe católica y para la defensa de la libertad religiosa. Por este motivo, continúa aquél Pontífice, Francia es el reino de Dios mismo, los enemigos de Francia son los enemigos de Cristo, y Dios ama á Francia porque ama á su Iglesia. Dios ama á Francia, donde la fe no ha perdido su vigor en ningún tiempo; Dios ama á Francia, donde los reyes y los soldados no han dudado nunca en afrontar peligros y dar su sangre por la conservación de la fe y de la libertad religiosa.» Así escribía Gregorio IX.

Biblioteca Nacional de España

»A vuestra vuelta, Venerable Hermano (1), diréis á vuestros compatricios que si aman á Francia deben amar á Dios, amar la fe y amar á la Iglesia, que es para ellos una madre muy tierna como lo fué de sus padres. Decidles que guarden como un tesoro los testamentos de San Remigio, de Carlomagno y de San Luis, testamentos que se suman en aquellas palabras tan repetidas por la heroína de Orleans: «Viva Jesucristo, que es el Rey de los francos».

»Sólo por ese título es grande Francia entre todas las naciones; con esta voz de guerra, Dios la protegerá y la hará libre y gloriosa; con esta condición se le podrá aplicar aquella palabra de los Libros Santos: «No hubo quien insultara á este pueblo sino cuando se apartó del culto de su Dios».

»No es, no, un ensueño lo que habéis, Venerables Hermanos anunciado, es una realidad y yo tengo firmísima certeza del triunfo más completo...»

Hasta aquí el Pontífice reinante. Sus manos colocan en las sienes de Jesucristo la corona de Rey de los pueblos y de Rey de Francia, que hijos pródigos le han negado, y al enronquecido gritar de la tercera República: *Nolumus hunc regnare super nos*, contesta Pío señalándoles á su Dios y Redentor y repitiendo: *Ecce Rex vester;* y para avergonzar á esa Francia apóstata y sacrílega evoca de sus tumbas las sombras de Clodoveo, Carlomagno y San Remigio, y tomando la Cruz de San Luis corre al encuentro de la Francia revolucionaria.

La Francia católica hundirá en tierra su frente y caerá de hinojos ante el Pastor de los pastores, y al escuchar su voz se acordará, ¡ay! de haber oído y despreciado otras, ó mejor, la misma, en otras ocasiones.

Era en 1570 cuando San Pío V, como vimos, se querellaba de la pasividad del Gobierno de Francia en defender los derechos de Dios y de la religión, en atajar los pasos del cisma y de la herejía, cuando amenazaba con que la democracia, ó mejor, la anarquía, sería la espada de la justicia de Dios; era unos cien años más tarde cuando San Vicente de Paúl se lamentaba de que el ministro de Luis XIII, en vez de aliarse y favorecer á España en la causa de la guerra religiosa le era hostil é impedía su acción. Estos eran los precursores, los silbidos amorosos de aquel Pastor divino que no se cansa en

(1) Mgr. Touchet.

Biblioteca Nacional de España

llamar á la oveja descarriada y que bajaba á Paray-le-Monial.

Estamos en plena devoción al Corazón de Jesús.

Era el año 1689, cuando la vida de la Virgen-Apóstol declinaba. En aquellos momentos supremos, Jesucristo, que había manifestado los deseos de su Corazón divino, de una restauración completa de su reinado y de una como nueva Redención, así como llamó á Francia en Clodoveo y Carlomagno para ser su Hija primogénita y su brazo armado para los admirables *Gesta Dei per Francos*, así quiere ahora, al avecinarse la apostasía de Europa, llamar al Rey que ocupaba el trono y el nombre de San Luis, á Luis XIV.

Jesucristo le había colmado de grandezas, le había dado el imperio de la tierra, la hegemonía de Europa, le había hecho heredero de la cultura, del esplendor, del poder, de la riqueza de la Edad Media; había llovido en su corte la elegancia de la cultura, la abundancia del imperio, las flores de la poesía, la gloria del saber, el esplendor de las victorias, las conquistas del genio; había hecho que le llamaran rey grande, rey Sol, Augusto de su siglo, y que la diplomacia y las ciencias, y las artes y la literatura, y el buen gusto aclamaran su tiempo como el venturoso siglo de Luis XIV.

¿Qué haría Luis XIV? ¿Imitaría los últimos años de Salomón, permitiendo á los calvinistas, á los jansenistas, á los ateos levantar templos y sinagogas? ¿Rodaría hasta el fin por turno entre los brazos de la Montespan ó la Maintenon? ¿Sería como aquel *dilectus*, amado de la Escritura que, satisfecho, embriagado con los favores de Dios, se alzara contra Él y de Él se olvidara *recalcitravit?*

Leamos las palabras de Jesucristo á Luis XIV, comunicadas por la beata Margarita María:

«¡Viva Jesús! El Padre Eterno, deseando reparar las amarguras y angustias que padeció el Corazón de su Divino Hijo en las casas de los reyes, entre las otras humillaciones de su Pasión, quiere establecer su reino en el corazón de nuestro gran Monarca, del cual quiere servirse para la ejecución de sus deseos que es hacer un templo donde sea colocada la imagen de su solo corazón para recibir allí la consagración y culto del rey y de su corte. Además, este Corazón divino quiere hacerse protector y defensor de su persona sagrada contra todos sus enemigos. Por eso le ha escogido como fiel amigo para hacer aprobar por la Santa Sede la Misa y para obtener los demás privilegios que han de adornar la devoción del Corazón Sagrado».

«También quiere reinar en su palacio, ser pintado en las banderas de Francia y grabado en sus armas para hacerlas victoriosas de todos sus enemigos, rindiendo á sus pies sus cabezas orgullosas y soberbias y hacerle vencedor de todos los enemigos de su Iglesia».

Biblioteca Nacional de España

Una, y dos y cuatro veces, repitió el llamamiento el divino Maestro, la Santa Virgen lo comunicó otras tantas á la M. Saumaise, quien por María de Módena, reina de Inglaterra, y por el regio confesor P. La Chaise, dió su encargo al endiosado Luis XIV. ¿Qué ocurrió?

Triste enigma que se esclarece tristemente por los sucesos siguientes.

En el afrentoso reinado de Luis XV, la devoción de esta piadosa devoción es tradición venerada de aquella Corte; las damas, las princesas angelicales, la víctima María Leczinska, reina mártir de las infidelidades de Versalles, se consagran al Divino Corazón, llevan su escapulario, adoran su imagen; mas ¿y el culto público?, ¿y la consagración de la Corte?, ¿y las banderas?, ¿y el ejército?

Ocupado en la guerra contra Austria en la ciudad de Metz, y peligrosamente enfermo andaba Luis XV, cuando el Señor quiso repetir el encargo frustrado en 1689, por otra religiosa de Paray, su entonces Superiora, la M. Elena Coing, quien al agradecer reales limosnas, reitera en nombre de la memoria de Margarita María los designios y las promesas de Jesucristo.

Versalles y sus complacencias con la Enciclopedia, no dejó á Luis XV tiempo de responder.

Subió al trono de San Luis el «último Capeto». La revelación de 1689, que se había en aquel palacio guardado como acero en la vaina, no impidió á Luis, el nieto de Luis XIV, proclamar en 1789 la libertad absoluta de cultos, concediendo todos los derechos civiles á los protestantes y restableciendo así el edicto de Nantes; era arrancar de las banderas de Francia lo poco que restaba de la Cruz de Cristo. ¿Quién había de pensar en describir en ellas el Sagrado Corazón?

Pero el Señor, que, prometiendo, había amenazado á Francia, hizo cuatro años después que se cumpliera la profecía de San Pío V. Las aguas cenagosas de la democracia, de la demagogia y de la anarquía, invadieron las Tullerías y todos sabéis lo que pasó.

En la solitaria cárcel del Temple, en medio de las horribles tinieblas de la noche, al compás de los martillazos que levantan una guillotina, un hombre que fué rey, dobla sus rodillas, enclavija sus manos, alza sus ojos y hace solemne voto de consagrarse él y consagrar á Francia al Corazón de Jesús, de grabarlo en sus banderas.....

¡Ah! ¡Nieto de Luis XIV, es muy tarde!

Hoy día, Francia recibe la postrera invitación de los labios de

Biblioteca Nacional de España

Pío X, y debemos confiar en Dios y esperar, que ya se acerca la hora bienhadada de quien escribió Margarita María:

«El Sagrado Corazón reinará á pesar de Satanás y de todos los que él suscita para oponérsele».

Véis, pues, la corona de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en este reinado que las naciones y los pueblos le niegan.

Vosotros, apóstoles del Corazón de Jesús, en Sevilla, lejos de negarle esta corona, se la queréis poner como á Rey universal de las naciones. Al hacerlo así, obráis bien y queréis demostrar que no es completa la devoción al Corazón de Jesucristo, si desde el culto privado é individual, desde los escapularios y las novenas, no pasa al reinado político de Jesucristo, que aferradamente le niegan liberales y modernistas. El Corazón de Jesús quiere reinar, ha de reinar, y «á pesar de Satanás y de sus instrumentos» reinará en los individuos y en las familias y también en los tribunales de justicia, en los santuarios de las leyes, en las banderas de los ejércitos, en los designios de los gobernantes, en los pechos de los monarcas. *Oportet illum regnare.* Conviene y reinará.

ASÍ SEA

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN OCTAVO

Reformismo modernista.

Itaque, fratres, state et tenete traditiones quas didicistis sive per sermonem, sive per epistolam nostram.

II Thesal. 2, 14.

Así que, hh., estad firmes y mantened las tradiciones aprendidas por la predicación ó por escrito.

Ep. 2 á los Tesal. 2, v. 14.

Esta idea de la reforma de la Iglesia es la que pudiera llamarse idea madre del modernismo. Mal avenidos con andar en guerra con el mundo quieren, ya que no modificar el mundo, modificar la Iglesia que lo tienen por más fácil.

Entre el siglo moderno con sus conquistas, aspiraciones y usos, y la Iglesia Católica con aspiraciones teocráticas, intransigentes, medioevales, hay verdadera oposición. Esperar la modificación del mundo, del siglo moderno, de la civilización moderna es quijotería, es locura, es ensueño, y querer que perdure eternamente la oposición es soberbia, tenacidad y por parte de la Iglesia Católica odio á su vida, instinto suicida. Luego el único camino es que se reforme la Iglesia.

Al mismo punto se llega por otra vía al parecer científica. El conocimiento de la verdad objetiva y absoluta está vedada al hombre, y la ciencia tiene su palacio en las cumbres del Sinaí, en la perpetua é infranqueable obscuridad, todavía no ha nacido, ni nacerá el Moisés que allí penetre. Lo único que es cierto, porque lo experimentamos, es la necesidad de una religión y la existencia de un sentimiento religioso, fenómeno psicológico, anímico, funcional de las mil y mil impresiones que van formando la opinión pública, la conciencia de los más, la conciencia ó conocimiento colec-

Biblioteca Nacional de España

tivo de la muchedumbre. Y al formar esta conciencia ó conocimiento colectivo ¿cómo impedir que los enunciados de la ciencia contemporánea, las conquistas del progreso, los descubrimientos de la historia, los aforismos morales no dejen en ella su impresión, su huella la modifiquen? La religión, pues, que no es sino la forma sentimental de la conciencia pública, tiene que modificarse al compás de la filosofía moderna, de la crítica moderna, de la historia moderna, de la democracia moderna, de la política moderna, del progreso moderno. Y ¡ay de la religión que no haga esto, porque morirá! La Religión Católica se halla en este caso; ella no es más que una forma del sentimiento religioso; es sí, la forma más estética, más pura, más ideal, más bienhechora, más dulce, más sublime; pero no es más que una forma sometida á la ley general y esencial de progreso. Si no se somete á esta ley no le valdrá ni su estética, ni su pureza, ni su idealidad, ni su humanitarismo, y morirá. ¿Cómo evitarle la muerte? Pues reformándola.

He aquí, pues, la idea madre del modernismo.

Sus aplicaciones son múltiples y variadas.

Unas se mantienen en los límites filosóficos, otras se extienden á la naturaleza y evolución del dogma, otras tocan en la Exegética y explicación de las Escrituras, otras penetran hasta las tradiciones eclesiásticas y veneración de los Santos y de las Reliquias; y aún cobrando alientos los sectarios se atreven á asentar sus reales como en terrenos frugíferos en el campo social predicando democracia, socialismo, y en el campo político predicando indepedencia de Dios y derecho nuevo y estatolatría á los poderes públicos.

Teorías gravisimas y absurdísimas que ya quedan refutadas en los discursos antecedentes. Pero los modernistas puestos ya en el declive, no se contienen y extienden su reforma á toda la vida de la Iglesia, y dentro de sus absurdos, lógicamente.

Porque si el dogma es lo que ellos sueñan, y lo mismo la filosofía y la exegética y la doctrina católica, debe en primer término reformarse la enseñanza del clero en los seminarios, el orden de sus estudios y ocupaciones y después la enseñanza del pueblo en la predicación, en el catecismo y en la formación doctrinal. Las mismas historias de Santos y eclesiásticas que completan la enseñanza también han de sufrir renovación y reforma.

Si la Iglesia es esencialmente democrática y en ella los conservadores y los progresistas tienen el mismo saludable efecto de equilibrado progreso que fuerzas semejantes obtienen dentro del Estado

Biblioteca Nacional de España

revolucionario, se sigue consiguientemente que todo lo que coarte al elemento avanzante y todo lo que ejerza autoridad aristocrática es reformable y reformado necesariamente. Las Sagradas Congregaciones Romanas del Indice y del Santo Oficio, la jerarquía y gobierno reducido á pocos y en suma á una Cabeza; la separación de ovejas y pastores, de sacerdotes y de seglares, las relaciones con pueblo y gobernantes se han de acomodar á los gustos modernos, se han de reformar.

Y como, por fin, en las costumbres se refleja el dogma y en la moral la especulación, también ellas han de sufrir reforma. Rómpanse los viejos troqueles de la liturgia y admítanse las lenguas vulgares en ella; democratícese la autoridad y prestigio divino y eclesiástico perdiendo el culto su esplendor, los templos su santidad, las funciones religiosas su pompa y magnificencia, los ministros y prelados aquel justo esplendor que el amor de sus hijos le ha dado; y al propio tiempo que se quiere *encanallar* la Religión Católica con pretexto de democracia se ensalcen y practiquen tan solo las virtudes naturales y humanas, despreciadas la mortificación, la austeridad, la castidad, la humildad y hasta el celibato eclesiástico (1).

---

(1) Pauca demum superant addenda de modernista ut reformator est. Jam ea quae hucusque loquuti sumus, abunde manifestant quanto et quam acri innovandi studio hi homines ferantur. Pertinet autem hoc studium ad res omnino omnes quae apud catholicos sunt. Innovari volunt philosophiam in sacris praesertim Seminariis, ita ut amandata philosophia scholasticorum ad historiam philosophiae inter caetera quae iam obsolevere systemata adolescentibus moderna tradatur philosophia quae una vera nostraeque aetati respondens. Ad theologiam innovandam volunt quam nos rationalem dicimus, habere fundamentum modernam philosophiam. Positivam vero theologiam niti maxime postulant in historia dogmatum. Historiam quoque scribi et tradi expetunt ad suam methodum praescriptaque moderna. Dogmata eorundemque evolutionem cum scientia et historia componenda edicunt. Ad catechesim quod spectat ea tantum in catecheticis libris notari postulant dogmata, quae innovata fuerint sintque ad vulgi captum. Circa Sanctorum cultum, minuendas inquiunt externas religiones prohibendumque ne crescant. Quamvis equidem alii, qui symbolismo magis favent, in hac re indulgentiores se praebeant. Regimen ecclesiae omni sub respectu reformandum clamitant, praecipue tamen sub disciplinari ac dogmatico. Ideo intus forisque cum moderna, ut aiunt, conscientia componendum, quae tota ad democratiam vergit ideo inferiori clero ipsisque laicis suae in regimine partes tribuendae et collecta nimium contractaque in centrum auctoritas dispertienda. Romana consilia sacris negotiis gerendis immutari pariter volunt; in primis autem tum quod a *Sancto Officio* tum quod ab *Indice* appellatur. Item ecclesiastici regiminis actionem in re politica et sociali variandam contendunt, ut simul a civilibus ordinationibus exulet, eisdem tamen se aptet ut suo illas spiritu imbuat. In re morum, illud asciscunt americanistarum scitum, activas virtutes passivis anteponi oportere,

Biblioteca Nacional de España

He aquí delineada la materia de vuestra atención.
Imploremos las bendiciones del cielo, etc.

AVE MARÍA.

Acabamos de oir en el exordio las palabras del Sumo Pontífice que denuncia y condena la tendencia reformista de los novadores; dejemos que ellos mismos nos declaren de igual modo su pensamiento.

Hay en la literatura modernista un fragmento que nos lo dice todo; son las palabras de Benedetto al Papa en *El Santo* de Fogazzaro.

«Santísimo Padre, la Iglesia está enferma. Cuatro espíritus malignos han entrado en ella para guerrear contra el Espíritu Santo. El primero es espíritu de mentira. El espíritu de mentira se transfigura en ángel de luz, y son muchos los pastores, muchos los doctores de la Iglesia, muchos los fieles buenos y piadosos que escuchan devotamente este espíritu de mentira creyendo escuchar un ángel... Adoradores de la letra, pretenden constreñir á los adultos á un alimento de niños que los adultos rechazan; no comprenden que si Dios es infinito é inmutable, el hombre se va haciendo de Él una idea que se agranda de siglo en siglo y que para él es lo mismo con relación á la Verdad divina. Estos son causa de una perversión funesta de la Fe, que corrompe toda la vida religiosa; porque el cristiano que, haciéndose violencia, se aviene á aceptar lo que ellos aceptan y á rechazar lo que ellos rechazan, cree haber hecho todo lo que debe para el servicio de Dios, y no ha hecho nada; ha hecho menos que nada, puesto que le falta vivir la fe en la palabra de Cristo, en la doctrina de Cristo, vivir el fiat voluntas tua, que es el todo. Santísimo Padre, pocos cristianos saben hoy que la religión no es principalmente una adhesión de la inteligencia á ciertas fórmulas de verdad, sino que es sobre todo acción y vida, según la verdad, y que á la fe sincera no responden sólo deberes religiosos negativos y obligaciones con la autoridad eclesiástica. Y los que saben esto, los que no dividen en su corazón la verdad..., son ásperamente combatidos, son difamados como herejes, son constreñidos á callar, y todo por obra del espíritu de mentira, que desde siglos ya, trabaja por crear en la Iglesia una tradición de error, por la que aquellos que sirven á ese espíritu creen servir á Dios como lo creían los primeros perseguidores de los cristianos... Hay muchos, muy muchos corazones de sacerdotes y de seglares que pertenecen al Espíritu Santo; el espíritu de mentira no ha podido penetrar en ellos, aún bajo apa-

---

atque illas prae istis exercitatione promoveri. Clerum sic comparatum petunt ut veterem referat demissionem animi et paupertatem, cogitatione insuper et facto cum modernismi praeceptis consentiat. Sunt demum qui magistris protestantibus dicto lubentissime audientes, sacrum ipsum in sacerdotio coelibatum sublatum desiderent. (Enc. *Pascendi.)*

Biblioteca Nacional de España

riencias de un ángel. Decid una palabra, Padre Santo, haced un gesto que reanime á esos corazones rendidos á la Santa Sede del Pontífice Romano... No dejéis que el Santo Oficio ó el Indice condenen por alguna osadía excesiva á hombres que son ornamento de la Iglesia, que tienen la inteligencia llena de verdad y el corazón lleno de Cristo, que luchan por la defensa de la fe católica. Y ya que Vuestra Santidad ha dicho que Dios revela sus verdades en el secreto del alma, no permitáis multiplicarse las devociones exteriores, ya suficientemente numerosas, recomendad á los pastores la práctica y la enseñanza de la oración interior...»

«Si el clero enseña al pueblo la oración interior, no menos saludable al alma que ciertas supersticiones le son corruptoras, perderá mucho el segundo espíritu maligno que infesta la Iglesia transfigurado en ángel de luz; el espíritu de dominación que se ha apoderado del clero. Los sacerdotes dominados de este deseo de dominar, no aprobarán el que las almas se comuniquen normal y directamente con Dios para pedirle consejo y dirección... Sino que ellos quieren dirigirlas por sí mismos, como mediadores entre Dios y ellas, y estas almas así dirigidas se hacen blandas, tímidas y serviles. Puede ser que hallemos pocas almas de éstas, los peores efectos del espíritu de dominación son otros: ha acabado con la antigua y santa libertad católica, quiere hacer de la obediencia, aun cuando no es debida, según la ley, la primera de las virtudes; querrían imponer humillaciones no obligatorias, retractaciones contrarias á la conciencia; desde que unos cuantos se asocian para algo bueno se toma el mando de ellos, y si no se sujetan se les niega todo favor. Aun más; se intenta sacar la autoridad religiosa fuera del dominio religioso. La Italia, Santo Padre, sabe algo de esto... Acaso, acaso Su Santidad tenga también pruebas de esto, porque ese espíritu de dominación querrá ejercerse sobre ella. No cedáis, Padre Santo, á Vuestra Santidad es á quien toca el gobierno de la Iglesia, no permitáis que otros os gobiernen, no sufráis que vuestro poder sea como un guante para cubrir las manos invisibles de otros. Tened consejeros públicos, y esos sean los Obispos reunidos con frecuencia en Concilios nacionales; haced que el pueblo tome parte en la elección de los Obispos y escoged hombres amados y respetados de su pueblo; que los Obispos se mezclen con el pueblo, no sólo para pasar bajo arcos de triunfo y hacerse saludar al repique de las campanas, sino para conocer las muchedumbres y edificarlas á ejemplo de Cristo y no estén encerrados en sus palacios como príncipes orientales, según lo hacen muchos de ellos. Dejadles Vos también toda la autoridad compatible con la de Pedro...

»... El tercer espíritu maligno que corrompe la Iglesia, no se transfigura en ángel de luz... sino que se contenta con revestir apariencias de honradez vulgar. Es el espíritu de avaricia. El Vicario de Cristo vive, ya lo sé, en este palacio, como vivió en su obispado con corazón pobre; muchos venerables Pastores viven en la Iglesia con semejante ánimo; pero el espíritu de pobreza no es bastante enseñado como Cristo lo enseñó, los labios de los ministros de Cristo son con frecuencia muy complacientes con los ambiciosos de riquezas... Santísimo Padre, atraed al clero á mejor actitud para con aquellos, ricos ó po-

Biblioteca Nacional de España

bres, que ávidamente ansían los bienes de este mundo, acordadles la caridad que amonesta, que amenaza, que castiga. ¡Ah, Padre Santo!... El Espíritu me fuerza á decir algo más. No será obra de un día, pero es preciso preparar el día y no dejar ese cuidado á los enemigos de Dios y de su Iglesia; es preciso preparar el día en que los sacerdotes de Cristo den ejemplos de pobreza efectiva, vivan pobres por obligación y tomen por regla aquellas palabras de Jesús á sus setenta y dos. Entonces el Señor rodeará á los últimos de entre ellos, de un honor y de una reverencia tales cuales no las hay hoy en el corazón del pueblo hacia los Príncipes de la Iglesia. Serán pocos, pero luz del mundo. ¿Lo son hoy dia? Algunos, sí; otros, la mayor parte, ni son luz ni tinieblas...»

«... El cuarto espíritu maligno es el Espíritu de inmovilidad, que también se transfigura en ángel de luz. Los católicos, eclesiásticos y seglares, dominados por este espíritu de inmovilidad creen agradar á Dios como aquellos judíos celosos de la Ley que hicieron crucificar á Jesús. Todos los clericales, Santísimo Padre, y hasta los hombres religiosos que hay en la actualidad y son opuestos al catolicismo progresista, hubieran crucificado á Jesús de buena fe en nombre de Moisés. Son idólatras de lo pasado, querrían que todo fuese inmutable en la Iglesia, hasta las fórmulas del lenguaje pontificio, hasta los *flabelli* que tanto repugnan al corazón sacerdotal de Vuestra Santidad, hasta las estúpidas tradiciones que prohiben á un Cardenal salir á pie y que harían considerar escandaloso que visitase á los pobres en sus propias casas. Espíritu de inmovilidad que queriendo conservar lo imposible, atrae sobre nosotros las burlas de los incrédulos. ¡Gran pecado ante Dios! (1).

He aquí el programa general de la reforma; examinémoslo por partes.

I

Reforma en la formación intelectual.

Es el primer punto que nos ofrecen los modernistas y de que tratan.

En efecto, la fe cristiana es una enseñanza que nos hace el único y verdadero Maestro, que es Jesucristo, y que dejó en su Iglesia perpetuada como oficio propio de ella: *docete omnes gentes*, enseñad á todos. Abarcan estas enseñanzas todas las relaciones de los hombres con Dios, ya como autor de la naturaleza, ya como autor de la gra-

(1) Pág. 269-275.

Biblioteca Nacional de España

cia; con los demás hombres, sean superiores, iguales ó inferiores, estén ó no reunidos en sociedades naturales ó arbitrarias, perfectas ó imperfectas, y consigo mismo en su alma con todas sus potencias y en su cuerpo con todos sus sentidos. No escapan á estas enseñanzas ni la revelación hecha por Dios, ni los deberes para con las autoridades legítimas, ni las obligaciones de ésta, ni los lazos de la familia, ni las manifestaciones del culto, ni la cultura de nuestro entendimiento, ni los afectos de nuestra voluntad; todo, absolutamente todo, está regulado por estas enseñanzas, cuya depositaria es la Iglesia Católica.

Ahora bien; hay una ciencia que atesora todas estas enseñanzas, que las ordena científicamente, que las razona y comprueba, que las aplica y deduce de ellas las consecuencias. Esta ciencia se llama Teología, ó sea ciencia de Dios, que en su sentido más lato abraza, ó como ciencias subordinadas ó como ramas del árbol corpulento, la ciencia de la revelación escrita, que es la Exegética ó estudio de las divinas Escrituras, la ciencia del gobierno eclesiástico, ó sea el Derecho Pontificio ó de la Iglesia, y la ciencia auxiliar, pero provechosa, de la Historia Eclesiástica, donde se ve en acción esa vida de la Iglesia. Separada la Teología de estas otras ciencias se divide en Teología especulativa, que estudia los dogmas y las verdades en sí mismas, y Teología moral ó práctica que los aplica á las reglas y casos de la vida.

Sólo con esta natural y sencilla explicación habéis comprendido perfectísimamente que si el bien común y la razón natural exigen que haya en una sociedad bien ordenada, médicos que atiendan con preferencia al conocimiento del organismo, de sus enfermedades y de sus remedios; abogados que dediquen sus esfuerzos á la comprensión del derecho vigente, de sus aplicaciones y modo de reivindicarlo; militares á quien sea una obligación el conocimiento técnico y el práctico de la defensa armada de los derechos de la nación, y á este tenor innumerables más ocupaciones, profesiones y oficios que se necesitan para el pro y utilidad común de los hombres; también es menester que singularmente los ministros de Dios y de su Iglesia sean los tesoreros de esa ciencia sagrada que sirve á los fieles para dirigir sus pasos: *de los labios de los sacerdotes requerirá el pueblo la ciencia*, está escrito con gran razón y así debe de ser.

Y ¿qué ciencia? No ciertamente una ciencia profana, que es en él un adorno; como en el militar se tolera que no sepa la poesía y se busca de él lo propio de su estado, así en el sacerdote se tolera

Biblioteca Nacional de España

por las personas sensatas la ausencia de profundos conocimientos profanos, pero es á los ojos de Dios, de su Iglesia y de los fieles intolerable la ignorancia de las ciencias sagradas.

Cierto estas ciencias deben acomodarse á las necesidades del siglo, mas no para olvidarlas, sino para afirmarlas más y más. Los errores actuales nos deben servir para extirparlos con nuestras ciencias sagradas: como sirvió á San Atanasio el arrianismo, y á San Agustín el pelagianismo, y á San Gregorio VII y Bonifacio VIII las ambiciones del Imperio, y á Pío IX las fierezas de la revolución descarada y los ardides del catolicismo liberal. Hoy día nuestra lucha es con el modernismo en toda su extensión, y con el modernismo según la forma que toma en la nación y auditorio que nos escucha; el modernismo exegético, en Alemania é Inglaterra; social y moral y político, en Francia, Italia y España, sin huir de la arena cuando cualquier otro enemigo se nos presente. En este sentido está muy bien que el clero se forme en ciencias sagradas, estudiándolo todo, mas con preferencia las cuestiones que el adversario nos niega.

Éste es el espíritu de la Iglesia desde Pío IX á Pío X, y esto es lo que pretendió León XIII con la restauración de la filosofía cristiana y de los estudios bíblicos; mas no es lo que pretenden los modernistas, como les reprende elocuentemente el abate Maignen por estas palabras:

«Lo característico del nuevo y joven clero, es ciertamente la alianza de la Iglesia y del siglo que sintetiza en su persona; es también el predominio de la palabra sobre la idea, de la sonoridad vacía de las fórmulas que cubren lo huero y nulo de los pensamientos. Lo característico del nuevo clero es la ignorancia de lo que un sacerdote debe saber y la pretensión de comprender lo que un sacerdote puede y algunas veces debe ignorar; el nuevo clero quiere mostrarse superior á los seglares, no sólo en su esfera y en su atmósfera, sino en la de ellos, lo cual ni es según las tradiciones de la Iglesia, ni siquiera el buen sentido.

»A pesar de su entusiasmo por la ciencia, el «clero nuevo» desdeña las viejas ciencias que se llaman eclesiásticas, y eso lo hacen cuando sacerdotes y hasta muchos legos las estudian con afán. Menos cuidadoso de aprender que de enseñar, se diría que el nuevo clero no aspira sino á medrar y á respirar siguiendo la corriente del siglo.

»Se nos habla de su obediencia á la Santa Sede... ¿Acaso por obedecer á la Encíclica *Aeterni Patris*, que recomienda el estudio de Santo Tomás de Aquino y el método escolástico, los jóvenes del clero se han lanzado al kantismo y cartesianismo?

»¿Por obedecer á la Encíclica *Providentissimus* sobre la inspiración de las divinas Letras los jóvenes del clero han ciado hasta más allá de los límites co-

Biblioteca Nacional de España

nocidos de la crítica alemana y algunos de ellos quieren tomarse más libertades con el texto sagrado que los mismos protestantes?

»¿Por obedecer á los decretos de la Santa Sede sobre la predicación hay jóvenes predicadores que se engalanan con los oropeles de una retórica decadente ó transforman la cátedra sagrada en tribuna de arengas en que el nombre de Jesucristo no se pronuncia ni una vez?» (1).

Hemos nombrado la predicación y es consecuente.

La predicación es al pueblo fiel lo que el estudio teológico al sacerdote; si el sacerdote ha estudiado agricultura, inglés, ciencias naturales, asiriología, novelas, periodística, etc., y no ha estudiado Teología y ciencias sagradas, ¿qué enseñará en sus sermones? Acaso como los párrocos austriacos en los aciagos días del Emperador-sacristán enseñarán el modo de preparar los abonos ó de sacar una cosecha lucida de remolacha, ó hablarán del cosmos y de las nebulosas, ó del sufragio universal y de las maravillas de la democracia; pero no refutarán errores, ni arrancarán preocupaciones, ni enseñarán la fe y doctrina cristiana, ni corregirán las costumbres cada vez más depravadas.

Y eso que el predicador es la sal de la tierra para que con las tentaciones no se corrompa, la luz del mundo para alumbrar los caminos y señalar los precipicios y descubrir como faro el único puerto seguro adonde se dirijan los náufragos de la vida; y eso que el predicador es atalaya de Israel para avisar de los peligros, bajo pena de ser él responsable de toda muerte si por sueño, cobardía ó petulancia no clama y vocea para que el pecador abandone su camino de perdición; y eso que el predicador es el sucesor de los Profetas de la Antigua Ley, puesto por Dios para arrancar errores, destruir resistencias á la verdad, arruinar soberbias que se alcen contra Dios y para plantar verdades en los entendimientos y amor de Dios en el corazón, para edificar el templo de Dios que es la Iglesia Santa, para formar y engendrar en la fe y en la virtud cristiana los hijos del Evangelio.

Gran idea del predicador que nos dan los libros sagrados, y que

---

(1) *Nouveau catholicisme, nouveau clergé*, p. 161-63.

Biblioteca Nacional de España

es diametralmente opuesta á la que nos dan los púlpitos modernistas ó modernizados.

El eje y centro de estas predicaciones es no desagradar al auditorio, sino *prurientes auribus*, adulando sus oídos, conseguir su aplauso. Si hablan ante un público mundano y esclavo de su carne le dirá con el P. Semería en Italia, que el cuerpo es obra prima y primorosa de Dios y que no se debe destruir con la demoledora piqueta de la mortificación; y si se sospecha que hay en el auditorio defensores de la unidad italiana, se podrá como otros oradores italianos hablar en tesis de unidad é independencia de la patria, prescindiendo de hechos que acarreen sospechas sobre la casa de Saboya; y si no, ahí está siempre el tema del socialismo ya anatematizándolo en sus horrores anarquistas, ya exclamando que «en medio de la revuelta de las ideas se van preparando nuevas formas que harán felices á los pueblos», ya se llegará á decir «que la Revolución francesa, salvo algunos inconvenientes, ha sido un gran bien».

Mas, ¿para qué multiplicar ejemplos que el P. Zocchi en la *Civiltà* y en Opúsculo aparte sobre la predicación y Cavallanti y otros nos dan y que la experiencia nos ofrece? Lo que se busca es que según la frase de Ezequiel, se citen al sermón como á una danza y una feria y se escuche al predicador como un número del programa de las fiestas, como un cantante, un actor, ó un diestro. Por ahí va la corriente aún de los auditorios piadosos; la elocuencia moderna por no perder esos auditorios quieren agradarlos.

Cuadran perfectamente á la predicación modernista estas censuras más generales que hace el P. Barbieri:

«Un catolicismo que para el conocimiento de Dios refuta los argumentos de los Doctores de la Iglesia por seguir á Kant, que se arrastra por el polvo confundiendo lo sobrenatural con lo natural, que atribuye á disposiciones naturales de la voluntad el acto sobrenatural de la fe, que hace á la naturaleza buena testaferro de la divinidad, que como fin del cristianismo pone el desenvolvimiento completo de lo que es puramente humano, que parece dudar de si los pueblos son cultos porque son cristianos ó cristianos porque son cultos, que niega á la sociedad cristiana el derecho de defensa propia, que confunde la divinidad del cristianismo con la índole del alma semítica, que exagera el influjo que en la propagación del cristianismo podrían tener también los acontecimientos de la historia; una religión católica así concebida y enseñada es propiamente la que se quería para atraer *oves et boves* en ciertas fiestas, en ciertos altares y en ciertos púlpitos; porque á la postre en estos casos se va á la iglesia para oir que le den á uno razón, para tener la confirmación de los propios prejuicios, para obtener el permiso de continuar como antes, para po-

Biblioteca Nacional de España

ner agua bendita sobre el liberalismo que se profesa, sobre la vida poco correcta y sin prácticas religiosas, para mofarse, en suma, de los demás y de sí propio» (1).

Lo que se dice del púlpito y de la enseñanza se aplica, naturalmente, á todos los ramos de instrucción y de saber. El Catecismo es entre los cristianos el primer libro que debe contener la suma de nuestra educación religiosa y el fundamento sólido de ella. Enhorabuena, que con discreción y tino se agreguen á él ó preguntas ó explicaciones necesarias contra los errores más vulgarizados en nuestros días, como beneméritamente ha hecho en España el Padre Arcos, de nuestra Compañía; pero los modernistas no se contentan con eso, sino que hablan con desprecio de las enseñanzas fundamentales, dan por nulas otras que responden perfectamente á las justas exigencias de la época actual, desfiguran la realidad y todo para introducir en el primer libro de la niñez ideas abstrusas, cuando no peligrosas.

Tal es el deseo formulado por Naudet en la siguiente cita:

«Abranse nuestros catecismos; allí se habla con admirable precisión de deberes individuales, ¿se conoce uno siquiera que hable en un solo capítulo de deberes sociales? Allí se explica con gran lujo de detalles las diversas clases de gracia, cómo se distingue la oración mental de la vocal, la diferencia que hay de un cismático á un hereje, entre un apóstata y un excomulgado; todo lo cual está bien, y de ello no nos quejamos. Pero en cuál de ellos se hallará un capítulo bien detallado sobre los deberes del patrón para con sus obreros, sobre las responsabilidades morales de un maestro, de un dueño, de un amo para con el alma de los que de él dependen? ¿Dónde la noción cristiana de la propiedad y del buen uso de los bienes, noción que es ciertamente otra cosa que el precepto de la limosna y la virtud de la caridad?» (2).

Esta enseñanza se perpetúa y dilata en el catolicismo por medio de las tradiciones piadosas, de las historias y vidas de los Santos y de las historias eclesiásticas, en todo lo cual halla el modernismo de qué censurar y de qué hacer irrisión. Censuras y burlas dignas

---

(1) *A través de los escritos del P. Semería*, p. 206.—(2) *Mauvaises méthodes.—Justice Sociale*, 24 Noviembre 1906.

Biblioteca Nacional de España

de reprobación más por la forma y el espíritu volteriano que las anima que no por la razón objetiva.

Verdad es, pero verdad dolorosa para corazones bien nacidos, que reyes cristianos, Prelados y aún Pontífices Romanos han deslustrado con sus costumbres su altísima dignidad; mas en primer lugar, ¿qué utilidad saca y reporta Cam de burlarse y propalar las desnudeces de su padre Noé? En segundo lugar, si es razón histórica digna de atención el que se halle algún pecado suficientemente convencido por pruebas notorias, ¿no es también una razón histórica atendible la significación grandiosa de aquél personaje que fué un Rey, un Emperador, un Príncipe cristiano, un Papa y en cuya hoja de servicios el resplandor heroico oculta el borrón de pequeñas acciones individuales? Si vale esto en la historia profana donde ni la deformidad ó hermosura, ni la irascibilidad ó mansedumbre ni tan siquiera los pecados familiares borran el resplandor de la sabiduría de Platón, de la elocuencia de Demóstenes, de la facundia de Cicerón, de la grandeza de César, de la rectitud de Trajano, etcétera, ¿cómo podrán obscurecer lunares de vida privada los hechos pontificales y católicos, las empresas de celo y de cristiandad, los arrojos caballerosos y guerreros de Clodoveo, Carlomagno, Alfonso el Católico, Carlos V, D. Juan de Austria y de infinitos héroes cristianos, los de León X, Gregorio XIII, Pío VI, Pío VII y de tantísimos y tan gloriosos Pontífices de la Iglesia? Ley histórica y ley histórica respetable es el conjunto, la síntesis real y objetiva y no debe el historiador de tal modo embelesarse tras los detalles que esta síntesis deje de dirigir su pincel; en otro caso se expone á sacar no retrato, mas caricatura.

Las tradiciones piadosas históricas, las vidas de los Santos no tienen entre los católicos sino valor puramente humano; pero valor al que está aligado el amor de los pueblos y la veneración debida á las virtudes cristianas. Por amor á esto y á la protección divina que los pueblos experimentan en sus Santuarios, imágenes milagrosas y Santos predilectos, se han de respetar los hechos históricos en que se fundan. Y cuando sea preciso estudiarlos, discutirlos ó retocarlos hágase de manera que ni los grandes intereses de la fe y la piedad padezcan, ni sufran detrimento los pequeños y los sencillos.

¡Gran sabiduría de tal manera atender á los fueros de la verdad humana que no padezca por ningún cabo la verdad y la moral divina! Y gran prudencia de tal modo rendirse á las exquisiteces de la crítica que no se defrauden las justas exigencias del sencillo pueblo cristiano.

Biblioteca Nacional de España

II

Reforma en la disciplina.

Los principales tiros de los modernistas van contra las Congregaciones romanas y señaladamente contra las del Indice y del Santo Oficio. Diríase que la mala conciencia les hace odiar á sus jueces naturales; *vis autem*, se les puede decir con San Pablo, *non timere potestatem?* ¿quieres no temer á la autoridad? *Bonum fac et habebis laudem ex illa* (1): obra bien y ella te alabará.

Pero los modernistas la temen, la injurian y quieren debilitar su fuerza.

Bastará para ello un solo ejemplo:

«¿Por qué, pues, escandalizarse ó inquietarse por los abusos de la autoridad de que los eclesiásticos son los únicos responsables? Al procurar la Iglesia conservar dentro de sus límites muy estrechos y bien determinados la prerrogativa de la infalibilidad obró con divina sabiduría, reconociendo lo que debe á la humanidad débil é ignorante. Si algunas Congregaciones romanas, olvidadas de que la autoridad de la Iglesia es más un servicio que un ejercicio de tiranía violentan los derechos de la conciencia humana, dan prueba en eso de una ligereza de espíritu y de un desconocimiento de sus tiempos del que ellas solas responderán ante Dios...»

«Si estos males que deploramos nos parecen fundados en justicia, debemos, pues, bajo pena de desobedecer á nuestra conciencia, poner á servicio de nuestras reclamaciones toda la fuerza de nuestra alma. Por eso no dudamos en pedir, aun con respetuosa energía, una refundición completa de una institución tan arcaica como la Sagrada Congregación del Indice, para no citar sino un ejemplo. Institución que desconoce el valor de la persona moral, hasta el extremo de condenar un autor sin advertirle y sin oirle, no es indiscutible. Y no sólo condena la Sagrada Congregación del Indice sin avisar y sin oir, sino que no motiva nunca su condenación. No dudamos en afirmar que los tales principios repugnan á nuestra delicadeza moral. Y añadamos también que ciertas decisiones del Indice, lejos que hacer luz en las almas, pueden con frecuencia llevar á ellas la turbación y el desaliento» (2).

Ab uno... omnes. Todos tienen igual lenguaje, que se reduce á los tópicos del progreso de las ideas, de la dignidad humana, del desaliento infundido en los pensadores, de la ignorancia patrocinada

(1) Ad. Rom. 13, 3.—(2) Marc. Rifaux, *Demain*, 17 Agosto 1906.

Biblioteca Nacional de España

por Roma, de la esterilidad de los anatemas, de la sindicación de una camarilla reaccionaria, de los jesuítas y el Cardenal Vives, y otros á este tenor.

Todo es luchar contra la autoridad y contra la antoridad eclesiástica ejercida con las mayores garantías de acierto. Grande y patente contradicción la de los modernistas. Ellos, en todas las naciones, se hacen eco de la adulación gubernamental y alaban ó disculpan y exigen que se sometan los católicos al estado de usurpación de Italia, á las leyes de persecución de Francia, al artículo 11 de la Constitución de España, etc.; ellos, en todo el orden civil y militar aceptan y aplauden, y en esto, no sin razón, los métodos rápidos, la acción de los tribunales, etc.; sólo tienen reparos, objeciones y protestas contra la acción eclesiástica ejercida por las Santas Congregaciones.

Son éstas verdaderos cuerpos jurídicos, por los que ya en unos, ya en otros ramos se ejerce la autoridad pastoral, judicial y legislativa de la Iglesia. Tribunales subordinados al Sumo Pontífice, son la autoridad primera delegada con relación á toda la Iglesia.

Los decretos doctrinales de las Sagradas Congregaciones de la Inquisición y del Indice, no son ciertamente infalibles, por ser la infalibidad prerrogativa que no se ejerce por delegación, y que el Papa no puede comunicar á nadie; pero sin ser infalibles, son de grandísima autoridad en toda la Iglesia, y no se puede sin temeridad ni pecado negar ó despreciar. Cuando estos decretos, como lo ha sido el Decreto *Lamentabili* condenatorio del modernismo, son de modo especial confirmado por la Sede Apostólica, gozan desde entonces de infalibilidad.

Los mismos decretos disciplinares de las Sagradas Congregaciones romanas tienen toda la autoridad que el tenor de la letra, su naturaleza y la intención de los venerables jueces nos indiquen; pero siempre son respetabilísimos á todos, obligatorios á aquellos sobre quien principalmente recae la sentencia jurídica y sirven, en general, de dirección y norma en casos semejantes (1).

Son, pues, aquellas Sagradas Congregaciones, tribunales pontificios de autoridad humana, que en sociedades perfectas es necesaria, para defensa de la fe y de la disciplina eclesiástica.

---

(1) Cf. P. Wernz, *Ius Decret*, t. I, p. 167–175.

Biblioteca Nacional de España

Pero bien se descubre en todo el odio modernista á la Iglesia, como sociedad perfecta y organizada. Si tratan de historia, lo que quieren, en suma, es rebajar y deshacer los efectos sociales y políticos de la civilización cristiana y creen conseguirlo cacareando, con pretexto de imparcialidad, los pecados de los Príncipes católicos, la relajación medioeval del clero, los delitos de los Obispos, las ambiciones y pecados de los Papas; si se habla del ejercicio de la autoridad, se achicarán las Congregaciones y tribunales eclesiásticos, se difamará su acción, se calumniarán sus sistemas de enjuiciar, se deprimirán sus decisiones, porque así piensan destruir los organismos jurídicos, necesarios y naturales en una sociedad perfecta; si de tradiciones se dice, se esforzarán por mofarlas una por una: ésta por lo inverosímil, la otra por lo infundada, aquélla porque no hay documento escrito en su pro, esotra por lo que tiene en contra; en una palabra, quieren quitar á la gran sociedad cristiana sus vínculos de amor, que son las tradiciones de familia.

Por eso al hablar de este punto, de que ahora diremos, hablamos del eje de toda la reforma disciplinar. La Iglesia, dicen, debe perder la ambición.

¿Qué ambición? Primero, la de dominar las almas:

«¿Qué oficio atribuimos nosotros, los clérigos, á los legos en la Iglesia? No sólo á los ignorantes, á los incapaces, sino á los filósofos, á los sabios, á los genios, ¿qué oficio? Escucharnos, aceptar sin examen nuestra teología y nuestra dirección. El Arzobispo de Milán, en carta reproducida en cien partes, le recordó hace poco á Fogazzaro y á otros directores y escritores del *Rinoramento*, y desde los Cardenales hasta el más modesto Obispo ó simple cura ninguno deja pasar la ocasión de recordar á los fieles que en lo concerniente á ciencia religiosa y á disciplina eclesiástica deben someterse á la Iglesia y al clero» (1).

Como ya se ve, en esto ¿qué hay de injusto? Si los médicos juzgan de medicina, y los abogados de leyes, y los soldados tienen fuero, ¿por qué la Iglesia ha de ser de peor condición que cualquier organismo menos perfecto que ella?

La segunda ambición, la de dominar en los pueblos.

Un sacerdote católico lo escribió en la *North American Review*, y una revista francesa, con aprobación y deleite, copiaba y comentaba un artículo acerca de los tres años y medio primeros del Pontificado de Pío X, donde entre otras impiedades se leía:

(1) *La Justice Sociale*, 27 Julio 1907.

Biblioteca Nacional de España

«El Papa actual es hombre de cuya sencillez y pureza de intención no se puede dudar... Cuando anunció en sus primeras palabras que su empresa sería: *Instaurare omnia in Christo*, renovarlo todo en Cristo, esperábamos ver en el gobierno pontificio un espíritu de moderación y desprendimiento cual no había visto el mundo desde los días de Gregorio I ó León I. Desde hace tiempo los católicos que piensan, están cansados de Pontífices, grandes diplomáticos, grandes edificadores ó grandes teólogos... Todos mirábamos cómo el Cardenal Sarto, hecho Papa, cumpliría sus promesas. ¿Se arrancaría él de las abominables tradiciones que han deshonrado la Santa Sede y le han alejado las naciones más progresivas del mundo? ¿Pondría fin á treinta años de anatemas que han pasado sobre el reino de Italia, y cuyo resultado ha sido la apostasía de hecho de la península italiana, mientras que el mundo se asombra de que el delegado de Cristo en la tierra pueda preferir á la salud de las almas el poder temporal...? ¿Disminuirá el poder injusto de los italianos en el gobierno de la Iglesia y se daría participación á los otros países que soportan con impaciencia ser llevados con látigo y espuela por una facción de extranjeros ignorantes?...»

«Pío X tiene que resolver dos linajes de problemas con preferencia, el uno político eclesiástico y el otro intelectual. Al tratar del primero la obra gigantesca de las tradiciones papales amontonadas durante siglos con sus miras seculares, su fiereza autocrática, su tenacidad férrea, y sus pretensiones teocráticas se han impuesto á su espíritu como una cosa sancionada por el cielo, como un inviolable monumento de dogmas en el que sería sacrilegio poner mano irreverente. Si se pudo en otro tiempo pasar sin escrúpulo desde la meditación de las Bienaventuranzas al espectáculo de una autocracia, ¿por qué no podrá un Obispo piadoso, al ascender al solio pontifical, tomar como dogmas las tradiciones de ese trono, tradiciones temporales, protocolarias y tiránicas y llegar á ser tan déspota como un Julio III ó un Pío V?...» (1).

Deseos mal reprimidos de aniquilar los derechos y prestigios de la Iglesia, como sociedad perfecta que se muestran además en las otras reformas modernistas; aborrecimiento á las ceremonias augustas que rodean al Vicario de Dios al presentarse en público, deseo de que los pastores de la Iglesia vuelvan por obligación á la antigua y primitiva pobreza del tiempo de las persecuciones; desprecio de la augusta pompa de las ceremonias eclesiásticas, reprobación de la liturgia sagrada en su lengua, sus ritos y en toda la

(1) *Demain*, 15 Marzo 1907.

Biblioteca Nacional de España

magnificencia del culto externo; los modernistas odian en la Iglesia su Madre cuanto la fe tradicional depositó á sus pies como ornato y gala, y como hijos ruines quieren discutirle á su Madre toda la gloria y esplendor que posee: ellos que al Estado y al siglo quieren dar cuanto el Estado y el siglo desean, niegan á la Iglesia lo que no sea indispensable para su vida.

Bastará aducir algún testimonio acerca de la liturgia. *La Justice Sociale* nos los dará abundantes, quien en artículos que firmaba «un feligrés observador» ó el conocido abate Boeglin, hablaba de liturgia sagrada con el desprecio de un protestante. «Mascarada religiosa semejante á una comedia en lengua ininteligible», ostentación de «gestos, monerías, pantomimas, supersticiones y sortilegios», fórmulas de otros tiempos que necesitan absolutamente cambiarse porque «á otros tiempos, otras costumbres», «arcaismo hierático y escandaloso», todo esto se mezcla en estos artículos con el llanto del cocodrilo que derraman los autores sobre la hermosura de la liturgia, lo patético de las oraciones de la Iglesia, la ternura de las ceremonias sagradas. Y de todo, ¿qué consecuencia?

«Ya oigo la réplica. ¿Qué, te atreves tú á poner lengua en una tradición dos veces milenaria? ¿Tratas á la Iglesia como una abuela? De ningún modo. El respeto de la perpetuidad histórica, esa perennidad de un uso reclaman piedad y veneración. Pero á otros tiempos, otros métodos. Esa lengua muerta vivía en las oraciones cuando las oraciones también vivían en las almas. La fe les daba su voz. Pero cuando la generación nueva sabe apenas el *Pater noster*, cuando han olvidado no sólo la mística de la liturgia, sino el abecé de la religión, ese hieratismo es más que inútil, es un principio de incredulidad y de frialdad religiosa» (1).

Reconstruyamos ya desde su origen esa gloriosa tradición de respeto, de culto y de magnificencia.

Los discípulos de Nuestro Señor y sus primeros Apóstoles recibieron como tradición divina y ejemplo que imitar la magnificencia del Templo de Salomón y del segundo Templo edificado en tiempos de Nehemías. Tan lejos estuvo de reprobar tanta grandeza y majestad, que lloró sobre ella al preverla arruinada. En verdad, censuró la codicia de los que preferían la ganancia humana á la santidad de la virtud, pero nunca la magnificencia que daba á los hombres idea relativamente grande de la divinidad.

Está, pues, fuera de toda duda que los Apóstoles y discípulos

(1) 4 Agosto 1906.

Biblioteca Nacional de España

empleaban en magnificencias del culto aquellos tesoros que los primeros cristianos ponían á sus pies. San Juan, en su Apocalipsis, nos dejó un maravilloso cuadro de una pomposa liturgia: la asamblea presidida por el *antiquus dierum* en la corte de sus veinticuatro ancianos, los espíritus angélicos, el humo de los incensarios de oro, las coronas, las trompetas, el altar, los candelabros, el libro sellado, los himnos, los cánticos nuevos, las muchedumbres innumerables, ¿no integran el modelo de la Iglesia en la tierra y de las ofrendas que nosotros, mortales, debemos dar al que es santo en la tierra y en el cielo y al que debemos venerar así en la tierra como en el cielo? Después, cuando los grandes, los poderosos, hasta los emperadores y reyes, ante quien todo el mundo enmudecía se rindieron á la Cruz de Jesucristo y al verdadero Rey de reyes tuvieron á gloria y á deber contribuir con los dones de Dios á la gloria del culto del mismo Dios. Leed los escritos y poemas de aquel tiempo, y hallaréis testimonios de lo que os digo. San Paulino de Nola escribe:

Aurea nunc niveis ornantur limina velis,
Clara coronantur densis altaria lychnis.

es decir, nuestros templos adornados de oro se cubren de preciosos velos blancos, y los altares se coronan y reciben claridad de profusas lámparas y luces.

Decid al pueblo cristiano que para qué es ese esplendor y os dirá que esa es palabra de Judas (1), que él ama esas santas magnificencias del culto, porque aunque Dios no necesita nada, todo es poco para Dios; que esa es la verdadera casa del pueblo y del pueblo de Dios, y que ese lujo es indicio artístico de la idea divina que allí los congrega. Que ese es el mejor empleo del arte y que para eso ha puesto Dios en el hombre sentimientos artísticos, para realizar el supremo grado de la belleza, que es la belleza de Dios.

Ya sabe el pueblo cristiano que ni Dios necesita esos esplendores ni la Iglesia muere con el espolio y la desamortización; ya sabe el pueblo cristiano venerar á aquellos primeros Apóstoles que la engendraron con pobreza; ya sabe venerar los canastillos de mimbres en que era transportada la Eucaristía, los altares de madera que se emplearon en tiempos de persecución; ya sabe el pueblo cristiano que la Iglesia sabe dejar sus grandiosos templos por el tesoro de su fe y de su virtud y por rescatar cautivos, fundir cálices y vender

(1) Matth. 24, 8.

Biblioteca Nacional de España

joyas preciosas del templo; pero sabe también que eso se debe dejar á la acción de Dios Nuestro Señor por medio de los perseguidores ó de los azotes públicos, y saben también ser voz hipócrita de Juliano el Apóstata, que él quería despojar, vejar y perseguir á la Iglesia por hacerla merecer y perfeccionarla y los hijos de la Iglesia no quieren ser Apóstatas ni Julianos.

Dígase lo mismo del clero. Teodosio, postrado ante San Ambrosio; Recaredo, ante San Leandro en el tercer Concilio toledano; Carlomagno, en presencia del Papa Adriano; Rodolfo de Austria, dejando su caballo y sirviendo de palafrenero al sacerdote que llevaba el Viático, son algún destello de lo que un pueblo creyente entiende de esos hombres que son padres, maestros, luz, guía, jueces, bienhechores de sus pueblos. Cuando la revolución los ha querido hacer meros funcionarios públicos ha injuriado á todos los católicos.

¡Que ese clero hace sus oficios en latín! ¿Sabéis la consecuencia que sacó la Edad Media, la Edad de la fe? La única racional: se aprende su lengua, se proporcionan libros con traducciones aprobadas por la Iglesia, se procura entender la lengua materna. ¡Más difíciles y menos útiles son las lenguas que el capricho, la vanidad, la moda y la diplomacia imponen y no sólo se aprenden sino que es motivo de desprecio el no saberlas! Es que apreciamos más la sociedad del buen tono que la Iglesia de Jesucristo, es que no pensamos que la Iglesia es sociedad y sociedad superior á todas, y sociedad perfecta.

III

Reforma de orden moral.

Mal avenidos los modernistas con la Iglesia, como sociedad que tiene influjo, prestigio y autoridad, lengua oficial, solemne liturgia, manifestaciones de arte sagrado, cultura espiritual y divina, no quiere tampoco que tenga leyes morales é influjo en las costumbres.

Mas, ¿cómo presentar esto de un modo hipócrita y artero? ¿Cómo no alborotar á los infinitos con la afirmación ruda y escueta? Ya lo encontrarán, que en fascinador palabreo son maestros los modernistas.

Biblioteca Nacional de España

Mr. Paul Bureau, en su libro *Crise morale des temps nouveaux*, nos deja únicamente el trabajo de compendiarle.

Dos doctrinas morales se disputan la sociedad, la de «los hijos del espíritu nuevo» y la de «los hijos de la tradición», una y otra han contribuído á la presente corrupción que todos deploramos, pero no se puede negar que la culpa mayor «incumbe á la Iglesia, á los católicos, á los hijos de la tradición». ¿Por qué? En primer lugar, porque las teorías de los hijos del progreso «aunque puramente amorales ó neutras» bastan como fundadas en la naturaleza á hacer la felicidad colectiva de los pueblos. Y así ha sucedido, así se ha realizado el admirable progreso en las comodidades de la vida, debido á hombres que han cerrado sus oídos al sacrificio y á la virtud. Además, el desarrollo de la vida económica exige costumbres de trabajo, de lealtad, de sinceridad, de fidelidad en los contratos; y hasta en algunos momentos esta fe en los elementos biológicos y económicos, puramente naturales, llega á ser raíz y fuente de sublimes sacrificios. Verdad, continúa el autor que sumamos, verdad que ha habido sus fracasos; así «como en el orden social y en las reformas sociales el éxito ha coronado el audaz empeño de los hijos del progreso; y hubiera sido más rápido aún sin la oposición movida por el espíritu de partido»; así hay también que confesar que la obra no está completa y que hace falta educación moral.

Reparad en las afirmaciones hechas: la ley amoral (es decir, naturalmente moral ó arreligiosa) sirve para la felicidad, los hijos del siglo así lo han conseguido en gran parte, pero aún falta.

¿Qué? Estoy por decir que, según Mr. Bureau, lo que falta es que los hijos de la tradición cultiven la moral amoral, ó naturalista.

Continuemos.

«Los hijos de la tradición han caído en un olvido no menos grave, no menos funesto á la sociedad. En efecto, amenazada la Iglesia en los siglos XV y XVI por el Renacimiento y la Reforma, quiso fortificar su organización y su propia personalidad. En el ardor de la batalla no guardó la justa medida, no pensó si el esfuerzo hecho por los cristianos para reprimir en sí la vida, para aparecer como un cadáver, *perinde ac cadaver* ó un bastón de hombre viejo, era ó no el modo mejor de responder al deseo del cielo, *ut vitam habeant* de que tuvieran vida y vida abundante. Se hizo, pues, esta muerte del individuo como el ideal de la virtud cristiana y ese espíritu de docilidad, de sumisión, de renuncia y de resignación fué ó lo único, ó lo que más se apreció en el cristianismo. Disposición que fué el *substratum* indispensable de todas las virtudes y que tiene en nuestra lengua muchos vocablos, llamándose, según las variaciones sumisión, docilidad, obediencia, dulzura, respeto, descon-

Biblioteca Nacional de España

fianza del propio sentir, paciencia, confianza, abandono, humildad, resignación, mortificación, etc. La vida moral y cristiana se miró desde entonces como una minuciosa vigilancia sobre sí mismo y no como cultura y desarrollo de las facultades productoras del bien. De aquí se siguió el que los hijos de la tradición se vieran aislados del movimiento de progreso general y que se les reputara menos aptos que los hijos del siglo para la práctica de ciertas virtudes naturales y sociales que nuestra democracia tiene por justos títulos en gran estima, y que ya el ilustre P. Hecker señaló á la atención de los católicos americanos».

Lo que dijo Pío X en su Encíclica, que llegan con los americanistas á preferir las virtudes naturales, que llaman activas, á las sobrenaturales, que llaman pasivas.

Y así continúa y termina Mr. Bureau:

«La probidad en los negocios, la fidelidad en guardar la palabra empeñada, el ardor en el trabajo, la rectitud en el pago de los impuestos ó de las deudas, la honradez perfecta en los períodos electorales, todas estas virtudes y otras aun no hallan entre los hijos de la tradición aquel acogimiento caluroso que sería de desear, y así se acredita la opinión de que aquéllos que se dan como representantes de la virtud y del orden moral no son mejores que los otros» (1).

Dejemos las calumnias de todo ese párrafo y veamos cómo, sin ser explícito, lo que afirma Bureau es la necesidad única de estas virtudes cívicas y el desdén ó desprecio por las virtudes cristianas.

Consecuencia natural de todo lo dicho es el modo cómo hablan de las Ordenes religiosas. Ya las presenta, como el abate Lemire, como un modo de vivir digno del respeto de la ley como el de los cómicos, toreros ó francmasones, que pueden tener simpatías estériles entre algunos diputados; ya como sociedades benéficas é inofensivas, con lo cual entregan á la revolución los Institutos religiosos que no se emplean en obras de caridad y beneficencia; olvidan por completo que las Ordenes religiosas son ramas pujantes del árbol de la Iglesia, reuniones de hombres que tratan de grabar en sí lo más escogido y como la flor del Evangelio, siguiendo los consejos de Jesucristo y que, por tanto, tienen derecho á vivir como lo tiene la Iglesia.

(1) Pág. 155-241.

Biblioteca Nacional de España

Pero llegan los modernistas á más. Hipócritamente quieren la disolución de todas las Ordenes religiosas, y véase el proyecto presentado con alevosía y premeditación.

LOS RELIGIOSOS DEL PORVENIR

«Sr. Párroco de..... (1).

«Su determinación de usted merece mis elogios. Bien lejos estoy de desconocer los grandes servicios que las Ordenes religiosas han hecho á la Iglesia: aun pueden hacérselos. Mas para ello es menester que obren en sí mismas transformaciones más ó menos profundas. La sociedad hoy día no tiene ni la misma fisonomía ni la misma mentalidad que en la época de la invasión de los bárbaros ó en los primeros siglos de la Edad Media..... Lo que es eterno es la necesidad de las virtudes cristianas, ó si quiere usted monásticas; el amor al trabajo, la pobreza, la castidad, la caridad, la humildad, la mansedumbre, la abnegación, en una palabra, el sentimiento sobrenatural que nos impele á sacrificarnos á los demás. Pero desde el punto de vista de la civilización á que hemos llegado, no me parece que se puede demostrar la necesidad de encerrarse entre cuatro paredes y de aislarse del resto del mundo para practicar la virtud sino en favor de algunas naturalezas muy débiles, incapaces de mantenerse en pie por sí mismas, ó cuya inteligencia estrechísima tiene necesidad aún en los detalles de un guía permanente y continuo. No me olvido de la fuerza que da la disciplina y la cohesión; pero no hay que olvidar que al alejarse el apóstol de las poblaciones que debe evangelizar y al aislarse de aquéllos sobre los que podría obrar, se pierden muchas fuerzas, y es para pensarlo. Además, ¿esta disciplina y esta cohesión no se podrían obtener por otros medios distintos de los claustros y del encierro material? En el Evangelio hay una cosa que siempre me ha hecho pensar, el espíritu sobre la materia. Pues bien, á mi juicio, en las Ordenes religiosas del porvenir, la disciplina y la cohesión se obtendrían sólo por el espíritu. La inteligencia mutua se haría por un santo y seña, como entre los masones. ¿Es que los religiosos serían menos capaces de esto que los francmasones?»

«Los religiosos, pues, del porvenir serán apóstoles que pasen unos días en un cenáculo y que después de un contacto rápido, pero enérgico con el Espíritu, salgan inflamados por la gracia divina y dispuestos á comunicar al mundo el fuego divino que lo purifique, sin miedo ninguno á ensuciarse ellos. Se les dará una idea, un plan, una misión, un método, con una recomendación de portarse como Santos, y eso bastará para largos años. Ya los soldados no pelean juntos codo con codo, sino en orden disperso; así pelearán los religiosos. Jesucristo será el general, el Evangelio la regla, y la clausura el Espíritu Santo.

PAUL LAPEYRE» (2).

---

(1) Se dirige á un religioso exclaustrado que se había hecho cargo de una parroquia.—(2) *Justice Sociale*, 6 Enero 1903.

Biblioteca Nacional de España

Acaso estos religiosos futuros, *sin más clausura que el Espíritu Santo*, tengan ya originales en algunos modernistas, tipos que describe con estas palabras Cavallanti:

«En el *Corriere di Genova* (6-7 de Abril de 1905), bajo el título *Una conferencia del P. Semería en una casa de israelitas*, hallamos un resumen de la pronunciada sobre «los ideales de la mujer en los albores del siglo XX», y el articulista concluye por estas palabras: «Las señoras y señoritas junto con los dueños de la casa, rodearon al P. Semería de afectuosas consideraciones. Después de un suntuoso refresco, los invitados se despidieron significando el más vivo reconocimiento á los señores de Cabe-Bondi, por la cortés hospitalidad y el goce intelectual que les proporcionó la docta y genial conferencia. Este joven religioso, frescote y jovial, inteligente y culto, que toma la vida como cualquier despreocupado de buena fe, se dedica á complacer las invitaciones de israelitas ricos y á dirigir la palabra á públicos compuestos en gran parte de descendientes de Abraham, que se reunen en casa de otro vástago de Jacob. ¡Vive Dios, que nos encanta este simpático fraile de arranques populacheros y conquistadores!»

«A su vez, el *Lavoro*, de Génova (Enero 1907), decía: Por ahora el presbítero de moda, la cogulla predilecta del femenino auditorio genovés, el conferencista idolatrado que da abundante materia á prolongadas discusiones hasta en el *boudoir* secreto, adonde nuestras miradas no pueden llegar desgraciadamente, es el P. Semería..... Tengo á la vista un programa de la Asociación Literario-Científica de C. Colón. Entre la romanza de Tosti, *Sogno* y la de Torti, *Dopo*, cantadas ambas por dos señoritas, veo anunciadas en enormes caracteres *la palabra elocuente del P. G. Semería*» (1).

A este talle serían esos religiosos del porvenir, «cuyo General es Jesucristo, cuya regla el Evangelio, cuya clausura el Espíritu Santo»; ó al de este otro, que allá se va, autor de una novela, *Más allá de las estrellas*, y que no es otro sino fray Fulgencio del Piano, carmelita descalzo.

De su peligrosa obra tenemos el juicio que dió el Prof. Tomás de Töth en *La armonia della fede*, de Montefalco:

«No es mi intento recorrer todo vuestro libro y regocijar el ánimo de los lectores con las innumerables tonterías que contiene; pero bastaría el episodio de Berenice y Arnoldo (c. 8), que bajo las miradas de Dios se consideran todavía felices con su terrenal amor y «se hablan en voz baja, juntos, muy juntitos, como dos enamorados vulgares que temen ser oídos; bastaría la descripción de sus figuras y de sus vestidos «de pliegues caprichosos y delicados» y de «los ángeles que persiguen á las vírgenes», en el mismo capítulo; bastaría la víctima de la amistad (c. 15) que para mí tiene el aspecto de una Dido aban-

(1) Págs. 264-65.

Biblioteca Nacional de España

donada, á pesar del sentido cristiano dado á su amor, «cuyas bellas formas ondulantes bajo el velo de tersa linfa», vos no podríais mirar; bastaría la bellísima Laura que acompaña también al cielo y consuela al solitario de Valchiusa á quien también en el paraíso hacéis bendecir «los bellos ojos» de su dama, y bastaría la historia de Nelda (c. 20), que disfrazada de peregrino se introduce en el monasterio hasta la celda del monje Ezio, su prometido, y allí escondida lo espera para darle el último asalto y determinarle á seguirla; historia, digámoslo claro, escandalosa é indigna de la pluma de un religioso á pesar de su éxito y de su fin; todo esto, digo, bastaría para que cualquier alma pudorosa, cualquier alma que quiere abandonar los placeres sensuales y terrenos para afirmarse en Dios, arrojase vuestra novela á las llamas» (1).

Triste resultado de las virtudes naturales que suelen acabar en la disolución y relajamiento de costumbres (2).

¡Dios ponga tiento en nuestra lengua y en nuestra pluma!

Y Él mismo conserve dóciles los oídos y corazones de mis lectores para recibir en breves líneas «el rígido dogmatismo de la Compañía de Jesús» (3) en punto tan delicado y de tanta aplicación en nuestra España.

Llevados los modernistas de su amor á las virtudes activas, humanas ó morales, como ellos las llaman, no admiten como virtud de castidad aquel sacrificio, anhelo de almas elevadas, por el cual se consagra á Dios la flor de la virginidad en las aras del culto á Dios ó del celo de las almas. No; para ellos la castidad es «un misterioso impulso de la naturaleza», que «tiende así á la perfección de la raza» y «que tiene sus albores en el instinto de los brutos»; cuando no es así y por esto, es «un acto incomprensible y censurable», una «renunciación que va contra las leyes de la Naturaleza, que atormentan al hombre con tremendas luchas» y «que impide á posibles vidas humanas el acceso á la existencia» (4).

---

(1) Cavallanti, p. 408.—(2) «Los sacerdotes que pierden la fe ó se echan el alma á la espalda y se hacen librepensadores ó prescinden de la ciencia y se hacen cortesanos: en Francia pasa con más frecuencia lo primero, en Italia lo segundo».—(R. Murri, *Rivista di Cultura*, 1 Abril 1907). También suele suceder que lo primero trae á lo segundo; es probado.—(3) *Il Dalmata*, 7 de Marzo de 1906.—(4) *Il Santo*, p. 37-38.

Biblioteca Nacional de España

Fuera de este caso, casi incomprensible, el placer es bueno y la contemplación del desnudo humano es casta:

«Se unen las protestas de un grupo *animoso y noble* de artistas contra la comisión que ha hecho añadir á la CASTA desnudez de un doloroso Adán... una innoble hoja natural revestida de yeso y pintada con lucientes colores; arbitrio detestable y sórdido repetido con otras *estatuas inocentes*» (1).

Así se expresa *L'Avvenire d'Italia*, hablando de una exposición milanesa, y concluye contra «la esporádica é intencionada invasión de hojas de higuera»:

«La más noble expresión del arte—el DESNUDO—queda atrofiada por la retrógada hipocresía» (2).

Quien llega aquí, ¿qué no tolerará, recomendará y pedirá?

Pues tolerará y recomendará los dramas y tragedias de Annunzio, por más que sonrojen á los mármoles, y las de Roberto Braco, aunque «sin decir nada de ellas», y empujará á los jóvenes á los espectáculos públicos, porque

«Los decantados peligros del mundo no deben existir ya para las niñas sólida y modernamente educadas, porque precisamente nuestros tiempos tienden á dar á la debilidad femenina la conciencia de su propia fuerza oculta, enseñándole los medios para luchar y vencer, y también esa famosa inocencia que en la mayor parte de las veces no es sino artificio, en la joven de nuestros días no estará compuesta de ignorancia, sino sólo de pureza...»

De aquí brotan, como ya se ve, los métodos modernos de educación, *lo que debe saber el niño, lo que debe saber la niña, lo que debe saber el joven, lo que debe saber la recién casada.*

Los modernistas, y ya sabemos que los hay aún sacerdotes y religiosos, se lanzan al camino de permitir espectáculos, teatros, representaciones peligrosas, impulsados por el deseo de que no se quede solo su confesonario, de no cobrar fama de intransigente, de ceder á las necesidades de la época.

No ya nosotros, que profesamos, gracias á Dios, «el rígido dogmatismo de la Compañía de Jesús», heredado de los que nos gloriamos de tener por Padres, sino un periódico tan mundano como el *Lavoro*, de Génova, pone como nota característica del religioso modernista y mundanizado la licencia y libertad en aconsejar y permitir teatros:

Después de lo copiado más arriba, semblanza del P. Semería, concluye:

---

(1) Cavallanti, p. 409-410.—(2) *Il Santo*, p. 37-38.

Biblioteca Nacional de España

«Hace algún tiempo hablaba una bella señorita de su asistencia frecuente á la *Scuola di Religione* del P. Semería, y citaba á este propósito larga serie de otras señoras, condiscípulas suyas. De pronto se terció hablar de teatros, y con ingenuidad envidiable concluyó por decir que había asistido á la función de tarde del teatro *Sichel*, que habían representado *La prima notte*, que la había encontrado ñoña, pero en nada opuesta á la moral. ¡Y la que así se expresaba era discípula y muy discípula de Semería!» (1).

Tras lo dicho sólo hay que agregar una cosa.

Los clérigos modernistas abogan por la abolición del celibato (2).

¡Naturalmente!

IV

La verdadera reforma.

Los modernistas son dignos de atención y de estudio; guíanse por las apariencias, y con mala ó con buena intención, Dios lo sabe; afirman algo que es verdad, pero en sentido precisamente contrario. Así llaman quijotes á los defensores intransigentes de la fe, y no éstos, sino ellos, son los que viven en el sueño optimista y risueño del trastornado manchego, ellos los que forjan Malambrunos, lo que apenas es un cuero de mosto; hablan de la desobediencia, rebeldía y pertinacia de los reaccionarios, y, en efecto, ellos, los modernistas, son los que insultan á sus Prelados, injurian á las Sagradas Congregaciones, apelan á la memoria de un Papa contra otro y aún se obstinan en llamar á Su Santidad Pío X «el sucesor de León XIII», acusan á la Iglesia de que por su intolerancia se aisla, se entrega al desprecio, se suicida, y á ellos sería á los que debería la Iglesia su muerte, si ella fuera capaz de morir y de entregarse á sus perniciosas máximas; continuamente alardean de sabiduría, independencia de criterio, fuerza y tesón de carácter, y sin discutir las objeciones del adversario, las conceden; sin saber las grandezas propias, se ofuscan por el resplandor de unos nombres que los enemigos cacarean y la debilidad y miedo son el único resorte que los mueve en sus disquisiciones. ¡Pobres modernistas! Lo mismo les acaece con lo de la reforma de la Iglesia; hablan de corrupción, de putrefacción, de degeneración; son el cadáver del cuento, la llevan encima.

(1) Enero 1907.—(2) *Demain*, 28 Junio 1907.

Biblioteca Nacional de España

En efecto, que los católicos de cuando en cuando, ó mejor, siempre han de estar en continua reforma para sanar y reparar con la asiduidad y el celo lo que el mundo, el demonio y nuestra carne enferma y desmorona; que desde la Revolución religiosa del siglo XVI se necesita mayor vigilancia y celo, nadie lo puede negar, y mucho menos los devotos del Sagrado Corazón de Jesús.

Porque, ¿dónde nació esta devoción y cómo nació esta devoción y qué significa en el mundo esta devoción?

Nació en el retirado claustro de Paray cuando Margarita María oraba delante del Santísimo Sacramento por los pecados de los hombres; nació entre inefables ternuras de amor y de desagravio á la persona adorable del Salvador, y nació para ser eterno monumento de caridad ofendida por parte de Dios y de caridad oficiosa por parte de los hombres.

Era el día de San Juan Evangelista de 1673, y Margarita María estaba en presencia de la Eucaristía cuando tuvo una de las primeras y más solemnes apariciones.

Pero tomemos las mismas palabras de la Bienaventurada:

«Era un día de San Juan Evangelista, día en que después de reposar muchas horas sobre el sagrado pecho de mi Maestro recibí de su amable Corazón gracias, cuyo recuerdo me saca de mí misma, y que aunque no creo necesario especificar, quedarán grabadas en mi recuerdo para siempre. Después vi al Sagrado Corazón en un trono de llamas más resplandeciente que el sol y más puro y lúcido que el cristal, y con aquella adorable herida que recibió en el árbol de la Cruz».

«Estaba circundado con corona de espinas, símbolo de las heridas que nuestros pecados le hacen, tenía la Cruz encima para indicarnos que desde el primer instante de su Encarnación, esto es, desde que el Sagrado Corazón fué formado tuvo allí clavada la cruz y estuvo lleno desde aquellos primeros momentos de todas las amarguras que le debían causar las humillaciones, la pobreza, el dolor y el desprecio que su Sagrada Humanidad debía padecer en el discurso de su vida y en su Sagrada Pasión. Entonces me manifestó que el anhelo ardoroso que tiene de ser amado de los hombres y de apartarlos de los caminos de perdición por donde el enemigo los precipita en innumerable muchedumbre, le había obligado á formar el designio de manifestar su Corazón á los hombres con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracia, de santificación y de salud eterna que contiene, á fin de enriquecer con abundancia y profusión de los divinos tesoros del Corazón de Dios, fuente viva de todos ellos, á cuantos quisieran consagrarle todo su amor y procurarle retornos de honor y gloria en la medida de sus fuerzas; que era menester honrar al Señor bajo la figura de este Corazón de carne, cuya imagen quería ver expuesta á la veneración, llevada sobre mí y sobre mi corazón para destruir en el

Biblioteca Nacional de España

mío todos los movimientos desarreglados; que por todas partes donde esta sagrada imagen se colocara para recibir veneración y culto repartiría Él sus gracias y bendiciones; que esta Devoción era como un supremo esfuerzo de su amor deseoso de favorecer á los hombres en estos últimos siglos con esta redención amorosa y de librarlos del imperio de Satanás, imperio que Él deseaba destruir con el dulce vasallaje de su amor. Que él quería restablecer este amor soberano en todos los corazones que abrazaran esta Devoción».

He aquí las encendidas y elocuentes frases de la Santa elegida de Dios.

Toda su revelación, como todas las que le siguen, no es sino un argumento de que es una devoción de verdadera Reforma en Jesucristo.

Quitar esas espinas que hieren el Divino Corazón y que son pecados humanos, afligirse por esas amarguras que en su Corazón apuró y apura en la continua Pasión que padece en su ley, en su doctrina, en sus fieles y en su Iglesia; esforzarse porque todos los hombres huyan de la perdida y extraviada senda que muere en la muerte eterna; luchar por destruir el reino de Satanás y sustituirlo por el reino del Corazón amoroso de Dios; hacer en estos últimos siglos una nueva redención amorosa, ¿qué es, decidme, sino confesar que los hombres se han extraviado, que todos habemos errado y pecado y que necesitamos y debemos volver atrás y que el Corazón de Jesús es la verdadera y providencial reforma?

Pero los que más hacen urgente la reforma son los modernistas.

Y en verdad que es triste y doloroso mirado con ojos de celo y de amor á la Iglesia el número sinnúmero de escritos de literatura, artes, ciencias, historia, filosofía, teología y exegética que en tantas formas ven la luz pública y que merecen ser aprisionados perpetuamente entre los hierros del Indice; ¡triste y doloroso!, pero no porque sea excesivo el ejercicio del poder represivo, sino porque es excesivo y dolorosísimo el ejercicio de esta delincuencia intelectual. ¿Qué apostasía teórica y práctica no significa tanto error libérrimamente propalado en las alas de la libertad de imprenta?

A tanta libertad se sigue lógicamente no menor ignorancia.

Biblioteca Nacional de España

El error á quien se reconoce beligerancia produce una atmósfera de prejuicios, argumentaciones sofísticas, definiciones incompletas, obscuridad de conceptos que acarrea la más completa ignorancia y el desconocimiento absoluto de las verdades más fundamentales, y así es indudable que la actual «depresión y debilidad de las almas, fuente y origen de los mayores males, provienen principalmente de la ignorancia de las cosas divinas y esto no sólo en la plebe, sino también y más particularmente en aquellos á quienes no falta entendimiento ni cultura y hasta se hallan adornados de profana erudición, á pesar de lo cual en las cosas de la religión viven y hablan del modo más temerario é imprudente que puede imaginarse» (1).

Olvidan la ciencia verdadera y, una vez olvidada, tienen de ella hastío. Gran verdad y gran dolor que haya predicadores que vayan al púlpito no con la frente de diamante que Dios prometió á Ezequiel, sino haciéndose juglares piadosos de un auditorio corrompido. Pero, ¿qué maravilla? Los predicadores tales son dignos de reprensión; pero, ¿no es verdad que pedir otra clase de predicadores sería pedir Ezechieles? Cuando los auditorios hablan de los oradores sagrados en las plazas y en las puertas de las casas y se convidan á oirlos para no hacer lo que dicen *quia in canticum oris vertunt illos* (2), porque los oyen como una sinfonía agradable, se necesita ser Ezequiel para decirles la verdad, la verdad amarga, toda la verdad.

Se necesita reforma en la cátedra sagrada; pero, ¡ah! ¡cómo ayudaría á ella la reforma de un auditorio verdaderamente ávido de las enseñanzas divinas, de la ley de Dios! Ese pueblo que pida de los labios de los sacerdotes la ciencia, no es el auditorio moderno, cómplice en la prevaricación del predicador, que exige curiosidades, la que aplaude galas profanas, que busca halagos, que anhela el que confirmen su manera de obrar: ese auditorio es el que sostienen los vigías ciegos, los perros mudos, los pastores *qui pascuntur semetipsos* (3) que no quieren sino los propios provechos.

Volved los ojos á esos templos de Dios y á esos ministros de Dios de cuyo esplendor tiene celos el mundo moderno. ¿No os parece horrendo oir á Caín quejarse aún de lo poco y mezquino que consagra á su Dios? ¿Y cuándo hablan así? Cuando precisamente las casas pare-

(1) Pío X, Encycl. *Acerbo nimis*, 15 Abr. 1905.—(2) Ezech. 33, 31.—(3) Ibid. 34, 2.

Biblioteca Nacional de España

cen palacios, cuando los palacios se multiplican para el fausto, para el recreo, para el ocio, para la lujuria; cuando los teatros, las casas de juego, las sociedades bancarias, los departamentos ministeriales, los servicios públicos edifican soberbios edificios más suntuosos que los templos de Dios; cuando de todos los cuerpos sociales se alza un clamor que exige más sueldo, más lujo, más ostentación; cuando las fiestas públicas de Carnavales, recepciones, bailes, homenajes, exposiciones y ferias, consumen capitales inmensos en la fastuosidad, la crápula, el vicio y por lo menos la frivolidad.

¡Ah! Caín, Caín, ¡sólo te duelen los mezquinos frutos de la tierra que ofreces á tu Dios! Alza los ojos y compara: compara la fábrica de tus templos con la fábrica y arquitectura de tus palacios y aun de tus monumentos públicos; compara el esplendor de los trajes sagrados, con el oro, la seda y las joyas de tus mujeres en los bailes; compara el fausto y sencillo de tus Pastores y Padres con los uniformes de tus generales, ministros y funcionarios muchas veces tus tiranos; compara y juzga. Y si te pesa no ver á tu Madre la Iglesia descalza, harapienta, huyendo del sol en las Catacumbas, es que en tu alma no eres su hijo, eres Nerón ó Diocleciano.

Sí, y mil veces sí, necesita reforma el espíritu cristiano que abra nuestros ojos para ver á Dios Nuestro Señor, á Jesucristo nuestro Rey y nuestro Padre en su Iglesia, en sus templos, en sus Prelados, en sus religiosos, en sus sacerdotes, en sus pobres: reforma que nos haga ver que nosotros somos los que necesitamos el culto para devolver á Dios lo que es de Dios, para ser generosos y espléndidos de nuestra pobreza á quien tan largo y generoso ha sido con nosotros.

También claman los modernistas contra la adulación á los Príncipes de la Iglesia, al Soberano Pontífice, y contra la *adulación* deberán hacerle coro todos los católicos sinceros. Pero, ¿cómo llamar *adulación* el obsequio debido á sus definiciones y enseñanzas, el honor debido á su dignidad de vicedioses en la tierra? ¿Cómo va á ser *adulación* cumplir lo que nos manda el Apóstol de dar á cada uno lo que se le debe por el cargo que Dios Nuestro Señor le ha dado? (1). *¡Adulación!* ¿Cómo no llamar *adulación* la que en cien ocasiones demostraron los modernistas, olvidando lo debido al oficio y cargo en la Iglesia por dirigir sus inciensos al hombre, y nada más al hombre?

---

(1) Ad. Rom., 13, 7.

Biblioteca Nacional de España

«Rasgo esencial de la fisonomía de algunas personas es que escriben siempre para el Papa, como si el Papa debiera leer y pesar cada una de sus palabras. Han hecho un estudio particular de León XIII, del hombre, no del Pontífice, para lo cual se sirven también de conjeturas; se glorían de conocerlo todo en la persona del Papa, sus costumbres, inclinaciones, repugnancias, su manera particular de ver sobre infinitas materias, y cuando escriben todo lo calculan en relación con el efecto que quieren producir en el espíritu del Soberano Pontífice por interés, no por religión. Cuando pensamos en estas industrias, nuestro corazón se subleva y jamás consentiríamos en abusar de esa manera del Vicario de Jesucristo (ó de cualquier legítimo Superior), nosotros que vemos en él al Dios que representa y que temblamos delante de una dignidad tan alta, no osaríamos sino procurar convencerle exponiéndole nuestras razones» (1).

Esta es la noción de la verdadera obediencia y del verdadero respeto que profesamos los católicos opuesta á la verdadera adulación que han practicado y practican los modernistas, como Boeglin de quien Bonnet particularmente nos habla, como Foggazzaro en la persona de Benedetto, como Rómulo Murri, Naudet, Dabry y todos ellos en innumerables ejemplos.

Pues no son menos los necesitados de reformación los modernistas y modernizantes al pensar y hablar de las Ordenes religiosas, de la parte que el pueblo toma en las ceremonias sagradas; triste es la guerra que el Estado liberal hace directa ó indirectamente á los religiosos y tristísimo ver el menosprecio con que muchos católicos aun sacerdotes, asisten á las ceremonias sagradas; pero, ¿no es aún más reprobable que por esa razón y precisamente para evitar el abuso reciban golpe de muerte los Institutos religiosos, despojándolos de su ser y queden á nada reducidos los oficios litúrgicos de la Iglesia?

Por último, ello sólo se declara cuán necesitados de reforma profundísima están esos modernistas que calumnian la ascética, tradicional y católica, prefiriéndola á la simple moral naturalista; los que se rinden al culto de la carne afrentando aún su hábito religioso, los que empujan á los seglares por pendientes peligrosas y resbaladizas, donde difícil es detenerse, y los que con escándalo de todos piden para sí mismos huir de la santidad de un voto que á los ojos de todos les realza, menos á los suyos propios.

Reforma hace falta, pero aquella reforma que pretendía Jesucristo Nuestro Bien al quejarse con Margarita María, su predilecta sier-

(1) El ab. Bonnet, *La Vérité*, 15 Octubre 1900.

Biblioteca Nacional de España

va, de las heridas que recibía de los herejes y malos cristianos y especialmente de aquellos que por estado y profesión le estaban singularmente consagrados; aquella reforma que vino á traer á la tierra para destruir el reino de Satanás y arrancar de los caminos de perdición por donde se despeñaban á los hombres y realizar en ellos una nueva redención en estos últimos siglos.

Reforma que verificará no sólo la caridad de Jesucristo, manifestada en el odio de cuanto ofenda su divino y amabilísimo Corazón, sino esa misma caridad y amor introduciéndonos é instruyéndonos en los tesoros de este Corazón divino y en los secretos de su devoción.

Fieles los devotos del Corazón de Jesucristo á sus enseñanzas y designios amorosos de la nueva redención del mundo, fueron Apóstoles de esta buena nueva por todas partes.

Ponían en primer lugar como fundamento de todas las enseñanzas, aquellas palabras del Señor: *quia mitis sum et humilis corde*, y así era muy fácil inducir á las almas al dulce yugo de la fe, á la piadosa credulidad, distintivo de corazones sencillos y llenos del espíritu de Dios Nuestro Señor. El Corazón amabilísimo del Salvador es á la continua cifra y compendio y símbolo vivo de los amores omnipotentes de Jesucristo, y al adorarlo reconocen allí su Divinidad y su Humanidad, su Encarnación y su Pasión adorable, la fuente de los Sacramentos y de las gracias, y el origen de su Esposa la Santa Iglesia Católica; en el Corazón de Jesús eucarístico, principal objeto de esta devoción, halla su verdadero devoto alimento para su alma, robustez contra las tormentas y tentaciones de la vida, luz y amor para caminar la senda agria y estrecha del cielo, hallan vida y abundantísima vida. Inflamados en celo de reparar las ofensas que á su Amor se hacen, salen de sí los devotos de este Corazón para satisfacer con obras de penitencia, de caridad y celo los olvidos, desprecios é injurias que á este Corazón divino se le irrogan. Unificados con el Corazón de Jesús en modo de amar, de sentir y de conocer se olvidan de sí propios para amar á los pobres, á los pequeñuelos, á los que creen en él y son suyos, y aman también para buscarlas á las ovejas que han huido del redil del único y amoroso Pastor. Conocen perfectamente su voz estos devotos del Corazón divino y experi-

Biblioteca Nacional de España

mentan la eficacia de sus promesas. Él prometió que aquellos predicadores que ungieran su lengua en la sangre de su Costado serían eficaces para convertir á los pecadores más reacios y duros; Él prometió que las casas religiosas, que tomaran su imagen y se consagraran á su culto, hallarían en este divino Corazón torrentes de bendiciones para llegar á la perfección de su Instituto y de su regla entre los peligros de la Edad actual; Él prometió que en las familias donde su imagen fuera venerada, sería su adorable Corazón venero inextinguible de paz, de amor, de obediencia y de todas las virtudes domésticas; Él, finalmente, prometió que en todas las casas, sociedades, sitios y reuniones en que Él presidiera, sería su Corazón manantial vivo de perfección y de santidad, de paz y de verdadera dicha; que por Él y por la devoción á su Corazón sagrado los justos serían más justos, los libros se afervorarían, los pecadores aborrecerían y penitenciarían sus pecados.

Ahora bien, yo os pregunto: ¿Hace falta reforma de costumbres entre los católicos? ¿Es menester que viva la fe, instruídos en la religión hablen y sientan y piensen, no con la licencia de los hijos del siglo sino con la verdad de los hijos de Dios? ¿Es menester que predicadores y pueblo, sacerdotes y seglares, rudos y sabios todos se aficionen á la doctrina de su casa paterna, la Religión Católica, á sus sabios, á sus santos, á sus varones insignes, á sus tradiciones santas de familia, á su vida y no á la vida, hombres, lenguaje, tradiciones, glorias de la ciudad de Satanás, del reino del enemigo? Venid y entrad en el Corazón de Jesús; aprended ahí humildad y docilidad para vuestro entendimiento, amor á lo que Él ama para vuestros corazones, odio y horror para aquéllos cuyos planes, ideas y palabras son de enemigos jurados de este Corazón divino.

¿Es menester que se conserve pujante y vigorosa la jerarquía eclesiástica, en la obediencia de los guiados y en la dulzura y amor de los pastores? ¿Es acaso de lamentar pecados de soberbia en algunos, de dureza de corazón, de ambición y adulaciones humanas? ¿Es menester que el Templo de Dios quede purificado, que los sacerdotes y los fieles den á sus ceremonias el esplendor que requieren, que la misma pulcritud y magnificencia nos declare no la grandeza real de nuestro Dios sino la sublime idea que de Él tenemos? Venid y entrad en el Corazón de Jesús y en los secretos de su devoción; ella os enseñará á ser humildes y mansos ya mandéis como San Francisco de Sales, ya obedezcáis como el venerable P. Bernardo de Hoyos; ella os hará llorar las soledades y abandono de los templos con Mar-

Biblioteca Nacional de España

garita María de Alacoque y procurar que fieles y sacerdotes entiendan las rúbricas y ceremonias de la Santa Misa como hacía en sus misiones el misionero del Corazón de Jesús P. Pedro de Calatayud; ella os dirá como á todas las almas amantes del Divino Corazón, que esos templos materiales son la prisión amorosa á que su dueño divino se ha reducido y en que día y noche vela rendido y os impulsará como á sus devotos de Francia á levantar templo expiatorio al Sagrado Corazón de Jesús, la basílica nacional de Mont-Martre.

¿Es menester que la reforma se vea en las virtudes, en las obras, en la moral? ¿Es menester decirle á los hijos del siglo y de la civilización moderna que la veracidad, la lealtad, la amistad, la laboriosidad, la fidelidad, el secreto, la acción, son también y fueron siempre virtudes cristianas, y que el egoísmo, la ociosidad, la falsía, la traición han sido pecados característicos de la revolución é hijos de Satanás; que las Ordenes religiosas y el clero orando, ayunando, mortificándose, siendo castos, son dignos de respeto, de elogio, son provechosos al bien público y á los mismos imperios de la tierra? Venid y entrad en el Corazón de Jesús y en las sólidas instrucciones de su Devoción: allí en los abismos de santidad del Corazón divino hallaréis todas las virtudes naturales elevadas al orden sobrenatural, allí hallaréis la justicia en los contratos, la fe de la palabra empeñada, la tenacidad del secreto, la inflexibilidad de la energía, la grandeza de la amistad heroica y veréis cómo el verdadero devoto del Corazón de Jesús es más veraz que los veraces del mundo, más amigo que los amigos del mundo, más leal que los leales del mundo, más trabajador que los activos del mundo, más virtuoso que los virtuosos del mundo, porque al ser veraz, amigo, leal, trabajador y virtuoso evita heridas al Corazón de Jesús, hace honra al Corazón de Jesús, ama el Corazón de Jesús: en el Corazón de Cristo las Ordenes religiosas y el clero encontrarán el por qué y el dechado de todas las virtudes sobrenaturales y privativamente cristianas, y el pueblo fiel se animará también á venerarlas y practicarlas y ver en ellas verdadera grandeza, utilidad y vida temporal y eterna.

San Justino en su Apología del Cristianismo se presenta á los emperadores diciéndoles: ¿Por qué nos persigues? Somos los mejores súbditos del Imperio, así nos lo enseña nuestra religión. Si alguno por acaso no lo es, no es nuestro; mándalo ajusticiar, porque así harás servicio á las leyes imperiales y á las leyes de nuestro Evangelio.

También podemos hablar así á los hijos del siglo los devotos del

Biblioteca Nacional de España

Sagrado Corazón de Jesús: ¿Por qué nos perseguís? Somos los que practicamos mejor esas mismas virtudes que alabáis, porque así nos lo enseña el Corazón de Dios, nuestro dechado. Si alguno por acaso no las practica, reo es de las leyes justas y morales de la sociedad y de las leyes de nuestro Evangelio y del Corazón de Jesús: á ese no le defendemos.

ASÍ SEA

Biblioteca Nacional de España

SERMÓN NOVENO

Antimodernismo.

Oportet et haereses esse.
I. Cor. 11, 19.

Conviene que haya herejías.
S. Pabl. d.ª á los Cor. 11, v. 19.

San Agustín, insigne doctor de la Iglesia, nos declara maravillosamente esta sentencia del Apóstol.

Dice así:

«Suelen los astutos herejes perturbar la santa paz de los buenos, lo cual cede en mayor provecho y utilidad de los Santos: *Oportet et haereses esse,* porque está escrito que son convenientes las herejías. Y en efecto, cuando los herejes con astucia y espíritu inquieto impugnan muchas de las verdades pertenecientes á la fe católica, entonces para poderlas defender contra ellos *et considerantur diligentius* se meditan y estudian con mayor esmero *et intelliguntur clarius,* y con más claridad se comprenden *et instantius praedicantur* y se predican y declaran con más continuidad y empeño y la pertinacia de los adversarios sirve tan solo de nueva ocasión para aprender» (1).

Completa sus ideas el mismo Santo Doctor en otro pasaje de la misma obra, donde se hace cargo del dolor y aflicción de los buenos, del placer y consuelo que á los débiles produce la paz, de los peligros de los tibios, de las asechanzas é insidias de los herejes, y mirando por otro lado la herejía concluye la misma conveniencia, aunque por otros motivos.

Cesaron las persecuciones, quedaron desiertos los templos idolátricos y al Nombre del verdadero Libertador y Mediador nuestro

(1) *De Civitat. Dei.* XVI, 2.

Biblioteca Nacional de España

corría el mundo todo, entonces fué cuando el diablo suscitó á los herejes que con nombre cristiano resistiesen á la doctrina de Cristo... Mas aún así, con daño propio, sirven de provecho á los miembros sanos de Jesucristo: *etiam sic quippe veris illis catholicis membris Christi malo suo prosunt*, porque Dios usa bien de los malos y hace que todo se torne bien para sus amadores. Los enemigos de la Iglesia, cuando obtienen poder de afligirla corporalmente, ejercitan su paciencia; cuando de sólo espiritualmente, su sabiduría.

Ya habemos visto en otro pasaje del mismo San Agustín cómo ejercitan los errores la sabiduría de la Iglesia excitando el estudio de los dogmas, espoleando el celo y valor de los predicadores, convirtiendo en enseñanza lo que fué opugnación y sofisma. Pero los fieles padecen, hay defecciones, hay escándalos: oid el consuelo que sugiere San Agustín:

«Aquello que escribió el Santo Doctor de las gentes, San Pablo, de los que querían vivir piadosamente: *qui pie volunt vivere in Christo Jesu* de que habían de padecer persecución, no hay que pensar falte en tiempo alguno. Cuando los enemigos de fuera se apaciguan parece que hay, y en verdad hay, tranquilidad que llena de consuelo *maxime infirmis*, sobre todo á los débiles; pero no faltan, hay muchos que dentro de la Iglesia atormentan con sus malas costumbres los corazones piadosos; por causa de esos se blasfema el nombre cristiano y católico, cosa tanto más acerba para los que desean vivir piadosamente en Cristo, cuanto más caro es para ellos ese Nombre, y por esos también se ama menos ese Nombre de lo que las almas piadosas desean. Los herejes también que al parecer conservan nombre de cristianos, que retienen nuestros Sacramentos, nuestras Escrituras y nuestra profesión de fe, producen gran dolor en los corazones de los piadosos, ya porque muchos que quieren ser cristianos se retiran por esas disensiones de los herejes, ya porque otros maldicientes encuentran en ellas materia de blasfemar el nombre de Cristo, con el que de alguna manera se cubren los herejes. Con estos vicios, pues, y con estos errores continúa la persecución de los que *pie volunt vivere in Christo Jesu*, persecución que padecen no en el cuerpo, sino en el corazón, *patiuntur quippe hanc persequutionem non in corporibus, sed in cordibus*» (1).

He aquí las tres ideas que coronarán nuestra novena del modernismo.

Esta reciente herejía traerá para nosotros tres provechos inmensos:

Primero. Nos impulsará á estudiar nuestra fe con más diligencia, y á entenderla con más claridad: *et considerantur diligentius et intelliguntur clarius*.

(1) *De Civit. Dei.* XVIII, 51.

Biblioteca Nacional de España

Segundo. Nos animará á predicarla y confesarla con más valor é insistencia: *et instantius praedicantur.*

Tercero. Nos hará padecer, no en el cuerpo, sino en el espíritu, la persecución de celo y de desagravio, propia de los devotos del Corazón de Jesús: *patiuntur quippe hanc persecutionem non in corporibus, sed in cordibus.*

AVE MARÍA.

I

Resumen del modernismo.

Ahora es el momento en que podemos formarnos una idea cabal y completa del modernismo, que nos será útil para concluir las ventajas que nos puede traer y que nos animará para apartarnos de cuanto diga algo de modernismo.

Y, en primer lugar, el modernismo es una «reunión y cúmulo de herejías», aun se pudiera decir que es «la universidad de las herejías modernas». Lo cual comprenderéis recordando cuanto se deja dicho en los discursos anteriores.

Es herejía y error moderno el escepticismo más ó menos científico, por el cual sus secuaces niegan el conocimiento científico y reflejo de toda verdad; y es también error semejante á éste el positivismo, verdadero escepticismo disfrazado, que niega á la mente humana el conocimiento de las esencias de las cosas, y le concede sólo el conocimiento experimental, las experiencias. Error también que lleva á éstos y que se origina de éstos, paradoja muy común en la génesis é historia de los errores, es el sensismo, que en realidad niega el entendimiento del hombre, convirtiéndolo en un sentido más. Pues el *modernista* cae en todos estos errores y los llega á profesar; es *escéptico* más ó menos idealista, cuando nos dice que el hombre no puede conocer sino las apariencias, los fenómenos, nada del orden de las esencias; es *positivista* cuando funda su ignorancia y agnosticismo en que sólo puede conocer el orden experimental: es *sensista* ó *sensualista*, porque encerrado en su agnosticismo, el entendimiento no supera á la materia, sino que como un sentido cualquiera, trabaja sobre ella. Y como todo esto lo ha bebido el

Biblioteca Nacional de España

modernista en las críticas demoledoras de Kant, es en realidad *kantiano*, como discípulo de tan insigne sofista.

Mas completad la fisonomía del modernista en este su primer paso de filósofo, y para hacerlo pensad, por ejemplo, en Fonsegrive. Preguntadle si es escéptico, si es positivista, si es sensista, y os lo negará; os negará hasta que es kantiano; vosotros podréis deducirlo, lógicamente si queréis, pero en sus obras no encontraréis explícita ninguna profesión de esos errores. Esto no sirve para excusarlos á los modernistas, ni para librarlos del anatema, sino para distinguirlos, para clasificarlos. El modernista no cesará de decirnos que es católico, que ama la filosofía católica, que quiere restaurar la filosofía católica, que no pretende sino hacer cesar el antagonismo entre la filosofía racionalista y la católica, para lo cual admira la filosofía racionalista, se empapa de la filosofía racionalista y acaba por confundir la filosofía católica con la filosofía racionalista. Los racionalistas les llamaron sus aliados y fué propia calificación.

Dad un paso más, lectores míos, dad un paso más, y saliendo del orden previo y primero de la razón, poned el pie en el umbral de la fe; el modernismo, ahora como antes, es el cúmulo de los errores modernos, pero recabando y exigiendo para sí fisonomía propia, no queriendo confundirse con ninguno. Los protestantes asentaron como fundamento del orden religioso el libre examen, con lo cual la religión queda convertida en un sentimiento individual; para Kant, la ley moral, fundamento de la vida religiosa, descansa sobre afirmaciones cuya necesidad se siente, pero no se puede probar; para Hegel, la religión no es más que una fase de la evolución general de la Idea, fase que se acomoda y modifica según las infinitas circunstancias de la historia; para los libertinos y tolerantistas, la religión y la Religión Católica no es más que una forma de culto, y Dios se satisface con cualquiera..... ¿Y el *modernista?* Pues caerá en todos y cada uno de estos errores y podrá ser llamado partidario del libre examen é *individualista* y secuaz de la moral independiente y *kantiano*, y también defensor de la evolución idealista y *hegeliano*, y por admitir lógicamente todos los cultos, será *indiferentista* ó libertino, y como todo esto lo establece saturado de las doctrinas sujetivistas de Spencer, será verdaderamente *spenceriano*.

Porque después de afirmar que la razón humana no puede conocer la esencia de las cosas, sino que tiene que limitarse al círculo de los fenómenos ó apariencias, asienta el modernista la necesidad sensible que tiene el alma de la religión, necesidad que no se ra-

Biblioteca Nacional de España

zona, que no es más que un sentimiento irresistible; sentimiento y necesidad que toma diversas formas según las ideas, las necesidades, los modos de hablar y de sentir de la sociedad en que se vive, porque como todo fenómeno psicológico, es funcional de cuanto le rodea. Mas aquí os sucederá con el modernista como antes; jura y perjura que no es individualista, ni kantiano, ni hegeliano, ni indiferentista, ni spenceriano; es un católico que quiere hacer que desaparezca esa lucha entre el orden filosófico moderno y el orden religioso católico y, claro está, que desaparece la contienda absorbiendo el orden religioso católico en el orden filosófico moderno. Recordad como verdaderos tipos de este segundo paso, no sólo á Fonsegrive, sino al *Selva* de Fogazzaro, á Rifaux, á Serre, y á tantos cuyas palabras quedan citadas.

De estas ideas del agnosticismo y del inmanentismo hacen nuestros sectarios la clave para acumular y acumular errores y herejías en número increíble; todos los errores y todas las herejías de los tiempos modernos. Porque allá, los criticistas alemanes y especialmente Harnack, negaron la autenticidad de los libros sagrados, y en unos, como en el Pentateuco ó libros de Moisés, sólo admitieron un núcleo primitivo, enriquecido y aumentado en tiempos recientes con leyendas más ó menos aceptables, y en otros, como los Evangelios, dijeron que no eran libros históricos, sino reunión de narraciones fantásticas de siglos posteriores; porque estos mismos racionalistas ó protestantes quisieron encontrar en la geología y paleontología darwinistas y transformistas, hechos contradictorios á las narraciones del Génesis, acerca de la creación del mundo y del Diluvio; ó en los descubrimientos de Egipto y Asiria, narraciones opuestas á la Biblia; ó porque Renán no ve en los milagros del Evangelio sino hechos desfigurados y falseados, y en los discursos de Nuestro Señor, del Evangelio de San Juan, sino arengas retóricas escritas por algún discípulo entusiasta de Jesús; ya los modernistas han de trabajarse para sacar con su agnosticismo é inmanentismo lo que Harnack y Renán y los racionalistas calumnian. No les llaméis á ellos racionalistas, ¿cómo, si lo que pretenden es conciliar la ciencia racionalista con la exegética católica? ¿Si ellos no quieren sino que se acabe una guerra tan perniciosa para el catolicismo?

Ved y recordad cómo aplican sus principios. Como la razón no llega á penetrar en las esencias de las cosas y se para sólo en los fenómenos, no puede en manera alguna tener por sí misma conocimiento de nada superior á este orden relativo y fenoménico, no pue-

Biblioteca Nacional de España

de alcanzar nada divino, nada sobrenatural, y esto no lo ha podido nunca, ni ahora, ni en tiempos de Jesucristo, ni en tiempos de Moisés, ni nunca. Lo que vió, pues, y presenció de maravilloso en las curaciones y milagros del Señor, en las obras portentosas de Jehová, lo simbolizó según el modo como su conciencia ó su sentimiento religioso estaba predispuesto; aquella generación lo transmitió á la próxima con las necesarias variaciones en el simbolismo que aquella generación introdujo, la siguiente hizo lo propio con la inmediata hasta que se escribieron esos libros santos, donde se hallan todos los simbolismos precedentes que cristalizaron en uno más perfecto. La consecuencia natural y lógica es, concluyen los modernistas, que Rosenmüller y Harnack y Renán tienen razón en sus investigaciones científicas y en su orden puramente científico, y los Santísimos Padres y los teólogos y los exégetas católicos tienen razón en el orden de las leyendas afectivo-religiosas. Pero como los católicos modernos tienen el mismo derecho á dejar huella en los símbolos religiosos que los católicos precedentes, y estos símbolos se forman en virtud de la conciencia común, de las opiniones generalizadas en el terreno científico, de aquí que es necesario en Escritura evolucionar hacia un simbolismo en relación con las afirmaciones científicas de Harnack, etc., y de todos los racionalistas.

Nuestros modernistas, pues, y acordáos de Loisy, D'Alma, doctor Alta, Saintyves, etc., no son racionalistas exégetas, sino que para acabar la lucha con los racionalistas y reconociendo que la ciencia de la exégesis ha progresado, y que el simbolismo católico debe acomodarse á ella acaban por reducir la ciencia católica de la divina Escritura y confundirla con la exégesis racionalista.

Franco paso tienen nuestros alucinados autores de la Escritura divina á los dogmas de la Teología: usarán de los mismos principios y con idéntico resultado. Negaron los arrianos la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y su filiación divina, blasfemia que reprodujeron los socinianos y reproducen hoy Renán y los racionalistas; niegan consiguientemente el dogma de la Santísima Trinidad todos estos con espantosa herejía; hacen los protestantes de los Sacramentos meros signos de la gracia, quitándoles su eficacia sobrenatural y divina, los dejan reducidos á un baño, unas unciones, una cena y un contrato humano revestidos de ceremonias como la colocación de una primera piedra ó la botadura al mar de un acorazado; deshacen y destruyen el orden sobrenatural, la invocación y culto de los santos llamándolo superstición, la veneración de las reliquias, etc. Los

Biblioteca Nacional de España

modernistas, ¿qué hacen? ¿qué? ser *arrianos* con los arrianos, y *socinianos* con los socinianos, y *macedonianos* con los macedonianos, y *sacramentarios* con los sacramentarios, y *protestantes* y *racionalistas* é *iconoclastas* y *ateos* con los ateos, con los iconoclastas y con los racionálistas, y con los protestantes y *herejes*, con cuantos herejes pueda abortar el infierno.

Mas eso sin confesarlo paladinamente, antes llamándose católicos. Ellos distinguen la palabra de Dios en las Escrituras de la Tradición. La Escritura ya vemos cómo la explican: hay en ella un elemento humano que al unísono con las ideas, usos, costumbres y sentimiento religioso, disfrazó, deformó, modificó la revelación primitiva, la cual es lo único objeto de nuestra fe. Todo el toque ha de estar en purificar el elemento revelado de las deformaciones, símbolos, leyendas, mitos, disfraces y variaciones de que épocas de fervor, de entusiasmo, de poca crítica lo han revestido. He aquí la labor científica en la cual no debe ser molestada por la Iglesia, porque no hará nunca nada contra ella. El católico debe aceptar las conclusiones de la ciencia, y según ellas ir modificando el símbolo de su creencia. De este modó *ya hoy día* no se puede decir que el Verbo es Dios; *ya hoy día* no se puede aceptar el misterio de la Trinidad; *ya hoy día* no se puede afirmar la eficacia de los Sacramentos, porque la crítica y la ciencia han concluído y determinado que la doctrina del Verbo-Dios es platónica y la de la Trinidad india, y que la idea que los Padres del Tridentino tenían de los Sacramentos, era en su símbolo otra de la que tenían los primitivos cristianos.

La misma cuenta dan de la Tradición, pero con menos trabajo.

Los herejes niegan la Tradición ó, como los protestantes, niegan su valor dogmático. Los modernistas no la niegan francamente, la niegan dándole una explicación. Para ellos la Tradición es la serie de manifestaciones simbólicas, que, según las distintas circunstancias, iban los fieles dando á la revelación primitiva; esta Tradición está siempre en evolución y va ganando y perdiendo á la continua, es el elemento humano del dogma que se forma en relación á las ideas predominantes en una época; ayer y en siglos pasados tuvo el dogma formas escolásticas, hoy las perderá para tomarlas kantianas; mañana, Dios sabe qué forma tomará. Ni los herejes, pues, conocen el catolicismo, porque combaten en él la tradición que es lo variable; ni Roma lo conoce tampoco, queriendo petrificarse en las últimas formas de la tradición: lo *tradicional* en la Iglesia es evolucionar según las ideas predominantes en la ciencia, tener formas

Biblioteca Nacional de España

neoplatónicas en tiempo del neoplatonismo; aristotélicas cuando el aristotelismo, y tenerlas ahora kantianas cuando «el kantismo domina con sus dos Críticas, como dos torres, la ciudad del saber moderno».

¿Qué herejía hay que no haya abrazado el modernismo? ¿Qué error? ¿Qué loca fantasía? Y todo lo ha hecho por reconciliar la filosofía, la crítica, la ciencia, el racionalismo con la fe.

Esto en el orden especulativo: resumamos sus errores de orden práctico.

En torno de estas proposiciones se agita hoy día la controversia de los apologistas católicos; por todas partes acaece eso, mas como nota con tino la *Civiltà Cattolica* (1), especialmente en Alemania, por tener ahora Alemania cierta primacía en el orden científico, y de aquí en las cuestiones de polémicas especulativas.

De libros y estudios germánicos bebieron tales doctrinas y las llevaron Rómulo Murri, á Italia, y A. Loisy, á Francia, y de estas doctrinas participaron modernistas y demócratas cristianos en Francia y en Italia, pero nunca hicieron de ellas el campo de sus operaciones, éste lo colocaron siempre en doctrinas prácticas, de orden social, disciplinar, jurídico y político que es el punto donde desde hace dos siglos presenta y da batalla el enemigo, el progreso moderno á la Iglesia.

También aquí es el modernismo cúmulo de todos los errores, pero sin perder su carácter distintivo de pretendida reconciliación.

Fué error y herejía de Lutero, Calvino y, en general, de los protestantes, que adoptaron y defendieron Van Espen, Febronio y los galicanos franceses y que de una ó de otra manera penetró en las doctrinas regalistas y liberales la constitución de la Iglesia sin suprema Autoridad, sin Cabeza visible, sin Primado formando ó una comunidad en que todos tenían iguales derechos, ó una aristocracia gobernada por el cuerpo episcopal ó una sociedad imperfecta que dependía exclusivamente de los príncipes seculares; herejías gravísimas y el fundamento de todos los errores subsiguientes y he-

(1) 21 Julio 1906, p. 146.

Biblioteca Nacional de España

rejías en que incurren los modernistas. Porque Ritschl, Hatch, Harnack, Löning y otros racionalistas con pretexto de estudiar históricamente los principios y desarrollo de la Iglesia, han renovado las antedichas herejías, y con nombre de ciencia histórica baten los muros de la constitución monárquica de la Iglesia. Los modernistas aprovechan aquí las antiguas distinciones entre la fe fundamental y su símbolo, entre el contenido y la fórmula teológica y creen resolver el antagonismo, callar los fuegos del progreso moderno que habla por Harnack, si conceden que la fórmula teológica de la autoridad ha cambiado, cambia y debe cambiar en la Iglesia; si fué imperial, monárquica, absolutista es porque la ciencia pública sentía en imperialista, en monárquico, en absolutista; pero hoy que la democracia «no es un torrente avasallador» sino «una inundación sin límites» la Iglesia se acomodará, se hará democrática; tanto más que esencialmente eso fué la Iglesia desde su nacimiento; «la Iglesia no es una monarquía» (1), la Iglesia es «cuándo feudal, cuándo conservadora; fué mucho tiempo realista, liberal á tiempos, republicana, también; y aun hoy día es imperialista bajo el Kaiser ó el Czar, monárquica en España, Inglaterra é Italia, y republicana y democrática en los Estados Unidos y en Francia, y es que ella es substancialmente democrática» (2). Los modernistas, pues, van por el camino tan trillado, caen en todos los errores y herejías del progreso moderno mudando sólo el lenguaje.

Proudhon nos dió la fórmula del socialismo y del anarquismo y de cuantos errores puedan venir en materias económicas con su frase: «La propiedad es un robo»; los sociólogos del progreso moderno nos dan el medio de llevar á la práctica cualquier revolución con la soberanía popular ó leyes de las mayorías; con tales predicaciones germina el orgullo con nombre de odio á las clases, á la jerarquía y de hecho amor á la revolución con nombre de reivindicación de derechos, muerte de la tiranía, abolición de las cadenas. ¿Qué harán los modernistas? Hacerse *socialistas* con los socialistas, *anarquistas* con los anarquistas y aceptar la revolución social. ¿Cómo? Fijos en sus principios. Esas no son sino evoluciones de la conciencia pública, manifestaciones del sentimiento de la libertad, á las que el catolicismo no debe oponerse. Y si alegáis los crímenes, los horrendos crímenes de la guillotina, los incendios, las bombas, el odio á la Iglesia, la invasión de la propiedad, os contestarán con

(1) Abate Lemire.—(2) Abate Boeglin.

Biblioteca Nacional de España

Boeglin que esas son «las espumas del agua torrencial», ó con Desgrées du Lou «que esas son las incorrecciones de una democracia todavía joven y como joven imprudente».

Y ¿cómo no han de admitir los modernistas la revolución social en el orden secular cuando la admiten en el religioso? Según ellos, no la esencia que es incognoscible, sino la fórmula teológica del gobierno de la Iglesia es hoy día la democrática, el Papa es el poder moderador (1), algo así como un Rey ó Presidente constitucional; en esta democracia luchan á la desesperada dos fuerzas, lo mismo que en los Estados que se rigen por los principios del progreso moderno; estas fuerzas son, regresiva la una y progresiva la otra (conservadores y progresistas); el gobierno propiamente lo hace la resultante, que siempre ha de ser progresista. El Papa ya se inclina á uno ya al otro lado como un poder moderador.

Ahora se nos presenta ya el centro de la lucha: el orden político. Los protestantes redujeron á la Iglesia disidente á una oficina del Estado, como sucedió en el Cisma griego; el febronianismo y el josefinismo austriaco pretendían lo mismo; el liberalismo conservó en parte ó en todo las doctrinas cesaropapista del siglo XVIII; por último, el catolicismo liberal ó por real indiferencia en materias religiosas ó por favorecer aparentemente á la Iglesia, proclamó la práctica separación de la Iglesia en el Estado. Todas estas herejías y errores han sido siempre condenados por la doctrina católica; pero los modernistas se harán en esto reos de *protestantismo, febronianismo, josefinismo, liberalismo* y *catolicismo liberal*. ¿Cómo? Condenando como ya anticuada fórmula el *hierocratismo* (palabra nueva para ideas antiguas) y aconsejando á la Iglesia que se contenga dentro de los límites religiosos y sociales que son los suyos y dejando el terreno político. El no hacer eso «la Iglesia», ó mejor «la Curia romana», «la Curia vaticana», «el Vaticano», «donde imperan los jesuítas» (2), produce inmensos daños á la sociedad política, *á la tercera Italia, á la tercera República* en Francia, á la *atrasada España*, «cuyo atraso y ruina no le viene sino del ultramontanismo». Enemigos, pues, los modernistas, lo mismo del hierocratismo que de la esclavitud de la Iglesia, adoptan la forma de América y de Bélgica como la mejor, y quieren que «el Estado no sea ni católico ni protestante», sino solamente teísta el Estado y con él todos sus organismos ó funciones, escuela, ejército, periodismo, etc., y reducen á este deísmo, ó

(1) Boeglin.—(2) Garlanda, cit. por *La Civiltà*, 21 Julio 1906, p. 155.

Biblioteca Nacional de España

sentido religioso, los deberes del católico en la vida pública; todo lo demás lo llaman *política*, «con la cual nada tiene que ver la religión».

Los demás errores en el orden disciplinar, litúrgico y moral se formulan del mismo modo; todas esas variaciones que se han de introducir las exigen los tiempos modernos. La condenación de libros por el Índice y el Santo Oficio es un resto del hierocratismo intelectual, de la teocracia de la Edad Media; la teología y filosofía de Santo Tomás y de los escolásticos trae consigo las fórmulas del dogma aristotélico que la moderna civilización ha sustituído por Descartes y Kant; las antiguas historias y Vidas de Santos vivían del credulismo sobrenatural y fantástico, que era fórmula de creer de la fantasía medioeval y estaban impregnadas de aquel respeto imperialista y hierático que hacía defender á los Papas, á los Obispos, á los príncipes católicos por cánones apriorísticos; la liturgia toda y el esplendor de los templos era efecto de las ideas de la conciencia pública que revestía toda manifestación religiosa de ese esplendor regio, pero que pugna con el sentido democrático de nuestros días; las virtudes mismas tienen el sello monástico de sujeción, retiro, encogimiento, sumisión, obediencia, retraimiento, que forma el carácter de una sociedad sin vida exterior, sin expansión industrial y comercial, sin sentido de libertad individual que son las conquistas imperdibles de la civilización contemporánea.

Todo esto lo admiten los modernistas por amor á la Iglesia; pero no á esa Iglesia «de fórmulas anticuadas», de «excreciones parásitas», de «inmovilidad hierática»; sino á la Iglesia «*católica*, es decir, universal en todas las conciencias que son, han sido y serán, aunque se separen por confesiones y fórmulas distintas del dogma» (1). Aun á esa Iglesia, en lo que tiene de substancial la aman, y ellos lo que procuran es «resolver la crisis religiosa», «detener la desbandada de católicos», «atraer los hombres de buena voluntad», «unirse á todos los que sienten y viven á Dios en sus almas», oponer un muro de sentimiento religioso, prescindiendo de fórmulas al sentimiento ateo de nuestros días. Ellos se alían con los italianísimos, con los protestantes, con los republicanos de Combes, con los socialistas radicales, con los mismos anarquistas; pero nunca y de ningún modo con los católicos intransigentes de *L'Unità Cattolica*, ni con los *catholiques avant tout* de *L'Univers* ó *La Croix*, ni con los monárquicos de

(1) Fogazzaro.

Biblioteca Nacional de España

L'Action française, porque esos son «los grajos que rodean las casas de los muertos», los «sepultados y cuatriduanos que inficionan con su hedor», los que «indisponen á la Iglesia con sus enemigos», los «esbirros de la ortodoxia» que «renuevan métodos de delación en el clero», los «inquisidores que, si pudieran, purificarían con llamas las almas á costa de los cuerpos», «los quijotes del catolicismo que sueñan con molinos de viento», «los poco prácticos que exigen y reclaman imposibles», los que quieren atajar la democracia y el progreso, que es torrente desbordado, ó mejor, «inundación que lo cubre todo».

¿Qué más? Estos hombres, ciegos de amor á todo lo moderno, á todas las conquistas de la Revolución, no se contentan con despreciar y denigrar á los Papas, Reyes, Emperadores, padres y defensores del espíritu cristiano y de la Iglesia, con rebajar las empresas, instituciones, progreso y cultura de los siglos de fe y religión; no se contentan con insultar á los católicos que en la prensa, en los libros se le oponen como muro por la casa de Israel, sino que llegan á despreciar á los Obispos cuando reprimen su mala doctrina, á las Congregaciones romanas cuando condenan sus libros, á los Sumos Pontífices cuando cesan de sufrirlos. El glorioso Pío X ha sido víctima de los modernistas, llamándolo por desprecio y como por reprensión «el sucesor de León XIII», «apellidándolo ignorante, sin dotes de gobierno», «cura de aldea» y otros calificativos más indecentes que me da vergüenza recordar. ¡Y estos eran los hombres que hace pocos años, según decía Mgr. Turinaz, se tenían por los ecos de las direcciones del Papa!

He aquí un breve mapa de la reciente herejía del modernismo; herejía, resumen de todas las demás, como la llama el Papa; campo de discusión donde se ventila, como observa *La Civiltà*, la proposición 80 del Sílabo de Pío IX: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y componerse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna»; herejía, por último, cuya síntesis podría reducirse á estas palabras: Es el modernismo aquella herejía que, intentando reconciliar la Iglesia con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna, destruye á la Iglesia en su filosofía, en su dogma, en sus derechos, en sus relaciones, en su disciplina y en su moral para hacer de ella lo que exige el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

Ataque tan general á toda la vida del catolicismo trae consigo necesariamente la defensa de los buenos católicos, y aquel estudio

Biblioteca Nacional de España

de que hablaba San Agustín cuando decía que el primer provecho de las herejías era que por causa de ellas las verdades de nuestra fe *considerantur diligentius et intelliguntur clarius.*

II

Estudio y conocimiento de la verdad.

No es intento mío en este lugar hacer un compendio de toda la doctrina católica negada, impugnada ó vendida al enemigo por los modernistas: tan solo cuadra en este punto resumir las enseñanzas católicas más en peligro y que ya se han ido exponiendo.

En lo cual hay que notar cuidadosamente lo que ya enseñó Pío IX, de santa memoria, hablando de los católicos liberales, cuya conducta ya han practicado los modernistas; que no es lícito al católico defender cualquier proposición errónea ó falsa, temeraria ó presuntuosa escudándose con la idea de que aún no ha recaído sobre ella una definición, una condenación *ex cathedra*. Las Sagradas Congregaciones, el magisterio ordinario de la Iglesia en la predicación y los libros, la misma razón ilustrada por la fe, son normas de verdad á que se hace necesario obedecer (1). Los católicos liberales, escribía Pío IX, son tanto más perniciosos..... porque manteniéndose dentro de ciertos límites de proposiciones condenadas muestran alguna especie ó apariencia de probidad y de intachable ortodoxia (2). Y Su Santidad Pío X termina su Encíclica amonestando á aquellos que sin profesar desnudos errores modernistas se inclinan á ellos, los favorecen y con palabras ambiguas parecen participar de su veneno. Y la Sagrada Congregación del Santo Oficio ha recomendado al celo de los prelados y de los de las comisiones diocesanas de vigilancia denunciar los libros, periódicos y escritos no sólo los opuestos á la fe, sino los poco conformes con las enseñanzas de la Iglesia.

Gran vigilancia y esmero en la pureza inmaculada de la fe, que

---

(1) Satis non est haereticam pravitatem devitare, nisi ii quoque errores diligenter fugiantur, qui ad illam plus minusve accedunt. Conc. Vatic. De fid. cath. —(2) «Hi vero periculosiores omnino sunt et exitiosiores apertis hostibus..... tum quia intra certos improbatarum opinionum limites consistentes, speciem quamdam probitatis et inculpabilis doctrinae praeferunt.....» *Breve de Pío IX de 6 de Marzo 1873.*

Biblioteca Nacional de España

ha de servirnos de ejemplo para procurar no sólo no ser modernistas, sino ser positivamente antimodernistas y para imitar el ejemplo de aquel gran Padre Nuestro San Ignacio de Loyola, que no se contentaba con definir en los ejercicios cuál era la doctrina definida en Constanza y Florencia por la Iglesia, sino que señala las Reglas para sentir con la Iglesia tomando para regla de nuestro sentir el amor de los católicos y el odio de los adversarios.

A pocos puntos podemos reducir este nuestro *antimodernismo*, y sean puntos diametralmente opuestos á las tendencias de nuestros adversarios de última hora.

En primer lugar sea un amor decidido á la verdad junto con la prudente confianza de alcanzarla. A imitación de nuestro divino Salvador figurémosnos estar continuamente frente á un mundo escéptico, más escéptico que el mundo simbolizado por Pilato, que nos pregunta desdeñoso: *¿Quid est veritas?* ¿Qué es y dónde está la verdad? Al cual nosotros contestamos con el valor de los confesores de la fe: La verdad está primero y principalmente en las enseñanzas de las divinas Escrituras, que un pueblo de creyentes y de santos ha transmitido hasta nuestros días; la verdad está también, principalmente, en esa contante y uniforme predicación y sentir unánime de Obispos, sacerdotes y fieles unidos con su Cabeza el Papa, que son la cadena áurea que me comunica con los cristianos de los siglos medios, y por éstos con los de los siglos primeros, y por éstos con los Apóstoles y con el Señor, que es la verdad y vino á dar testimonio de la verdad; la verdad está también en la obra y trabajo de mis sentidos y de mi propia razón que puede alcanzar, y en muchos casos alcanza y posee la verdad; la verdad está en la evidencia, la verdad está en las deducciones lógicas, la verdad está aún en los conocimientos impropios como el del alma, del espíritu y de Dios, á quien no veo, pero conozco; de quien tengo evidencia, aunque no visión intuitiva y propia (1); la verdad está asimismo en el testimonio ajeno que puede ser de personas tan verídicas, tan doctas en lo que aseguran, tantas en número, tan diversas en intereses que sea absurdo y temerario negarles asentimiento y fe; la verdad, por fin, está en esta razón humana ayudada, vigorizada, asegurada por la fe, la cual no la destruye sino que la ayuda, como ayuda el V.° B.° de un maestro las investigaciones atinadas de un principiante y como fa-

(1) Artic. Nicolai de Ultric. damnati a S. Sede ann. 1346. *Enchir. Denzinger*, n. LXVIII. Error damn. a Steph. Parisiens. episco. a. 1276. *Ibid.* n. LX.

Biblioteca Nacional de España

vorece un faro costero el trabajo y pericia del remar, del timonear de laboriosos navegantes y como esfuerza la mano de la madre sustentante los primeros pasos del niño que procura andar y que anda. En todo eso está la verdad y para eso ha venido el católico al mundo para dar testimonio de la verdad.

Sea el segundo punto de nuestro *antimodernismo* una noción cabal de lo que es la fe; noción que debemos tener para contestar victoriosamente á los que nos examinen de ella. La fe católica objetivamente no es una iluminación interna y secreta, un sentimiento firme, que mi alma experimente, de que Dios me habla, de que Dios revela sus misterios; la fe no es una especie de inspiración privada, un sentimiento vago religioso, una afección sensible ó sensual; no, la fe no es nada de eso. La fe católica es esencialmente una enseñanza hecha por un maestro Dios y recibida por mí su discípulo, y como enseñanza puede ser de cosas superiores á mi entendimiento ó pareadas con él, cosas y verdades que me ilustren elevándome á regiones que ni mis ojos, ni mis oídos, ni mi inteligencia pudo entrever ó asegurándome, por la palabra de ese Dios mi Maestro, de la certeza suma de aquello que yo ya sabía. La fe católica subjetivamente es, pues, este conocimiento que prescinde de la materia y se tiene sea en una ó en otra materia porque Dios es el Maestro. La fe católica no se funda en la probable enseñanza de Dios, sino que se asegura enteramente antes de creer en la idea de la certeza que hay de que Dios ha hablado en su Iglesia. La fe católica, pues, no se puede fundar sobre la arena inestable de la probabilidad, sino la roca firme de la certidumbre y de la evidencia de la credibilidad, de que Dios ha hablado.

El amor de mi salvación y de mi bien me debe necesariamente llevar á buscar y conocer la revelación que es de Dios, la cátedra donde enseña Dios, el culto y la religión que prescribe Dios (1). Y para afirmar de la revelación católica que es esa que yo busco, cuán admirables, cuán brillantísimos argumentos me convencen de que es divina, de que al decir de San Crisóstomo: «El principio todo de

---

(1) Pío IX, Encycl. *De fide et ration.* 9 Noviembre 1846. (Enchir. n. 1498.)

Biblioteca Nacional de España

nuestros dogmas tiene su raíz en el Señor y dominador de los cielos» (1) y de que por ende no hay nada ni más cierto, ni más seguro, ni más santo, ni asentado sobre más firmes principios que mi fe. La cual santísima fe no se funda en el furor de las armas y espanto que produjera en el mundo como el Alcorán; ni se funda en querer cebar pasiones ilícitas y en las crueldades y guerras de un Mauricio de Sajonia, de un Gustavo Vasa, de un pirata Drake, ó de cualquier rey ó general sagaz y afortunado. como se extendió el protestantismo; ni se funda tampoco en la sabiduría discutible de un Pascal, un Voltaire, un Rousseau, un Diderot; ni en la espada soberbia de un Napoleón; no: los motivos de mi fe son más firmes, como que el nacimiento, la vida, la muerte, la resurrección, la sabiduría, los prodigios, los vaticinios y profecías de su Fundador Cristo Jesús, la confirman y aseguran y me certifican ser esta fe maestra de la vida, enseñanza segura de salvación, enemiga de todos los vicios, madre fecundísima de todas las virtudes. Y aún tengo más, porque esta fe refulgente con la celestial luz de divinas virtudes y adornada con los carismas del cielo, tiene cumplidas en sí las predicciones de tantos profetas; se avalora con el esplendor de innumerables milagros; se enjoya con la sangre y los despojos de millones y millones de mártires; se rodea de la gloria y esplendores de innumerables hijos, dechados de toda santidad; se gloría y enaltece con la pureza de un Evangelio ante quien se sonrojan y arden de vergüenza los preceptos de Confucio, las prescripciones de Budha, la sordidez del Alcorán, las liviandades del libre examen, las rigideces de Cromwell, las hipocresías de Saint-Cyran, las crueldades y utopias de los derechos del hombre; se ufana, por último, y para acabar alguna vez, de que ella, la fe católica perseguida por el poder romano, por el odio vandálico del arriano-bárbaro, por los celos de los césares bizantinos, por el fanatismo musulmán, árabe y turco, por la crueldad de Enrique, de Isabel, de los hugonotes y calvinistas, por el furor salvaje de los hijos del Terror, por los sofismas de todos los sabios-necios, por la fuerza de todos los fuertes-débiles ha salido incólume, más vigorosa, llena de ganancias celestiales y ha seguido su camino apoyada en sola la Cruz de Jesucristo conquistando pueblos, gentes, naciones bárbaras ó rebeldes, dándoles leyes, civilización, amor y grandeza, iluminando sus entendimientos, suavizando sus corazones, uniéndolos á todos al dulce yugo y á la car-

(1) Hom. 1 in Js.

Biblioteca Nacional de España

ga ligera y predicando por doquiera la paz, el bien, el Evangelio.

Esa es mi fe, y por eso creo yo en ella. Por eso mi razón, sintiendo la luz de Dios en esa Iglesia y en esa revelación, se arroja con absoluta confianza en sus brazos y quiere ser manuducido y guiado de ella. Las Escrituras le aparecen no sólo como libros santos conservados religiosamente por generaciones sin cuento, no sólo como libros auténticos escritos por autores dignísimos de fe y aún por testigos oculares de lo que narran, sino por libros inspirados por Dios, dictados por Dios, escritos por el dedo de Dios y por eso ni quita, ni varía, ni duda de una sola palabra del Libro Santo. Esa misma fe me enseña el valor de la predicación eclesiástica, cadena de oro que de eslabón en eslabón viene desde los labios de Jesucristo á los de los Apóstoles, de éstos á los Santos Padres, de los Santos Padres á los polemistas, predicadores, teólogos, Obispos y fieles que me comunican á mí lo que fué á ellos encomendado. Esa es nuestra fe, no nueva, no reciente, no comenzada en la guillotina, ni en el Juego de Pelota, ni en Calvino, ni en Lutero, sino heredada de los Padres, conservada por la Tradición, custodiada por los Pastores del rebaño de Dios, atesorada en la ininterrumpida sucesión de la Sede Apostólica, recibida de los labios mismos de Jesucristo y de sus Apóstoles. Esa es nuestra fe no dudosa, no vacilante, no opinión, sino cierta, tenaz, inconmovible, fortificada por la libre acción de nuestra voluntad, y más fuerte que el conocimiento que tenemos de nuestro propio ser, porque más fácil es que yo me engañe al creer que existo, que el que Dios se engañe ó me engañe.

El tercer principio de nuestro *antimodernismo* debe ser nuestra fe, nuestro amor á la Iglesia Católica. Iglesia, en primer lugar, única, ante la cual las sectas son las impúdicas rameras de que Ezequiel y Jeremías nos hablan, son los hijos criminales y rebeldes que rasgaron el seno de su Madre, son los verdaderos criminales que huyeron de la Ciudad Santa, de la Jerusalén divina en la tierra. Iglesia que es sociedad espiritual, cuyo fin es dirigir á los hombres al cielo,

Biblioteca Nacional de España

salvarlos como Arca de salud espiritual, en el diluvio que anega la tierra. Iglesia que es sociedad completa, perfecta, independiente y superior á todo imperio, reino y humana sociedad perfecta; que no necesita ella del Estado, porque su reino no es de este mundo y que por conservar esta supremacía é independencia divina padeció trescientos años de persecución desde Nerón á Constantino (1) y padecerá cuantas permita su divino Fundador. Sociedad jerárquica y monárquica con un Supremo Padre, Pastor y Rey el Soberano Pontífice que tiene verdadera autoridad doctrinal para enseñar, y gubernativa para mandar, castigar y juzgar; autoridad que en debida proporción desciende ya á los Tribunales Supremos de Roma, ya á los Obispos y jerarcas particulares. Sociedad que extiende su enseñanza y autoridad sobre los reyes, príncipes y gobernantes cristianos que por serlo, no dejan de ser ovejas del Pastor de Roma, hijos de la Santa Madre Iglesia, la cual los puede aconsejar, instruir, dirigir y mandar de modo que usen su autoridad para bien de sus propias almas y de las de sus súditos y ciudadanos. Sociedad perfecta que tiene derecho á que los delitos cometidos contra Dios Nuestro Señor, contra ella misma, contra su jerarquía y sus ministros, sean reputados por las leyes civiles como verdaderos y gravísimos delitos y sean castigados y condenados por la espada temporal, dada á los reyes y jueces temporales, no sin causa, más para el bien y no para pantalla de la corrupción y apostasía de los pueblos. Sociedad única, santa, perfecta, llena de hermosura, indefectible y perenne, Madre y Maestra de los pueblos, cuya sola cabeza visible es el Romano Pontífice «al cual es necesario para la salvación que toda criatura humana se someta» (2).

Iglesia que debemos amar según Jesucristo la amó: amar para ella la incolumidad de su doctrina, la disciplina de su jerarquía, la superioridad de su ser, la entereza de sus derechos, la reivindicación de sus agravios; de manera que por nada, ni por nadie falseemos sus dogmas, debilitemos su autoridad, pospongamos ante el

---

(1) «Nequaquam enim Romani omnes religiones tolerabant, sed eas quae Pont. max. idest, Caesari subesse detrectabant aut ex sua opinione bono reip. nocebant ipsamque religionem Status reiiciebant, penitus exstirpare et prohibere conali sunt... Quae persecutiones divinam originem atque plenam perfectamque independentiam Ecclesiae a potestate civili evidentissime demonstrarunt.» *Wernz. Jus. Decret.*, t. I, p. 23, 24». —(2) «Porro subesse Romano Pontifici omni humanae creaturae declaramus, dicimus, definimus, et pronuntiamus omnino esse de necessitate salutis». *Bonifacio VIII. Bull.* «*Unam sanctam*».

Biblioteca Nacional de España

César su prestigio, cercenemos sus fueros, callemos cobardemente en sus atropellos, abandonemos desesperanzados el clamar por la restitución de lo que por derecho divino le pertenece. Ella es divina y no teme de los hombres que pasan; ella se asienta en peña viva y no se tambalea al embate del huracán; la tempestad de hoy pasará como pasó la de ayer y la dejará más embellecida, más llena de trofeos, más hermosa.

A este amor á la Iglesia corresponde el que deseemos que acudan á ella todos los pueblos, reinos, naciones, clases sociales é individuos; pero nuestro amor debe ser para que esas multitudes experimenten lo que es la Iglesia; y, ¿cómo lo experimentarán si empezamos por deshacer ó enmascarar á esa Iglesia? ¿Cómo vamos á lograr que este siglo pecador y apóstata halle su remedio en la Iglesia, si empezamos por hacer de la Iglesia el remedo del siglo apóstata y pecador? Atraigamos, sí, á todos, pobres y ricos, reyes y vasallos á la Iglesia más para que gusten la dulzura de sus abrazos, lo confortante de la inflexibilidad de su dogma, lo elevado de su moral divina, lo ordenado de su sabia disciplina, lo augusto de su sagrada liturgia y de su sobrehumano culto.

A este amor, finalmente, toca el que deseemos rodear los templos y los ministros del Señor de la grandeza y pompa que demuestre la estima en que tenemos al Dios que vive y nos habla en ellos. Amor que debe ser ordenado no queriendo herir á la Iglesia en su ser para que el mundo le siga prodigando sus honores; pero tampoco queriendo despojarla de sus debidos honores para hacerla agradable á sus enemigos. Este amor solo podrá sentirlo el que ame á su Madre por lo que es: si por ser lo que es su Madre va á las Catacumbas el hijo, la amará doblemente allí, como Madre y como Mártir, y no le aconsejará que reniegue ni por temor á las Catacumbas, ni por deseo de salir de ellas; pero tampoco arrebataré el hijo á su Madre ni las preseas que le dió Constantino, ni los Estados que le dió Carlomagno, porque ese hijo es hijo y no es el Apóstata Juliano.

Digámoslo de una vez: ni Dios necesita de nuestros templos, ni la Iglesia y el prestigio de su autoridad de nuestras humillaciones; ¿no era acaso Dios cuando llenaba los espacios antes de que existiera Adán?, y Pedro, ¿no era el Vicario de Dios, preso en la cárcel mamertina y glorificando á Dios en su Cruz? Nosotros somos los que necesitamos darle á Dios honra y alabanza á nuestro modo, sacrificándole y retornándole agradecidos algo de lo que El nos ha dado; nos-

Biblioteca Nacional de España

otros somos los que necesitamos manifestar el amor, la veneración y el respeto que tenemos á los que nos engendran por el Evangelio hasta que se forme Cristo en nuestros corazones.

Cuarta regla de nuestro *antimodernismo* sea el verdadero amor de familia que tengamos á los miembros de esta sociedad, la Iglesia Católica; á los católicos. Como en toda familia noble y morigerada, amemos nuestros ascendientes, los blasones de familia, las tradiciones de familia; en ellos busquemos continuamente ejemplos que imitar, reprensiones para nuestra flaqueza, alientos y auxilios para llevar con honra nuestro apellido y huyamos de escudriñar de tal modo nuestros pergaminos que la desilusión y el envilecimiento nos rebaje. No creáis que esto es metáfora: *filii Sanctorum sumus;* los santos son nuestros Padres, Padres llama la Iglesia á aquellos primeros varones que plantaron las cristiandades con sudores y sangre; Padres son de los pueblos los Santos Patronos de ellos y la Iglesia toda es una familia en que unos son padres y los demás hermanos.

¡Qué hermoso es sentir estas ideas y leer la historia de la Iglesia, la vida de los santos, las tradiciones religiosas de nuestro pueblo como el álbum de nuestra ascendencia, como la colección de nuestras tradiciones de familia, como el espejo de vida en que nos hablan nuestros mayores! Cuando hijos espúreos ó hijos pedantes nos quieran arrebatar ese tesoro con probabilidades más ó menos aparentes, respondamos que ese cuidado de velar sobre ese árbol genealógico, de depurar esas tradiciones, de revisar ese martirologio se lo dejamos á los Padres y á la Iglesia Romana y que á nuestra fe le basta tener firme la tradición paterna y venerar á Dios en sus santos y en sus obras, si bien dando á la narración humana la fe humana que le corresponde. Por lo que á mí toca os lo diré francamente, prefiero equivocarme cien veces por respetar la tradición paterna y la fe de los sencillos, que acertar una poniendo á mis mayores de falsarios y escandalizando la fe del mínimo de mis hermanos en Jesucristo.

¡Qué hermoso es sentir estas ideas de santa fraternidad en toda la gran familia cristiana, poniendo nuestro saber, nuestro talento ó

Biblioteca Nacional de España

nuestro prudente silencio á la defensa de los grandes intereses del celo y de la religión, cuando ante los indiscretos peligran por las faltas y debilidades humanas de esos nuestros Padres ó ascendientes en Jesucristo! ¡Qué hermosa, tierna y edificante es el capa de Sem y Jafet, para contestar á las petulancias insolentes de Cam! Dejemos ese trabajo de hozar en los sepulcros venerandos de nuestros mayores á las hienas y chacales de la heterodoxia, y nosotros, como piadosos galaaditas (1), demos honrosa sepultura á los restos profanados de Saúl. Por mi parte, repito francamente, más quiero ignorar cien pecados de mis padres que pongan en peligro mi respeto debido á ellos y escandalicen á mis hermanos débiles en la fe, que toda la ciencia histórica á costa de tantos y tan lamentables daños.

Este sentimiento de familia cristiana pongámoslo también á servicio de nuestros hermanos que guerrean sin cesar por la pureza del dogma, integridad de la disciplina, conservación del espíritu tradicional, santidad de las costumbres cristianas. Sean religiosos, sean seglares, ya trabajen reposadamente sobre los libros como cuerpo técnico de la fe, ya se consuman en continua lucha en las avanzadas y guerrillas del periodismo, del mitin, de la asamblea legisladora, tengamos siempre para ellos, mientras la caridad prudente lo permita, la interpretación amorosa, el consejo atinado, el aviso desinteresado, y el bálsamo de caridad y la alabanza oportuna para restañar su sangre ó encender sus generosos espíritus.

Quinta y última regla de nuestro *antimodernismo* sea huir del campo de nuestros adversarios.

Huid, os diré, con un consejo del Apóstol, reproducido por León XIII y por Pío X (2) hasta su manera de hablar, que es como cáncer que corroe y mata. No toleréis en vuestra conversación y trato esas frases de desaliento tan comunes en nuestros modernistas: que la revolución no vuelve atrás, que las malditas libertades de perdición no tendrán regreso en la conciencia pública, que la Iglesia debe olvidar sus reivindicaciones para poder conseguir algo, que lo me-

(1) Paralip. 10, 11.—(2) Instr. S. C. NN. EE. 27 Enero 1907. Encíclica *Pascendi*.

Biblioteca Nacional de España

jor para ella es contentarse con el derecho común, que pedir y hablar de los derechos de ella sobre el Estado, es soñar con la Edad Media, alimentar ilusiones, fomentar un espíritu de quijotes, fantasear con una Jerusalén muy buena para la gloria, pero no para vivir en la tierra.

Huid de todas aquellas palabras que puedan indicar novedades en el espíritu, disciplina, ritos de la Iglesia, ya por la petulancia que encierran, ya por el peligro de escándalo; que es menester emprender nuevos caminos, renovar el catolicismo, salir de las sacristías, romper los viejos moldes. ser hombres de su siglo, acomodar la disciplina á los usos de la época, plegarse á las exigencias del alma moderna, etc. Y mucho más, huid de figuraos la Iglesia como un Estado moderno solicitada por conservadores y progresistas y caminando en continua evolución hacia la izquierda, sino que guardando el hablar de los Padres, llaméis á los hijos fieles, que con los Pastores y el Sumo Pontífice guardan el depósito tradicional de la fe, los verdaderos y fervorosos católicos, y á los otros, sean quien sean, novadores, modernistas, ó á lo menos, modernizantes.

Regulad también vuestras relaciones con racionalistas, liberales y protestantes, con las sabias reglas del Evangelio y de Su Santidad Pío X; no busquéis sus elogios ni os complazcáis de sus alabanzas, antes alegráos en sus diatribas y odio, porque *non estis de mundo*, pues si fuéseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; *si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret* (1); no tengáis con ellos sino aquellas relaciones, no de amistad, que el ordinario comercio de la vida y las necesidades de la Iglesia exigen; no toméis nunca, ni de ellos, ni de sus libros, verdades ó doctrinas sanas, que mejor las encontráis en libros ortodoxos, y que son propiamente de la Iglesia; ¿quién os manda, os diré con San Jerónimo, *quaerere aurum in sterquilinio*, buscar una pieza de oro en un muladar? Sentid, por último, aquellas palabras tan fervorosas de un hijo predilecto de Nuestro Padre San Ignacio, que hablando é instruyendo á los Padres de la Compañía de Jesús, adelantados en frontera de herejes, les decía:

«No se ame en los herejes sino la naturaleza que han recibido de Dios; y si pareciera que tienen algo ó de virtudes naturales, porque es claro que no tienen ninguna infusa y sobrenatural, ó de erudición aunque no estuviera con-

(1) Joann. 15, 19.

Biblioteca Nacional de España

tagiada ó tocase á error de herejía, abominemos todo, absolutamente todo lo que de ellos procede» (1).

Como véis, nuestro *antimodernismo* ha de abrazar todo el campo de la filosofía cristiana, del credo cristiano, de la vida cristiana. Si del ataque de nuestros enemigos sacamos estudiar nuestra filosofía, nuestro credo, nuestras máximas de vida, habremos verificado el *oportet haereses esse* de San Pablo, según el comentario de San Agustín: á su rudo golpe, las verdades cristianas *considerantur diligentius, intelliguntur clarius.*

También, con la gracia de Dios, se verificará lo que añaden: Y se confiesan más asiduamente: *instantius praedicantur.*

III

Confesión de antimodernismo.

Gran asiduidad en confesar las verdades más contrarias á los errores de los herejes de su tiempo mostraron siempre los Santos Padres. A ejemplo de San Juan, que escribió su Evangelio contra Cerinto, y en todas sus páginas acumula testimonios de la divinidad del Señor, los Padres coetáneos de los arrianos y macedonianos, multiplican sus confesiones de la Santísima Trinidad, y con esta doxología ó fórmula de glorificación acaban todos sus sermones, entonando himno de gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; San Agustín, San Próspero de Aquitania, los Padres de aquella edad, no tienen idea alguna más presente, que rechazar las imposturas de los Pelagianos contra la gracia divina; los teólogos y escritores católicos del siglo XVI dirigieron á la continua sus tiros contra los errores protestantes; Pío IX murió repitiendo por centésima vez sus anatemas contra la moderna libertad, y Pío X no cesa de inculcar las verdades más opuestas á los errores del modernismo: es la utilidad que sin querer traen las herejías que, como preservativo, se in-

(1) Nihil illorum ametur nisi natura, quam habent a Deo; si quid enim aliud habere videntur vel virtutum moralium (nam apertum est nullam illos habere infusam virtutem) vel eruditionis, etiamsi nihil in illis esset depravatum, vel haeresim attingeret onmia tamen sunt abominanda quae ab his proficiscuntur. (P. Nadal, Instruc. Viennae data. Epist. P. Nad., IV, n. 139, p. 224.)

Biblioteca Nacional de España

culcan ellas con aquella instancia que nos describe el Apóstol: *opportune et importune.*

Pero á nosotros, los hijos de la católica España, ¿nos podrá parecer alguna vez importuna la profesión de antimodernismo? No me obligue ningún leyente mío á contestar categóricamente Tan solo diré que quien crea en España inoportuna esa profesión de antimodernismo, es para hablar mínimamente, porque ha olvidado, de seguro, que el antimodernismo es el mayor triunfo de nuestro secular y viejo espíritu español.

Y he aquí lo que yo os voy brevísimamente á recordar.

Mas ¿para qué? ¿Para qué, si basta una sola reflexión? ¿Habéis leído en todo lo que de modernismo se ha dicho un solo nombre español? ¿Habéis leído, no ya entre los modernistas, sino entre los dioses de éstos un solo hijo de nuestra tierra española? Kant, Harnack, Lutero, de Lamennais, Hecker, Descartes, Renan..... No; ¡ninguno de los dioses del modernismo, es hijo de nuestro suelo bendito.....!

Digo más: no sólo no son *nuestros*, sino que son nuestros enemigos. Por ellos se blasfema nuestro nombre y nuestras glorias; ellos son los que apellidan obscurantismo nuestra ciencia, «demonio del Mediodía» á nuestros mayores Monarcas; ellos los que nos enseñaron á odiar nuestras leyes, aborrecer nuestras usanzas, corromper nuestra lengua y despreciar á nuestro pueblo, porque todavía es medioeval. Esos hombres, los dioses del modernismo y los modernistas, son los que han levantado entre nosotros una legión de modernizantes, ignaros los más, ó todos ellos, que por instinto y petulancia, odian la España inquisitorial, la España tradicional y nos hablan sin cesar de España moderna, de España contemporánea, de España en relación con Europa, de España europeizada; nos alaban la mentalidad anglo-sajona, la civilización de París, la libertad de los Estados Unidos, y llegan á tal grado de inconsciencia, por no decir mentecatez, que admiran el modernismo, y, llamándose católicos, llegan á exclamar después de la Bula *Pascendi*, como yo mismo les he oído: «En España no tenemos modernismo. ... *¡como estamos tan atrasados!*»

En cambio, queridos lectores, los fervientes católicos antimodernistas de Europa, estudian nuestra tradición, la reproducen y luchan como nosotros y nos envidian. En Italia, el presbítero A. Cavallanti, publicado su libro tan citado en éste, *Modernismo y modernistas*, recibió por grande elogio de los autores por él delatados, el mote de «gran Inquisidor», y en esas mismas diatribas se habla de un gran

Biblioteca Nacional de España

personaje romano que bendecía la represión genuinamente española hecha por los castigos de la Inquisición (1). En Francia, son llamados *Quijotes* los buenos y fervientes católicos, y los modernistas denuncian como á revoltosos y sediciosos á los que «catholiques avant tout» ó con un deseo monárquico, piensan aún en la resistencia armada (2), reproduciendo de este modo ideas familiares al pueblo heroico, que apellidó Luis Veuillot «el pueblo de la eterna cruzada».

La más hermosa coincidencia está en las ideas que ahora expondré: los modernizantes españoles nos hieren con nombres extranjeros, con filosofías, con sabidurías extranjeras, con progreso, cultura, adelanto extranjero, mientras los católicos extranjeros, al batallar contra los modernistas, citan nombres españoles, siguen filosofías y sabidurías españolas, y conforme retornan á la casa paterna, vuelven á un progreso, cultura y adelanto, que se puede llamar español.

¿Cómo así? No creáis que mueve mi razón y mi pluma un fatuo sentimiento de orgullo nacional; no creáis que participando yo del criterio liberal y personalísimo que domina en la historia escrita desde el siglo XVIII, quiera yo probaros la ridícula tesis de que nuestra raza y nuestro pueblo es el mejor del mundo, sus talentos los más despiertos, sus corazones los más animosos: no quiero probaros eso. Para mí Germania fué gloriosísima nación en el crepúsculo último de la Edad Media, Inglaterra fué, con razón, la Isla de los Santos al recibir los primeros carismas de la Iglesia, y para la Francia, que corre entre Clodoveo y San Luis es toda mi admiración en la Edad Media, aunque conserve mi amor para la España de Recaredo, San Fernando y los Reyes Católicos.

No es mi intento, pues, la pueril comparación de glorias particulares, como tampoco el pueril entretenimiento de hablar de faltas ó pecados particulares. Siempre el hijo de Adán lo ha sido y por eso es pecador; lo que no ha sido siempre es hijo de la Iglesia ó apóstata, y de esto es de lo que yo ahora trato, y de aquí procede el *españolismo del antimodernismo*, si vale la frase. El modernismo viene en línea recta de la revolución religiosa que inició Lutero en Alemania; Enrique VIII, en Inglaterra; Calvino, en Francia, y que no llegó á España hasta el fatal reinado de Carlos III. Esos dos siglos

(1) Introd., p. 24.—(2) Desgreés du Lou, *De Léon XIII au Sillon*, páginas 21-31, 83-91.

Biblioteca Nacional de España

de retraso los aprovechó la Iglesia en nuestra España y en Italia para continuar, perfeccionar y completar aquella educación y civilización que había en toda Europa, comenzado en la conversión de los bárbaros, que había tenido un período glorioso en el siglo de San Luis y Santo Tomás, y que brutalmente había interrumpido la revolución religiosa primero en Alemania, luego en Inglaterra y después en Francia. España, pues, barreada por la intolerancia religiosa había llevado á sazón el punto de la civilización católica y lo había llevado precisamente cuando el imperio, el descubrimiento, la hegemonía marítima, el esplendor de las victorias la hacían la nación gigante en el mundo. De aquí que nuestra filosofía fuera la plenitud de la filosofía cristiana, nuestra política fuera la plenitud de la política cristiana, nuestra fe era la plenitud de la fe cristiana y la vida y el arte y la ciencia y las costumbres de nuestro pueblo eran las artes, las ciencias y las costumbres vivificadas por la savia cristiana. Hoy día, cuando el modernismo, último estertor de la revolución, que hizo apostatar á Europa, se escucha amenazando la filosofía cristiana, el arte cristiano, la vida cristiana, la política cristiana, las costumbres cristianas, tiene de necesidad que volver los ojos el pueblo de Dios á Germania, antes de Lutero; á Inglaterra, antes de Enrique VIII; á Francia, antes de Francisco I, y á España, antes de Carlos III. Nuestra superioridad consiste, naturalmente, en la diferencia que hay entre documentos, libros y ejemplos del 1500 á libros, documentos y ejemplos del 1600; en que nuestro esplendor va al compás del esplendor de las ideas católicas, y por eso esos ejemplos, tratados y documentos tienen una grandeza y perfección que naturalmente no habían alcanzado en aquellas otras naciones en siglos tan remotos y en circunstancias tan contrarias.

Esto que un principio de filosofía histórica nos dice, se ve declarado por el análisis de los hechos y de los puntos principales del modernismo.

En efecto, comienza lógicamente el modernismo su obra demoledora zapando el fundamento del saber, negando la certeza, proclamando de una ó de otra manera la nesciencia, la ignorancia, la imposibilidad de atinar con la verdad, y de aquí arroja al hombre y á la

Biblioteca Nacional de España

sociedad á buscar los goces materiales, la utilidad, el placer, el egoísmo. Condena por *metafísica* toda discusión de ideas, llama ideológicos á los que estiman esas cosas y acaba por declarar guerra á muerte á la Escolástica, especie de tribunal de la Inquisición en el orden especulativo, que odian tanto como á la verdadera Inquisición en el jurídico.

¿Habéis pensado alguna vez en lo antiespañol de todo eso? La tradición filosófica española es la cristiana, que luego se llamó Escolástica: arranca de las enseñanzas de San Agustín comunicadas por los libros de San Isidoro, se conserva entre las angustias de la reconquista en un pueblo generoso é idealista, se libra de los materialismos de la pseudofilosofía de los árabes cordobeses y sale vigorosa en forma de tradición escolástica en las aulas de Salamanca y de Alcalá, para empuñar el cetro de la restauración escolástica del siglo XVI, que se ufana con nombres casi todos españoles: El Tostado, Diego Deza, Melchor Cano, Domingo y Pedro de Soto, Alfonso de Castro, Francisco de Victoria, Bartolomé Medina, Pedro de Ledesma, los Doctores Salmanticenses, Luis de Molina, Gabriel Vázquez, Francisco de Toledo, Gabriel Vázquez, Ruiz de Montoya, el eximio Doctor Francisco Suárez, por no citar sino á los que son gloria insigne de la Escolástica é hicieron glorioso el talento filosófico de España en París, Lovaina, Viena, Ingolstadt, Bolonia y Roma. De aquí procedió aquel entusiasmo por las ideas y por la verdad, aquella luz y sano realismo de nuestro arte, aquel entretenerse aún con los juegos del ingenio en nuestra comedia de entretenimiento, aquel desapego á lo material y sacrificio de lo visible y útil que es nota de antimodernismo característica en el pueblo caballero, que desde Byron llaman los escépticos, pueblo de quijotes.

El modernismo sigue su campaña demoledora entrando por la Teología. La teología modernista es, ya lo hemos visto, teología protestante; continúa en su odio irreconciliable, á la Escolástica, que siempre fué Filosofía y Teología, realizando el beso de paz entre la ciencia y la fe, anula la divinidad de Jesucristo, destruye la letra de los libros Santos, niega los Sacramentos y singularmente la Eucaristía, trastorna, en una palabra, todo el depósito de la fe y renueva las locuras y apostasías de los protestantes.

Más que filosófica fué España nación teológica, como es más Teología que Filosofía la ciencia escolástica. Pero no se contentó nuestro pueblo y nuestros sabios con cultivar la Teología escolástica en el recinto de sus Universidades con olvido de los errores que

Biblioteca Nacional de España

que dominaban y ardían en Europa, sino que con los Padres y teólogos tridentinos hirió dogmáticamente al protestantismo, corrió después á Praga y con las Controversias del P. Gregorio de Valencia, hirió en su guarida al protestantismo; el P. Maldonado, en París, con sus explicaciones de los libros Santos; Suárez, con su Teología en Salamanca y Roma; Vázquez, versadísimo en la Teología positiva y estudio de los libros protestantes; todos los Doctores españoles fueron una falange contra el protestantismo.

¿Los Doctores? Más que los Doctores España entera; de su pueblo, aún entregado á público regocijo, se escribió que reputaba

cada cascabel
de un danzante silogismo
contra el apóstata infiel.

¿Qué significa sino esa fe y ese saber teológico y ese conocimiento dogmático la continua predicación, la representación teatral de las grandezas de Jesucristo, de sus Sacramentos, de su Eucaristía? ¡El pueblo español fué el pueblo de la Teología! Por eso nadie puede dar un paso por las ciencias sagradas sin hallar por donde quiera nombres, hechos y glorias del pueblo más teólogo del catolicismo.

Y si de aquí pasamos al mundo de la acción en que sofistica el modernismo, ¿qué podemos pensar más antimodernista que nuestra España? Porque las falsas teorías modernistas dividen al ciudadano del católico, y consiguientemente quieren la enseñanza no-católica, y el periodismo no-católico, y la sociedad social no-católica, y la gobernación no-católica, porque uno es el ciudadano y otro el católico, y uno es el maestro y otro el católico, y uno es el periodista y otro el católico, y uno es el juez y otro el católico, y uno es el gobernante y otro el católico. El modernista, lo que más odia es el clericalismo, ó sea «la mano fuerte ofrecida á la Iglesia para su defensa», la subordinación de la espada temporal á la espiritual, la lucha por la religión, la represión de los delitos de fe por la justicia humana; el anteponer á todo los intereses de la religión católica (1).

Pues, ¿qué puede ni soñarse más antiespañol que todo eso?

España tuvo, desde Recaredo á Carlos III, por lema primero de su bandera el santo nombre de Dios, que significaba la realeza y

(1) A pesar de algunas disposiciones en nuestra legislación, que debemos sufrir, toda recriminación católica debe en este momento cesar. La opinión pública no se preocupa de la cuestión religiosa porque no teme nada de la religión, ni por la religión. (Mr. l'abbé Dabry, *Le Peuple français*, Enero 1898).

Biblioteca Nacional de España

soberanía social de Jesucristo y las enseñanzas de la Iglesia Católica; el nombre de España, donde se incluían todas las cristianas tradiciones de la patria y el nombre del monarca, símbolo de la autoridad temporal encargada de mantener á los hombres en paz y justicia y constituída en campeón de la fe católica y en azote de los enemigos de ésta

La unidad católica fué siempre la ley primera y fundamental de la sociedad española; pero unidad católica no consistente sólo en declarar que es religión del Estado y de los españoles la única religión verdadera, sino que era Jesucristo imperando en las leyes y costumbres, en las instituciones públicas y particulares, en toda enseñanza, en toda propaganda hablada ó escrita, en el rey como en los súbditos; era, en una palabra, el gobierno de Cristo Rey, Dueño y Señor absoluto de todas las cosas. Esta ley esencial y verdaderamente fundamental de la tradicional España lo mismo obligaba á súbditos que á reyes, á grandes que á pequeños; y los derechos de Dios en ella preconizados, y que están sobre todo derecho, los de su Esposa la Iglesia Santa, su voluntad y sus enseñanzas habían de estar garantidos con todos los medios de defensa y con la mayor sanción, según la gravedad del ataque, de que dispusiera la sociedad (1).

Como el cuerpo al alma estuvo unido y subordinado el Estado á la Iglesia, el luminar menor al mayor, la espada temporal á la espiritual en los términos y condiciones que la Iglesia de Dios señala. Así que aquella España antigua y veneranda en el conjunto asombroso de leyes y tradiciones, costumbres é instituciones que la fe católica, la razón de los sabios y la experiencia de los siglos al amor y con las enseñanzas de la Iglesia establecieron en los Concilios de Toledo, restauraron y prosperaron en las Cortes y Juntas de León, Castilla y Aragón, dilataron triunfantes y envidiadas desde Covadonga y Asturias y los Pirineos hasta Valencia y Andalucía y más allá de los mares hasta los últimos extremos del mundo. Aquella España es el ser social incomparable donde maravillosamente se confunden el ser español y ser católico que nació de la sangre de innumerables mártires y que perpetuaron cien generaciones de héroes y de santos; ser social reconquistado en siete siglos de luchar contra moros, apóstatas y judíos, confirmado y glorificado en tres siglos de

---

(1) *Partid.* Pról. -Parte 2.ª, tít. 1, l. 1.ª—Part. 7.ª, tít. 23, l. 3.ª; tít. 24, l. 6.ª-7.ª; tít. 25, l. 4.ª-8.ª; tít. 26.

Biblioteca Nacional de España

palmas y de triunfos no vistos hasta entonces ni imaginados contra protestantes, turcos, corsarios y bárbaros idólatras y reivindicado en el último siglo con gloriosísimas guerras de religión dignas de los tiempos más heroicos.

Esta es nuestra España, ésta fué nuestra sociedad, esto nuestros reyes.

Todas las fuerzas sociales coincidieron en esto: el poeta y el literato cantaron y celebraron á Jesucristo y sus obras; el maestro y el sabio pusieron su talento á servicio de Jesucristo y su Iglesia; la imprenta sirvió para la glorificación de Jesucristo, su ley y su palabra; la fuerza social se congregaba en el concejo, gremio ó municipio bajo la mirada de Jesucristo, Juez y Señor de todos; las Cortes del reino recibían sus representantes juramentados para procurar el pro de Dios y del reino que se le cometía; las banderas de los ejércitos, las armas de los soldados, las bengalas de los capitanes iban marcadas y benditas con la Cruz de Jesucristo y puestas á defensa de su Iglesia. ¿Qué mucho? si la obra nacional que dominó y embargó los ánimos españoles por setecientos años fué obra de Cruzada por el reino de Jesucristo contra Mahoma, y las grandes empresas á que luego se dilató fué á abrir el mundo al Evangelio por Colón, Pizarro, Cortés y Magallanes; á retener con mano fuerte al hereje allende el Elba por medio de Farnesio, Alba, Requesens, Spinola; á confundir y acabar el orgullo turco en el Mediterráneo por la fuerza de Cisneros, Santa Cruz, D. Juan de Austria y Andrés Doria; á detener, en una palabra, el mundo viejo en su apostasía y á sacar al mundo nuevo de su noche idolátrica por el valor, tesón, esfuerzo y diplomacias de Carlos V, Felipe II y Felipe III y de todos los monarcas de la Casa de Austria!

Esta fué la idea madre de aquel sublime pueblo que desde Toledo, pasando por el Guadalete, llegó hasta Granada; y desde Granada, pasando por Rocroy, ha llegado hasta nosotros, y siguiendo el espíritu de su tradición, que es el de la Iglesia, seguirá reivindicando para Dios y Jesucristo y su Iglesia lo que es suyo sin desesperanzar por dificultades y resistencias. Pueblo que sabe oponerse á las olas sangrientas del ejército de Muza y de Tarik, de Almanzor y del Miramamolin; pueblo que sabe por experiencia luchar setecientos años, que no teme las fieras acometidas del turco, que sabe afrontar al tirano de Europa en Bailén, ¿va á acobardarse ahora porque el progreso moderno y el liberalismo lleven cien años de discutido dominio? Pueblo que tiene por tradición buscar ante todo el

Biblioteca Nacional de España

reino de Dios y su justicia, ¿va á escuchar las sirenas modernistas que le dicen oculte y calle la cuestión religiosa?

Creo haber probado, ó por lo menos indicado, cómo el ser viejo y cristiano español es ser naturalmente antimodernista.

Facilísimo es ya sacar las últimas consecuencias.

Destruída la Iglesia, en cuanto puede, por el error modernista, reducida á una sociedad imperfecta que en realidad anda como una de tantas dentro del Estado, pedisecua y subordinada á la ciencia profana, á la autoridad profana, al mundo profano, ¿qué debe pedirse para esa Iglesia? Una limosna que le quieran dar. ¿Reivindicar sus derechos? Si no los tiene. ¿Desarrollar su autoridad? Si el mundo se la niega. ¿Aparecer con el prestigio jerárquico? Si nadie se lo reconoce. El modernismo se lo niega todo y la arroja de hecho á las Catacumbas. Si quiere resistir, la amenaza de muerte; si desea ejercitar su derecho, le objeta que va á ser ludibrio del mundo; si reclama respeto para sus tradiciones, para su culto, para sus templos, para sus Prelados, le dice que el mundo se ríe.

Esto es lo que el error dice reforma disciplinaria de la Iglesia.

Restaurad nuestro espíritu español, y toda esa reforma desaparecerá. Si queréis recordar lo que nuestros padres pensaban de la autoridad de la Iglesia en prohibir libros, censurar autores y castigar delincuentes, recordad la institución y ejercicio del Santo Oficio español, que no fué otra cosa que esta potestad jurídica de la Iglesia ayudada del brazo secular, mediante Constituciones y Ordenes Pontificias que regulaban su ejercicio. Si queréis comprender lo que sobre el culto, la pompa litúrgica y la autoridad de los Prelados pensaban nuestros mayores, fijaos en la Catedral de Burgos, León, Córdoba, Toledo, Sevilla y en El Escorial y Guadalupe; en los restos preciosos que aún se han salvado de la rapiña napoleónica y de las rapiñas desamortizadoras; entrad ligeramente en historias y narraciones de fiestas del Corpus y la Inmaculada; acordáos del prestigio y coste con que España envió á Trento sus Obispos, y tendréis una tenue idea del esplendor de la Iglesia Católica en España en los siglos de nuestra fe. Si queréis saber, por último, cómo aquel español esclavo de su palabra, galante y caballero hasta el exceso, amigo

Biblioteca Nacional de España

leal hasta el sacrificio, desprendido y generoso hasta la abnegación, rendía al propio tiempo que á estas virtudes naturales culto decidido á las sobrenaturales virtudes cristianas; acordáos tan solo de que en España se vieron unidas las virtudes del caballero y soldado con las virtudes del Santo en los penitentes fundadores de la Orden militar de Santiago, en San Raimundo de Fitero, fundador también de la Orden militar de Calatrava y en las de Montesa y Alcántara que le siguieron; españoles fueron Santo Domingo de Guzmán y su discípulo San Vicente Ferrer; españoles San Pedro Alcántara, glorioso reformador de los hijos de San Francisco, y el Cardenal Jiménez de Cisneros, reformador insigne de las religiones de su tiempo y precursor de los que ha canonizado la Iglesia; españoles San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, que en sí han hecho vulgares todas las alabanzas; español el Beato Juan de la Concepción y el Beato Juan de Avila, reformador aquél de los religiosos de la Santísima Trinidad y verdadero reformador éste del clero secular; españoles también Nuestro Padre San Ignacio de Loyola con los más de aquéllos sus primeros compañeros; españoles San José de Calasanz con los Venerables instauradores de la Orden de San Jerónimo en nuestra patria, y españoles, por último, la legión de ascéticos que cultivaban con celestiales riegos las virtudes sobrenaturales y cristianas que florecían en el jardín de nuestra antigua España.

Sírvanos, pues, como incentivo para predicar y confesar con más instancia las tesis antimodernistas y antimodernizantes, el creer y entender que rendimos culto de amor y de veneración á nuestros antepasados. Alcénse ellos de sus sepulcros, y dígannos que el modernismo nos quiere arrancar del alma la civilización que ellos plantaron, como quería la Media Luna desarraigar de España la civilización de San Leandro y San Isidoro; que resistamos á enemigos menos temerosos, como ellos resistieron á hordas mucho más espantosas; que uno, dos, siete, diez siglos, eso no se mira; lo que se mira es dejar incólume en manos de nuestros herederos la bandera inmaculada de la fe recibida de nuestros ascendientes. Así del modernismo sacaremos los provechos de estudiar y comprender nuestra fe, de confesarla con mucha más generosidad.

Y, por último, cuando en el luchar y en el fragor de la pelea veamos las mañas, suframos las heridas del enemigo, esas heridas no nos amilanarán, antes nos parecerán martirio y persecución sufrida por lo menos en el corazón, ya que no en el cuerpo: *persequutionem patiuntur*.

Biblioteca Nacional de España

IV

Non corporibus, sed cordibus.

Y el primer corazón que recibe las heridas de esta persecución es el Sacratísimo Corazón de Jesús.

¿Cómo no recordar aquí palabras solemnes que nunca deberán borrarse de la memoria de los devotos de este Corazón?

Era en 1674 y «Jesús, mi dulce Maestro (dejemos que nos hable la misma dichosa Bienaventurada), se me manifestó deslumbrador de gloria y con cinco llagas brillantes más que cinco soles. De toda su sacratísima Humanidad salían llamas, mas singularmente de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, y en él abierto campeaba amante y amable aquel divino Corazón, fuente y origen de tal incendio. En este momento fué cuando me dió á entender las maravillas inexplicables de su amor y el exceso á que había llegado amando á unos hombres tan ingratos y tan desconocidos.» «Eso, me decía, eso es más cruel y duro que cuanto padecí en mi Pasión; volviéranme los hombres una chispa por todo el amor que yo les tengo, y estimaría yo en nada cuanto por ellos hice y querría, si pudiera, hacer más, pero ellos responden con frialdad y olvido á todos los anhelos que tengo de su bien. Tú, por lo menos, dame este gusto, de suplir sus ingratitudes, cuanto puedas.....» «Yo seré tu fortaleza; no temas, sino atiende y oye lo que yo te pido. Comulga cuantas veces te sea permitido y sufre con alegría y como prendas de mi amor las mortificaciones y humillaciones que por eso te sobrevinieren. Además, comulga los primeros viernes de mes y en todas las noches del jueves al viernes de cada semana, te haré participar de aquella tristeza mortal que padecí en el Huerto y que te reducirá á una agonía más cruel que la muerte misma.....»

¡Noche de agonía la de Getsemaní, que continúa místicamente para Jesucristo Nuestro Señor en la noche del siglo prevaricador y apóstata! En ella padece y sufre el ver negada su revelación, su poder, su grandeza y sus atributos por los racionalistas que todo lo quieren medir por estrecheces y cegueras de su razón; negada su verdad y la autoridad de su palabra por criticistas ciegos, más ciegos que los escribas de su tiempo, que atribuían á Lucifer el poder

Biblioteca Nacional de España

maravilloso de su taumaturgia; padece y sufre al ver despreciado su amor y sus Sacramentos, reduciéndolos y achicándolos á signos sin virtud ni eficacia alguna; su Redención y el precio de su Sangre, cuando le niegan su propia divinidad y su calidad de Unigénito del Padre.

¡Noche amarguísima de agonía, que dura aún para Jesucristo al ver y sentir la persecución de que es objeto su Iglesia! La ve destituída de su poder temporal en la persona de su Vicario, menospreciada por los Estados y tratada como una sociedad ínfima y rebajada al nivel de sectas prevaricadoras ó de sociedades ilícitas; la ve desoída en sus reivindicaciones, olvidado su derecho, arrojada del Estado como una compaña enojosa; la ve que predica, y los pueblos la menosprecian; que anatematiza, y los pueblos se muestran tenaces y duros; que llora, y los pueblos se mofan de su llanto. Todo esto hace agonizar á Jesucristo en esta noche y hora del poder de las tinieblas.

¡Noche amarguísima de agonía, que se entenebrece más con la deserción de tantas ovejas queridísimas! ¡Si fueran sólo mis enemigos, exclama Jesucristo...; pero tanto discípulo traidor, tanto pastor lobo, tanto sacerdote prevaricador, tanto religioso mundano! ¡Heridas que recibe entre los amados de Él, entre los que tienen nombre de amadores de Él! *In domo eorum qui diligebant me.* Pues ¿quién son éstos sino los modernistas? Los modernistas que dicen amar y aborrecen; los modernistas, particularmente nacidos entre católicos, eclesiásticos y religiosos; los modernistas que dicen aborrecer á los enemigos y les dan la mano para que entren en la Iglesia. Por eso el primero que padece estas heridas en sí es el Corazón amorosísimo de Jesús.

La aplicación á los devotos del Corazón Divino ella sola se hace; los devotos han de ser imitadores de Margarita María, y con ella agonizar en la contemplación perpetua de esta prolongada noche de agonías de Getsemaní. Noche de continuas perfidias, de crueldades bárbaras, de astucias farisaicas, de cobardías de Apóstoles, de traiciones y ventas de codiciosos Judas.

Biblioteca Nacional de España

¡Corazón Sacratísimo de Jesús, admite el martirio de nuestro corazón que se despedaza incruentamente al golpe de tanta persecución y de tan horrenda apostasía! Detestamos la hipocresía de los modernistas que se han valido de su carácter eclesiástico y religioso, de lo aparente de sus opiniones, de su actividad en obras sociales y benéficas, de su repetido deseo de mirar por la gloria y popularidad de la Iglesia para arrojarla al ludibrio de sus enemigos y para entregarla en manos de los que la buscan para la muerte. Detestamos sus doctrinas condenadas por el Pontífice Romano, su manera de hablar fluctuante, humana, sofística y peligrosa y todas aquellas doctrinas que aún de lejos les hagan sonreir con placer y aprobación. Detestamos el que la Iglesia deba evolucionar hacia la libertad y el progreso moderno, que haya de tomar las formas de un poder y estado representativo, que haya de permitir la lucha de elementos avanzados y reaccionarios para que de su choque brote el progreso. Detestamos también el que se quiera encerrar á la Iglesia en el orden religioso y social y se quiera dejar como amorales é indiferentes todas las cuestiones de orden político como si uno fuera el ciudadano y otro el católico y el Estado no hubiera de ser ni católico ni protestante. Detestamos y condenamos, por último, ese deseo de malos hijos de quitar á la Iglesia la majestad de sus templos, el esplendor de su liturgia, la magnificencia de sus pompas, la veneración á sus Pastores y al Pastor supremo, la santidad de sus virtudes santísimas particularmente de su pobreza, mortificación y penitencia cristianas, el prestigio de sus Ordenes religiosas y de su casto y ejemplar clero. Detestamos y condenamos especialísimamente el menosprecio de las Sagradas Congregaciones romanas y de la jurisdicción y autoridad de los Prelados y de la suprema y santísima de Jesucristo en la tierra, que es su Vicario.

Admite, pues, Corazón sacratísimo, esta detestación; admite también nuestras promesas de amar lo que el modernismo aborrece y aborrecer de corazón todo lo que es amor del modernismo.

Admite, finalmente, un deseo y una esperanza firme del triunfo seguro y pronto del reinado de tu Corazón.

Biblioteca Nacional de España

Pío IX, León XIII y Pío X nos hablaron y hablan sin cesar de que en el Corazón de Jesús está nuestra esperanza; Pío X, refiriéndose á Francia no una, sino muchas veces, ha manifestado su firmísima confianza de que volverá como hija arrepentida á la casa paterna á tomar la primera estola de Primogénita de la Iglesia; y esta vuelta y este retorno á los derechos de la primogenitura nos dicen que será por el Corazón de Jesús repetidas revelaciones y palabras de la B. M. Barat (1815), de la Ven. H. María de Jesús, religiosa del convento *des Oiseaux* de París (1823), de todos los Prelados franceses consagrándose al divino Corazón al día siguiente de la impía separación (1905).

No podemos dudar de que el Corazón de Jesús triunfará del modernismo.

Y ahora Corazón Sagrado, permíteme que os ponga la confianza más halagüeña del mío después de la de ver restaurado tu reino en el mundo: la esperanza de la restauración de tu reinado en España y de España por tu reinado.

Nuestra patria, amados lectores y oyentes míos, caminó siempre desde Toledo hasta Rocroy, de una ó de otra manera procurando el establecimiento, dilatación, restauración y conservación del reinado social de Jesucristo y hasta que ella no cayó cañoneada por Condé en los campos épicos de Rocroy no pudo señalarse la apostasía oficial de Europa con la malhadada paz de Westfalia. Malo fué que España pusiera allí su firma, pero al cabo ella la ponía vistiendo todavía crespones por sus tercios martirizados; era una nación mártir sin ejemplo, sin imitación aún en la historia.

Por una providencia amorosa del Corazón de Jesús, los enemigos de España en esos mil años habían sido siempre los enemigos de Jesús y amigos suyos los amigos de Jesús. Los moros odiaron la Cruz, y en este odio envolvieron á España; los turcos heredaron con la religión el odio mahometano á la Cruz y á España; los idólatras del Nuevo Mundo, al odiar la Cruz de los misioneros, odiaron á España; los luteranos, los calvinistas, los anglicanos, todos los herejes de Alemania, Austria, Baviera, Países Bajos, Inglaterra y Francia, odiaron á Roma, en Roma á Jesucristo y en sus odios incluye-

Biblioteca Nacional de España

ron á nuestros Monarcas, á nuestros soldados y á España. Europa creyó que Westfalia había matado la Religión de Jesucristo y por siempre á España. Desde entonces el mismo odio de los cachorros de la Revolución á Jesucristo y á usos, costumbres, autores y á España, en una palabra.

En cambio, por esa misma providencia amorosa del Corazón de Jesús, España ha sido amada por los que le han amado á El. Carlomagno, los Pontífices Santos y los Reyes Cristianos la amaron en su lucha con Mahoma, promoviendo Cruzadas para ayudarle en su épica reconquista y pelea; San Pedro Nolasco y San Juan de Mata la amaron levantando una cruzada de amor para rescatar á sus hijos cautivos y prisioneros en aquella guerra Sagrada; San Luis la amó como que sentía en sus venas la sangre de su hermano en la santidad y el reino, San Fernando de Castilla; la amó San Pío V, que en sus grandes empresas para la restauración en Europa del reinado social de Jesucristo, pensó siempre la primera en la España de Felipe II y se dolió de que Europa embaida y en especial la Casa de Francia la dejara sola; la amaron, y aún la aman, los hijos de aquéllos, los católicos alemanes, holandeses, flamencos, ingleses, irlandeses y escoceses que ó le enviaban sus hijos para que ella los educara ó le abrían sus puertas para que los librase de las tinieblas y tiranía de los protestantes; la amó San Vicente Paúl cuando se condolió, eco de las palabras de Pío V, que la Francia de Luis XIII no se hermanara á España en la obra de salvar á Europa de la herejía; la amaron y la aman los nuevos cristianos de América, que aún hoy traen por sus Obispos sus banderas al Pilar de Zaragoza.

Hermoso comentario, hermanos míos, de aquellas palabras del Señor á sus primeros Apóstoles: *Si me persecuti sunt et vos persecuentur; si mandata mea servaverunt et vestra servabunt* (1). No es el siervo más que su Señor; lo que han hecho conmigo harán con vosotros; los que me persiguen os perseguirán, los que me siguen y aman os amarán y seguirán.

Hermoso comentario y suprema razón de mi confianza. Esas naciones á quien la Revolución religiosa emponzoñó y enemistó con España, eran hermanas suyas, criadas á los pechos de la Iglesia y que en los siglos medios habían tenido con esa España un corazón y un alma, como tenían un bautismo, un Cristo y un Dios; España, la hermana más desgraciada en aquel período, no sólo se salvó de

(1) Joann. 15, 20.

Biblioteca Nacional de España

la apostasía de sus hermanas, no sólo siguió hablando la lengua que ellas habían siempre hablado, sino que se hizo el vengador de las ofensas paternas. *Inde irae*: de ahí el odio.

Pues bien; hoy día retornan esas naciones á la casa paterna y empiezan por acordarse de aquel lenguaje, por hablar aquella lengua, por amar aquellos usos, por venerar aquellas leyes; Francia acaba de oir como una melodía de suavísima añoranza las palabras de Gregorio IX á San Luis, repetidas por Pío X, y la Francia cristianísima de seguro ha llorado. Alemania piensa en la Edad Media, y por la historia de Jansen ha empezado á amarla y á venerar á Carlos V; Inglaterra misma se ha vuelto á su tradición, de cuando ella era Santa y se ha postrado en manifestación medioeval ante la Eucaristía empuñada por el Cardenal Vannutelli; ¿no es verdad que vuelven á lo que fueron? ¿Y qué diremos de toda Europa hoy escolástica?

Pues al retornar á la casa paterna se hallarán con su hermana España, y al pronunciar las tradiciones de San Luis se acordarán de su madre Doña Blanca de Castilla que le enseñó á ser rey y cristianísimo y por eso Santo, llorará las tristes condescendencias de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV, de Luis XV y se acordará de la sangre vertida en Rocroy por no admitir en Europa la libertad de cultos. Y Alemania volverá á pensar en el Sacro Imperio que la Iglesia le dió como título honorífico para defensa de la religión y así como ya ha confesado que el arte español fué el suyo y que la Escolástica española es la suya, reconocerá que Carlos V continuó la obra de Carlomagno, de los Enriques y de los Otones. Inglaterra, también postrada ante el Sacramento, se sorprenderá en fiestas eucarísticas, como las que ella tuvo en Europa la primera, como las que España conservó en la tormenta protestante, é Inglaterra llorará su ingratitud para la Eucaristía, y se acordará de aquel Emperador que á ella la primera tendió su mano de hierro para buscar alianza contra la revolución germánica; ella le rehuyó la mano porque estaba en víspera de apostatar.

Cuando el Corazón de Cristo reine en Europa por el arrepentimiento y las lágrimas de los que gritaron: *Nolumus hunc regnare super nos*, volverá á reinar nuestra querida España.

Esta esperanza, fundada en un principio histórico que oigo proclamar á los Papas, se confirma con piadosas revelaciones hechas á la Venerable Madre Sor María de la Antigua en 1623, y al Venerable Padre Bernardo Francisco de Hoyos á fines del siglo XVIII.

Biblioteca Nacional de España

Según la primera, al morir D. Felipe III, Jesucristo Nuestro Señor tenía con España deuda de dulcísima gratitud por sus trabajos en pro de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, deuda que satisfará con torrentes de innumerables bendiciones. La segunda es conocidísima, es la promesa de su reinado, mas para comprenderla, recordad lo que Jesús entiende por reinado y cómo lo quiso repetir á los oídos de Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y Luis XVIII, y lo repite ahora por boca de Pío X á la Francia de la separación.

No apostate España, y Jesucristo satisfará los deseos de su Corazón.

Póngase España en el puesto correspondiente de la lucha contra el modernismo, y el Corazón de Jesús derramará sobre los combatientes la gracia de pelear bien y de morir santamente; y en uno ú otro día, en una ú otra generación, según sus adorables designios á la Iglesia toda y á su España dará el completo triunfo temporal y eterno.

Así sea.

A. M. D. G.

Biblioteca Nacional de España

Algunas publicaciones de los Padres de la Compañía de Jesús

De venta en la Administración de RAZÓN Y FE

PLAZA DE SANTO DOMINGO, 14, BAJO

OBRAS DEL P. RAMÓN RUIZ AMADO

La ley de Asociaciones de 1887 y las Órdenes religiosas

En 12.°, 98 páginas: **0,50** pesetas.

El P. Luis I. Fiter y la Congregación Mariana de Barcelona

En 8.°, 280 páginas. **Una** peseta.

La leyenda del Estado enseñante

En 8.°, 224 páginas: **Una** peseta.

Los peligros de la fe en los actuales tiempos

Conferencias. En 12.°, 336 páginas: **3,50** pesetas.

El modernismo religioso

Segunda serie de *Conferencias sobre los peligros de la fe*. En 8.°, de VIII y 302 páginas: **3** pesetas.

La enseñanza popular de la Religión

según la Encíclica *Acerbo nimis*. En 8.°, 336 páginas: **2,50** pesetas.

La Iglesia y la libertad de enseñanza

En 4.°, 136 páginas: **1,50** pesetas.

La educación moral

Estudios pedagógicos. En 8.°, XVI y 536 páginas: **6** pesetas.

La educación de la castidad

En 8.°, VIII y 224 páginas; segunda edición: **1,50** pesetas en rústica y **2,50** en tela inglesa.

TRADUCCIONES

Catecismo popular explanado

por Fr. Spirago. Tres tomos en 8.°, **10** pesetas.

Vida de San Antonio de Padua

por el Dr. Heim. En 8.°, 374 páginas: **4** pesetas.

Compendio de historia eclesiástica

por el Dr. Funk. En 4.°, de 606 páginas: **8** pesetas.

La práctica del púlpito

Estudios homiléticos por el Can. A. Meyenberg. Un tomo en 4.° de XVI y 660 páginas: **8** pesetas en rústica y **10** en tela. La venta exclusiva de esta obra en América á cargo de B. Herder. Friburgo. (Alemania.)

Crítica y exégesis

por el **P. Lino Murillo: 2** pesetas.

Biblioteca Nacional de España

San Juan ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

Estudio crítico-exegético sobre el Cuarto Evangelio, por el **P. L. Murillo**. Un volumen de 570 páginas, de 25 $^1/_2$ × 16 $^1/_2$ *centímetros*, en rústica: **10** pesetas.

Jesucristo y la Iglesia Romana ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

por el **P. Lino Murillo: 35** pesetas en rústica y **43** encuadernado.

La propaganda anarquista ante el Derecho ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

por el **P. V. María de Minteguiaga: Una** peseta.

Devocionario Mariano ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

por el **P. Bartolomé del Alcázar.** En rústica, **0,15** ptas. En cartoné, **0,25**.

El Marqués de Mora ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

por el **P. Luis Coloma: 1,50** pesetas.

De Literatura contemporánea ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

por el **P. J. Manuel Aicardo: 3,25** pesetas.

Palabras y acepciones castellanas ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

omitidas en el Diccionario de la Academia. Primer millar, por el **P. J. Manuel Aicardo: 2** pesetas.

Un feminismo aceptable ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

por el **P. Julio Alarcón y Meléndez** *(Saj)*: **3** pesetas en rústica y **4** en tela.

OBRAS DEL P. JUAN B. FERRERES

Misas manuales ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

Lo que debe hacerse y lo que hay que evitar en su celebración. Comentario muy completo y práctico al decreto *Ut debita*, seguido de otro comentario al nuevo decreto *Recenti:* **Una** peseta.

El impedimento de clandestinidad ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

Estudio canónico: **Una** peseta.

La muerte real y la muerte aparente ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

con relación á los Santos Sacramentos. Estudio fisiológico-teológico. Tercera edición: **0,60** pesetas.

La enseñanza del Catecismo prescrita por Pío X ⁂ ⁂

Comentario canónico-moral sobre la Encíclica *Acerbo nimis:* **Una** peseta.

La Comunión frecuente y diaria ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

según las enseñanzas y prescripciones de Pío X. Comentario canónico-moral: **Una** peseta.

Las Cofradías y Congregaciones eclesiásticas ⁂ ⁂ ⁂

según la disciplina vigente. Tratado canónico, con numerosas anotaciones sobre las terceras Órdenes seculares. 2.ª edición corregida y aumentada: **2** ptas.

Las Religiosas según la disciplina vigente ⁂ ⁂ ⁂ ⁂

Sus confesores. Cuenta de conciencia. Clausura. Votos. Elección de Superioras. Comentarios canónico-morales. 3.ª edición corregida y notablemente aumentada: **2,50** pesetas en rústica y **3,50** en tela.

Los esponsales y el matrimonio según la novísima disciplina

Comentario canónico-moral sobre el decreto *Ne temere*. 3.ª edición corregida y aumentada: **2,50** pesetas en rústica y **3,50** en tela inglesa.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España